GEORGES DUBY

GUERREROS Y CAMPESINOS

DESARROLLO INICIAL DE LA ECONOMÍA EUROPEA (500-1200)





Georges Duby, familiarizado con la investigación de los aspectos históricos de la Edad Media, ofrece en este volumen una síntesis de los datos conocidos sobre las condiciones ecológicas, demográficas y tecnológicas, así como de las estructuras de la sociedad y los factores del desarrollo económico apreciable en la Europa medieval. La síntesis elaborada por Duby está presentada no como un compendio, sino como un ensayo jalonado por sugerentes reflexiones, centradas en la larga evolución vivida por el área europea. Las hipótesis que aventura, derivadas de las lagunas apreciables en la documentación disponible y de la deficiente marcha de las investigaciones históricas, están marcadas por interrogantes y observaciones, tan críticas algunas de ellas que fructificarán sin duda en fecundas incitaciones a la profundización en los temas.



Georges Duby

GUERREROS Y CAMPESINOS

Desarrollo inicial de la economía Europea (500-1200)

ePub r1.1

Rob_Cole 24.04.2020

Título original: *Guerriers et Paysans, VIIe — XIIe siècles: premier essor de l'économie européenne*

Georges Duby, 1973

Diseño de cubierta: Santiago Monforte



Editor digital: Rob_Cole

Primer editor: jasopa1963 (r1.0)

ePub base r2.1






ADVERTENCIA

Este libro no pretende ser un manual de historia económica; es solamente un ensayo, una serie de reflexiones sobre una evolución muy amplia cuyo mecanismo, inseguro y complejo, he intentado observar y poner al descubierto. La insuficiencia de la documentación y el imperfecto avance de la investigación histórica explican el gran número de hipótesis con las que pretendo fundamentalmente plantear interrogantes de los que los más críticos serán, sin duda, los más fecundos.

Por otra parte, para abarcar un área geográfica tan vasta y diversa como lo era entonces la europea y durante un período tan extenso, era preferible situarme en el terreno en el que me siento más seguro: el de la historia del mundo rural, y más concretamente del mundo rural francés; no se extrañe, por tanto, el lector de ciertas elecciones, de ciertas perspectivas y de todas las omisiones que descubra en esta obra.

Beaurecueil, septiembre de 1969.

PRIMERA PARTE
LAS BASES:
SIGLOS VII Y VIII

A fines del siglo VI, cuando se halla prácticamente cerrado en Occidente, con el asentamiento de los lombardos en Italia y de los vascos en Aquitania, el período de las grandes migraciones de pueblos, la Europa de que trata este libro —es decir, el espacio en el que el cristianismo de rito latino se extendería progresivamente hacia fines del siglo XII—, es un país profundamente salvaje, y por ello se halla en buena parte fuera del campo de estudio de la historia. La escritura se halla en regresión en las zonas que tradicionalmente la usaban y en las demás la penetración del escrito es lenta. Los textos conservados son, pues, escasos; los documentos más explícitos son los de la protohistoria, los que proporciona la investigación arqueológica. Pero estos documentos también son defectuosos: los vestigios de la civilización material son, en la mayor parte de los casos, de datación insegura; se hallan además dispersos, al azar de los descubrimientos, y su repartición esporádica, con grandes lagunas, hace difícil y peligrosa toda interpretación de conjunto. Insistamos, como punto de partida, sobre los reducidos límites del conocimiento histórico, sobre el campo desmesuradamente amplio dejado a las conjeturas. Añadamos que, sin duda, el historiador de la economía se encuentra especialmente desamparado. Le faltan casi por completo las cifras, los datos cuantitativos que permitirían contar, medir. Necesita, sobre todo, abstenerse de ampliar abusivamente los modelos construidos por la economía moderna cuando intente observar en este mundo primitivo los movimientos de crecimiento que lentamente, entre los siglos VII y XII, han hecho salir a Europa de la barbarie. Es evidente, en la actualidad, que los pioneros de la historia económica medieval han sobreestimado, a menudo involuntariamente, la importancia del comercio y de la moneda. La labor más necesaria —y sin duda también la más difícil— consiste, pues, en definir las bases y los motores auténticos de la economía en esta civilización, y para llegar a esta

definición las reflexiones de los economistas contemporáneos son menos útiles que las de los etnólogos.

Sin embargo, de hecho existen grados en el seno de esta común depresión cultural. En sus límites meridionales la cristiandad latina está en contacto con áreas sensiblemente más desarrolladas; en las regiones dominadas por Bizancio, y más tarde por el Islam, se mantiene el sistema económico heredado de la antigua Roma: ciudades que explotan los campos colindantes, moneda de uso cotidiano, mercaderes, talleres en los que, para los ricos, se fabrican objetos espléndidos. Europa nunca estuvo separada de estas zonas de prosperidad por barreras infranqueables; sufrió constantemente su influencia y su fascinación. Por otra parte, en el espacio europeo se enfrentan de hecho dos tipos de incultura: una se identifica con el dominio germano-eslavo, con el dominio «bárbaro», como decían los romanos; es la zona de la inmadurez, de la juventud, del acceso progresivo a formas superiores de civilización; es una zona de crecimiento continuo. La otra, por el contrario, es el dominio de la decrepitud; en ella acaban de degradarse las supervivencias de la civilización romana, los diversos elementos de una organización en otro tiempo compleja y floreciente: la moneda, las calzadas, la centuriación, el gran dominio rural, la ciudad, no están completamente muertos; algunos incluso resurgirán más adelante, pero de momento se hunden insensiblemente. Entre estos dos mundos, uno orientado hacia el norte y hacia el este, el otro hacia el Mediterráneo, se sitúa, en las orillas del Canal de la Mancha, en la cuenca parisina, en Borgoña, en Alemania, en Baviera, una zona en la que se da más activamente que en otras partes el contacto entre las fuerzas jóvenes de la barbarie y los restos del romanismo. En ella se producen interpenetraciones, encuentros que en gran parte son fecundos. Conviene no perder de vista esta diversidad geográfica; es fundamental, y de ella dependen en gran parte los primeros progresos del crecimiento.

1. LAS FUERZAS PRODUCTIVAS

LA NATURALEZA

A lo largo del período que estudiamos el nivel de la civilización material permanece tan bajo que la vida económica se reduce esencialmente a la lucha que el hombre debe mantener cotidianamente, para sobrevivir, contra las fuerzas naturales. Combate difícil, porque el hombre maneja armas poco eficaces y el poder de la naturaleza lo domina. La primera preocupación del historiador debe ser la medición de este poder y el intento, por consiguiente, de reconstruir el aspecto del medio natural. La tarea es difícil; requiere una investigación minuciosa, a ras de tierra, en búsqueda de los vestigios del paisaje antiguo que conservan en los campos actuales los nombres de lugares y cultivos, el trazado de los caminos, los límites de las tierras cultivadas, las formaciones vegetales. Esta investigación está muy lejos de haberse completado; en muchas regiones de Europa apenas está iniciada y, consiguientemente, nuestros conocimientos son inseguros.

En Europa occidental la estepa penetra en Panonia, en la cuenca media del Danubio; se insinúa incluso más lejos todavía, localmente, hasta en ciertas llanuras pantanosas de la cuenca parisiense. Sin embargo, de una forma general, las condiciones climáticas favorecen el desarrollo del bosque; en la época que nos ocupa el bosque parece reinar sobre todo el paisaje natural. A comienzos del siglo XX las posesiones de la abadía parisina de Saint-Germain-des-Prés se extendían por una región en la que el esfuerzo agrícola se había desarrollado más ampliamente que en otras partes, y sin embargo el bosque cubría aún las dos quintas

partes de este dominio. Hasta fines del siglo XII la proximidad de una amplia masa forestal influyó sobre todos los aspectos de la civilización: se pueden descubrir sus huellas tanto en la temática de las novelas cortesanas como en las formas inventadas por los decoradores góticos. Para los hombres de esta época el árbol es la manifestación más evidente del mundo vegetal.



Fig. 1. G. Fourquin: «Mapa de los bosques de la Alta Edad Media», en *Histoire économique de l'Occident médiéval*, A. Colin, collection «U», 1969.

No obstante, es preciso tener en cuenta dos observaciones; por un lado, los suelos son, en esta parte del mundo, de una extrema diversidad. Sus aptitudes varían notablemente en muy cortas distancias. La sabiduría campesina ha opuesto siempre las «tierras cálidas» a las «tierras frías», es decir, los suelos ligeros en los que el agua penetra fácilmente y el aire circula, que se dejan trabajar con facilidad, a los suelos duros, espesos, donde la humedad penetra mal, que resisten al útil de trabajo. En las pendientes de los valles o en las llanuras se dispone, pues, de terrenos en los que la capa forestal es menos resistente, en los que al hombre le resulta menos difícil modificar las formaciones vegetales en función de sus necesidades alimenticias. En el siglo VII el bosque europeo aparece sembrado de innumerables claros. Algunos son recientes y estrechos, como los que proporcionaron su alimento a los primeros monjes de Saint-Bavon de Gante; otros se extienden por amplias zonas, como aquéllos en los que, desde siglos, se mezclan los campos y la maleza en las llanuras de Picardía. Se debe notar, por otra parte, que en las proximidades del Mediterráneo la aridez estival, la violencia de las lluvias, las diferencias acusadas del relieve, la potencia de la erosión que arranca la tierra a las laderas de los valles y acumula en la parte inferior los depósitos no fértiles, hacen el bosque frágil, vulnerable al fuego que encienden los agricultores y los pastores; el bosque se reconstruye lentamente y se degrada con facilidad, y de modo definitivo, en matorral. En la franja meridional para producir las subsistencias hay que luchar más contra las aguas que contra el árbol. Se trata de domesticar éstas para proteger el suelo de las pendientes, para drenar los pantanos de las llanuras y para compensar con la irrigación la excesiva sequedad de los veranos.

A la vista de lo expuesto puede deducirse el papel determinante que desempeñan las variaciones climáticas. De la temperatura, y más aún de la humedad, de la repartición de las lluvias en el curso de las estaciones, dependen la resistencia más o menos

grande de las formaciones boscosas, el comportamiento de los suelos, el éxito o el fracaso del hombre cuando se esfuerza por extender el espacio cultivado. Ahora bien: no es posible actualmente creer que el clima ha permanecido estable en Europa durante los tiempos históricos. El historiador de una economía tan primitiva como la de la primera Edad Media no puede, por consiguiente, hacer abstracción de las fluctuaciones que, por ligeras que fueran, han modificado las condiciones de la lucha entre el hombre y la naturaleza. Lo difícil es fecharlas y estimar su amplitud. Los textos medievales apenas proporcionan, sobre estos puntos, indicaciones válidas. Sin duda, los cronistas de la época se muestran de ordinario muy atentos a los meteoros; anotan a lo largo de los años, entre las demás calamidades con las que la cólera divina castiga al género humano, los fríos excesivos y las inundaciones, pero sus apreciaciones son siempre subjetivas, imprecisas y ocasionales, y lo que interesa para este género de investigaciones son series continuas de anotaciones mensurables. Se ha intentado recurrir a la dendrología, es decir, al examen de los troncos de los árboles cuyos círculos concéntricos anuales reflejan, por la variación de su espesor, la mayor o menor vitalidad de la planta, es decir, sus reacciones a las influencias climáticas. Pero las especies arbóreas europeas son de longevidad insuficiente para proporcionar indicios aplicables a la Alta Edad Media. Los datos más útiles para el medievalismo siguen siendo, en Europa, los que proporciona el estudio de los avances y retrocesos de los glaciares alpinos. La turbera de Fernau, en el Tirol, situada en la proximidad de un frente glaciar, ha estado en varias ocasiones, en el curso de la historia, recubierta por los hielos. La acumulación de vegetales fue entonces interrumpida, y en el espesor de la turbera se pueden descubrir hoy día capas de arena más o menos espesas que se intercalan entre las capas de descomposición vegetal. Corresponden a los avances del glaciar. Es posible así proponer una cronología, evidentemente aproximada, de los

flujos y reflujos glaciares, es decir, de las oscilaciones climáticas, puesto que los movimientos del glaciar están directamente relacionados con las variaciones de la temperatura y de la pluviosidad. Parece ser, pues, que los Alpes han conocido, durante la Edad Media, un primer avance glaciar que se puede situar entre los comienzos del siglo V y la primera mitad del siglo VIII. Esta fase fue seguida de un retroceso que se prolongó hasta mediados del siglo XII, y la retirada de los hielos fue entonces, al parecer, claramente más acentuada de lo que lo es en la actualidad. Esto hace suponer que Europa occidental se benefició durante el período correspondiente al retroceso de los hielos de un clima más suave que el actual, y también menos húmedo: no se observa en las turberas la presencia de musgos higrófilos. Después, los glaciares progresan de nuevo desde mediados del siglo XII, y muy bruscamente: el glaciar de Aletsch recubrió en esta época todo un bosque de coníferas cuyos troncos momificados han quedado al descubierto tras el retroceso actual. Esta segunda fase activa termina hacia 1300-1350. Debe ser relacionada con un descenso de la temperatura media (débil, en realidad: los especialistas la creen inferior a un grado centígrado) y con un aumento de la pluviosidad cuyas huellas son visibles por todas partes: en las proximidades de una aldea provenzal ciertas grutas fueron abandonadas a mediados del siglo XIII a causa de las fuertes infiltraciones de agua provocadas, sin duda, por la agravación de las lluvias de verano y por la debilitación de la evaporación debida al descenso general de la temperatura.

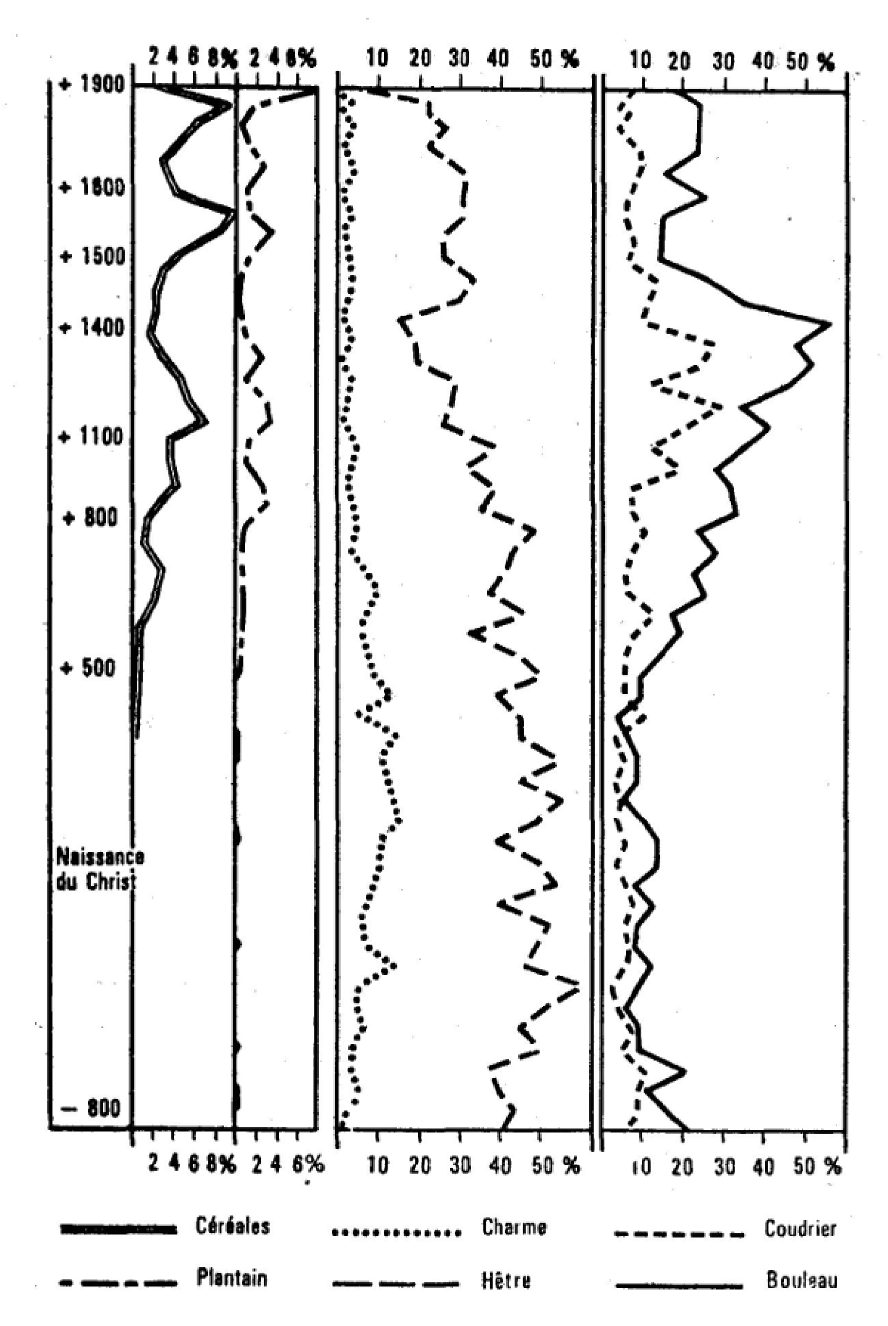


Fig. 2. «Diagrama de polen del Rotes Moor», según Delort: *Introduction aux sciences auxiliaires de l'histoire*. A. Colin, 1968. [Céréales: cereales; charme: hojaranzo; coudrier: avellano; plantain: llantén; hêtre: haya; bouleau: abedul.]

Los datos suministrados por la glaciología alpina pueden ser corroborados por fenómenos conocidos a través de testimonios de otro tipo y de otros lugares. Tal vez sea arriesgado establecer una relación directa entre las oscilaciones climáticas y la transgresión marina, cuya existencia acaba de ser establecida, que, poco después del año mil, sumergió los establecimientos humanos de las costas flamencas. En cambio, existen concordancias dignas de interés entre las alternaciones de flujos y reflujos glaciares y las modificaciones del manto vegetal que pone de manifiesto el examen del polen conservado en las turberas. El estudio de estos residuos vegetales permite sobre todo establecer una cronología, igualmente aproximada, de la extensión y la retracción de las formaciones forestales y la vecindad de las acumulaciones de turba. Uno de los primeros diagramas polínicos realizados muestra, en las llanuras del centro de Alemania, entre el siglo VII y mediados del XI, un retroceso progresivo del bosque al que siguió, en los siglos XIII y XIV, la lenta reconquista del espacio por el árbol. Recientemente, estudios realizados en las Ardenas han descubierto, separados por fases de retroceso, tres avances sucesivos del haya; fechados respectivamente en los alrededores de los años 200, 700 y 1200, corroboran lo que sugieren las observaciones glaciológicas en cuanto a las oscilaciones de larga duración del clima europeo. Por imprecisos que sean estos indicios, su convergencia permite fundamentar la hipótesis —y esto es lo interesante para nuestro propósito— de que hubo en Europa occidental un clima menos húmedo y más cálido entre el siglo VIII y la segunda mitad del XII, es decir, en el momento en el que se insinúa el primer despegue de un crecimiento económico que, como veremos, fue esencialmente agrícola.

Sería temerario afirmar que nos hallamos ante una estrecha correlación de estos dos fenómenos y no ante una simple coincidencia; los efectos de la coyuntura climática sobre las actividades humanas no son tan simples y, además, hay que considerar que la

fluctuación fue ciertamente de escasa amplitud, demasiado escasa al menos para que la elevación de la temperatura y la reducción de la pluviosidad hayan podido determinar en el manto vegetal cambios de especie. Sin embargo, incluso si el aumento de las medias térmicas anuales, como se puede suponer en la hipótesis más prudente, fue inferior a un grado centígrado, no dejó, en el estado de las técnicas agrícolas de la época, de repercutir sobre las aptitudes de los suelos cultivados; observemos, en efecto, que tal variación corresponde poco más o menos a la diferencia existente en la Francia actual entre el clima de Dunkerque y el de Rennes, entre el clima de Belfort y el de Lyon. Además, todo hace creer que este aumento de temperatura fue acompañado de una relativa sequedad, y esto es lo importante. Investigaciones realizadas en base a documentos ingleses correspondientes a una época ligeramente posterior a la que aquí estudiamos han establecido, en efecto, que en los campos europeos sometidos a la influencia atlántica la cosecha cerealista no se vio afectada por las oscilaciones térmicas, pero era tanto mejor cuanto más secos eran el verano y el otoño y, por el contrario, se hallaba comprometida por lluvias demasiado abundantes, sobre todo cuando el exceso de pluviosidad se situaba en el período otoñal[1]. No se puede, por tanto, olvidar este dato que nos ofrece la moderna historia del clima: en los campos de Europa occidental que estaban a principios del siglo VII todavía sumidos en la hostilidad de un largo período de humedad fría, las condiciones atmosféricas, según todas las apariencias, se hicieron poco después y de forma lenta más propicias a los trabajos de la tierra y a la producción de las subsistencias. De esta ligera mejoría se beneficiaron, sobre todo, las provincias septentrionales; en la zona mediterránea, en cambio, el aumento de la aridez hizo, sin duda, más frágil la cobertura forestal y, por consiguiente, más vulnerable el suelo a los efectos destructores de la erosión.

CONJETURAS DEMOGRÁFICAS

Cuando se intenta conocer, en el umbral del período que estudiamos, la implantación humana, se tropieza con dificultades prácticamente insuperables. Los documentos escritos no proporcionan casi ninguna indicación; las primeras relaciones susceptibles de ser utilizadas por el demógrafo no aparecen hasta comienzos del siglo IX en los inventarios de algunos grandes dominios carolingios; todas proceden de zonas muy concretas en las que se había extendido el uso de la escritura en la administración, es decir, de las regiones situadas entre el Loira y el Rin, por un lado, y de Italia del norte, por otro; además, todas se refieren a islotes de poblamiento muy restringidos. La arqueología podría darnos indicios más numerosos y menos desigualmente repartidos en el espacio, pero las investigaciones son todavía muy escasas. La prospección arqueológica descubre restos de hábitat cuya interpretación demográfica es muy delicada. Del estudio de las sepulturas y de los restos humanos que contienen se pueden obtener algunas informaciones sobre el sexo, la edad y, a veces, la complexión biológica de los inhumados; con estos datos es posible atreverse a construir tablas de mortalidad, pero antes es preciso inventariar el cementerio entero, estar seguro de que todos los habitantes del lugar fueron sepultados en él, de que no ha habido fenómenos de segregación en función de la condición social o de la pertenencia a un grupo étnico, y, por último, hay que delimitar el período de utilización de la necrópolis, es decir, hay que fechar las tumbas. Es posible hacerlo, con una cierta aproximación, cuando los sepulcros contienen objetos funerarios, pero el progreso de la cristianización y las modificaciones

que este progreso determinó en el culto a los muertos hacen desaparecer, con el transcurso del tiempo, todos los elementos de datación. Problemas técnicos, en suma, de difícil solución, que limitan extraordinariamente el valor de los descubrimientos. Muy hipotéticos también son los resultados de las investigaciones que, mediante el examen de los territorios cultivados, de los suelos y de los restos florales, intentan delimitar el área de la ocupación humana en estas épocas antiguas. En una palabra, toda conjetura demográfica relativa a esta época se basa en fundamentos muy frágiles.

Al menos, la impresión de conjunto es que el siglo VII se sitúa, en la historia del poblamiento de Europa, al final de una larga fase de regresión que, sin duda, se relaciona con las fluctuaciones climáticas. Parece probable que el mundo romano se vio afectado a partir del siglo II de la era cristiana por un movimiento de descenso demográfico; esta lenta debilitación parece haberse acentuado bruscamente en el siglo VI por la aparición de una epidemia de peste negra. Según el historiador bizantino Procopio, el mejor testigo de estas calamidades, el mal se extendió en 543-546 a través de Italia y de España, invadió una gran parte de la Galia y llegó hasta las orillas del Rin superior y medio. Sabemos por la descripción de Gregorio de Tours que, efectivamente, se trataba de la peste bubónica, que hizo su aparición después de unas inundaciones catastróficas, que atacó a toda la población, y sobre todo a los niños y que provocaba la muerte inmediata. Como después del segundo ataque del mismo azote que Europa sufrió a mediados del siglo XIV la epidemia siguió causando víctimas durante más de medio siglo, surgiendo nuevos brotes de peste como los señalados por los textos en el año 563 en Auvernia; en el 570, en Italia del norte, en Galia y en España; en el 580, en el sur de Galia; la epidemia hace estragos en Tours y en Nantes en 592; reina entre el 587 y el 618 en Italia y en Provenza. Ningún dato numérico permite la menor evaluación de los

efectos de la mortalidad. En Italia, a los de la peste se unen los de la guerra provocada por la invasión lombarda. Las observaciones de los arqueólogos descubren, en todo caso, una disminución sensible del poblamiento, que no se limita a los lugares de los que sabemos por los textos que fueron atacados por la peste; en Alemania se observa un claro retroceso de la ocupación humana tanto en el sudoeste como en las costas del mar del Norte: el yacimiento de Mahndorf, al sudeste de Bremen, estaba ocupado por ochenta campesinos entre el 250 y el 500; entre el 500 y el 700 los habitantes eran, como máximo, una veintena; la zona costera, poblada hacia el año 400, parece vaciarse después de un modo total.

Ciertas evaluaciones de conjunto de la población europea han sido realizadas para el siglo VI; proponen una estimación de 5,5 habitantes por kilómetro cuadrado en Galia, de 2 en Inglaterra —que tendría menos de medio millón de habitantes—, de 2,2 en Germania, donde, en las regiones más intensamente ocupadas, el espacio cultivado habría abarcado del 3,5 al 4 por 100 de la superficie total. Mantengamos la mayor prudencia respecto a estas cifras; su único interés radica en mostrar cuán escasos eran los hombres en Europa en el inicio del movimiento de progreso que nos proponemos observar. Estas tierras boscosas estaban prácticamente vacías. Además, sus habitantes aparecen en estado de desnutrición: los esqueletos y la dentición recogidos en las sepulturas revelan la existencia de fuertes deficiencias alimenticias que explican la vulnerabilidad de la población a los ataques de la peste. Epidemias no identificadas están atestiguadas todavía en Inglaterra en el 664; en Italia, hacia el año 680; en el 694, en la región de Narbona; un nuevo recrudecimiento de la peste se produce hacia el 742-743; la despoblación, el abandono de las tierras cultivadas y su conversión en zonas pantanosas provocan la instalación endémica de la malaria en las llanuras mediterráneas. En este vacío humano el espacio es sobreabundante. En es-

tas condiciones la base de una fortuna no es la posesión del suelo, sino el poder sobre los hombres, sin embargo tan míseros, y sobre sus muy pobres útiles de trabajo.

LOS ÚTILES DE TRABAJO

De estos útiles apenas sabemos nada. Son peor conocidos que los de los campesinos del Neolítico. Los textos, los raros textos de esta época, no nos enseñan nada sobre ellos; nos dan palabras, y aun en estos casos se trata de palabras latinas que traducen torpemente el lenguaje vulgar, anticuadas e incapaces de expresar la realidad cotidiana. Bajo estos vocablos, ¿cómo conocer el objeto, su forma, su materia, en definitiva, su mayor o menor eficacia? Del *aratrum* o de la *carruca*, mencionados de vez en cuando por los documentos escritos muy poco prolijos que han intentado a lo largo de los siglos describir los trabajos agrícolas, ¿qué podemos conocer? Los dos términos, sin duda intercambiables —el primero es utilizado por los escribas más letrados, porque procedía del vocabulario clásico; el otro traduce más fielmente el habla popular—, evocan solamente un instrumento arrastrado por un tiro y destinado a la labor. La segunda palabra indicaría, como máximo, que el útil estaba provisto de ruedas, pero ninguna glosa permite definir cuál era la traza de su reja, si su acción se ampliaba con el añadido de una vertedera, es decir, si el labrador disponía de un verdadero arado, capaz de remover el suelo y de airearlo en toda su profundidad, o solamente de un arado cuya reja simétrica podía, como máximo, abrir un surco sin remover la tierra. Los descubrimientos arqueológicos no han proporcionado casi nada que pueda iluminar, para esta época, la historia de la tecnología campesina.

Y tampoco se puede esperar mucho de la iconografía, por otra parte muy deficiente; de hecho, nada nos permite juzgar si tal imagen intenta reproducir el espectáculo de la vida contemporánea o si, inspirándose en modelos de talleres antiguos o exóticos, presenta formas puramente simbólicas y desprovistas de toda referencia a lo cotidiano, sin preocuparse por el realismo. La falta de informaciones seguras relativas a los aperos de labranza es particularmente lamentable. ¿Cómo hacerse una idea de las fuerzas productivas si se ignora todo sobre los útiles de trabajo?

En una oscuridad tan profunda resulta obligado recurrir a documentos más tardíos, a los textos que el renacimiento de la escritura, estimulado por la administración carolingia, hizo surgir a fines del siglo VIII. Precisemos antes de nada que estos escritos se refieren sólo a los dominios más amplios y a los mejor organizados, es decir, a sectores de vanguardia de la técnica agrícola. Los pesquisidores, a los que se confió la misión de realizar el inventario de estas grandes explotaciones, tenían órdenes de enumerar los útiles de los que disponía cada centro y especialmente los utensilios de metal, que eran los de más valor. He aquí una de estas relaciones. Conservada en un manuscrito del primer tercio del siglo IX, se refiere a un gran dominio real, al de Annappes, situado en los confines de Flandes y de Artois: «Útiles: dos barreños de cobre, dos vasos para beber, dos calderos de cobre, uno de hierro, una sartén, unas llares, un morillo, un portaantorchas, dos destrales, una doladera, dos taladros, un hacha, un raspador, una garlopa, una llana, dos guadañas, dos hoces, dos palas de hierro. Útiles de madera suficientes[2]». Del texto copiado se desprenden claramente los hechos siguientes: los objetos cuidadosamente inventariados a causa de su valor son ante todo utensilios de cocina o de hogar y, además, algunos útiles destinados al trabajo de la madera; en esta explotación muy amplia en la que se criaban cerca de doscientas reses bovinas los únicos instrumentos de metal empleados en la agricultura estaban destinados a cortar

la hierba y el trigo o a remover la tierra a mano; el dueño no poseía más que un número reducido de ellos, sin duda porque los cultivadores de la tierra venían en su mayor parte de fuera y llevaban consigo sus propios aperos; ningún instrumento aratorio es mencionado entre los útiles metálicos. La utilización del hierro parece, pues, extremadamente limitada en el equipo agrícola, y la rareza del metal se halla confirmada por otros textos. La Ley sálica, cuya primera redacción latina es de 507-511, y que sufrió añadidos y modificaciones constantes a lo largo de los siglos VII y VIII, castigaba con una fuerte multa el robo de un cuchillo. El capitular *De villis*, guía redactada hacia el año 800 para uso de los administradores de las propiedades reales, les recomendaba que realizaran atentamente el inventario de los herreros, de los *ministeriales ferrarii*; a su paso por Annappes, los pesquisidores han anotado que no había ningún herrero en el dominio. En el gran monasterio de Corbie, en Picardía, cuya economía interna conocemos bastante bien gracias a los estatutos promulgados por el abad Adalardo en el año 822, existía un solo taller para el que se compraba hierro de modo regular y donde se llevaban a reparar todos los útiles de trabajo de los diferentes dominios rurales; pero allí no se fabricaban los arados empleados en la huerta de la abadía; proporcionados por los campesinos, eran construidos y reparados con sus propias manos y, por consiguiente, parece, sin utilizar el metal. Nos inclinamos a pensar, por tanto, que en las grandes explotaciones agrícolas sobre las que nos informan los manuscritos de la época carolingia —a excepción tal vez de los redactados en Lombardía que hablan más a menudo de los herreros y que aluden a algunos colonos obligados a entregar en censo rejas de hierro—, el arado, el instrumento básico para el cultivo de los cereales, figuraba entre los útiles de madera olvidados por los redactores de los inventarios que se contentaban con anotar que había «suficientes». El arado no era construido por un especialista, capaz de trabajarlo de manera más compleja y eficaz,

sino en la casa campesina. Se puede pensar que su punta de ataque, en su totalidad de madera endurecida al fuego, y en el mejor de los casos recubierta de una delgada lámina de metal, era poco capaz, incluso cuando el útil fuera muy pesado, estuviera provisto de ruedas y lo arrastraran seis u ocho bueyes, de remover suelos compactos. No podía ni siquiera remover bastante profundamente las tierras ligeras para estimular vigorosamente la regeneración de sus principios de fertilidad. Frente a la potencia de la vegetación natural el arado era un arma irrisoria.

De hecho, no es seguro que el personal de los grandes dominios que describen los inventarios del siglo IX haya estado tan bien equipado como los cultivadores de las comarcas más salvajes. Estas explotaciones pertenecían casi todas a monjes, es decir, a hombres letrados, influidos por los modelos clásicos de la agricultura romana, que intentaban aplicar sus fórmulas a la puesta en valor de la tierra. Pero la civilización romana, porque era predominantemente mediterránea, porque el Mediterráneo es pobre en metales, porque los suelos arables son frágiles, porque la labor no consiste en dar la vuelta a la tierra, sino tan sólo en romper la costra superficial y en destruir la vegetación parasitaria, no se había preocupado del perfeccionamiento de las técnicas aratorias: desde el comienzo de nuestra era los romanos habían descubierto con sorpresa que los «bárbaros» empleaban unos aperos agrícolas menos rudimentarios que los suyos, y pese a todo no habían intentado apropiárselos. Durante la Alta Edad Media algunos indicios permiten atribuir una cierta superioridad técnica a regiones menos «civilizadas» que la región de la Isla de Francia. El estudio de las lenguas eslavas nos informa, por ejemplo, de que el arado verdadero, no el arado romano, estaba lo suficientemente extendido por Europa central como para recibir un nombre específico antes de las invasiones húngaras que separaron a los eslavos del sur de los del norte, es decir, antes del siglo X. En Moravia, en los Países Bajos, los arqueólogos han descubierto

objetos de hierro que, tal vez, son rejas de arados. La ilustración de un manuscrito inglés del siglo x muestra, en acción, un instrumento de labor provisto de una vertedera. El poeta Ermoldus Nigellus evoca las rejas de hierro en el siglo IX, a propósito de Austrasia, es decir, de la provincia más salvaje de la Galia, y si en su *Colloquium*, cuyo manuscrito con la versión latina data de los alrededores del año mil, el anglosajón Aelfric Grammaticus hace decir al *lignarius*, al artesano de la madera, «yo fabrico los útiles», atribuye al herrero un papel fundamental en la confección del arado, que debe a este trabajador del hierro sus accesorios más eficaces y lo mejor de su potencia. Estas indicaciones dispersas nos inducen a suponer que, durante la segunda mitad del primer milenio, los pueblos herreros de la Germania primitiva, en la oscuridad total que recubre en estos momentos la historia de las técnicas, tal vez han extendido, poco a poco, el uso del metal en los instrumentos agrícolas.

Conservemos, sin embargo, la imagen global de una sociedad agraria mal equipada y obligada, para producir sus alimentos, a enfrentarse a la naturaleza con las manos casi desnudas. El aspecto muy clareado que presenta en el siglo VII la ocupación del suelo depende tanto de la precariedad de equipos como de la insuficiencia demográfica. Las tierras cultivadas permanentemente son raras; se reducen estrictamente a los suelos menos resistentes al trabajo campesino. De estos campos los hombres sacan una parte de su alimento, pero sólo una parte. Mediante la recogida de los frutos salvajes, a través de la pesca o de la caza —la red, la trampa, todos los ingenios de captura son, y serán por mucho tiempo, armas primordiales en el combate por la supervivencia—, y gracias a la práctica intensiva de la ganadería los hombres encuentran suficientes alimentos en las riberas, en el río, en las tierras baldías y en el bosque.

La fisonomía del paisaje refleja la densidad del poblamiento y el estado de los útiles de trabajo; pero también el sistema de cultivo que, a su vez, depende de las tradiciones alimenticias. En efecto, no hay que pensar que una sociedad humana se alimenta de lo que la tierra en la que está asentada podría producir más fácilmente; la comunidad es prisionera de hábitos que se transmiten de generación en generación y que difícilmente se dejan modificar; en consecuencia, lucha encarnizadamente para vencer la resistencia del suelo y del clima, con el fin de obtener los alimentos cuyo consumo le imponen sus costumbres y sus ritos. El historiador debe, previamente, informarse sobre ellos cuando intenta imaginarse cuáles eran los usos agrícolas en el pasado.

Se puede pensar que el encuentro y la fusión progresiva de la civilización romana y de la civilización germánica, cuyo escenario fue Europa occidental durante el comienzo de la Alta Edad Media, favorecieron, entre otras cosas, la confrontación de tradiciones alimenticias sensiblemente diferentes. Recordemos el asco que inspiraba al galorromano Sidonio Apolinar la forma en que se alimentaban los bárbaros con los que se codeaba: su cocina, a base de mantequilla y de cebolla, le parecía repugnante. De hecho, durante los siglos VII y VIII se enfrentaron también dos maneras de explotar los recursos naturales y, por consiguiente, dos tipos de paisaje: un tipo romano, en vías de degradación, y un tipo germánico, en vías de perfeccionamiento, que progresivamente se interpenetraron.

Algunos textos nos dan a conocer, para esta época, el modelo de alimentación legado por Roma. Sabemos, por ejemplo, que los pobres mantenidos en los hospicios de Luca recibían cada día, en el año 765, un pan, dos medidas de vino y una escudilla de legumbres condimentadas con grasa y aceite. Las indicaciones más

consistentes nos las proporcionan los capítulos XXXIX y XL de la regla promulgada por San Benito de Nursia a fines del siglo VI para las comunidades monásticas de Italia central. Estos preceptos señalan, para los diversos períodos del calendario litúrgico, el número de comidas, la clase de alimentos que deben ser consumidos, e incluso la medida de las raciones. Digamos brevemente que la regla de San Benito ordena servir en el refectorio platos compuestos, como en los primeros tiempos del monaquismo, de «hierbas», de «raíces» y de leguminosas; añade, en cantidad muy sustancial, pan y vino a estos alimentos, que se consumen crudos o cocidos y que no aparecen sino como acompañamiento del pan, el *companagium*. Notemos que se trata en este caso de un régimen muy especial, compuesto para hombres que se habían comprometido a la abstinencia y que, de modo especial, se prohibían, salvo en caso de desfallecimiento físico, el consumo de la carne de los cuadrúpedos. Evidentemente, y puesto que esta prohibición es presentada como una privación difícil y eminentemente saludable, en el régimen normal de esta región había lugar para la carne. Se debe pensar, sin embargo, que San Benito y los maestros en los que se inspiraba, animados por un espíritu de moderación, no se habían alejado excesivamente, cuando dispusieron estos reglamentos alimenticios, de las costumbres habituales de la sociedad rural de su tiempo. Verdaderamente, la sociedad mediterránea esperaba de la tierra, de acuerdo con la tradición romana, ante todo cereales panificables y vino; después, habas y guisantes, «hierbas y raíces» cultivadas en el huerto, y, por último, aceite.

Esta manera de alimentarse se acomodaba al estilo de existencia que la colonización romana había implantado, desde hacía tiempo, en la proximidad de las ciudades, hasta en Bretaña y en las orillas del Rin, y que los germanos quisieron apropiarse, porque, a sus ojos, caracterizaba a la élite civilizada del mundo feliz cuya entrada habían forzado. Tales costumbres alimenticias se

habían impuesto como modelo gracias al prestigio que les otorgaba el hecho de estar relacionadas con la civilización clásica. Uno de los signos elementales de la promoción cultural fue, por tanto, comer pan y beber vino, consumir estas dos especies que los ritos mayores del cristianismo proponían como el símbolo mismo de la alimentación humana. El amplio movimiento que hace difundirse este tipo de alimentación «civilizada» aparece en pleno desarrollo en el siglo VII: la implantación en las zonas salvajes del norte y del este de nuevas comunidades monásticas cuyos miembros estaban obligados, por textos precisos, a alimentarse como los campesinos italianos contemporáneos de Benito de Nursia, contribuyó a propagar estas prácticas alimenticias. Pero adoptarlas obligaba a importar ciertos productos —los monjes de Corbie, en Picardía, obtenían el aceite en el puerto provenzal de Fos, adonde lo llevaban, de más lejos aún, los navíos— o a poner en funcionamiento un sistema de cultivo apropiado, basado en la producción de cereales panificables y en la viticultura. Los principios y los modelos de tal sistema podían encontrarse en los escritos de los agrónomos latinos que se veneraban por la misma razón que los restantes vestigios de la literatura clásica, recopilados como ellos en los escritorios de los monasterios: el manuscrito más antiguo de los *gromatici* que se conserva procede de la abadía italiana de Bobbio y está fechado en el siglo VII. Aunque el clima de un amplio sector de Europa occidental fuese, sobre todo a causa de la excesiva humedad, poco favorable para el cultivo del trigo y menos favorable aún para el de la viña, el sistema se había extendido ampliamente. Y seguía extendiéndose. Se siente uno tentado de pensar que la lenta modificación de la temperatura y de la pluviosidad favorecían sus progresos. Los miembros de la aristocracia, y en primer lugar los obispos, cuyo papel fue esencial en el mantenimiento de las formas superiores de la civilización antigua, habían creado viñedos en las proximidades de sus residencias y fomentado la extensión de su cultivo.

De esta forma se había extendido, muy lejos de su cuna meridional, un cierto tipo de paisaje.

Este paisaje, cuya base es el campo permanente, había sido concebido inicialmente en función de una agricultura de llanura, que en los países mediterráneos exige una organización colectiva aplicada a la domesticación de las aguas. En las provincias más estrechamente sometidas a Roma esta organización se había desarrollado en el marco ortogonal, rígido, estático, de la centuriación, cuyas huellas, muy claras todavía bajo la red catastral actual, permite observar la fotografía aérea en África del norte, en Italia, en el valle del bajo Ródano. Los amplios espacios dedicados al cultivo de los cereales y a las plantaciones de viñas y de olivares se hallaban repartidos entre grandes explotaciones compactas, de superficie cuadrangular. En las regiones más alejadas del Mediterráneo la implantación de campos y viñas se había realizado, de forma cada vez menos homogénea, en suelos cada vez más escasos y dispersos que parecían propicios a la creación de claros agrícolas alrededor de *villas* aisladas. En este sistema la producción de cereales se basaba en una rotación bienal del cultivo: la tierra sembrada durante un año era dejada en reposo al siguiente; en este barbecho sólo se sembraban algunas leguminosas. Esta disposición, así como la presencia de la viña, exigía una clara separación entre las zonas de pasto y las tierras de labor: al *ager* se oponía vigorosamente el *saltus*, la zona reservada al ganado. Tomemos el ejemplo de Auvernia, este islote privilegiado de la romanidad en el corazón de Galia, cuyo paisaje agrario podemos entrever a través de algunas noticias dispersas en la obra de Gregorio de Tours, que procedía de allí. El contraste es considerable entre Limagne —«que está cubierta de mieses y no tiene bosques», donde la falta de madera obliga a hacer fuego con la paja y cuya agricultura de llanura está constantemente amenazada por la inundación y por el retorno conquistador de la ciénaga — y las montañas que la rodean, los *saltus montenses*, la *silva*, do-

minio de los cazadores domésticos, que proveen de caza a las viviendas aristocráticas de la llanura, dominio de los eremitas que han querido huir del mundo, dominio sobre todo de los pastores, amplia zona de pasto para las ovejas y que, en grandes sectores, pertenece al Estado, al que los ganaderos pagan derechos de pasto.

Este contraste es decisivo en la repartición del hábitat. En el *saltus* se mantienen formas primitivas de asentamiento, anteriores a la conquista romana, aldeas de altura, instaladas en el cruce de caminos muy antiguos, cuya red en forma de estrella, todavía visible actualmente en algunas partes de la topografía de los campos, difiere sensiblemente de la red regular y ortogonal impuesta más recientemente en las llanuras por la centuriación. A estos *castella*, para utilizar una expresión de Sidonio Apolinar, se oponen las *villas* diseminadas por el *ager*. El vocabulario de los escritores del siglo VII distingue, por una parte, las residencias de los señores (*domus*), situadas en el centro de los grandes dominios —rodeadas de edificios de explotación y de cabañas en las que viven los servidores domésticos, cada una de ellas es el centro de un importante núcleo de población— y, por otro lado, las casas de los campesinos (*casae*), igualmente dispersas en medio de los campos —el seto que las protege abriga también, junto a construcciones elementales, los graneros y las tinajas en las que se conservan las reservas de provisiones. De trecho en trecho aparece un *vicus*, una pequeña aglomeración de agricultores; estos centros, por el momento abiertos y sin murallas— se han contado trece en la baja Auvernia y cerca de noventa en la diócesis de Le Mans —, se han convertido en el siglo VI en las sedes de las primeras parroquias rurales. En el aspecto religioso al menos, las *villae* de los alrededores son consideradas como sus satélites.

Realmente, estas estructuras representan un vestigio del pasado, en vías de degradación como todas las realizaciones de la civilización romana. Y una de las razones de su progresiva degra-

dación se halla en el hecho de que las tradiciones alimenticias sufren una lenta modificación. En Galia, puesto que los contactos comerciales disminuyen y hay que vivir de lo que se tiene a mano, el uso del tocino, de la grasa, de la cera, tiende a desplazar al aceite en la alimentación y en la iluminación. Idénticos cambios se producen en Italia del norte por influencia de las costumbres importadas por los invasores germánicos, cuyo prestigio de guerreros victoriosos las hace atractivas: en Italia, la ración diaria de los artesanos especializados como los *maestri comacini* —la conocemos por reglamentos de mediados del siglo VII— concede un amplio lugar a la carne de cerdo. En las casas de los ricos cada vez se consume más caza. Es decir, los productos del *saltus*, de la naturaleza salvaje, tienen una función cada vez más importante en la alimentación de los hombres. Pero el paisaje de tipo romano se degrada también porque la agricultura de llanura, recordémoslo, es frágil. La amenazan y la destruyen poco a poco las actividades de los merodeadores —a los que la incapacidad del poder público deja en libertad, y que convergen hacia los lugares en los que se acumulan las riquezas fáciles de tomar— y el abandono de las organizaciones colectivas de drenaje, incapaces en adelante de contener eficazmente la acción de las aguas. Insensiblemente, las zonas bajas del *ager* se despueblan y quedan abandonadas. A lo largo del siglo VII innumerables *villae*, cuyo emplazamiento en medio de tierras de labor descubren los arqueólogos, son abandonadas, mientras que los *vici* pierden su carácter y se convierten en simples *villae*. Estos fenómenos coinciden con la disminución general de la población. Pero pudiera ser, igualmente, que desde esta época se haya iniciado en ciertas regiones de la Europa mediterránea, en Italia central, un lento movimiento de transformación del hábitat, un reflujo hacia los lugares encaramados en las alturas, una revigorización de los marcos primitivos del poblamiento indígena. La decadencia de Roma se manifiesta también por este retorno a tipos de aldeas y a sistemas

de cultivo que se habían organizado en otro tiempo en función no del *ager*, sino del *saltus*, y de una amplia explotación de la naturaleza salvaje, es decir, a tipos de aldeas y a sistemas de cultivo muy próximos a los germánicos.

Los paisajes de tipo germánico aparecen en estado puro en las regiones no influidas por la civilización romana, como el país de los sajones, o apenas desfloradas, como Inglaterra. En esta zona septentrional de Europa la ocupación humana era muy débil, tres veces menos densa, según hemos dicho, que en Galia; las condiciones climáticas y edafológicas obligaban, antes de sembrar los cereales, a voltear la tierra en profundidad con un instrumento arrastrado o, de forma sin duda más eficaz, a mano, con ayuda de una azada o una laya. Las necesidades técnicas y el escaso número de brazos obligaban a reducir los campos de cultivo a las tierras más aptas, a los loess de las llanuras en Germania, a los bordes aluviales de los ríos en Inglaterra. Es probable que en estas regiones salvajes los claros arables estuvieran desde el siglo VII en vías de ampliación: sin duda, en esta época, las tierras pesadas de las Middlands fueron poco a poco colonizadas por la agricultura tal vez gracias a una extensión de la esclavitud y a una mayor utilización de la mano de obra servil en el trabajo de los campos. A pesar de todo, en Germania el hábitat rural seguía estando muy disperso en aldeas de reducida importancia: en una zona próxima a Tubinga, en Alemania del sudoeste, en un terreno sin embargo particularmente fértil y fácil de cultivar, los arqueólogos calculan que había, a comienzos del siglo VI, solamente dos o tres explotaciones agrícolas que no alimentaban a más de veinte personas; en el valle del Lippe, las aglomeraciones que se han descubierto raramente reúnen más de tres hogares. Los arqueólogos se imaginan el espacio cultivado alrededor de cada uno de estos puntos de poblamiento como un islote muy reducido, limitado como máximo a una decena de hectáreas. Este *in-field*, de extensión irrisoria, estaba ante todo ocupado por

huertos situados en la proximidad inmediata de las casas; sometidos a un trabajo constante, enriquecidos por los detritus familiares y por el estiércol del corral, estos lotes formaban con mucho la parte más productiva del área explotada; en ellos había algunos árboles frutales, escasos todavía: los artículos de la ley sálica castigan con fuertes multas a los ladrones de frutos. Por lo que se refiere a los campos de labor parece que no cubrían totalmente el resto del pequeño claro. Los germanos —Tácito lo había ya señalado en la célebre fórmula: *Arva per annos mutant et superest ager*— practicaban una rotación periódica del cultivo cerealista y a un ritmo mucho más flexible que en los campos romanizados; abandonaban al yermo durante muchos años las parcelas cuya fertilidad comenzaba a agotarse, dejaban pastar en ellas a sus ganados y abrían nuevos campos de labor un poco más lejos en suelos a los que un cierto tiempo de descanso había regenerado. De este modo se extendía, más allá del espacio vital reservado a los huertos, es decir, a un cultivo en el que el abono y el trabajo manual permitían la explotación permanente, una zona en la que se mezclaban lo que las primeras actas escritas en Germania para garantizar la posesión territorial —son tardías; la más antigua conservada es del año 704— llaman *rothum*, es decir, campos momentáneamente abandonados, y *nova*, la tierra nuevamente puesta en explotación. En el momento en que la simiente comenzaba a crecer se levantaban «señales» para prohibir el paso y la ley castigaba a los que no respetaban estas prohibiciones. El área en la que se desplazaban lentamente las cosechas y en la que abundaban los árboles estaba delimitada por setos cuya importancia jurídica está atestiguada por todas las leyes de los pueblos germánicos; estas cercas tenían como finalidad proteger la tierra en explotación de los daños causados por los animales salvajes; pero ante todo eran el símbolo de la apropiación del suelo por los habitantes de la aldea. Tras este límite existía un nuevo círculo, más amplio, sometido a la explotación colectiva de la comu-

nidad campesina; en él pastaban los rebaños desde primavera hasta otoño, se practicaba la caza, la recogida de frutos silvestres, se recogía la madera para las casas, las empalizadas, los útiles y el fuego. El bosque estaba en estas zonas fuertemente degradado por todas estas prácticas, pero más lejos se mantenía intacto y a veces en muy amplias extensiones. El paisaje de Inglaterra difería poco del entrevisto en Germania; indudablemente, en ciertas partes de Inglaterra, especialmente en el sudeste, los claros eran más numerosos; y, sobre todo, las aldeas estaban muy poco alejadas una de otras y en ocasiones sus campos cultivados se juntaban; se disponía, pues, de espacios continuos de campos abiertos; alrededor de las parcelas sembradas se elevaban setos temporales que eran derribados después de las recolección para levantarlos nuevamente con la aparición de los cereales. Ciertos textos, especialmente las estipulaciones de las leyes del rey Ine, que datan del siglo VII, revelan la existencia, junto a las parcelas de labor que poseía cada familia, de praderas de propiedad colectiva y de amplias superficies boscosas clareadas por islotes de cultivo intermitente y por grandes áreas de pastos, los *wealds*, comunes a varias aldeas. Mientras que, según los documentos del siglo X, el conjunto del espacio inculto aparecía claramente delimitado y repartido entre las diferentes aldeas, las primeras actas escritas, que son anteriores en tres siglos, muestran que en aquel momento las comunidades campesinas instaladas a lo largo de los cursos de agua aún no se habían repartido las zonas abandonadas a la vegetación salvaje.

Los escasos indicios de que disponemos para conocer la alimentación humana en esta parte «bárbara» de Europa muestran que en ella se consumía igualmente el cereal. En tiempos del rey Ine los súbditos obligados a avituallar la casa real entregaban panes y cerveza, y los arqueólogos que han medido la superficie de los establos descubiertos en las zonas de hábitat antiguo en las orillas alemanas del Mar del Norte creen que los productos de la

ganadería no podían asegurar más de la mitad de la subsistencia de los habitantes. Pero la importancia del trigo era mucho menor que en las comarcas romanizadas. Los campesinos ingleses proporcionaban a su soberano, y en cantidades apreciables, queso y mantequilla, carne, pescado y miel. Basándose en los descubrimientos arqueológicos, W. Abel ha calculado que los campos cultivados cerca de las aldeas de Alemania central eran demasiado poco extensos para procurar más de un tercio de las calorías necesarias a quienes los cultivaban. Debían, pues, extraer la mayor parte de sus alimentos de la horticultura, de la recogida de frutos, de la pesca, de la caza y de la ganadería. El paisaje cuyas huellas se descubren en la Europa bárbara responde indudablemente a un sistema de producción más pastoril que agrícola. Sabemos que la ganadería estaba mezclada y que la proporción de las diferentes especies animales variaba de acuerdo con las aptitudes naturales. Los bueyes y las vacas eran más numerosos en las zonas donde predominaba la hierba en la vegetación natural: en el territorio de una pequeña aldea de Germania a orillas del Mar del Norte, que estuvo ocupada entre los siglos VI y X, los esqueletos de animales se distribuyen de la siguiente manera: ganado bovino, 65 por 100; ovino, 25 por 100: porcino, 10 por 100. No obstante, de una manera general, y puesto que en casi todas partes el bosque de encinas y de hayas constituía el elemento principal del paisaje, la cría del cerdo era el gran suministrador de los alimentos cárnicos: en el título II de la ley sálica dieciséis artículos tratan de los robos de cerdos, y precisan minuciosamente, según la edad y el sexo del animal, la tarifa de indemnización; los bosques ingleses se hallan cubiertos de *denns*, es decir, de instalaciones dedicadas a la ceba de los cerdos.

La asociación íntima de la ganadería y de la agricultura, la compenetración del campo de labor y del espacio pastoril, boscoso y herbáceo, es sin duda el rasgo que más claramente diferencia el sistema agrario «bárbaro» del sistema romano, en el que

el *ager* y el *saltus* aparecen disociados. Sin embargo, la distinción entre los dos sistemas se hallaba durante la Alta Edad Media en proceso de progresiva atenuación. Porque, por una parte, en su conjunto, el mundo romano volvía a la barbarie; porque, por otro lado, el mundo bárbaro se civilizaba; porque tal vez la penetración del cristianismo destruía lentamente los tabúes paganos que se oponían a la roturación de los bosques; porque seguramente los hombres salvajes se acostumbraban poco a poco a comer pan y a beber vino. En el corazón de los bosques alemanes el estudio del polen de las turberas demuestra en los siglos VI y VII, pese a los brotes de peste y a todas las mortalidades, el avance lento pero continuo de los cereales a expensas de los árboles y del matorral. Tácito se había extrañado de que los germanos de su tiempo «no exigían a la tierra más que cosechas» y no plantaban viñas; ahora bien, éstas reciben ya una protección especial en el código penal de la ley sálica, y cuando, en el siglo VII, algunos grandes propietarios germánicos se deshacen de su dominio a cambio de una renta vitalicia en alimentos, exigen del beneficiario fuertes entregas de vino.

De la fusión de estos dos sistemas de producción nació finalmente el que caracteriza al Occidente medieval, y la fusión fue sin duda más precoz y más rápidamente fecunda en las regiones en las que se daba un contacto más estrecho entre ambas civilizaciones: en el corazón de la Galia franca, es decir, en la cuenca parisina. En ella subsistían amplios espacios forestales: los grandes dominios cuya estructura descubren en los siglos VI y VII los testamentos de los obispos de Le Mans estaban en gran parte cubiertos por bosques y eriales. Pero los espacios ocupados por la vegetación natural y destinados a ser explotados al modo germánico estaban próximos a «llanuras» con zonas roturadas desde antiguo y en las que se habían implantado las prácticas agrícolas de Roma. Los primeros documentos verdaderamente explícitos que revelan los procedimientos aplicados a la explotación rural —las

guías de administración y los inventarios de dominios redactados por orden de los soberanos carolingios de fines del siglo VIII y comienzos del IX— se refieren precisamente a regiones de confluencia de ambos sistemas. En este punto de equilibrio entre la inmadurez del mundo campesino primitivo y la degradación de los campos del sur, en tierras relativamente favorecidas por las influencias climáticas y por la calidad de los suelos, los documentos nos muestran empresas de producción dirigidas por los agentes del rey y por los delegados de los grandes monasterios, es decir, explotaciones piloto, sin duda las más cuidadosamente atendidas. Podemos servirnos de las enseñanzas de estos textos para intentar apreciar lo que era entonces, en el mejor de los casos, la productividad del trabajo rural.

Entre estos documentos, aquéllos —muy escasos— que no describen propiedades monásticas, es decir, dominios en los que el régimen alimenticio ritualizado de la comunidad religiosa obligaba a producir ante todo cereales panificables y vino, muestran el papel considerable que desempeñaba en la producción la explotación del *saltus*. Los artículos del capitular De *villis*, que se refiere a los dominios del rey, invitan a quienes los dirigen a ocuparse más de los animales y de la defensa de los bosques contra la depredación de los roturadores furtivos que de los campos cultivados. Cuando los pesquisidores que visitaron a fines del siglo VIII el dominio real de Annappes quisieron evaluar las reservas alimenticias conservadas en los cilleros y en los graneros hallaron relativamente poco grano, pero gran cantidad de quesos y de cuartos de cerdo ahumado. Sin embargo, el inventario que realizaron muestra también que los molinos y cervecerías, talleres de transformación de cereales construidos por el dueño para sus propias necesidades, pero que, mediante el cobro de una parte proporcional a la transformada, ponía a disposición de los agricultores de la vecindad, proporcionaban regularmente grandes cantidades de trigo. Lo que prueba que, incluso en esta región

muy pastoril y aun al nivel de la pequeña explotación campesina, los campos de cultivo figuraban en el centro del sistema de producción.

Para que las tierras arables fuesen capaces de cumplir su función alimenticia era necesario mantener su fertilidad dejándolas en reposo periódicamente, abonándolas y labrándolas. De la eficacia conjunta de estas tres prácticas dependía el rendimiento del cultivo cerealista. Pero esta eficacia estaba ligada estrechamente a la calidad del ganado. En efecto, las labores podían ser tanto más frecuentes, y eran tanto más útiles, cuanto más numerosos y fuertes eran los animales uncidos a los instrumentos aratorios; cuanto más importante era el rebaño que pastaba en los barbechos más reconstituyente era el abono natural; por último, la cantidad de estiércol que podía extenderse por los campos dependía del número de bueyes y de ovejas estabulados durante el invierno. La interdependencia de las actividades pastoriles y agrícolas es en Europa la base del sistema de cultivo tradicional.

Los documentos del siglo VIII no contienen apenas informaciones sobre el ganado. Y lo poco que dicen nos induce a pensar que los establos de los grandes dominios estaban mal atendidos. Sin duda los animales criados en las explotaciones campesinas dependientes contribuían a revigorizar las tierras del señor: este ganado pastaba en sus barbechos, era utilizado para el trabajo de sus campos; pese a todo, la impresión dominante es de clara insuficiencia de la cabaña. Es explicable. En esta civilización primitiva los alimentos eran raros; los hombres veían en los animales domésticos competidores que les disputaban los víveres; no comprendían que la escasez y la debilidad del ganado eran de hecho culpables de las deficiencias de la producción agrícola, es decir, de la penuria de las subsistencias; no se decidían a conceder mayor importancia a la cría de ganado de tiro. Y en consecuencia, la tierra estaba mal trabajada. Esto puede verse en los inventarios de los grandes dominios carolingios y en lo que dicen refe-

rente a las sernas efectuadas en los campos señoriales: en el otoño, la siembra del trigo, del centeno o de la escanda era preparada por dos labores sucesivas; una tercera vuelta a la tierra precedía en primavera a la siembra de la avena. Era demasiado poco para preparar convenientemente el suelo, dado el carácter rudimentario del arado y la escasa potencia de los bueyes. Equipos de trabajadores manuales debían completar la acción de los arados con un verdadero trabajo de jardinería: una vez al año los campesinos que dependían de la abadía de Werden iban, antes del paso de los labradores, a cavar con azada una parte del campo señorial. La importancia considerable de las prestaciones manuales entre las obligaciones impuestas a los colonos de los grandes dominios puede ser considerada como un paliativo de la insuficiente eficacia del laboreo. Pero también los hombres eran escasos. La falta de mano de obra, la precariedad del equipo técnico, hacían imposible reconstituir mediante el trabajo, en la medida en que hubiera sido necesaria, la fecundidad del suelo.

Esto obligaba a no pedirle demasiado, a dejarle grandes descansos y a no poner en cultivo cada año más que una parte limitada del espacio arable. Las observaciones de los pesquisidores encargados de trazar el estado de las explotaciones agrícolas apenas dicen nada sobre los ritmos de rotación de los cultivos. Es seguro que en el siglo IX, en los grandes dominios de la cuenca parisina, se sembraban cereales de primavera, y accesoriamente leguminosas, en los campos que el año anterior habían producido cereales de invierno. Las tierras de la abadía de Saint-Amand se hallaban, consecuentemente, divididas en tres partes iguales; cada año sólo un tercio del área cultivada era dejada en barbecho y reservada, según parece, al apacentamiento del ganado; una rotación trienal semejante se aplicaba, según todas las apariencias, en los señoríos monásticos de los alrededores de París. Sin embargo, y sin duda porque los rebaños que pastaban en los campos dejados en erial, entre las barreras temporales que les prohibían el ac-

ceso a las parcelas sembradas, eran excesivamente poco numerosos para que el barbecho fuera verdaderamente fecundo, es de suponer que, de ordinario, la cosecha de cereales de primavera era muy inferior a la de cereales de invierno, y que a menudo los campos permanecían incultos durante varios años consecutivos: las tierras de la abadía flamenca de Saint-Pierre-au-Mont-Blandin no daban cosecha más que un año de cada tres. Las insuficiencias de los útiles de trabajo y de la ganadería obligaban por consiguiente a extender desmesuradamente el espacio agrícola.

Por último, la aportación de abono animal parece haber sido extremadamente reducida. Los monjes de la abadía de Staffelsee, en Baviera, obligaban a sus colonos a cubrir regularmente de estiércol los campos señoriales, pero en proporciones irrisorias: sólo el 0,50 por 100 de la tierra señorial se beneficiaba de esta proporción. Los demás inventarios, aun cuando enumeran minuciosamente las obligaciones de los campesinos, ni siquiera aluden a este servicio. Es lícito, por tanto, pensar que el abono no desempeñaba ningún papel en las prácticas agrícolas de la época: el escaso estiércol recogido en establos débilmente provistos estaba reservado al exigente suelo de los huertos y de las plantaciones de viñas. En algunas regiones se recurría al abono vegetal. La arqueología revela la existencia, en los Países Bajos y en Westfalia, de antiguos campos cuyo suelo fue completamente transformado y mejorado por la introducción, durante siglos y desde los comienzos de la Alta Edad Media, de capas de brezo y de placas de humus traídas de los bosques próximos. Pero nada prueba que tales procedimientos de regeneración edafológica hayan sido ampliamente aplicados. Laboreo ineficaz, falta de abonos: pese a los prolongados barbechos, las prácticas utilizadas para estimular la fertilidad de la tierra arable parecen de corto alcance. Incluso en el siglo IX, cuando el progreso agrícola tenía algún tiempo de existencia, e incluso en provincias como la Isla de Francia, a la que se puede considerar más desarrollada que otras, el rendi-

miento del trabajo agrícola parece, por las razones apuntadas, haberse mantenido en un nivel muy bajo.

Realmente es difícil apreciar este nivel. Sólo un documento nos proporciona sobre ese punto datos numéricos, cuya interpretación es, además, muy delicada: se trata del inventario del dominio real de Annappes. En él se calculan, por un lado, las cantidades de grano conservadas en los graneros en el momento de la encuesta —es decir, durante el invierno, entre las siembras de otoño y las de primavera—, y por otra parte, se hace una estimación de las cantidades sembradas. La comparación entre las dos series de cifras conservadas muestra que, en la explotación central, había sido necesario dedicar a simiente el 54 por 100 de la cosecha procedente de la escanda, el 60 por 100 de la de trigo, el 62 por 100 de la de cebada y la totalidad de la de centeno. Dicho de otro modo, los rendimientos de estos cuatro cereales habían sido respectivamente, el año en cuestión, de 1,8 por 1, 1,7, 1,6 y 1 por 1, es decir, nulo. Estas tasas son tan bajas que muchos historiadores se han negado a admitir que sean reales. Sin embargo, hay que hacer notar que el año en el que se realizó el inventario la cosecha había sido mala, por lo menos peor que la del año precedente, de la que se conservaban importantes cantidades de cebada y de escanda. Por otra parte, la productividad había sido ligeramente más elevada en las explotaciones dependientes de la corte central, en las que el rendimiento de la cebada llega a alcanzar el 2,2 por 1. En cualquier caso, es evidente que rendimientos de este nivel, es decir, situados entre el 1,6 y el 2,2 por 1, distan mucho de ser excepcionales en la agricultura antigua: tasas semejantes se conocen para el siglo XIV en Polonia e incluso en algunas tierras de Normandía que no eran especialmente malas. Por último, otros indicios dispersos en las fuentes escritas de la época carolingia nos inducen a pensar que los grandes terratenientes no esperaban de su dominio una productividad más elevada. El monasterio lombardo de Santa Giulia de Brescia, que

consumía cada año unas 9000 medidas de trigo, hacía sembrar 6000 para cubrir sus necesidades —es decir, que el rendimiento normal se calculaba en 1,5 por 1. En uno de los dominios de la abadía parisina de Saint-Germain-des-Prés donde habían sido sembradas 400 medidas de cereal en los campos señoriales, las sernas de trilla estaban calculadas para una cosecha de 650 medidas; el rendimiento previsto se situaba en este caso alrededor del 1,6 por 1. Retengamos por consiguiente la imagen, insegura pero probablemente justa, de un cultivo cerealista muy difundido, pero extraordinariamente extensivo, muy exigente en mano de obra y pese a todo muy poco productivo. Obligados a reservar para la futura simiente una parte de la cosecha, cuando menos igual a la que necesitaban para alimentarse— y esta parte se la disputaban durante todo el año los roedores y en parte se pudría —, bajo la amenaza de ver este débil sobrante reducirse sensiblemente cuando el tiempo de otoño o el de primavera habían sido demasiado húmedos, los hombres de Europa vivían con la obsesión del hambre.

Pese al constante recurso a la explotación depredativa de la naturaleza salvaje, pese a la ayuda considerable de los productos ganaderos y hortícolas, la productividad irrisoria del trabajo agrícola explica la presencia permanente de la escasez, más opresiva tal vez en las provincias en que los hombres habían adoptado el hábito de alimentarse fundamentalmente de pan: Gregorio de Tours describe, en la parte más civilizada de la Galia, gentes que se empeñaban en hacer pan con cualquier producto: «con semillas de uva, con flores de nogal e incluso con raíces de helecho», y cuyo vientre se hinchaba desmesuradamente porque se habían visto obligados a comer la hierba de los campos. El bajo nivel de los rendimientos cerealísticos explica la poca vitalidad de una población ya muy escasa. Los más claros testimonios sobre las deficiencias biológicas de la población provienen de las sepulturas. Hasta la actualidad, las observaciones más ricas y más ilustra-

tivas sobre este aspecto proceden del estudio de los cementerios húngaros de los siglos X y XI[3]. Pero no es demasiado expuesto suponer que las condiciones de existencia no eran mejores en los siglos VII y VIII en la mayor parte de las regiones situadas más al occidente de Europa. Lo más chocante de estas observaciones es la gravedad de la mortalidad infantil. Representa cerca del 40 por 100 del conjunto: de cada cinco difuntos uno ha muerto en edad inferior a un año, dos antes de los catorce. Entre los adultos la muerte golpeaba sobre todo a madres muy jóvenes, de manera que la tasa de fertilidad se sitúa en 0,22 para las mujeres fallecidas antes de los veinte años, en 1 para las mujeres muertas entre veinte y treinta, y en 2,8 para las que sobrevivieron hasta el final del período de procreación. Se aprecia cuán reducido era el margen de crecimiento demográfico en estas sociedades. No obstante lo afirmado, en los cementerios húngaros se encuentran tumbas en las que la proporción de esqueletos infantiles es menor: son los cementerios de los más ricos. En el siglo VII, ciertamente existían todavía en las zonas más salvajes de Europa, en el este, en el norte, en el oeste lejanos algunos pueblos de cazadores o de pescadores que ignoraban toda diferenciación económica entre los grupos de parentesco. Pero se puede pensar que no eran sino zonas residuales en proceso de rápida absorción. En todas partes —y éste es el más profundo resorte del crecimiento— una clase de señores explotaba a los campesinos, los obligaba, por su sola presencia, a reducir el amplio tiempo de ocio propio de las economías primitivas, a luchar con más encarnizamiento contra la naturaleza, a producir, dentro de su profunda indigencia, algunos excedentes destinados a la casa de los señores.

2. LAS ESTRUCTURAS SOCIALES

Ni la sociedad romana ni las sociedades germánicas eran igualitarias; una y otras aceptaban la preeminencia de una nobleza: la clase senatorial en el Imperio, la integrada, en los pueblos bárbaros, por los parientes y compañeros de los jefes de guerra cuyos linajes, al menos en algunas tribus, aparecían dotados, por la calidad de su sangre, de privilegios jurídicos y mágicos. Unas y otras practicaban la esclavitud, y la guerra permanente servía para mantener la fuerza de trabajo de una clase servil regenerada cada año mediante las razzias dirigidas contra el territorio de los pueblos vecinos. Las migraciones habían consolidado estas desigualdades al ruralizar a la aristocracia romana y mezclarla con la nobleza bárbara, con lo que se extendía el campo de las agresiones militares y, en consecuencia, se revitalizaba la esclavitud: ésta adquiría una nueva vitalidad en todas las zonas de contacto entre las diversas etnias y en las márgenes tumultuosas del mundo cristiano. En el seno de este cuerpo social se distinguían tres posiciones económicas claramente diferenciadas. La de los esclavos, totalmente cosificados; la de los campesinos libres y, finalmente, la de los «grandes», dueños del trabajo de los demás y de sus frutos. Todo el movimiento de la economía, la producción, el consumo, la movilidad de las riquezas, estaba condicionado por esta configuración.

LOS ESCLAVOS

En la Europa de los siglos VII y VIII, todos los textos que subsisten revelan la presencia de numerosos hombres y mujeres a los que el vocabulario latino denomina *servas* y *ancilla* o que son conocidos con el sustantivo neutro de *mancipium*, que expresa más claramente su situación de objetos. En efecto, son propiedad de un dueño desde que nacen hasta que mueren, y los hijos concebidos por la mujer esclava son obligados a vivir en la misma sumisión que ésta hacia el propietario de su madre. No tienen nada propio. Son instrumentos, útiles dotados de vida a los que el dueño usa según sus deseos, mantiene si le parece conveniente, de los que es responsable ante los tribunales, a los que castiga como quiere, a los que vende, compra o regala. Útiles de valor cuando se hallan en buen estado, pero que parecen tener, en algunas regiones al menos, un precio relativamente bajo. En Milán, en el año 775, se podía adquirir un muchacho franco por doce sueldos; un buen caballo costaba quince. También en las comarcas próximas a zonas agitadas por la guerra era corriente que los simples campesinos poseyesen estos útiles para todo: en el siglo IX, el administrador de un dominio perteneciente a la abadía flamenca de Saint-Bertin, que cultivaba en propiedad veinticinco hectáreas de labor, mantenía una docena de esclavos, y los pequeños campesinos dependientes del señorío del monasterio austrasiano de Prüm hacían cumplir por sus propios *mancipia* los servicios de siega del heno y de recolección a que estaban obligados. No había casa aristocrática, laica o religiosa, que no dispusiera de un equipo doméstico de condición servil. Algunas reunían diez personas, como la *villa* que un obispo de Le Mans legó a su iglesia en el año 572: un matrimonio con un hijo pequeño, cuatro servidores, dos sirvientas, un muchacho encargado de guardar en el bosque un rebaño de caballos; tres siglos más tarde, en Franconia, un pequeño dominio laico figura equipado de un modo similar: un esclavo, su mujer, sus hijos, su hermano soltero, otro esclavo con sus hermanas, un muchacho, una niña.

Los nombres de estas personas nos hacen pensar que descendían de cautivos vendidos al menos tres generaciones antes, durante las guerras de los francos contra sajones y eslavos.

A través de este ejemplo se ve que la población servil se reconstruía al mismo tiempo por la procreación natural, por la guerra y por el comercio. Las leyes preveían también que un hombre libre, obligado por la necesidad, decidiese enajenar su persona o que, en castigo de algún delito, fuera reducido a servidumbre. El cristianismo no condenaba la esclavitud. No la atacó. Simplemente prohibía, y esta prohibición no fue más respetada que muchas otras, que se redujese a servidumbre a los bautizados. Además proponía como una obra piadosa la liberación de los esclavos, lo que hicieron, entre otros, numerosos obispos merovingios. El resultado más visible de la impregnación cristiana fue el reconocimiento a los no libres de derechos familiares. En Italia, la idea de que los esclavos podían contraer matrimonio legítimamente adquirió fuerza durante el siglo VII; se pasó de la prohibición a la tolerancia, y después a la reglamentación de la unión entre un esclavo y una mujer libre. Estos matrimonios mixtos —representativos de la ruptura progresiva de una segregación— y la práctica de la manumisión hicieron aparecer categorías jurídicas intermedias entre la libertad completa y su ausencia total. El derecho de la época se preocupaba de fijar con precisión el valor, la importancia, de las personas para que las indemnizaciones previstas en caso de agresión fueran claramente establecidas; detalla, pues, con minuciosidad los diferentes estratos de la jerarquía jurídica: por ejemplo, el edicto del rey lombardo Rotario, promulgado el año 643, sitúa entre el libre y el esclavo al liberto y al semilibre. Pero estas personas, pese a no hallarse tan estrictamente atados por los lazos de la servidumbre, seguían en estrecha dependencia de un señor que pretendía disponer de sus fuerzas y de sus bienes. La existencia en el interior del cuerpo social de un número considerable de individuos obli-

gados al *servicium*, es decir, a la prestación gratuita de un trabajo definido, y cuya descendencia y propiedades estaban a disposición de otro, es uno de los rasgos fundamentales de las estructuras económicas de esta época. Incluso si lentos movimientos en profundidad preparan ya, pero a muy largo plazo, la integración de la población servil en el campesinado libre y tienden, por consiguiente, a modificar radicalmente la significación económica de la esclavitud.

LOS CAMPESINOS LIBRES

Las reglas jurídicas, los títulos que atribuían a los individuos, mantenían la existencia de una frontera entre la servidumbre y la libertad. Por ella no se entendía la independencia personal, sino el hecho de pertenecer al «pueblo», es decir, de depender de las instituciones públicas. Esta distinción era más clara en los lugares más primitivos: las sociedades de Germania se basaban en un cuerpo de hombres libres. El derecho de llevar armas, de seguir al jefe de guerra en las expediciones emprendidas cada primavera y, por tanto, de participar en los eventuales beneficios de estas agresiones, eran la expresión esencial de la libertad, que implicaba además la obligación de reunirse periódicamente para decidir el derecho, para hacer justicia. Finalmente, la libertad autorizaba a explotar colectivamente las partes incultas del territorio, a decidir sobre la aceptación de nuevos miembros en la comunidad de «vecinos» o a negarles la entrada. En las provincias romanizadas la libertad campesina era menos consistente y no excluía la sumisión a formas estrictas de explotación económica. No alcanzaba toda su fuerza si no estaba unida a la propiedad del suelo. Pero una gran parte de los campesinos, si no la mayoría, eran

«colonos» que cultivaban tierras ajenas. Considerados libres, de hecho eran prisioneros de una red de servicios que limitaban extraordinariamente su independencia. Para los rústicos, las obligaciones militares se habían transformado en el deber de contribuir al aprovisionamiento de los ejércitos de profesionales. El límite entre la libertad y las formas atenuadas de servidumbre era, por tanto, muy borroso y estas condiciones preparaban su progresiva desaparición. Sin embargo, la degradación de la libertad no era total. Subsistían, especialmente en Galia, campesinos verdaderamente libres, los que poblaban los *vici*, los que poseían derecho de disfrute de las tierras comunes que los textos borgoñones llaman todavía en los siglos X y XI la *terra francorum*.

Las fuentes históricas no son muy prolijas sobre este grupo fundamental de la sociedad rural. Casi todos los documentos se refieren al señorío y hablan tanto menos de los hombres cuanto más independientes son. Y sin embargo la célula base de la producción agrícola se sitúa en este nivel, el del equipo de trabajadores unido por lazos de sangre y dedicado a poner en valor la tierra heredada de los antepasados. Es difícil discernir las estructuras de la familia campesina. Las indicaciones más explícitas proceden una vez más de la época carolingia: en la descripción de los grandes dominios se enumeran a menudo y de forma cuidadosa todas las personas establecidas en cada una de las pequeñas explotaciones sometidas a la autoridad del señor.

La imagen que sugieren estas descripciones es la de un grupo de parentesco reducido al padre, la madre y los hijos; los hermanos o hermanas no casados forman a veces parte del grupo, pero no parece que se integren en él parientes más lejanos, y los hijos, cuando se casan, constituyen la mayor parte de las veces un nuevo hogar. No es seguro que la estructura de la familia haya sido la misma en las explotaciones campesinas no incluidas en el marco del señorío. Se perciben algunas, que acaban de ser integradas en el patrimonio de un monasterio y que, en virtud de este he-

cho, son descritas en los inventarios; en estas células agrícolas viven a veces reunidas varias parejas y sus hijos, es decir, cerca de una veintena de personas. Además, es sabido que los matrimonios campesinos disponían en ocasiones de siervos domésticos que incrementaban el número de personas de la familia. De cualquier forma, no parece posible imaginar la existencia en esta época de grupos numerosos de aspecto patriarcal. Por sus dimensiones, los hogares campesinos diferían sin duda muy poco de los que pueden verse todavía hoy en los campos de Europa donde se conservan estructuras rurales tradicionales. Un capitular de Carlomagno fechado en el año 789 nos permite entrever cómo se repartían los trabajos dentro del grupo familiar: las mujeres estaban encargadas del trabajo textil: cortar, coser, lavar los vestidos, cardar la lana, preparar el lino, esquilar las ovejas; a los hombres les incumbía, además de atender a las supervivencias del servicio de armas y de justicia, el trabajo de los campos, de las viñas y de los prados, la caza, el acarreo, la roturación, la talla de piedras, la construcción de casas y empalizadas.

Si nuestras fuentes de información no son demasiado explícitas al referirse a la familia en sí, al menos nos permiten ver de un modo más claro la forma en que la comunidad familiar se hallaba enraizada en la tierra, el conjunto de derechos territoriales a los que dedicaban sus fuerzas y de los que obtenían sus medios de subsistencia. Pero, en todos los casos, la tierra es vista a través de los ojos de los dueños, de los jefes, que la consideraban desde el exterior como la base de su poder de explotar —base concreta, sólida, mucho más estable que los hombres, quienes parecen estar siempre en movimiento por el azar de las alianzas matrimoniales, de las migraciones, de las fugas—. La sociedad ha sido claramente consciente del lazo orgánico que hacía una sola realidad de la familia, del lugar fijo de residencia en el que sus miembros se reunían alrededor del hogar y reunían sus reservas alimenticias, de los *appendicia*, de las dependencias naturales de este refu-

gio, es decir, de los diversos elementos diseminados por la tierra circundante que proporcionaban al grupo lo necesario para alimentarse. Este asidero fundamental, este punto clave de inserción de la población agrícola en el suelo que la alimenta recibe en Inglaterra el nombre de *hide* —palabra que Beda el Venerable traduce al latín: terra *unius familiae*, «la tierra de una familia»— y en Germania se conoce con la denominación de *huba*. En los textos latinos redactados en el centro de la cuenca parisina se emplea por primera vez en este sentido, en 639-657, el término *mansus*, que se extiende poco a poco hacia Borgoña, las regiones del Mosela, Flandes y Anjou, aunque es raro hasta mediados del siglo VIII. El vocablo *mansus* alude ante todo a la residencia. Designa en primer lugar la parcela cercada, totalmente rodeada de barreras, que delimitan el área inviolable dentro de la cual la familia se encuentra en su casa, con su ganado y sus provisiones. Pero la palabra, igual que *hide* o que *huba*, llega a designar el conjunto de los bienes situados alrededor de esta parcela habitada, todos los anejos esparcidos por la zona de huertos, de campos permanentes, de pastos y de eriales que ya no pertenecen a la familia, pero sobre los que tiene un derecho de uso[4]. Se llega incluso a atribuir al manso un valor tradicional, a utilizarlo como una medida que define la extensión de tierra necesaria para el mantenimiento de un hogar. Se habla así de la *hide* o de la *huba* como de la «tierra de un arado», por la que entendemos la superficie arable que normalmente podía labrar en un año una yunta, es decir, ciento veinte acres, ciento veinte «jornales», ciento veinte días de trabajo aratorio repartidos entre las tres «estaciones» del laboreo. La estructura de la explotación de la que se alimenta la familia campesina varía de acuerdo con los modos de ocupación del suelo. Los campos que le son adjudicados se hallan a menudo dispersos, en parcelas que se entremezclan con las dependencias de otros mansos, en las zonas más abiertas donde las aldeas son compactas; se reúnen en un solo bloque en los peque-

ños claros roturados en medio del *saltus*. Pero nunca tienen existencia sino en relación con el recinto habitado, del que procede el trabajo que los fertiliza, hacia el que se dirige todo lo que producen y sobre el que, sean de condición libre o no sus habitantes, la aristocracia se esfuerza por acentuar su dominio.

LOS SEÑORES

Existen mansos que, por su estructura, son similares a los que ocupan los campesinos, pero mucho más amplios, mejor construidos, poblados por numerosos esclavos y por importantes rebaños, cuyos *appendicia* se extienden considerablemente. En las regiones que han conservado el uso del vocabulario romano clásico se los conoce como *villae* y, de hecho, a menudo se hallan situados en el emplazamiento de una antigua *villa* romana. Pertenecen a los «grandes», a los jefes del pueblo y a los establecimientos eclesiásticos.

En las estructuras políticas creadas después de las migraciones bárbaras, el poder de mandar, de dirigir el ejército y de administrar la justicia entre la población corresponde al rey. Este debe su poder al nacimiento, a la sangre de la que procede, y su carácter dinástico determina en gran parte la posición económica del linaje real. La herencia favorece la acumulación de riquezas en sus manos, pero como las reglas de distribución sucesorial son las mismas en esta familia que en las restantes, y como la penetración de las costumbres germánicas ha hecho triunfar en todas partes el principio de una división del patrimonio a partes iguales entre los herederos, esta fortuna corre el riesgo, al igual que las demás fortunas laicas, de fragmentarse en cada generación. Pero la fortuna de los reyes es con mucho la más considerable;

múltiples iniciativas contrarrestan sin cesar los efectos de las divisiones sucesorias; la persona real se halla, por estas dos razones (poder de mando y riqueza), siempre en el centro de una amplia «casa». La pervivencia de un vocabulario heredado del Bajo Imperio hace que se designe al conjunto de hombres ligados al soberano por relaciones domésticas con el nombre de «palacio» (*palatium*) y sus dimensiones sobrepasan con mucho a las de las demás «familias» del reino. En él se reúne, además de los parientes y del cuerpo de servidores, un gran número de jóvenes pertenecientes a la aristocracia que han venido a completar su educación cerca del rey. Y durante varios años son «alimentados» en palacio. El soberano está rodeado, además, de una serie de «amigos», de «fieles» unidos a él por una fidelidad particular que confiere a estos personajes un «valor» individual excepcional: todas las leyes bárbaras valoran el precio de su sangre en más que el de la sangre de los simples libres. Algunos de estos parientes, de estos fieles, son enviados fuera de la corte, distribuidos por el país para extender la autoridad real. La diseminación de una parte de los miembros de la familia, el movimiento inverso que le agrega temporalmente una fuerte proporción de la juventud aristocrática y el juego de las alianzas matrimoniales que trazan alrededor del palacio una tupida red de lazos de parentesco establecen estrechas relaciones entre el cortejo del soberano, que reúne permanentemente a varios centenares de individuos y todos los nobles del reino, a los que el edicto de Rotario llama *adelingi*.

Formada por elementos diversos cuya fusión se hace cada vez más íntima, en la que se mezclan los descendientes de los jefes de tribus sometidas a los restos de la clase senatorial romana, esta nobleza aparece como una emanación de la realeza. Puede afirmarse que de ella obtiene su riqueza: a través de los regalos que otorga el soberano, por medio del botín del que una porción mayor a la de los demás es para los amigos del rey, gracias a los poderes que éste delega en sus «condes», en sus *ealdormen* —a los

que confía el gobierno, en su nombre, de las provincias—, por las altas dignidades eclesiásticas que el monarca distribuye.

Integrada en el mundo, establecida en una potencia temporal que todos consideran conveniente a los servicios de Dios, la Iglesia cristiana ha ocupado un lugar entre los grandes. Está arraigada, afirmada. En torno a las catedrales, en los monasterios viven también «familias» extensas que disfrutan colectivamente de una fortuna amplia y estable. Los patrimonios eclesiásticos no cesan de enriquecerse gracias a un fuerte movimiento de donaciones piadosas. A través de estos donativos se constituyó, por ejemplo, en menos de tres cuartos de siglo, la enorme fortuna territorial de la abadía de Fontenelle, fundada en Normandía en el año 645. Las limosnas proceden ante todo de los reyes y de los nobles, pero también, en lotes minúsculos, de la gente pobre, según puede verse en las noticias de los *libri traditionum*, de los libros en los que se registraron las adquisiciones de los monasterios de Germania meridional y que proporcionan el más claro testimonio del mantenimiento tenaz en el siglo VIII de una propiedad campesina. El acrecentamiento constante de la riqueza eclesiástica es un fenómeno económico de primera magnitud sobre el que nos ilustran las fuentes escritas mejor que sobre los demás.

La aristocracia influye en la economía general ante todo por medio del poder que tiene sobre la tierra. Este poder es sin duda menos absoluto de lo que parece a través de una documentación que sólo menciona a los pobres cuando de alguna forma se hallan bajo el dominio de los ricos. Pero, indudablemente, este poder es inmenso. Los contornos de los grandes patrimonios son muy difíciles de delimitar con anterioridad a los últimos años del siglo VIII, es decir, antes del renacimiento de la escritura en la época carolingia. Es obligado contentarse con leves indicios, dispersos en las leyes, en los muy escasos testamentos —que en su totalidad proceden de los obispos—, en los documentos que se conservan en algunos establecimientos eclesiásticos y que mencio-

nan las posesiones de los laicos sólo cuando se incorporan a la fortuna de la Iglesia. Los límites de estos patrimonios son por otra parte de una gran movilidad. Los de los laicos se disgregan y se reconstituyen sin cesar por el mecanismo de las limosnas, de los favores del rey o de la Iglesia, de los castigos y de las usurpaciones, de los matrimonios y de las divisiones sucesorias, cuyas reglas varían de acuerdo con las costumbres de los diferentes pueblos. Intervienen también para modificar constantemente la posición de las fortunas aristocráticas el progreso mismo de la civilización, la implantación de la Iglesia cristiana en regiones de las que estaba ausente, el lento incremento de la producción en las comarcas más salvajes, que hace poco a poco a las tribus más miserables capaces de soportar el peso de una nobleza. Pero si los contornos del patrimonio son inaprehensibles debido a su fluidez, resulta aún más difícil conocer su estructura interna. Y apenas podemos intuir cómo los grandes obtenían beneficios de sus derechos sobre la tierra.

En el siglo VII, la existencia de grandes dominios está atestiguada en todas las provincias que no han caído en una total oscuridad documental: en Galia por las donaciones testamentarias de los obispos merovingios, en Inglaterra por los artículos de las leyes del rey Ine que colocan bajo el control real las relaciones entre señores y colonos, en Germania por las leyes de alamanes y bávaros que regulan las obligaciones de los campesinos sometidos, en la Italia lombarda por la clasificación que establece entre los trabajadores de las grandes explotaciones rurales el edicto del rey Rotario. Los países latinizados utilizan varias palabras para designar a estos grandes conjuntos territoriales, *fundus, praedium* y más corrientemente *villa*. Los grandes dominios se extienden a veces por un territorio homogéneo, de una extensión de millares de hectáreas, como la villa de Treson en Maine, cuyos límites nos proporciona el testamento del obispo Domnole; generalmente son de dimensiones más reducidas, y los textos latinos

emplean diminutivos para designarlos; hablan de *locellum*, de *mansionile*, de *villare*; algunos, disgregados por las donaciones o por las divisiones sucesorias, aparecen en forma de fragmentos, de «porciones», de «partes»; otros están formados por múltiples islotes diseminados entre diferentes tierras o repartidos por las franjas avanzadas del poblamiento. Ninguno se halla totalmente cultivado. La diversidad de su consistencia depende de su propia historia —los grandes dominios compactos, en poder de los reyes y de las familias de vieja aristocracia, parecen a menudo, en Galia por ejemplo, sucesores de los *latifundia* de Roma—, así como de la disposición del paisaje natural: en las regiones de la actual Bélgica, las *villae* más amplias se hallan en zonas de suelo propicio, considerablemente roturadas en época romana, mientras que en las tierras menos fértiles las unidades señoriales, reducidas por la dificultad de la explotación y por la débil densidad de la ocupación humana, ocupan espacios mucho más reducidos.

Estas grandes concentraciones de tierra son ante todo objeto de una explotación directa. La gestión señorial se basa en el empleo de grupos de esclavos reforzados de vez en cuando, cuando la tarea es urgente, por mano de obra auxiliar, como son obreros, por ejemplo, a los que un pasaje de Gregorio de Tours muestra en el trabajo durante la recolección en los campos de un noble de Auvernia. No hay una gran explotación en la que no esté atestiguada la presencia de domésticos de condición servil, y en muchas los esclavos mantenidos en la casa del señor son los únicos trabajadores. Sin embargo, y el caso es más frecuente en las regiones más evolucionadas, se descubren *villae* cuya tierra no es trabajada sólo por los servidores de la casa. Por un lado, se halla dividida en mansos, en explotaciones satélites concedidas a familias campesinas[5]. Así, cerca de la *villa* de Treson, en la que sólo trabajaban esclavos, otro dominio, también provisto de un equipo servil, contaba entre su personal de explotación con diez campesinos designados con el nombre de *coloni*.

El término procede del vocabulario romano: designa a hombres que no son dueños de la tierra que cultivan, pero que jurídicamente, ante los tribunales públicos, conservan su libertad. De hecho, el uso en los documentos de la época de la expresión *colonica* para calificar a los mansos englobados en la *villa* expresa la filiación que relaciona este modo de explotación con el colonato del Bajo Imperio. Sin embargo, estos «mansos», como se les comienza a llamar en el siglo VII en la región de París, no están poblados sólo por hombres libres. Algunos están ocupados por esclavos a los que el edicto de Rotario llama *servi massarii*, es decir, establecidos en una explotación autónoma. Desde el 581, se halla entre los legados de un obispo de Le Mans una *colonica*, una explotación de colono que es dada «con dos esclavos: Waldard con su mujer y con sus hijos, que residen en ella». La aparición y la multiplicación de las explotaciones campesinas en el siglo VII son, pues, igualmente el resultado de una innovación de extraordinario alcance: una manera nueva de utilizar la mano de obra servil. Parece que los grandes propietarios hayan descubierto en esta época que era beneficioso casar a algunos de sus esclavos, situarlos en un manso, encargarles el cultivo de las tierras colindantes y hacerlos responsables del mantenimiento de su familia. El procedimiento descargaba al dueño, al reducir los gastos de mantenimiento de la domesticidad; estimulaba el celo en el trabajo del equipo servil y acrecentaba su productividad; acrecentaba también su renovación, puesto que confiaba a los matrimonios de esclavos el cuidado de criar a sus hijos hasta que estuviesen en edad de trabajar. Esta última ventaja se convirtió, sin duda, poco a poco, en la más evidente. Parece en efecto que el número de esclavos haya disminuido en la mayor parte de los mercados de Europa occidental a lo largo de los tiempos merovingios y carolingios. Esta rarefacción procede tal vez de un rigor progresivo de la moral religiosa hacia la esclavización de los cristianos; con mayor seguridad es una consecuencia del desarrollo

de un tráfico con destino a los países del Mediterráneo meridional y oriental: la mayor parte de los esclavos obtenidos en la guerra podían ser vendidos fuera de la cristiandad latina, donde los precios no cesaban de subir. Hasta el punto de que los propietarios tuvieron interés en organizar su cría; el sistema más seguro era entonces confiarlos a los padres y para ello sacar a éstos de la promiscuidad doméstica y dejarlos vivir en su propio hogar.

En el centro de la *villa* el equipo de los servidores disminuye por tanto al mismo tiempo que se reduce la extensión de las tierras explotadas directamente y se incrementa el número de tenentes. Entre ellos abundan los esclavos. De este modo se inicia una lenta mutación de la esclavitud que la aproxima poco a poco a la condición de los tenentes libres. Éste es uno de los acontecimientos mayores de la historia del trabajo, y fue ciertamente un factor decisivo del desarrollo económico. Esta mutación hizo extenderse desde fines del siglo VI un nuevo tipo de estructura señorial, fundada sobre la yuxtaposición de una reserva y de mansos, y sobre la participación de éstos en la puesta en cultivo de aquélla.

En realidad, estamos mal informados sobre los deberes de los trabajadores dependientes hacia el dueño de su tierra. La costumbre de registrar por escrito estas obligaciones sólo se mantuvo en las regiones donde las bases de la cultura antigua se habían deteriorado menos, es decir, en Italia central: se conservan algunos fragmentos de manuscritos en los que están consignadas las cargas de los mansos. En las provincias más romanizadas es posible también que haya sobrevivido el uso de contratos según los cuales la tierra era concedida por un tiempo determinado a cambio solamente de rentas en especie: todavía en la Auvernia del siglo IX los colonos, muchos de los cuales son esclavos, sólo están obligados a entregar a la villa productos de su cosecha; están prácticamente exentos de todo servicio en trabajo. Más al norte, en cambio, parece que la concesión de una corte haya implicado

para el campesino libre no sólo la entrega de grano, ganado o vino, sino también la puesta de sus brazos y de sus animales al servicio del dominio para ciertas tareas determinadas, como reparar los edificios del señor, construir las empalizadas, acarrear las cosechas, llevar los mensajes y a veces cultivar una parte de los campos señoriales. En los capítulos LXIV-LXVI de las leyes de Ine se habla de un campesino al que se ha concedido, para labrarla, una *yard of land*; conserva su libertad, pero debe pagar una renta en especie y hacer una aportación en trabajo cuya importancia viene fijada por un acuerdo con el poseedor del suelo; si ha recibido de éste una casa y simiente, no puede abandonar la tierra sin abandonar también la cosecha. La ley de los bávaros, que fue escrita en 744-748, precisa de esta forma los deberes del colono de la Iglesia: «Hay el *agrarium* (es decir, el alquiler de la tierra) según la apreciación del administrador; que éste vigile para que el colono pague de acuerdo con lo que posee; dará tres medidas de grano de cada treinta y pagará el derecho de pasto según la costumbre de la tierra; trabaja, siembra, cerca, recolecta, acarrea y almacena el producto de las *andecingae* (es decir, de una parcela designada en la tierra del señor) de dimensión legal; cerca, guadaña, henifica y transporta una obrada del prado (señorial); debe reservar dos medidas de simiente para los cereales de primavera, sembrarlas, segarlas y llevarlas a los cilleros; que entreguen el segundo manojo de lino, el décimo pote de miel, cuatro pollos, veinte huevos. Facilitarán los caballos de posta o bien irán personalmente donde se les ordene; harán las sernas[6] correspondientes al acarreo con su carro hasta en un radio de cincuenta leguas, pero no más lejos; para reparar las casas del señor, el henil, el granero y la empalizada, se les señalarán tareas razonables[7]». Además de aproximadamente el diezmo de su producción, el señor exige a los colonos libres que proporcionen a los domésticos del dominio un refuerzo regular, que es considerable. Lo que espera de los esclavos a los que ha situado en sus cor-

tes es más importante aún, y sobre todo está menos claramente definido. Interroguemos esta vez a la ley de los alamanes, redactada en 717-719, y cuyo texto es además similar al de la ley de los bávaros: «Los esclavos de la Iglesia pagarán su tributo conforme a la ley: quince medidas de cerveza, un cerdo que valga un tercio de sueldo, dos medidas de pan (obsérvese que las entregas de cerveza o de pan se refieren a cereales que han sido ya elaborados para su consumo en la casa del esclavo), cinco gallinas y veinte huevos. Las mujeres esclavas harán diligentemente los trabajos que se les designen. Los varones harán la serna de labor, la mitad para ellos y la mitad en la reserva, y si sobra (tiempo), que hagan como los esclavos eclesiásticos: tres días para ellos y tres días en la reserva[8]». Los esclavos colonos, según esta ley, permanecían integrados la mitad del tiempo en la domesticidad de los grandes.

Estos poseen muy amplias porciones del espacio alimenticio; la mayor parte de los esclavos les pertenecen; un gran número de campesinos libres les deben el recinto en el que viven, los campos que cultivan y el derecho de recorrer los bosques y los eriales. Esto permite a la aristocracia apropiarse de una gran parte de las fuerzas de esta población famélica y extraer para su uso una porción de los escasos excedentes de las pequeñas explotaciones. A través de los derechos sobre la tierra, los reyes, sus amigos, los nobles, el clero de las catedrales y los monasterios acumulan en sus graneros, en sus bodegas y en sus cilleros una proporción considerable de lo que produce este campo salvaje e ingrato y este campesinado despojado. Además, la aristocracia dispone de una autoridad que refuerza singularmente su poder económico y que lo extiende más allá de los límites de sus propiedades. Legítimamente esta autoridad corresponde enteramente al rey. Deriva de su función militar y del poder mágico que sus antepasados le han legado, aun cuando él la considere como una posesión privada, como un elemento de su patrimonio que, en consecuencia,

explota a su aire, tan libremente como su tierra. Como jefe de guerra, tiene derecho a la parte más importante del botín reunido durante las expediciones de saqueo; como señor de la paz, es la fuente de la justicia: los hombres libres —y solamente ellos, puesto que los esclavos son castigados por su propio señor— que, por cualquier delito, han quebrantado la paz pública deben reparar el daño causado por este hecho al soberano, comprar su clemencia, pagar para ello una de las multas cuyas tarifas fijan minuciosamente las leyes bárbaras e incluso, si la falta es extraordinariamente grave, entregar al rey toda su fortuna y hasta su persona. Todo el espacio del reino es, por otra parte, un bien personal del rey, es decir, que toda tierra que no es propiedad de nadie le pertenece y que cualquiera que ponga en explotación tierras no apropiadas le debe algo en principio. Del sistema fiscal del Imperio romano subsisten algunos restos que han hecho suyos los jefes bárbaros, y en particular un conjunto de tasas sobre la circulación de los productos, los «peajes» cobrados a la entrada de las ciudades y en el curso de los ríos. En las principales reuniones de la corte, los grandes no se presentan sin llevar regalos. El pueblo, por último, asegura el mantenimiento, durante los desplazamientos de la casa real, del rey y de todo su séquito: los hombres libres anglosajones, los *ceorls*, se asocian por grupos de aldeas para aportar lo que se llama la *feorm*: alimentos para el soberano y para su escolta durante veinticuatro horas. De este modo, lo que los textos latinos llaman en algunas regiones el *bannum*, la misión de mantener el orden, el derecho de mandar y de castigar, se halla en la base de importantes movilizaciones de riqueza y legitima nuevas punciones en los recursos del campesinado. Y como la realeza es pródiga por su propia naturaleza, como el rey abandona una amplia parte de sus prerrogativas en manos de quienes le sirven, de los que ama o de los que teme, como, en un país dividido por tantos obstáculos naturales y por la extrema dispersión del poblamiento, el soberano no se halla en

disposición la mayor parte del tiempo de hacer uso personalmente de sus poderes, a menudo son los jefes locales, los señores de las grandes *villae* cuyos graneros rebosan en medio de la común penuria, quienes, ayudados por grupos de servidores armados, ejercen cada día el poder de la forma más eficaz, y obtienen los beneficios que de él derivan. De hecho, la tendencia parece ser, durante esta época oscura, el reforzamiento progresivo de la aristocracia por la lenta maduración de lo que constituye el marco dominante de la economía medieval: el señorío.

La presión de los grandes parece, en efecto, hacerse más fuerte y de modo más precoz sin duda en las regiones más evolucionadas. Hasta el punto de que, desde los siglos VII y VIII, la independencia campesina aparece como una estructura residual, como la supervivencia de un estado social sobre el que antiguamente se habían basado las instituciones políticas del mundo clásico y que durante algún tiempo se mantiene vigoroso entre las tribus más salvajes, pero al que el progreso amenaza en todas partes.

En la Germania primitiva, el hombre libre era ante todo un combatiente, llamado a realizar en primavera actividades militares de escaso radio de acción; estas expediciones, encaminadas especialmente a obtener un botín, se sitúan entre las actividades de las que dependía normalmente la subsistencia del grupo; procuraban, como la recogida de frutos y la caza, un complemento alimenticio.

Los inconvenientes de esta movilización estacional eran mínimos en una sociedad de esclavos y de cultivadores itinerantes en la que la parte propiamente agrícola era reducida. Se agravaron cuando los campos permanentes adquirieron mayor importancia, cuando la zona de operaciones guerreras tendió a alejarse al integrarse las tribus en una formación política más extensa, cuando las técnicas militares se perfeccionaron y la dirección de la guerra necesitó, para ser eficaz, un equipo menos rudimentario. Desde entonces, combatir se convirtió en una pesada carga

cuya repercusión, en el momento del año en el que la tierra cultivada exige cuidados constantes, fue difícilmente soportable para la mayoría de los campesinos. Para sobrevivir, éstos debieron renunciar al criterio esencial de la libertad, la función guerrera. Fueron, como lo eran ya los trabajadores rurales en el Estado romano, desarmados, *inermes*; se convirtieron en lo que el vocabulario de los documentos carolingios llama los «pobres». No por ello se dejó de considerar que debían cooperar en la acción militar, pero su contribución adoptó la forma degradante de un «servicio», de una contribución. Debieron avituallar a las tropas: para los colonos dependientes del monasterio de Saint-Germain-des-Prés, el *hostilicium*, es decir, la antigua obligación de combatir, no se distinguía a principios del siglo IX de las contribuciones y sernas impuestas a cada manso. Esta evolución se tradujo, pues, en una disminución de la distancia que separaba a los campesinos libres de los que no lo eran, y en la institucionalización de un impuesto sobre las cosechas y sobre las fuerzas de las pequeñas explotaciones que aún no estaban englobadas en ningún dominio, exigencia tanto más grave cuanto que ordinariamente el gran propietario local fue el encargado de controlar el cumplimiento de este servicio.

Agobiados no solamente por la hostilidad de la naturaleza, sino por estas obligaciones, muchos «pobres» buscaron entonces el patrocinio de un poderoso que pudiera protegerles o simplemente alimentarlos. El texto de los formularios merovingios es ilustrador en este punto: «Como es de todos sabido que no tengo con qué alimentarme ni vestirme, he solicitado de vuestra piedad, y vuestra voluntad me lo ha concedido, poder entregarme o confiarme a vuestra protección. Lo hago con las condiciones siguientes: debéis ayudarme y sostenerme, tanto para el alimento como para el vestido, según yo pueda serviros y merecerlo. Mientras viva, os deberé el servicio y la obediencia compatibles con la libertad, y no tendré en toda mi vida el derecho de sus-

traerme a vuestro poder o protección[9]». De esta manera, un nuevo dependiente, con toda la tierra que poseía, y sin duda con toda su familia, se incorporaba al gran dominio. A veces también la piedad, la preocupación por asegurarse los favores y la protección del más allá, impulsaban a los humildes a renunciar a su independencia y a incorporarse a la *familia*, a la clientela de un establecimiento religioso. Con mayor frecuencia fue la miseria, el deseo de eludir el peso del Estado, de evitar a los recaudadores, o la presión del jefe local lo que, en la Galia del siglo VII, transformó tantos *vici*, poblados por hombres libres, en *villae*, habitados por colonos.

Añadamos que la realeza, voluntariamente o no, y de forma tanto más fácil cuanto más extenso era el territorio sometido a su autoridad, delegaba en los grandes su poder de explotar. La Iglesia se lo pedía para asegurarse la benevolencia del cielo; la nobleza laica le obligaba a cedérselo porque era preciso hacerle donativos constantes para que no fuese demasiado turbulenta. Desde el siglo VII los reyes anglosajones concedieron a los obispos y a los abades la *feorm*: el derecho de posada y los servicios de construcción debidos por los *ceorls* de todo un territorio. Un poco más tarde comienzan a aparecer en los textos concesiones similares hechas a los señores laicos, pero es seguro que los favores del soberano a estos últimos fueron incluso anteriores y más amplios que los otorgados a los eclesiásticos. De esta forma los derechos reales se integraron en los patrimonios privados, y las exacciones que de ellos derivaban se mezclaron con las prestaciones exigidas a los colonos del dominio. En el seno de la costumbre territorial, rápidamente se produjo la confusión entre las cargas de origen público y las rentas debidas por el alquiler de la tierra: la entrega de víveres realizada en virtud de la *feorm* se transformó rápidamente en servicios en trabajo, en prestaciones personales. La noción de *servicium*, de *obsequium*, que expresaba en épocas anteriores las obligaciones específicas de los esclavos y de

los libertos hacia su señor, absorbió todo. Insensiblemente se produjo una sumisión, una esclavización, de la población, rural. Poco a poco, en toda Europa, se puso en marcha una relación de dependencia económica muy simple que sometía todos los «humildes» a los «grandes», todos los «pobres» a los «poderosos», un mecanismo de explotación que desde entonces dominó todo y cuyos abusos intentaron, sin éxito, reducir los reyes cuando eran conscientes de su misión. Este mecanismo dirigió inexorablemente hacia las «casas» de los señores una parte de la producción de los trabajadores del campo.

La repartición del poder sobre la tierra y sobre los hombres planteaba un problema de unión entre los lugares de residencia de la aristocracia y los múltiples claros en los que los campesinos se esforzaban por sacar de la tierra con qué sobrevivir y con qué satisfacer, además, las exigencias de los señores. El problema era tanto más grave cuanto que la población era escasa y dispersa y la fortuna de la aristocracia, de los soberanos, de las iglesias y de las grandes familias se hallaba muy extendida. En Italia, fieles a la tradición romana, los reyes y la mayor parte de los nobles lombardos residían todavía en las ciudades; en ellas tenían también su residencia los obispos, y en su proximidad inmediata se hallaba la mayor parte de los monasterios; los principales palacios de los reyes merovingios eran también residencias urbanas, pero éstos permanecían largas temporadas en sus posesiones rurales, como Compiègne o Crécy-en-Ponthieu, y en el transcurso del siglo VIII parece que los soberanos francos dejaron de frecuentar las *civitates*; el itinerario de los reyes anglosajones estaba también jalonado de aldeas. Ciertamente, el desplazamiento periódico era un medio para los jefes y para los grandes de aprovechar los diversos elementos de su fortuna; les interesaba además manifestar su presencia aunque nada más fuera para evitar que su autoridad se convirtiera en algo abstracto, es decir, nulo; en todas las propiedades grandes reservas de provisiones esperaban el paso del

dueño y de su séquito. No imaginemos, sin embargo, un constante nomadismo. Algunos señores, incluso de los más ricos —era el caso de todas las comunidades monásticas—, estaban obligados a llevar una vida estable; otros residían durante algún tiempo en aquéllas de sus casas mejor preparadas, pero no visitaban cada año todos los dominios dependientes. El poder económico de la aristocracia y la dispersión de sus bienes territoriales implicaban, pues, el empleo de métodos de gestión indirecta. Era preciso situar al frente de cada propiedad responsables encargados de mantenerla en funcionamiento durante el intervalo de las estancias del señor, de dirigir la explotación, de ejercer los poderes sobre los domésticos, los colonos, los dependientes, de cobrar las prestaciones, de enviar, eventualmente, los excedentes de la producción a los lugares de residencia de los propietarios. La estructura de las fortunas y de la autoridad imponía, pues, la existencia de poderes económicos intermediarios: los que tenían tantos administradores mal vigilados, como esos intendentes, los *villici* a los que se dirige el conjunto de las recomendaciones contenidas en el capitular *De villis*. Entre los trabajadores y los dueños se interponían hombres que a menudo eran esclavos, pero que se esforzaban por obtener el mayor beneficio personal de su función. El gran dominio alimentaba a gran número de parásitos.

La situación de los bienes de la aristocracia era igualmente causa de pérdidas al obligar a constantes traslados de riquezas. Esta necesidad explica el peso enorme de los servicios de mensajería y de acarreo entre las prestaciones impuestas a los campesinos dependientes. Una considerable parte de la mano de obra se hallaba dedicada, a lo largo de los senderos y de las corrientes de agua, a estas tareas de transporte y de contacto que, en este mundo tan poco poblado y tan mal preparado para producir, reducían aún más y en forma notable las fuerzas disponibles para el trabajo de la tierra. Esta situación y el deseo de limitar las pérdidas incitaban a recurrir en la medida de lo posible a intercam-

bios, a vender en un sitio para comprar en otro, a utilizar la moneda. El recurso al instrumento monetario era considerado normal por los administradores de la época. Por ejemplo, la Regla benedictina prevé sin ninguna reticencia el uso de numerario; establece en los monasterios un cargo particular, el de camarero, al que corresponde el manejo del dinero y la apertura de la economía doméstica hacia el exterior; el capitular *De villis* aconseja a los administradores negociar con una parte de la producción de los dominios reales; y a comienzos del siglo VIII, las abadías del valle del Po, que explotaban olivares en la región de los lagos y salinas en las lagunas de Commachio, tenían también depósitos en Pavía, a lo largo del Tesino y hasta su confluencia con el Po, en los que se vendían a los mercaderes del río los excedentes de la producción del dominio.

Así pues, por el solo hecho de que la producción agrícola estaba bajo el control de la aristocracia y porque, en el marco de la gran explotación, los consumidores se hallaban a menudo muy alejados de los productores, los frutos del trabajo campesino entraban de un modo natural en un cierto comercio.

3. LAS ACTITUDES MENTALES

Para definir sin demasiada inexactitud el papel del comercio propiamente dicho en la economía de este tiempo y para conocer los resortes profundos del movimiento de las riquezas, es preciso adentrarse en el conocimiento de las actitudes mentales. Su incidencia es tan determinante como la de los factores de la producción o de las relaciones de fuerza entre los diferentes estratos de la sociedad. Ante todo deben destacarse dos características de comportamiento fundamentales. En primer lugar, este mundo salvaje se halla dominado por el hábito del saqueo y por las necesidades de la oblación. Arrebatar, ofrecer: de estos dos actos complementarios dependen en gran parte los intercambios de bienes. Una intensa circulación de regalos y contrarregalos, de prestaciones ceremoniales y sacralizadas, recorre de pies a cabeza el cuerpo social; las ofrendas destruyen en parte los frutos del trabajo, pero aseguran una cierta redistribución de la riqueza, y sobre todo procuran a los hombres ventajas que éstos consideran decisivas: el favor de las fuerzas oscuras que rigen el universo. En segundo lugar, la Europa de los siglos VII y VIII está fascinada por los recuerdos de la civilización antigua, cuyas formas materiales no han sido completamente destruidas y cuyos restos se esfuerza, mal que bien, en reutilizar.

TOMAR, DAR, CONSAGRAR

Hemos dicho en varias ocasiones que la civilización nacida de las grandes migraciones de pueblos era una civilización de la

guerra y de la agresión; que el estatuto de libertad se definía ante todo como la aptitud para tomar parte en las expediciones militares; y que la principal misión temporal de la realeza era la dirección del ejército, es decir, del pueblo en su totalidad reunido para el ataque. Entre la acción guerrera —de hecho todo lo que llamamos la política— y el saqueo no existían diferencias. Ph. Grierson llama la atención sobre las leyes de Ine, rey de Wessex, quien, refiriéndose a los agresores, invita a establecer las siguientes distinciones: si son menos de siete, son simples ladrones; si son más numerosos, forman una banda; pero si son más de treinta y cinco, nos encontramos claramente ante una campaña militar[10]. De hecho, todo extranjero es una presa; pasadas las fronteras naturales creadas por los pantanos, los bosques y los espacios incultos, el territorio que ocupa el extraño es un territorio de caza; todos los años, bandas de jóvenes bajo la dirección de los jefes recorren estas zonas e intentan despojar al enemigo, cogerle todo lo que puede ser llevado: adornos, armas, ganado y, si es posible, hombres, mujeres y niños; la tribu podrá recuperar a sus cautivos mediante el pago de un rescate, o serán propiedad de su captor. La guerra es la fuente de la esclavitud; constituye en cualquier caso una actividad económica regular de importancia considerable, tanto por los beneficios que proporciona como por los daños que causa a las comunidades rurales, hechos que explican la presencia de armas en las sepulturas de campesinos, el prestigio del guerrero y su absoluta superioridad social.

La hostilidad natural entre las etnias no se libera sólo por medio de razzias. Es también el origen de trasvases regulares y pacíficos de riquezas. El tributo anual no es sino una recolección de botín codificada, normalizada, en beneficio de un grupo lo bastante amenazador como para que sus vecinos tengan interés en evitar sus depredaciones. Esto es lo que hizo durante mucho tiempo Bizancio, que compró la tranquilidad de sus provincias excéntricas con suntuosos presentes ofrecidos a los reyes bárba-

ros; algunos pueblos obtenían por este procedimiento rentas de su poder militar. Estas rentas no eran en esencia muy diferentes de las imposiciones que los dueños de las grandes *villae* cobraban a los campesinos de los alrededores, obligados, por el solo hecho de su debilidad, a sufrir el patrocinio de los señores. Las rentas o tributos eran tanto más pesados cuanto mayor era la superioridad militar. A fines del siglo VI el pueblo franco recibía del lombardo un tributo de 12 000 sueldos de oro; y el escritor árabe Ibn Rusteh puede afirmar a propósito de los húngaros del siglo IX: «Dominan a todos los eslavos situados en su vecindad y les imponen un pesado tributo: los eslavos les están sometidos como si fuesen prisioneros[11]». Cuando se firmaba la paz entre tribus de fuerzas iguales convenía mantenerla cuidadosamente mediante regalos mutuos, garantías esenciales de la duración de la paz. ¿Qué es la paz para el autor de *Beowulf*? La posibilidad de cambiar regalos entre los pueblos. Un circuito organizado de ofrendas recíprocas sustituía el arriesgado juego de las agresiones alternas.

El regalo es, en la estructura de la época, la contrapartida necesaria de la captura; ningún jefe de guerra guarda para sí el botín ganado en una campaña afortunada. Lo distribuye, y no solamente entre sus compañeros de armas; las potencias invisibles reciben una parte. De este modo, por ejemplo, numerosas iglesias de Inglaterra recibieron una parte de los tesoros que Carlomagno y el ejército franco obtuvieron en la campaña contra los avaros. La distribución, la consagración, son la condición esencial del poder: del que el jefe ejerce sobre sus compañeros, y del que los dioses delegan en él. Son igualmente la condición de una purificación, de un rejuvenecimiento periódico del grupo social. Tanto como de protegerse de los agresores, tanto como de servir y de producir, estos hombres, a pesar de la precariedad de su existencia, se preocupan de ofrecer y de sacrificar. De estos actos dependen también, a sus ojos, la supervivencia. Porque en todas

las sociedades un gran número de las necesidades que rigen la vida económica son de naturaleza inmaterial; proceden del respeto a ciertos ritos que implican no sólo la consunción aprovechable, sino también la destrucción, aparentemente inútil, de las riquezas adquiridas. Dado que muchos historiadores de la economía han ignorado la importancia de este hecho, interesa subrayarlo vigorosamente y citar a uno de los maestros de la etnología, Marcel Mauss: «En las economías anteriores a la nuestra no se hallan prácticamente nunca simples intercambios de bienes, de riquezas y de productos en el curso de un mercado entre individuos. Ante todo, no son los individuos sino las colectividades las que se obligan mutuamente, intercambian y contratan [...] y en segundo lugar lo que estas comunidades cambian no son exclusivamente bienes y riquezas, muebles y raíces, cosas útiles económicamente; son, fundamentalmente, signos corteses, festines, ritos, servicios militares, mujeres, niños, danzas, fiestas, ferias, de las que el mercado no es sino una parte. Finalmente, estas prestaciones y contraprestaciones se completan con presentes y regalos, formalmente voluntarios, aunque en el fondo sean rigurosamente obligatorios bajo pena de guerra privada o pública».

Una parte considerable de la producción se hallaba, por consiguiente, incluida, en una amplia circulación de generosidades necesarias: gran número de los censos y prestaciones que los campesinos no podían dejar de hacer a sus señores recibieron durante mucho tiempo en el lenguaje corriente el nombre de regalos, *eulogiae*. Verosímilmente eran considerados así por unos y por otros. Lo mismo ocurría con el pago del precio de la sangre, por el que, después de un homicidio, se establecía la paz entre la familia de la víctima y la del agresor. Lo mismo, con las concesiones de tierra en «precaria» —es decir, casi gratuitas— que, a menudo contra su voluntad, las iglesias concedían a los grandes de la vecindad. O con el considerable desplazamiento de riquezas que lleva consigo todo matrimonio: cuando en el 584 el rey

de los francos Chilperico entregó a su hija, futura esposa del rey de los godos, al embajador de éste, la reina Fredegunda aportó «una inmensa cantidad de oro, de plata y de vestidos» y los nobles francos ofrecieron, a su vez, oro, plata, caballos y joyas[12]: los grandes del reino debían acudir a la corte con las manos llenas; sus regalos periódicos no eran solamente la manifestación pública de su amistad y sumisión, sino también una garantía de paz semejante a la obtenida entre los pueblos por medio del intercambio de presentes. Ofrecidos al soberano, al que cada uno consideraba el intercesor natural entre el pueblo en su conjunto y las potencias del más allá, los regalos garantizaban a todos la prosperidad; prometían un suelo fecundo, cosechas abundantes, el fin de las pestes.

Todas estas ofrendas debían a su vez ser compensadas por las larguezas de quienes las recibían. Ningún rico podía cerrar su puerta a los pedigüeños, despedir a los hambrientos que pedían una limosna ante sus graneros, rechazar a los desgraciados que le ofrecían sus servicios, rehusar alimentarlos y vestirlos, tomarlos bajo su patrocinio. Una buena parte de los bienes que la posesión de la tierra y la autoridad sobre los humildes proporcionaban a los señores era de este modo redistribuida entre los mismos que habían entregado dichos bienes. A través de la munificencia de los señores la sociedad realizaba la justicia y suprimía, dentro de una pobreza generalizada, la indigencia total. Y no solamente los monasterios organizaban un servicio de ayuda cuyo papel era normalizar la redistribución entre los pobres. En cuanto a los príncipes, su prestigio estaba en función de su generosidad: no oprimían —con una avidez que parecía insaciable— sino para dar más generosamente. No sólo alimentaban en su casa a todos los hijos de sus amigos y dividían entre sus compañeros de armas los beneficios del pillaje y de los tributos, sino que al celebrar las grandes asambleas establecían con los grandes que acudían a su corte una especie de rivalidad para ver quién ofrecía los más her-

mosos presentes. Toda reunión alrededor de un soberano se presenta como el momento más importante de un sistema regular de intercambios gratuitos que se ramifica por todo el cuerpo social y que hace de la realeza la verdadera reguladora de la economía general. Y también la principal acumuladora, porque necesita una reserva para poder dar.

Constantemente disminuido por las liberalidades hacia las iglesias, los fieles de la aristocracia, los rivales que son los demás reyes, continuamente renovado por los regalos y el botín, el tesoro del soberano es la base de su poder. Debe reunir lo más fascinante que produzca el mundo material, es decir, el dinero, pero sobre todo el oro y las piedras preciosas. Los reyes deben vivir rodeados de maravillas, que son la expresión tangible de su gloria. El tesoro no puede reducirse a un simple almacenamiento de materias preciosas; conviene mostrarlo en las grandes ceremonias; es preciso que los jefes del pueblo ordenen los diversos elementos de su tesoro alrededor de su persona, como una aureola de esplendor. Estos objetos son su orgullo. Enseñando a Gregorio de Tours las medallas que había recibido del emperador Tiberio II y una gran bandeja de orfebrería adornada de piedras preciosas, Chilperico decía: «Lo he hecho para dar relieve y brillo a la nación de los francos…; si Dios me da vida/haré otras». Todo el pueblo en definitiva, se gloría de las riquezas que se acumulan en torno a su rey. Es necesario también que las riquezas sean hermosas, puesto que el tesoro es un adorno de la persona del rey; y esto hace que los tesoros reales lleven anejo un taller que reúne a los mejores artistas, quienes se dedican a integrar en una colección coherente los objetos heterogéneos procedentes de las ofrendas. Estos artistas son ante todo los orfebres, como San Eloy, que sirvió a Dagoberto. Añaden al precio de las cosas el valor, infinito e inestimable, de su trabajo. Las cortes, las de París y Soissons en tiempo de los primeros merovingios, la de Toledo en el siglo VII, la de Pavía bajo el reinado del lombardo Liutprando,

son el punto de concentración de las técnicas artesanales más refinadas; son centros de creación artística cuyo brillo es tanto más vivo cuanto mayor es el poder del príncipe. Son centros ampliamente abiertos cuyos productos son difundidos por la generosidad del soberano, que es el resorte de su prestigio. Cuanto los occidentales sabían de la gloria de Bizancio dependía en una gran parte de la calidad maravillosa de los objetos fabricados en las manufacturas imperiales y distribuidos por el *Basileus* a los jefes bárbaros para que éstos midiesen toda la extensión de su superioridad. Pero también los soberanos de Occidente daban abundantemente, y lo más hermoso que poseían. Objetos que por su precio y por su perfección formal contrastaban violentamente con la indigencia del campesinado famélico, dominado, aplastado, cuyo trabajo era, en última instancia, la fuente de todo el lujo de las cortes.

No imaginemos, sin embargo, que el lujo estuviese reservado a los reyes y a los grandes, sus fieles. En este mundo tan pobre, los trabajadores más humildes no ignoraban las fiestas cuyo fin era hacer renacer periódicamente la fraternidad, forzar la benevolencia de las fuerzas invisibles por medio de la destrucción colectiva, breve y alegre de las riquezas en el seno de un mundo de privaciones. Tampoco ignoraban las *potationes*, las consumiciones rituales de bebidas alcohólicas con las que se pretendía a la vez entreabrir las puertas de lo ignoto y cimentar la cohesión de los grupos de defensa mutua. Ni tampoco ignoraban los adornos; se descubren en las sepulturas más pobres objetos que son la réplica irrisoria de los que adornaban los cuerpos de los reyes. En la Germania del siglo VII, orfebres y fundidores ambulantes producían para una clientela rústica fíbulas y hebillas en bronce troquelado cuya decoración populariza los temas artísticos de los tesoros reales y aristocráticos. En definitiva, de arriba abajo de la sociedad y hasta en sus más oscuras profundidades, las creencias, el temor a lo invisible, el interés en burlar las trampas insidiosas

tendidas en todas partes por las potencias sobrenaturales, levantaban barreras, obligaban a realizar actos de consagración y sacrificios cuya influencia en los movimientos de la economía sería peligroso desconocer. Cabe la posibilidad de que el culto a los árboles y a los bosques —una rúbrica íntegra de los cánones del concilio de Leptines, reunido en 743 en la Galia franca, invita a combatirlo y, todavía en el siglo XI, el obispo Burcardo de Worms denuncia sus tenaces supervivencias— haya dado lugar a poderosos tabúes que frenaron las actividades de los roturadores, que limitaron la extensión de la tierra alimenticia a las lindes de los claros incluso donde no faltaban los brazos y donde los estómagos estaban vacíos. La propagación del cristianismo tardó largo tiempo en romper totalmente estos tabúes. En cualquier caso, las actitudes religiosas imponían igualmente regalos, los más valiosos, los más necesarios, puesto que se dirigían a fuerzas inexorables cuyos límites nadie conocía.

Además, las donaciones piadosas representaban una disminución decisiva a expensas de la producción y del consumo, puesto que, al contrario que los presentes de los que se beneficiaban los señores y los reyes, no eran compensadas por la redistribución de ventajas visibles. Sacrificios verdaderos de ganado, de caballos, sacrificios humanos incluso de los que se sabe por excavaciones recientes que eran practicados todavía en el siglo X en los confines de las provincias cristianizadas. En los ritos del paganismo, un gran número de estas ofrendas se dedicaban a los muertos, a los que hay que considerar como una categoría importante de consumidores en un sistema económico que se proyectaba ampliamente hacia lo sobrenatural. Además de las provisiones alimenticias, el difunto tenía derecho a llevar a su tumba lo que le había pertenecido: sus joyas, su armamento, sus útiles, toda una serie de pertrechos de los que el hogar de los vivos se veía privado de golpe. A este bagaje se añadían los dones de los pacientes. La abundancia de los hallazgos de la arqueología, aunque fortui-

tos y localizados en una proporción muy débil de sepulturas, atestigua la gravedad de las pérdidas que sufrieron por este motivo, durante generaciones, las riquezas de los vivos. Esta punción afectaba de modo esencial a los objetos de lujo, al tesoro individual que todo ser humano, por pobre que fuese, conservaba, pero afectaba también a los instrumentos y sobre todo a los de metal, de los que la sociedad de la época estaba tan mal provista. Eran valores tan tentadores que muchos no dudaban, para obtenerlos, en afrontar la venganza terrorífica de las almas de los difuntos —el rigor de las penas dictadas contra los violadores de tumbas es la mejor prueba—. Pero los saqueadores de tumbas no fueron nunca numerosos, y la mayor parte de los bienes ofrecidos a los muertos no fue puesta de nuevo en circulación. Ninguna inversión puede ser más improductiva que ésta, la única, sin embargo, que practicó con largueza esta sociedad infinitamente pobre.

El progreso de la evangelización —y quizás sea en este terreno en el que más directamente colaboró al desarrollo económico— hizo vaciarse las tumbas. Ciertamente, con lentitud: los capitulares carolingios continúan luchando contra las ofrendas a los muertos; pero las prohibiciones dictadas en las asambleas generales del Imperio no evitaron que Carlomagno bajara a la tumba adornado de una magnífica orfebrería. Por otra parte, las prácticas paganas fueron reemplazadas por otras no menos exigentes. La «parte del muerto», lo que le dejaban sus herederos para su vida futura, fue reclamada por la Iglesia. La tesaurización, que antes se realizaba en las sepulturas, se desplazó hacia los santuarios del cristianismo, en los que se depositaron las riquezas consagradas. Los grandes y los humildes legaron sus joyas y adornos para que contribuyeran a dar realce al servicio divino. Así, Carlomagno repartió sus joyas entre las iglesias metropolitanas del imperio. De esta forma comenzaron a constituirse, junto a los altares y reliquias de los santos, tesoros cuyas piezas más va-

liosas procedían del tesoro real. Estos tesoros aumentaban sin cesar. Salvo accidente, no eran dilapidados; severos tabúes los protegían del saqueo: se ha conservado el eco del terror sagrado que se adueñó de la cristiandad cuando los vikingos, todavía paganos, violaron estas prohibiciones y se apoderaron del oro y de la plata que el temor al más allá había acumulado en las sacristías de los monasterios. Los tabúes fueron de tal eficacia que numerosas ofrendas permanecen, todavía hoy, en el lugar en que fueron depositadas. Todo lo que conservamos de la orfebrería de la época procede o de las tumbas o de estos tesoros, que, en las iglesias repletas de telas preciosas, rodeaban el servicio divino de una pompa a veces más llamativa que la que rodeaba la persona de los reyes. Sin embargo, los metales preciosos legados por los muertos no eran, como antes, enterrados y, en consecuencia, sustraídos para siempre al uso de los vivos. Llegaría el tiempo en el que se juzgaría más útil a la gloria de Dios emplear los tesoros de otro modo, en el que se utilizarían estas reservas de oro y de plata para reconstruir la iglesia o para ayudar a los pobres. La cristianización de Europa no suprimió la tesaurización funeraria; pero cambió radicalmente su naturaleza. En definitiva y, por consiguiente, estéril pasó a ser temporal y, por este hecho, fecunda. Durante los siglos oscuros acumuló el ahorro metálico del que se alimentaría después del año mil el renacimiento de la economía monetaria.

Pero la Iglesia recibió mucho más. En las prácticas cristianas quedaron subsumidas las viejas creencias que hacían del sacrificio de los bienes terrenales el medio más seguro para conseguir los favores divinos y para purificarse de las faltas. Se compró el perdón de Dios mediante ofrendas, del mismo modo que se compraba la paz de los reyes con el pago de una multa. Ofrecer al Señor los primeros frutos, la décima gavilla después de la cosecha, era igualmente un don propiciatorio. Sin embargo, y esta modificación tuvo importantes consecuencias, los bienes consagrados

no eran destruidos, quemados o aniquilados en las aras del sacrificio; eran entregados a hombres encargados de un oficio particular: la plegaria. La penetración del cristianismo desembocó así en la instalación, en el seno de la sociedad, de un grupo numeroso de especialistas que no participaban en el trabajo de la tierra ni en las empresas militares de saqueo, y que formaron uno de los sectores más importantes del sistema económico. No producían nada: vivían de lo que recibían del trabajo de otros. A cambio de estas prestaciones concedían oraciones y otros gestos sagrados, en beneficio del conjunto del pueblo. Toda la Iglesia no estaba, ciertamente, en la misma situación económica: el bajo clero de los campos explotaba él mismo sus parcelas, labraba, vendimiaba y apenas se distinguía de los campesinos. Pero incluso los sacerdotes más humildes eran rentistas en una parte al menos de sus ingresos. Los clérigos asociados al obispo en el servicio de las catedrales y los monjes ocupaban una posición auténticamente señorial, ociosa y consumidora. La práctica universal del donativo, del sacrificio ritual a la potencia divina acrecentaba constantemente su fortuna territorial. Ya hemos reconocido en el flujo de las donaciones de tierras en favor de la Iglesia una de las corrientes económicas más amplias y más regulares de esta época.

Se comprueba así cuán falso es considerar cerrada esta economía. Sin duda, en todas las casas, desde la del rey a la de los monjes o a la de los campesinos más pobres, reinaba la preocupación de bastarse a sí mismos y de sacar de la propia tierra lo esencial de los bienes de consumo. Esta inclinación a la autarquía, el deseo de vivir de lo suyo y de pedir lo menos posible en el exterior, llevaba, por ejemplo, a los monasterios situados en las provincias donde el cultivo de la viña era poco viable a unir a su patrimonio anejos vitícolas situados a veces muy lejos, en climas más clementes. Pero por toda la sociedad entera corrían los canales, continuamente diversificados, de una circulación de riquezas y de servicios suscitada por lo que he llamado las generosidades

necesarias. Las de los dependientes hacia sus patronos, las de los padres hacia la desposada, las de los amigos hacia el organizador de una fiesta, las del rey hacia los grandes, las de todos los ricos hacia todos los pobres, y finalmente las de todos los hombres para con los muertos y para con Dios. Se trata de intercambios —y son innumerables—, pero no se trata de comercio. Consideremos, por ejemplo, el tráfico del plomo a través de la Galia del siglo IX, que no lo producía y lo importaba de las Islas Británicas. Para cubrir la techumbre de un santuario en su abadía de Seligestadt, Eginardo debió comprarlo y pagar una gran cantidad de dinero; pero para hacerse con este metal, Lupo, abad de Ferrières cerca de Orleans, escribió al rey de Mercia para que se lo enviase, prometiéndole a cambio oraciones; y el papa Adriano recibió de la generosidad de Carlomagno mil libras de plomo, que los oficiales de la corte llevaron en sus equipajes, en paquetes de cien libras, hasta Roma. En los dos últimos casos no hay comercio ni pago, y sin embargo este producto raro circula, y a larga distancia. Como las especias que amigos romanos enviaban a San Bonifacio a cambio de liberalidades compensadoras. Al haber descubierto pocas huellas de un verdadero comercio, numerosos historiadores de la economía han atribuido a la Europa de los tiempos oscuros un repliegue que no era real; en otros casos han considerado falsamente como comerciales intercambios que no lo eran de ningún modo. En realidad, la expansión del comercio en la Europa medieval, cuyo desarrollo intentaremos seguir en esta obra, no fue sino la muy progresiva y siempre incompleta inserción de una economía del saqueo, del donativo y de la largueza en el marco de la circulación monetaria. Este marco existía; era el legado de Roma.

LA FASCINACIÓN DE LOS MODELOS ANTIGUOS

Otro rasgo fundamental de la mentalidad de la época: todos los bárbaros aspiraban a vivir a la romana. Roma les había comunicado gustos imperiosos, el del pan, el vino, el mármol, el oro. Subsistían, entre los escombros de su civilización, viviendas suntuosas, ciudades, calzadas, mercaderes, moneda. Los jefes de los conquistadores se habían instalado en las ciudades; habían ocupado sus palacios; se habían habituado a frecuentar las termas, los anfiteatros, el foro; la parte de su lujo de la que más orgullosos estaban llevaba los oropeles de la romanidad. Así se mantuvo la vitalidad de las ciudades, más intensa sin duda en Verona, en Pavía, en Piacenza, en Luca, en Toledo, pero real también en las ruinas de Colonia o de los *chesters* de Bretaña. Indudablemente, las actividades urbanas propiamente económicas conocieron un considerable reflujo. Las ciudades se ruralizaron; se plantaron viñas, se hizo pacer a los rebaños entre los restos de los monumentos antiguos. Las tiendas se vaciaron. Cada vez se hizo más difícil hallar artículos de tierras lejanas. Pero no desaparecieron completamente. En cualquier caso, la ciudad siguió siendo el centro de la vida pública, porque en ella estaba el palacio del soberano o de su representante, la residencia del obispo, los *xenodochia* en los que los viajeros hallaban asilo.

Alrededor de todas las ciudades de las Galias, a alguna distancia del centro fortificado, había surgido, desde el siglo VI, una corona de establecimientos monásticos: Saint-Vincent y Saint-Germain-des-Prés, en París; Saint-Médard, en Soissons; Sainte-Radegonde, en Poitiers; Saint-Remi, en Reims; fuera del recinto amurallado de Le Mans se contaban en el siglo VII ocho monasterios y hospicios. La comitiva de los jefes políticos, los domésticos de las iglesias concentraban en el núcleo urbano un grupo importante de residentes estables y de nivel de vida relativamente alto. Su sola presencia daba lugar a un aprovisionamiento constante y fomentaba la actividad de artesanos especializados. Porque los sucesores de los ciudadanos romanos aspiraban a lle-

var la vida de sus antepasados. Se esforzaban por mantener, mal que bien, en funcionamiento el marco material que aquéllos les habían legado. Se preocupaban especialmente por construir. A fines del siglo VI, el poeta Fortunato alaba al duque Leunebolde por haber construido una iglesia, y este hombre «bárbaro» de raza se enorgullece de haber realizado lo que ningún «romano» se hubiera atrevido a emprender.

Igual preocupación por no dejar perder una tradición de bienestar y suntuosidad monumental se manifiesta en el campo, en las *villae* que subsistían, ocupadas por los propietarios más afortunados y menos rústicos. El mismo Fortunato describe de este modo, hacia el 585, la residencia en la que prefería vivir, cerca de Coblenza, el obispo de Tréveris, Niceto, originario de Aquitania: «Una muralla flanqueada por treinta torres rodea la montaña; un edificio se eleva en un lugar en otro tiempo cubierto de bosques; el muro extiende sus alas y baja hasta el valle; llega al Mosela, cuyas aguas cierran por este lado el dominio. En la cima de la roca está construido un magnífico palacio, semejante a una segunda montaña izada sobre la primera. Sus murallas abarcan inmensos espacios y la casa es en sí misma una verdadera fortaleza. Columnas de mármol soportan la imponente construcción; desde lo alto, en los días claros se ven los barcos deslizándose sobre la superficie del río; la vivienda tiene tres pisos y cuando se llega a la parte superior parece como si el edificio cubriera los campos que se extienden a sus pies. La torre que guarda la rampa de acceso tiene en su interior la capilla consagrada a los santos, así como las armas para uso de los guerreros. Hay también una máquina de guerra cuyos proyectiles vuelan, dan la muerte y siguen su camino. El agua es llevada por cañerías que siguen el contorno de la montaña; la rueda que mueve el agua, muele el trigo destinado a la alimentación de los habitantes de la región. En las laderas, antes estériles, Niceto ha plantado viñas de néctar delicioso, y los pámpanos verdeantes tapizan la roca que anti-

guamente sólo estaba cubierta de maleza. Huertos de árboles frutales aparecen por doquier y llenan el aire con el perfume de sus flores». Aun cuando hay que distinguir en esta descripción lo que es mero efecto retórico, nos proporciona una imagen cautivadora, la de la íntima compenetración en este tipo de vida aristocrática del elemento religioso, el elemento militar y el elemento rústico, y, por otra parte, la de la implantación en los bosques de Germania, por iniciativa de unos dirigentes imbuidos de la tradición romana, de una economía de tipo colonial de la que son los símbolos la construcción en piedra, el viñedo y el molino. Entre los propagadores de los modelos romanos, los obispos desempeñaron un papel considerable, y con ellos los monjes. Sólo en Galia, más de doscientos monasterios fueron creados en el siglo VII en el emplazamiento de antiguas villae romanas, y sus construcciones cubrían un área veinte o treinta veces superior a la de la antigua Lutecia. Sólo la edificación de estas grandes construcciones necesitó el transporte y la utilización de una masa enorme de materiales, algunos de los cuales procedían de regiones muy alejadas, como el mármol de las canteras pirenaicas empleado en la decoración de los santuarios monásticos de la región parisina.

Trasplantar los modos de existencia romanos al norte salvaje no equivalía sólo a reanimar los restos que podían subsistir de la antigua colonización y a modificar el paisaje aclimatando el cultivo de la viña; era preciso además mantener contactos con las fuentes de aprovisionamiento de productos exóticos, como el aceite, el papiro o las especias. Ahora bien, estos contactos estaban amenazados por la degradación continua del sistema de comunicación implantado por Roma. El testimonio —tardío, los hechos que evoca son del 991— dejado por Richer, monje en Saint-Remi, de Reims, que quiso viajar hasta Chartres, revela el grave deterioro en que había caído la red de calzadas: «Habiéndome internado con mis dos compañeros en los recovecos del

bosque, pasamos por toda clase de infortunios. Engañados por el cruce de dos caminos, hicimos seis leguas más de las necesarias». A seis millas de Meaux, la acémila muere. «Dejé allí al criado con el equipaje, no sin antes decirle lo que debería responder a los viandantes…, y llegué a Meaux. Apenas la claridad del día me permitió ver el puente sobre el que me aventuraba, y cuando lo examinaba atentamente me di cuenta de que me esperaban nuevas calamidades. Mi compañero, después de haber buscado inútilmente una barca, volvió al peligroso paso del puente y quiso el cielo que los caballos pudieran pasarlo sin accidente. En los lugares carcomidos, colocaba a veces su escudo bajo sus pies; en otras ocasiones unía los tablones separados; a veces a gatas, a veces de pie, a veces avanzando y otras retrocediendo, consiguió pasar felizmente el puente con los caballos, y yo le seguí». Sin embargo, los transportes en carretera no se interrumpieron. En un texto redactado antes del año 732 en Saint-Denis, este medio era considerado como normal. Se trata de una decisión real por la que se concedía a un establecimiento religioso la exención de las tasas cobradas sobre las mercancías: «Le hemos concedido la gracia, para sus representantes que comercien o sé desplacen por cualquier otro motivo, de no pagar al fisco el peaje o cualquier otro impuesto, cada año por tantas carretas, cuando van a Marsella o cualquier otro puerto de nuestro reino a comprar lo que necesitan para luminarias (es decir, el aceite). Por tanto…, no reclamaréis ni exigiréis ningún peaje por tantas carretas de este obispo en Marsella, Toulon, Fos, Arles, Avignon, Valence, Vienne, Lyon, Chalón y demás ciudades de nuestro reino en las que se exige, tanto si se trata de impuestos sobre el transporte en barco como en carro, en los caminos, en los puentes, por el polvo levantado, por la reverencia debida o por la hierba consumida[13]». Pero este documento menciona en primer lugar barcos, y el itinerario que menciona es efectivamente el seguido por los barcos. De hecho, los ríos se convertían en las vías principales de circula-

ción, lo que favorecía, respecto a las otras aglomeraciones, a las situadas en la proximidad de aquéllos. Por último, se encuentran en esta fórmula alusiones muy claras a compras, a puntos de percepción de impuestos atravesados por *mercatores*, por mercaderes.

La circulación de productos lejanos no consistía sólo en el intercambio de regalos; intervenían también, sin duda, especialistas del comercio. Se trataba a veces —como lo sugiere la fórmula anteriormente citada— de servidores enviados por un señor para ocuparse en tierras lejanas de los negocios del dueño, pero también había, sin duda, auténticos mercaderes. Verdaderamente, es difícil saber si los *negociatores* que aparecen en los documentos eran independientes o criados de un patrón. Probablemente, y esto desde el Bajo Imperio, los grandes se habían habituado a contratar agentes comerciales, más al corriente de las prácticas del negocio. Estos profesionales obtenían ventajas de su pertenencia, temporal, a la casa de un señor poderoso: gracias a él podían conseguir salvoconductos y privilegios que facilitaban sus propias transacciones. En todo caso, la existencia de traficantes, al menos parcialmente autónomos, que vivían de su función de intermediarios, no ofrece dudas. Roma había dejado en las ciudades los residuos de colonias de negociantes orientales, los *Syri*, que mencionan frecuentemente las fuentes galas del siglo VI, cuyo relevo tomaron rápidamente los mercaderes israelitas. Entre los que Dagoberto llama sus «mercaderes» figuraban judíos. Éstos se beneficiaban, en la dirección de sus empresas comerciales, de una preparación intelectual más adaptada a estas actividades, así como de las estrechas relaciones que mantenían los múltiples islotes de la Diáspora repartidos por todo el espacio del antiguo Imperio. Su situación exterior con relación al pueblo y a la cristiandad los predisponía a cumplir estas funciones económicas; en efecto, las sociedades para las que el comercio es una actividad marginal, situada en los linderos de una economía del donativo, y por consiguiente sospechosa —como lo era a los ojos de la

Iglesia cristiana— encomiendan voluntariamente la práctica del comercio a los extraños. Sin embargo, existían también cristianos entre los profesionales del comercio, y estos mercaderes indígenas eran más numerosos en las regiones donde las huellas romanas eran más visibles. Desde el momento en que Italia sale de la profunda oscuridad en que la había mantenido durante todo el siglo VII la acumulación de calamidades, se ve cómo los reyes lombardos dedican especial atención a estos mercaderes. Las leyes de Liutprando, del 720, contienen disposiciones especiales respecto a los hombres libres que se ausentan demasiado tiempo de su vivienda por asuntos comerciales o para practicar el artesanado del que son especialistas. Aistulfo, en el 750, al repartir entre los miembros del pueblo los servicios que le son debidos, diferencia de los *possessores*, es decir, de aquéllos cuya riqueza se basa en la tierra, a los *negociatores*, y estos últimos forman una clase tan diversificada y tan importante que la ley clasifica a sus miembros en tres grupos, en función de su fortuna. Los mercaderes más ricos deben servir a caballo, con un equipo militar completo. Lo que los distingue de los más ricos propietarios de la tierra es que tienen la posibilidad de liberarse de sus obligaciones mediante el pago de dinero al tesoro real. Porque su riqueza es, en su mayor parte, monetaria.

Para todos los pueblos que ocupan el Occidente de Europa, la plata y sobre todo el oro representan los más altos valores materiales. Pero los metales preciosos no se presentan en forma monetaria, sino de modo marginal y a menudo efímero. En su inmensa mayoría, sirven para formar alrededor de los dioses, de la persona de los reyes, de los jefes, de todos los ricos y alrededor de los muertos, una aureola de magnificencia. Los saqueos, los tributos y los regalos hacen circular estos metales en forma de joyas. Los artesanos, que gozan de un gran prestigio, tienen como misión darles forma, a fin de hacerlos más aptos para manifestar la gloria de quien los disfruta. Sin embargo, por todas par-

tes y hasta en los lugares más salvajes circula la moneda. Apreciar con exactitud el papel que la moneda ha podido desempeñar en las sociedades de esta época es tarea difícil, la más difícil tal vez de cuentas se imponen al historiador de la economía. En primer lugar, porque los medios de información sobre el particular son especialmente decepcionantes: las únicas indicaciones que pueden autorizar juicios seguros son las monedas mismas. Se han encontrado muchas, pero siempre al azar de los descubrimientos arqueológicos, en las sepulturas y en los tesoros que sus propietarios, después de haberlos enterrado —por razones que ignoramos, pero sin duda con la esperanza de sustraer provisionalmente al peligro estas reservas de poder— no pudieron recuperar. Todos los documentos numismáticos proceden de una serie de accidentes, a cada cual más fortuito: que se hayan escondido las monedas, que hayan permanecido ocultas, que los arqueólogos las hayan descubierto. Este carácter ocasional limita considerablemente su valor. En segundo lugar, el primero en importancia tal vez, es preciso un esfuerzo serio para desprenderse de los modos de pensar que impone el mundo moderno en el que todo el movimiento económico se ordena en función de valores monetarios, introducirse en un universo psicológicamente diferente si queremos tener un criterio más acertado.

Si la moneda está presente por todas partes en los siglos VII y VIII, no en todas partes se acuña. Al este del Rin no hay talleres monetarios antes del siglo X; en Inglaterra, las primeras cecas datan, a lo más, de los primeros años del siglo VII y su actividad fue durante largo tiempo muy limitada: el tesoro de Sutton-Hoo, del que los arqueólogos piensan que fue enterrado hacia 625 o hacia 655, contiene solamente treinta y siete monedas, y todas son francas. La acuñación se hizo más intensa a partir del 680, pero hasta el siglo IX estuvo limitada al sudeste de la isla. Subrayemos que nada autoriza a suponer una mutación económica de cualquier tipo en esta parte de Inglaterra en los alrededores del

680. Observemos, pues, que es arriesgado relacionar de manera demasiado estrecha la apertura de un taller monetario con un proceso de crecimiento. Más vale, sin duda, considerar que la acuñación se introduce en los países «bárbaros» como un elemento tomado en préstamo de una cultura superior y fascinante. La moneda debe ser tenida por un vestigio, entre otros, de las estructuras romanas. Fabricar monedas —igual que hacer pan, beber vino, bañarse, convertirse al cristianismo— no es necesariamente un signo de promoción económica. Es prueba de un «renacimiento» o de una aculturación.

De hecho, a comienzos del siglo VII, la moneda es acuñada en todas las provincias que han permanecido fieles a las tradiciones antiguas, e incluso en estos casos es preciso interrogarse sobre el uso que se hacía de estas piezas y sobre su verdadera significación. Tomemos el caso de la Galia del siglo VII. En el sur, hasta el Sena, el numerario era contado, sumado; el precio de las cosas se traducía en un cierto número de monedas; lo que quiere decir que se tenía confianza en su peso y en su ley; en los hábitos mentales de la zona eran reconocidas como medidas, como símbolos de valor, como elementos de apreciación. Al norte del Sena, cuanto más se entra en la barbarie, más parece desaparecer esta función de la moneda: aquí, según parece, las monedas eran pesadas y comprobadas; se las consideraba, por tanto, inseguras y distintas, y esto deriva evidentemente del hecho de que el aprovisionamiento en numerario era irregular, los talleres, lejanos, múltiples, y las emisiones, de calidad variable; pero, sobre todo, los pueblos de estas regiones no estaban acostumbrados a recibir el dinero por el valor abstracto que se le atribuía: las monedas eran para ellos trozos de metal que era necesario comprobar, uno por uno.

Añadamos que, aunque presente en todas las regiones, en todas era insuficiente la moneda. Los documentos escritos así lo prueban. Nos hablan de hombres muy ricos incapaces de reunir

el numerario que necesitan en determinados momentos, como en el caso de un grande de Neustria que, por no haberse unido al ejército real, fue condenado a fines del siglo VII a la multa, muy pesada, de seiscientos sueldos, con la que se castigaba la defección militar; tuvo que recurrir al abad de Saint-Denis, entregarle en prenda, a cambio de las monedas de oro necesarias, un gran dominio en Beauvaisis; murió sin haber podido librarse de la deuda, y su hijo tuvo que reconocer al monasterio la plena propiedad de la prenda. En los documentos que registran ventas, el precio se expresa en valores monetarios; pero, en todos los niveles de la sociedad, lo más corriente es que el comprador pague, en parte al menos, con el regalo de objetos que él poseía y que el vendedor ambicionaba. «El precio es valorado en oro, plata y caballos, por un total de 53 libras»: esta fórmula, que viene del nordeste de la Galia y que data del 739, es muy significativa. Más raro resulta ver cómo un propietario italiano vende en el año 760 una tierra que vale un sueldo y recibe un trozo de tocino por la mitad del precio y seis modios de mijo por la otra mitad; o cómo en Luca, un cambista, es decir, una persona que puede con mayores facilidades que nadie obtener dinero, da un caballo por los trece sueldos que debe. Más característica del lugar limitado que tenía la moneda en los intercambios es la ausencia, en las sociedades más evolucionadas de la época, de moneda fraccionaria, susceptible de ser utilizada en las pequeñas transacciones. La Antigüedad había acuñado en bronce una moneda fraccionaria, y ésta no aparece ni en Italia ni en la Galia después del siglo VI. En este período sólo circulan piezas de oro y de plata que tienen un fuerte valor liberatorio. El capitular de Francfort del 794 invita a ceder contra un solo dinero de plata doce panes de trigo con un peso de dos libras, o quince panes de centeno, o veinte de cebada. ¿Cómo pagar un solo pan, es decir, la ración diaria de un hombre? ¿Y para qué podían servir en la vida cotidiana las monedas de oro, que valían como mínimo doce ve-

ces más que el dinero de plata de Carlomagno, y que fueron las únicas acuñadas en la Galia entre el 550 y el 650? Los historiadores se resisten a admitir la inexistencia de moneda fraccionaria y se han preguntado si no les engañaba la deficiencia de las fuentes. Que esté ausente de los tesoros, dicen, no prueba nada: no tenía valor suficiente para que se la tesaurizase. El argumento es débil: hasta el siglo VI los tesoros contienen también monedas de bronce. Algunos historiadores han lanzado la hipótesis de un uso prolongado de las antiguas monedas romanas; pero está demostrado que las piezas de esta época se desgastaban muy rápidamente, hasta el punto de desaparecer, cuando circulaban, en menos de un siglo. Hay que inclinarse ante la evidencia: las monedas que se utilizaban en esta época eran las más valiosas. Pero los etnólogos nos enseñan que las sociedades primitivas pueden prescindir de la moneda fraccionaria, sin que por ello ignoren los intercambios, ni siquiera los típicamente comerciales. De hecho, la Europa del siglo VII, como acabamos de ver, practicaba abundantemente el trueque. Entre las casas ricas y las pobres se establecía toda una serie de prestaciones diversas que hacían de la compra una operación excepcional, en todo caso periódica. En esta economía, sin embargo muy abierta, las monedas de poco valor no eran indispensables. La razón profunda de su desaparición fue que los soberanos se desinteresaron de su acuñación: ésta no añadía nada a su prestigio. Del sistema romano sólo conservaron los elementos de majestad, y acuñaron la moneda de oro porque su deseo era ante todo imitar al emperador.

Repitámoslo: en la época que nos ocupa, los fenómenos monetarios están menos relacionados con la historia económica que con la de la cultura o la de las estructuras políticas. De hecho, hay que intentar explicar la progresiva difusión del instrumento monetario y las fluctuaciones que afectaron a la circulación del dinero por la evolución cultural y política. Emitir moneda es, propiamente hablando, un asunto de Estado. Tal acto requiere

por tanto un mínimo de organización política sin la cual no es posible la fabricación regular de estos objetos idénticos que son las monedas, bajo la garantía de una autoridad reconocida. Requiere sobre todo que haya un concepto claro de soberanía, que haya madurado el concepto de soberanía, la idea de que el príncipe es el sostén del orden, el dueño de la medida y que le corresponde poner a disposición del pueblo los patrones necesarios para la regularidad de las transacciones. Como la justicia, la acuñación de moneda es una institución de la paz pública; como ella, emana del personaje que, por su magistratura eminente, tiene la misión de mantener en correlación armoniosa y saludable el mundo visible y los designios de Dios. Esta misión suprema de equilibrio y de paz corresponde al emperador. Durante largo tiempo el emperador fue el único considerado capaz de cumplir esta misión. La Europa de comienzos de la Alta Edad Media utilizó única y exclusivamente monedas que llevaban en una de sus caras la efigie del césar. La retirada progresiva de estas monedas, la aparición de otras emitidas en nombre de los reyes «bárbaros» se integran, pues, en el proceso general de aculturación que hizo que la barbarie se insertase insensiblemente en los marcos políticos heredados de la romanidad.

Las monedas de oro bizantinas más tardías que se han encontrado en Occidente al otro lado de los Alpes proceden de tesoros enterrados en Frisia entre el 625 y el 635. A decir verdad, los talleres imperiales continuaron emitiendo monedas de oro, sueldos y sobre todo tercios de sueldo (*triens*). En Italia, que permaneció más largo tiempo bajo la tutela política de Bizancio, las cecas prosiguieron su actividad en nombre del emperador: en Ravena, hasta que esta ciudad fue conquistada, en el año 751, por los lombardos; en Roma, hasta que, hacia el 770, la autoridad pontificia sustituyó claramente a la de Bizancio; en Siracusa, hasta mediados del siglo IX, es decir, hasta la conquista árabe. Pero fuera, en los reinos bárbaros, los soberanos se habían apodera-

do de los talleres, y, sin embargo, durante largo tiempo no se atrevían a apropiarse realmente de la acuñación. Dejaron subsistir las monedas con la efigie del emperador. Para atreverse a sustituirla por la suya propia fue preciso que se persuadieran de que ya no eran delegados del poder imperial, sino verdaderos dueños y responsables del orden público. Los primeros en dar este paso fueron los reyes francos, hacia el 540. Los monarcas lombardos les siguieron. En España la iniciativa correspondió al rey Leovigildo (568-575), y se incluye en un esfuerzo de conjunto para reorganizar el Estado, enlazar con la tradición jurídica y restaurar los símbolos romanos de la soberanía, lo que prueba una vez más que la reanudación de la actividad monetaria manifiesta ante todo la recuperación del sentimiento de majestad. Del mismo modo, en Kent, a comienzos del siglo VII, las primeras emisiones de monedas de oro traducen un progreso de las instituciones políticas, que halla su expresión en las leyes de Edelberto. Lo que extraña también en las decisiones de los reyes bárbaros es el respeto de que dan prueba hacia la tradición antigua de la acuñación, fidelidad evidentemente más visible en Lombardía, donde los recuerdos de Roma eran más tenaces. El rey Rotari reconstituye, a imitación de Bizancio, los colegios de monederos, cuyos miembros, juramentados, en posesión hereditaria del cargo, dominarán la economía de las ciudades lombardas hasta el siglo XII. El monarca afirma el monopolio de las acuñaciones como un atributo primordial de la soberanía; reserva al príncipe todo el metal recogido en los ríos por los buscadores de oro; condena a la pena bizantina de perder la mano a quien intente falsificar la moneda de oro. La acuñación se encuentra en Pavía, Milán, Luca y Treviso, y el nombre del monedero no aparece en la moneda, para que se note bien el carácter público del taller.

En cuanto a la función de la moneda real, parece triple. En primer lugar, es la afirmación del prestigio monárquico. Por otra parte, es un símbolo del orden, de los valores estables, y por así

decir divinos, que deben presidir todas las transacciones, incluso aquéllas, innumerables, que no recurren a la moneda. Por último, es lícito admitir que la función principal de la moneda, en concreto, es canalizar los intercambios que se desarrollan alrededor de la persona real. Las monedas son objetos hermosos, hechos de materias muy preciosas, como las joyas que fabrican los orfebres agregados al tesoro real (los cuales son frecuentemente también los responsables de la acuñación). ¿No sirven ante todo estas monedas como vehículo de los favores que emanan del palacio real, y después para llevar hacia el rey lo que sus agentes cobran sobre los convoyes de mercancías a lo largo de los caminos y de los ríos, el importe de los tributos impuestos a las poblaciones sometidas, el producto de las multas infligidas en los tribunales públicos? Las referencias a valores monetarios ¿no aparecen con mayor frecuencia en las estipulaciones de las leyes bárbaras que fijan la tarifa de las penas pecuniarias? Entre todos los trasvases de riquezas, los que dependen del impuesto, en todas sus formas, no pueden dejar de recurrir al instrumento monetario. El trueque no tiene lugar aquí: el noble de Neustria, del que decíamos que fue condenado a pagar seiscientos sueldos al tesoro real, tuvo, a pesar de todas las dificultades, que satisfacer la multa en metálico. Por su munificencia, el rey distribuye alrededor de su persona fragmentos de oro, marcados con la señal de su poder personal; vuelven a él por la fiscalidad. Así se organiza un circuito, limitado y casi enteramente cerrado sobre sí mismo, del que el palacio es el eje. Tal parece ser el papel fundamental de esta pesada moneda, cuya incomodidad, al nivel de los intercambios propiamente comerciales, choca al economista. La moneda, no lo olvidemos, pertenece al césar, y debe serle devuelta. Pero si el numerario es el vehículo de la fiscalidad, es también uno de sus instrumentos: del metal precioso que los particulares llevan a los talleres para que con él se acuñen monedas, el soberano tiene derecho a una parte. Y este beneficio, que a veces los reyes ceden a

los que autorizan a batir moneda, incita a los que poseen el derecho de acuñar moneda a favorecer en la medida de sus posibilidades el desarrollo de la circulación monetaria.

En la historia del instrumento monetario, y porque es ante todo una institución política, se reflejan, pues, todas las vicisitudes del Estado. El caso de la Galia franca es desde este punto de vista ilustrativo. Al revés que en Italia, porque el poder estaba aquí menos concentrado y los modelos romanos más difuminados, Galia vio dispersarse la acuñación en múltiples talleres. Su distribución geográfica sigue la orientación hacia el Mediterráneo de las vías principales de circulación, aquéllas en las que se cobraba un peaje, que había que pagar en numerario, aquéllas que seguían los mercaderes, porque la moneda, lógicamente, servía para las operaciones comerciales. La ceca de Marsella fue durante largo tiempo la más activa. Se desarrolló considerablemente hacia el 600 y conoció su apogeo a mediados del siglo VII, cuando, en la Italia arruinada por las guerras de Justiniano, la invasión lombarda desplazó hacia el valle del Ródano las principales corrientes de importación de artículos orientales. Al norte de Galia se comenzó a acuñar moneda hacia el 650, y también aquí, a lo largo de los itinerarios más frecuentados, en Huy y en Maastricht, junto al Mosa, en Quentovic, donde se concentraba el tráfico hacia Gran Bretaña. Lo que importa sobre todo es la progresiva diseminación de las cecas. En la Borgoña del siglo VIII las principales están en las ciudades romanas que jalonan la ruta desde el Saona hacia Neustria, en Chalón primero, después en Sens, Autun, Auxerre, Macon, y se han localizado otras nueve. Son más de un millar en toda Galia. Muchas están situadas en lugares minúsculos, tan pequeños que, en el oeste, el 20 por 100 no han sido identificados. La dispersión es mucho más visible en el norte, donde las actividades propiamente comerciales eran, sin embargo, aparentemente menos intensas; la diseminación no es, por tanto, una respuesta a las necesidades de los usuarios; es prueba

de la descomposición de la autoridad monárquica. Ahogada poco a poco por los progresos del poder aristocrático, la realeza franca no ha podido mantener bajo su control el monopolio. Junto con otros favores, la monarquía ha concedido a las iglesias el derecho de acuñar moneda; ha dejado a los monederos —cada vez más numerosos, se conocen más de mil quinientos, algunos de los cuales eran nómadas— adquirir cada vez mayor independencia, y manifestarla sustituyendo en las monedas el nombre del rey por el suyo propio: el primer nombre de monedero aparece en el 585, el nombre real desaparece de la moneda de oro a comienzos del siglo VIII. Estamos ante una dilapidación del poder real, y de ella derivan la irregularidad de la acuñación y el deterioro de las monedas, cuyo peso poco a poco disminuye y cuya ley se altera.

Es tentador poner en relación con esta evolución, consecuencia del desastre político, el fenómeno monetario más importante de la época: la victoria progresiva, pero total, obtenida por la moneda de plata sobre la moneda de oro. En el momento mismo en que, en el Estado lombardo, el realce del prestigio real hacía que se reforzase la acuñación del oro y se abandonase la de la plata, los talleres de Galia, cuyo carácter público había desaparecido casi completamente, emitían, hacia el año 650, en Clermont, en Lyon, en Orleans, el «dinero», es decir, una moneda de plata. Su peso, que varía entre 1,13 y 1,28 gramos, era claramente mayor que la del *triens*, que pesaba apenas un gramo. Permaneció estable hasta fines del siglo VIII. Poco a poco las monedas de oro desaparecieron: se dejó de acuñarlas en Marsella hacia el 680; no se encuentran en los tesoros ocultos en Frisia después del último tercio del siglo VII. Un nuevo sistema monetario se instaló en tres decenios. Encontró inmediatamente su correlación al otro lado del canal de La Mancha. Cuando la acuñación fue reemprendida, hacia el 600, en el sudeste de Inglaterra, los talleres emitieron esas monedas de plata que los numismáticos llaman

sceattas, y que se difundieron por todas partes: hay varias de ellas en un tesoro oculto en Cimiez, cerca de Niza, en el año 737. Este sistema triunfó completamente. A fines del siglo VIII, la acuñación del oro no era más que un recuerdo. La conquista carolingia la había suprimido en el reino lombardo primero, y en Roma más tarde, en tiempos del papa Adriano. Se encontraba reducida a las franjas de Occidente, en las que se mantenía la presencia de Bizancio.

No me extenderé sobre las polémicas sin fin que han opuesto a los historiadores a propósito de esta mutación. Recordemos solamente que Europa occidental no posee fuentes de oro. ¿Qué cantidad de metal amarillo podían recoger los buscadores de oro en los torrentes del reino lombardo? Occidente debía, pues, vivir de sus reservas, que se gastaban, o alimentarse en el exterior. Es cierto que las aportaciones exteriores disminuyeron precisamente en la época en que languideció la acuñación de oro, pero no por razones comerciales. Bizancio había sido en el siglo VI, y lo era todavía a comienzos del VII, el principal proveedor de oro. No por sus actividades comerciales —estaba rigurosamente prohibido a los mercaderes sacar monedas fuera del Imperio—, sino por sus actos políticos, por los regalos ofrecidos a los soberanos bárbaros, por los sueldos pagados a los mercenarios, por los tributos que su orgullo disfrazaba de regalos graciosos: el exarca de Ravena, a fines del siglo VI, hacía entregar cada año trescientas libras de oro a los reyes lombardos. A medida que el imperio de Oriente se replegaba sobre sí mismo, las entregas de oro se hacían menos abundantes. Pronto cesaron del todo y quedaron sólo las reservas, que eran considerables. El oro aparece con frecuencia en los escritos de la época merovingia, y la orfebrería franca y sajona quizás no fue nunca tan activa como en la segunda mitad del siglo VII, es decir, en el momento mismo en que se producen muy rápidamente las conquistas del dinero. Pero justamente, el oro tendía en este momento a fijarse en los te-

soros, en los de los reyes, en los de las iglesias, en los que se dedicaban a los muertos. La plata era un producto local; Tácito se había extrañado de ver que los germanos la preferían al oro. A los señores privados, que controlaban la acuñación en la Galia, y que no se preocupaban tanto como los reyes de la majestad, la plata les pareció una materia prima cómoda. Los hombres que utilizaban la moneda para los negocios a larga distancia mostraron más interés por el dinero a medida que, por un lento movimiento pendular, disminuían las relaciones directas con el mundo bizantino y se intensificaban los intercambios con los pueblos de Germania y del mar del Norte, así como con el mundo musulmán, cuya moneda, el dirhem, era de plata. Por último, no es absurdo pensar que la moneda de plata, de menor valor, fue considerada un instrumento más práctico en una sociedad que se habituaba a utilizar la moneda para transacciones cada vez menos excepcionales. El abandono de la moneda de oro podría, pues, ser el signo, no como se ha dicho repetidas veces de una contracción económica, sino, muy al contrario, de una lenta apertura a los intercambios comerciales, aunque la inserción de este fenómeno en el movimiento de la economía parezca bastante marginal. Ante todo porque la moneda, cualquiera que fuese el material empleado, continuó siendo extremadamente rara. Cuando Alcuino quería complacer a sus amigos ingleses ofreciéndoles objetos raros, les enviaba especias, aceite, y también plata amonedada. En Inglaterra, donde el rey Offa no acuñaba moneda más que en Canterbury —lo mismo ocurre en Germania—, el uso de las monedas de plata no se generalizó antes del siglo X. Es evidente, por otra parte, como hemos indicado ya, que ni siquiera el dinero era una moneda fraccionaria hecha para los tráficos cotidianos. Su adopción manifiesta ante todo un cambio en la significación profunda atribuida a la moneda. Su valor de prestigio se atenuó al mismo tiempo que declinaba la fascinación de Bizancio. Cada vez más se convirtió en un útil, en un objeto práctico.

Esta parece ser la situación de la moneda al comienzo de los movimientos que provocaron a partir del siglo VII el desarrollo de la economía europea. La moneda es una herencia de las estructuras económicas mucho más evolucionadas que se habían creado alrededor del Mediterráneo antiguo. El Occidente bárbaro y rural había olvidado durante largo tiempo esta herencia, y por este hecho la moneda había perdido una de sus dos funciones principales: las monedas no eran ya consideradas como reservas de riqueza; el metal precioso se acumulaba en forma de joyas. Quedaba la segunda función, la de símbolo, de medida del valor de las cosas, pero la rarefacción de los intercambios comerciales había limitado considerablemente su importancia. Se puede situar en el curso del siglo VII el término de esta degradación progresiva que tendía a limitar el papel del instrumento monetario. A partir de esta fecha, el sentido de la evolución se invierte, al parecer. Desde que en un pueblo las estructuras políticas han alcanzado suficiente madurez para que la acuñación se regularice, ésta tiende naturalmente a intensificarse por el efecto conjugado de dos factores: ante todo, sin duda, las ventajas que ofrece a quien quiere intercambiar bienes el uso de la moneda; pero también, y de manera determinante, el deseo de los señores de obtener mayores beneficios de la acuñación. Fue el crecimiento de las estructuras estatales el que, con el progreso general de la civilización medieval, afianzó poco a poco, la costumbre de emplear la moneda. Desde este punto de vista, la subida del poder carolingio inicia una fase decisiva en la historia económica de Europa. A partir del siglo VIII, y en forma progresiva a partir de las provincias romanizadas de Occidente, el dinero fue aceptado como el medio más cómodo de realizar una transferencia de valor, tanto si se trataba de un donativo como del pago de una renta, de una tasa, o de una venta. Desde entonces su empleo no dejará de vulgarizarse, lentamente al comienzo, más rápidamente después, y la plata, que se había concentrado en los tesoros, no cesará de cir-

cular cada vez en mayor cantidad. Un movimiento de importantes consecuencias se inicia entonces, cuya progresión y efectos sobre el crecimiento de la economía occidental convendrá señalar a lo largo de esta obra.

La trayectoria de este crecimiento se encuentra en sus orígenes orientados en gran parte por un cierto número de desequilibrios que esta presentación sumaria ha hecho aparecer progresivamente. En primer lugar por el desigual desarrollo de los diferentes sectores del espacio europeo. Las migraciones de pueblos, la lenta difusión de las formas residuales de la cultura romana —de la que la propagación del cristianismo y la habituación a usar la moneda son dos de los aspectos más visibles— tendían a reunir en un mismo conjunto un norte y un este lejanos, que no habían salido todavía de la prehistoria, y los puertos del mar latino en los que, cerca de los anfiteatros todavía en servicio, se oía hablar griego o hebreo y donde eran desembarcados, en pleno siglo VIII, cargamentos de dátiles y de papiros. Entre Roma e Inglaterra, entre Narbona, Verdún y los confines del mundo eslavo se dieron, pues, sobre un fondo común de trabajo campesino, todos los niveles de una aculturación progresiva, mientras que se creaban corrientes de circulación orientadas según los meridianos. Sin embargo, estas corrientes, e incluso el movimiento de esta aculturación, fueron favorecidas por otras desigualdades, por los profundos desequilibrios que hacían desplegarse tan ampliamente el abanico de las fortunas y de las condiciones sociales: los ejemplos fascinantes del modo de vida romano no eran enteramente inaccesibles a los pocos ricos que disponían completamente del trabajo de centenares de agricultores y pastores y que recibían todos los débiles excedentes de centenares de explotaciones campesinas. Por último, en el plano de las actitudes mentales, existían oposiciones entre la idea de Estado, que concordaba con los recuerdos del Imperio, y la noción de señorío, cuyas raíces procedían de lo que quedaba del tribalismo y de los *latifundia*;

entre el ideal de paz, imagen de la justicia divina, y los hábitos inveterados de la agresión guerrera. Todas estas contradicciones imbricadas hacen muy complejo el modelo del desarrollo.

Si pese a todo se intenta esquematizar éste, hay que situar en su centro el avance demográfico. Es casi imposible medir la fuerza de este avance, no sólo porque faltan, con anterioridad al primer rayo de luz proyectado por los inventarios de la época carolingia, todas las bases para una estimación cuantitativa, sino también porque reina la incertidumbre más completa respecto a las estructuras de la familia. Hemos podido señalar cuán débil parece la capacidad de renovación de estas poblaciones, bloqueadas por la precariedad de las técnicas de producción y por las vigorosas supervivencias de la esclavitud doméstica; sin embargo, no era nula. El estudio de los cementerios húngaros del siglo X permite adelantar la hipótesis de una tasa de crecimiento natural del orden del 4 por 1000, que equivale a duplicar el número de hombres en ocho generaciones, es decir, en poco más de dos siglos. Ahora bien, los vacíos producidos por las calamidades del siglo VI invitaban a la reconquista; existían tierras abandonadas, fáciles de ocupar, de las que se podía obtener con qué alimentar mejor a los niños. Este estímulo determinó migraciones, y de modo especial el lento deslizamiento hacia el oeste de los pueblos eslavos; a comienzos del siglo VII los abodritas penetraron en el Holstein oriental para establecer, a la orilla de los lagos y de los ríos, sus pequeñas aldeas circulares; al mismo tiempo comienza la colonización eslava en Turingia y en las colinas boscosas que flanquean por el nordeste los países bávaros. La misma llamada, después de las pestes, estimulaba en todas partes este impulso vital. En el momento en que los propietarios de esclavos comenzaban a situar a éstos en hogares que esperaban prolíficos, parece haberse puesto en marcha un movimiento expansivo que no se limitó a la repoblación de los espacios abandonados. En Galia, la toponimia del siglo VII incita a creer en la aparición un

poco por todas partes de hábitats nuevos en las franjas de los antiguos claros; y lo que se adivina, por ejemplo, en las llanuras de Picardía, favorecidas, evidentemente, por condiciones edafológicas excepcionales que reducían considerablemente los obstáculos levantados por la vegetación forestal, invita a no rechazar la idea del comienzo, desde esta época, de una expansión profunda, creadora de nuevas tierras cultivadas. En esta provincia, más de la mitad de los lugares habitados tienen un nombre del que se nos dice que remonta a este período: la fase decisiva del poblamiento ¿no debe ser situada en el siglo VII y en la primera mitad del VIII? El caso es tal vez excepcional, pero no es el único. El impulso primordial de todos los progresos futuros, el que dio lugar al desarrollo de la producción agraria y suscitó innovaciones tecnológicas, se produjo en Occidente, según todos los indicios, mucho antes de que el enriquecimiento del material documental viniera a aclarar un poco la historia económica. La Inglaterra del *Domesday Book* es un «país viejo»; también lo es, dos siglos y medio antes, aunque en menor medida, la Isla de Francia de los polípticos carolingios. En el modelo de desarrollo, es necesario igualmente introducir factores de orden político cuya intervención descompone el movimiento de crecimiento en dos grandes fases. En la primera, que continuaría hasta cerca del año mil, los motores más visibles del desarrollo son fenómenos militares, de agresión y de conquista, que mantienen la vitalidad de estructuras económicas muy importantes, como la esclavitud o la búsqueda periódica de botín. Puede decirse que la expansión, en sus primeras etapas, es ante todo la de una economía de la guerra. Sin embargo, los conquistadores aspiraron pronto a reconstruir un Estado cuyo ejemplo típico era Roma y en cuyo interior se establecería la paz. Unos tras otros intentaron «renacimientos» como el que los carolingios consiguieron crear por un momento. Poco a poco, en el transcurso del siglo X, se instauró un nuevo orden, esta vez duradero, al estar mejor adaptado que el orden

romano a las realidades profundas de una civilización plenamente rural. La cristiandad occidental se vio en adelante libre de invasiones; la turbulencia agresiva retrocedió poco a poco hacia los confines de Europa, para luego trasladarse más allá. Entonces, en el marco de lo que se acostumbra llamar el feudalismo, comenzó a desarrollarse una segunda fase de crecimiento. Éste fue estimulado, en el seno de una economía de paz relativa, por la expansión agrícola.

SEGUNDA PARTE
LOS BENEFICIOS DE LA GUERRA: SIGLO X — MEDIADOS DEL SIGLO XI

Uno de los más violentos contrastes que oponían, incluso en el siglo VIII, las provincias impregnadas de latinidad a aquéllas en las que predominaba el elemento bárbaro, se situaba en el plano de las actividades militares. Sin duda, hasta en las regiones más romanizadas las invasiones germánicas habían inculcado en la mentalidad aristocrática el aprecio de las virtudes guerreras. Pero los campesinos de Aquitania, de Auvernia o de Provenza estaban desde mucho tiempo antes desarmados, mientras que para los de Turingia o de Nortumbria la expedición anual de saqueo se incluía todavía en el ciclo normal de las actividades de aprovisionamiento. No es absurdo pensar que, en estas últimas zonas sobre todo, los primeros frutos del crecimiento económico fueron empleados en reforzar los medios de los jefes de guerra; que incluso hicieron posible, allí donde aún no existía, la formación de una aristocracia de combatientes selectos, y que el primer uso que éstos hicieron de los excedentes de sus recursos fue perfeccionar su equipo militar. El armamento parece haber sido, en las sociedades más salvajes de Occidente, la inversión productiva más precoz y más rentable. En cualquier caso, es indudable que las innovaciones técnicas —en el trabajo del hierro, en la cría de caballos, en la construcción de navíos— que servirían mucho más tarde para incrementar la producción pacífica de riquezas, se desarrollaron en primer lugar con vistas a una mayor eficacia en el combate. Mucho antes de principios del siglo VII, en un mundo en el que los agricultores labraban la tierra con útiles de madera irrisorios, los herreros de Germania, rodeados de la veneración de todos, fabricaban por medio de operaciones semimágicas sus obras maestras: las largas espadas brillantes que alababa Casiodoro y que derrotaron a las legiones romanas. Arte sagrado, la metalurgia fue ante todo un arte militar. Los progresos que realizó al servicio de los guerreros fueron siempre por delante de sus aplicaciones pacíficas, pero las prepararon, y por esta razón las tendencias agresivas que contenían las sociedades primitivas

de la Europa bárbara pueden ser consideradas como uno de los más poderosos resortes del desarrollo en el inicio del crecimiento económico de Europa.

Las tendencias agresivas tuvieron otra consecuencia no menos directa. Provistos de mejores armas, montados en mejores caballos, conduciendo mejores navíos, bandas de guerreros se lanzaron, durante los siglos, VIII, IX, X y XI, a la conquista de provincias cuya relativa prosperidad, y en ocasiones el prestigio que aún conservaban de la época romana, excitaban su avidez. Estas empresas fueron en sus orígenes destructoras, y muchas no superaron este estadio: dieron lugar a destrucciones, a saqueos, al empobrecimiento de las regiones atacadas, cuyos despojos, llevados por los agresores a sus países de origen, no sirvieron más que de adorno improductivo de los dioses, de los jefes o de los muertos. Pero algunos conquistadores llevaron más lejos su acción y sus expediciones acabaron creando condiciones favorables al desarrollo de las fuerzas productivas. Construyeron Estados. Sus empresas militares provocaron simultáneamente la destrucción de las estructuras tribales, el reforzamiento de la posición económica de la aristocracia por la implantación de los vencedores y el perfeccionamiento del sistema de explotación señorial, la instauración de la paz interior favorable a la acumulación de capital, el establecimiento de contactos entre diversas regiones, el ensanchamiento de las zonas de intercambio. De este modo, también la guerra aceleró la marcha del crecimiento. En este lento proceso se distinguen, entre los siglos VIII y XI, dos etapas que corresponden a las dos aventuras políticas y militares más importantes: la de los carolingios y la de los vikingos.

1. LA ETAPA CAROLINGIA

En Austrasia, en la provincia más salvaje del reino franco, alrededor de una gran familia, la de los antepasados de Carlomagno, y de los hombres que se habían unido a ella por lazos de amistad vasallática, se afirmó progresivamente durante el primer tercio del siglo VIII una fuerza de agresión; que se lanzó con éxito contra otros clanes aristocráticos, y más tarde contra otras etnias. Las bandas así formadas extendieron sus depredaciones en círculo, en todas las direcciones, hasta las profundidades de Germania, como respuesta a las incursiones enemigas, en expediciones de castigo llevadas cada vez más lejos: hacia Neustria, Borgoña, las comarcas más romanizadas del sur de la Galia, a la búsqueda de riquezas; más tarde, hacia la Italia lombarda. El ejemplo de Aquitania muestra que durante largos decenios estos ataques sólo llevaron consigo ruina y destrucción; pero, finalmente, sobre estas devastaciones se edificó el nuevo Imperio, un inmenso Estado que fue sólidamente mantenido bajo control durante medio siglo. A los ojos del historiador, una de las principales consecuencias de esta reconstrucción política fue la restauración del uso de la escritura en la administración. Consciente de ser el heredero de los césares, Carlomagno quiso, también en este punto, enlazar con la tradición romana; ordenó poner por escrito sus propias decisiones, establecer la descripción cuidadosa de sus dominios y de los de las iglesias de las que se sentía responsable. Estas órdenes, muy imperfectamente aplicadas, lo fueron solamente en los viejos territorios francos situados entre el Loira y el Rin; en Baviera y en Lombardía. Al menos se conservan los textos, y este brusco y fugitivo renacimiento de la documentación escrita en los alrededores del año 800, el interés completamente nuevo por la precisión cuantitativa que de él se desprende, sacan

de la oscuridad diversos aspectos de la vida económica. Éste es el mayor interés de la etapa carolingia: la claridad relativa de la imagen que nos proporciona.

LAS TENDENCIAS DEMOGRÁFICAS

En el modelo de crecimiento que acabamos de presentar, se atribuye un lugar primordial al movimiento demográfico; era previsible, pero para el siglo IX y en algunas comarcas de la Europa carolingia se puede ver más claramente su orientación. Cuando se realizaron pesquisas para redactar lo que se llama un políptico, es decir, el inventario preciso de un gran conjunto territorial, los hombres instalados en los mansos fueron contados, y en algunos casos con gran cuidado. De hecho, valían mucho más que la tierra y formaban el elemento principal del patrimonio. Evidentemente, los recuentos nunca nos dan más que una visión parcial del poblamiento rural; no se refieren a una aldea, sino a un dominio cuyos contornos, frecuentemente, no coinciden con los del término; los esclavos, empleados en la reserva señorial y alimentados en la casa del señor, no figuran, en principio; se les consideraba bienes muebles; los campesinos que habían aceptado el patrocinio del gran propietario sin recibir la concesión de un manso, y cuyas obligaciones, por este hecho, eran sólo de tipo personal, fueron censados, pero individualmente, y el documento no dice nada de su familia. Por el contrario, al referirse a los masoveros, libres o no, aparece censado en la mayoría de los casos el conjunto del grupo familiar en el cuadro del *mansus*, base de las percepciones señoriales. En este caso, los datos son muy valiosos; permiten verificar la hipótesis de un aumento de la población, propiciado por la recuperación de seguri-

dad, por el alejamiento de las fronteras hostiles al crearse marcas defensivas para hacer frente a los peligros de invasión, y más directamente sin duda por el progresivo espaciamiento de los brotes de peste, así como por las transformaciones de la esclavitud.

La primera impresión que se obtiene de estos documentos es la de un poblamiento muy denso. El más célebre de los polípticos, el que hizo redactar en 806-829 el abad Irminón para los dominios de Saint-Germain-des-Prés, permite calcular sin excesivos errores el número de habitantes por kilómetro cuadrado en un determinado número de lugares del área parisina; la densidad es de 26 en Palaiseau, de 35 en Verrières, es decir, la misma que en las zonas rurales de Polonia y de Hungría en vísperas de la segunda guerra mundial. Las tierras de la abadía de Saint-Bertin, en los confines de Picardía y Flandes, parecen haber estado más pobladas todavía: según los datos del políptico (844-848), la densidad oscila entre 12 y 21 adultos, es decir, entre 25 y 40 habitantes por kilómetro cuadrado. Nos encontramos ante cifras considerablemente más altas que las que permiten suponer para comienzos del siglo VII las observaciones de los arqueólogos. Aunque se considere que estos datos sólo son válidos para «nudos de poblamiento», para islotes en los que los hombres se agrupaban, separados por inmensos espacios vacíos, y, por consiguiente, la densidad global de una provincia era mucho más débil, aun así es evidente que en Galia, en Germania —donde, desde que se generaliza el uso de la escritura, las actas de venta o de donación están llenas de alusiones a las roturaciones— el número de hombres ha aumentado entre la época de Gregorio de Tours y la de Carlomagno.

Otros indicios confirman esta hipótesis. Los recuentos del siglo IX se inscriben en el marco del gran dominio, o más exactamente de las células agrícolas ocupadas por las parejas de campesinos dependientes, es decir, en el marco de los mansos. Lo que se ve muy claramente, tanto en el políptico de Irminón como en

los demás, es que estas células, consideradas en abstracto como «las tierras de una familia», no coinciden ya con las parejas, con los equipos de trabajo reunidos por lazos de parentesco. El sistema sobrevive porque los administradores del dominio se obstinan en conservar la base, la unidad de la repartición de censos y servicios; pero, en dos o tres generaciones, el movimiento demográfico ha hecho caducar el sistema. Se observa que muchos mansos están ocupados por varias parejas; es decir, que están aparentemente superpoblados. En Palaiseau, frente a cuarenta y tres mansos ocupados por una sola familia, ocho están habitados por dos parejas y cuatro por tres, de forma que el 39 por 100 de la población censada ocupa solamente el 20 por 100 de los mansos; en el conjunto de este dominio el inventario señala la presencia de 193 grupos familiares en 114 mansos. Por último, los nombres de los masoveros hacen pensar que los mansos superpoblados están frecuentemente ocupados por un padre de familia y por sus yernos, o por varios hermanos casados. La impresión que se obtiene de estas observaciones es, por tanto, la de una presión ejercida desde el interior por el crecimiento demográfico en el antiguo marco de la economía señorial. Pero esta impresión parece igualmente contenida: una parte de la población no encuentra lugar para desarrollarse cómodamente y se ve obligada al hacinamiento. La concentración parece determinada en parte por el peso de las estructuras familiares. En efecto, en un mismo dominio, en un mismo término, algunos mansos están insuficientemente poblados junto a otros que lo están en exceso. Ocurre, pues, que la desigual fertilidad de las parejas y, por otro lado, el rigor de las normas de sucesión impiden la redistribución armoniosa de la población activa en las tierras útiles. Muy chocante es, en especial, la proporción de masoveros solteros: constituyen el 30 por 100 de la población en la *villa* de Verrières, cerca de París, más del 16 por 100 en Palaiseau. Más extraña todavía es la proporción entre hombres y mujeres, lo que plantea problemas

más complejos. La tasa de masculinidad parece en algunos casos anormalmente alta: 1,30 en Palaiseau, 1,52 en Verrières. Sin duda, los riesgos del parto aumentaban la mortalidad femenina, pero no en proporción suficiente como para dar lugar a un distanciamiento tan considerable. Para explicar estas diferencias hay que suponer una fuerte inmigración masculina destinada a llenar los vacíos creados por la infecundidad de algunos hogares, lo que equivale a admitir una fuerte movilidad de la población rural, cuyas huellas aparecen frecuentemente: en los diferentes dominios descritos por el políptico de Saint-Remi, de Reims, son mencionados *forenses, forestici, foranei*, extranjeros cuyo número no es inferior, en ningún centro de explotación, al 16 por 100 de la población censada. Esta situación ¿es característica de los dominios eclesiásticos, más acogedores, más seguros, o, por el contrario, no estaban los señores laicos mejor armados para asegurar una protección eficaz? Es lícito pensar que el fenómeno era general.

La movilidad tenía lugar desde un claro, desde una zona de poblamiento a otra. Aparentemente no llevaba a los hombres a la conquista del yermo. Salvo en Germania, y quizás en las zonas boscosas de Champaña, las menciones de rozas son muy raras en las provincias de las que habla la documentación carolingia. En el capítulo XXXVI, el capitular *De villis* contiene sobre el particular la siguiente recomendación hecha a los administradores de los dominios reales: «Si hay espacios que roturar, que los hagan rozar, pero que no permitan que los campos se acrecienten a expensas de los bosques», lo que indica claramente los límites de la operación de roza que se desea: vienen fijados por la organización regular de la rotación periódica de los cultivos en el seno del territorio cultivado. La exhortación a los administradores tiene un eco en el párrafo LXVII: «Si faltan masoveros para los mansos desocupados, o lugar para los esclavos recientemente adquiridos, que nos consulten». Un consejo de esta naturaleza

prueba que las migraciones de los trabajadores rurales tenían lugar de un dominio a otro, y no hacia centros de roturación. Si hubo expansión agraria, parece haberse limitado a la explotación más metódica e intensiva del espacio cultivado. La intensificación del cultivo, impuesta por la presión demográfica sin que fuera acompañada de un perfeccionamiento de las técnicas, explica quizás los débiles rendimientos que sugieren los datos de los documentos carolingios. A este nivel, en todo caso, se sitúa el segundo bloqueo, el más determinante. Los varones de familias demasiado numerosas se establecen, cuando pueden, en mansos abandonados dentro de su dominio de origen o en otro; si no es posible, permanecen en la explotación paterna que sobrecargan y que resulta demasiado estrecha para alimentar convenientemente a sus ocupantes. Muy cerca de las tierras cultivadas existían zonas sin roturar, pero parece que fueron muy pocos los que se lanzaron a la aventura de ocuparlas. Ignoramos las razones de esta inhibición. Verosímilmente hay que buscar las causas más influyentes en las insuficiencias técnicas que hacían posible la ocupación de tierras vírgenes. Así se explican los síntomas de superpoblamiento y, también, la existencia, continuamente denunciada por los capitulares, de una población flotante y peligrosa de mendigos y merodeadores. Esta hez social, la inquietante presencia de desarraigados famélicos a los que la legislación moralizante de los soberanos carolingios intenta inútilmente reabsorber, es uno de los indicios más claros del desequilibrio entre las tendencias naturalmente expansivas de la población y los marcos de la producción, cuya rigidez mantiene la ausencia de innovaciones técnicas.

Incluso en el anterior de los espacios roturados, la desigual repartición entre los jefes de familia de las unidades de explotación, es decir, de los medios de subsistencia, mantiene la inestabilidad y la malnutrición de una parte de los pobladores del dominio, lo que interviene a su vez para reprimir las tendencias na-

turales a la expansión, por la restricción, voluntaria o no, de los nacimientos y por los efectos de una emigración necesaria, temporal o definitiva.

Los datos cuantitativos proporcionados por los polípticos dan alguna luz sobre la intensidad de este crecimiento potencial. Los inventarios más cuidadosamente realizados distinguen en cada hogar los adultos y los demás. Podemos estar prácticamente seguros de que los hijos censados no son mayores de edad (cuanto éstos han permanecido en el hogar paterno, los pesquisidores hacen seguir su nombre de la mención de su estatuto personal), sino jóvenes que no han salido todavía de la minoría legal. Comparar, en la población masovera de un dominio, el número de los adultos con el de estos menores permite apreciar, de manera aproximada, las posibilidades de renovación de una generación. Resulta chocante descubrir tantos hogares que no tienen hijos, ya se trate de parejas jóvenes o, con mayor frecuencia, de matrimonios ancianos cuya descendencia ha encontrado sitio en otro lugar: treinta, de los noventa y ocho jefes de explotación casados se hallan en esta situación en la *villa* de Villeneuve-Saint-Georges, cerca de París, descrita en el políptico de Saint-Germain-des-Prés. El gran número de casados sin hijos y el de solteros hace que, en el conjunto de la población de este dominio, el número de jóvenes que se han librado de las fuertes mortalidades de la primera infancia sea exactamente igual al de los adultos. Son un poco más numerosos en Palaiseau y en Verrières: 2,4 y 2,7 de promedio por pareja. Pero si se reúnen todos los datos del políptico de Irminón, se llega a una tasa media ligeramente inferior a dos. Por consiguiente, no hay crecimiento, sino estancamiento; un estancamiento del que se puede pensar que es consecuencia en gran parte del superpoblamiento y de la subalimentación que provoca el exceso de población.

La claridad que proyectan bruscamente sobre el mundo rural los primeros documentos carolingios revela por tanto la existen-

cia en el corazón del reino franco de una población campesina que no se halla en progreso, sino en crisis. En el umbral del siglo IX, la población parece bloqueada en sus fuerzas expansivas, después de un primer desarrollo que ha venido a romper el equilibrio entre el poblamiento y los marcos de la explotación, y que ha elevado el número de hombres hasta tal punto que las tierras, técnicamente inampliables, son incapaces de alimentarlos convenientemente. Cada célula agraria es el centro de una presión demográfica inevitable, pero totalmente comprimida. Sin embargo, esta situación parece transitoria. El historiador estaría tentado de creer que, poco a poco, en los decenios ulteriores, la tensión interna llegó a ser, al aumentar, lo suficientemente poderosa como para romper el círculo vicioso y suscitar, quizás, una primera mejora de las técnicas de producción. De hecho, el políptico de Saint-Remi, de Reims, que data del 881, nos da un promedio de 2,7 niños por hogar. En una aldea de las Ardenas, descrita en el 892-893, en el inventario de los bienes de la abadía de Prüm, los hombres son mucho más numerosos que en los polípticos de comienzos del siglo: ciento dieciséis familias ocupan treinta y cuatro mansos; aparentemente viven de estas tierras, lo que lleva a suponer que el sistema agrario se ha hecho más productivo; explotan además once mansos «desocupados», que parecen tierras privilegiadas, por cuya explotación se pagan solamente censos en dinero, y que podemos suponer explotaciones recientemente creadas por la roturación. Un censo de la población servil basado en los documentos borgoñones del siglo IX y de comienzos del X da una proporción de 384 niños por 304 adultos: es decir, condiciones que permiten a la población aumentar en un octavo en cada generación. En la Galia del norte, la primera mitad del siglo IX, es decir, un período de orden relativo logrado por la conquista carolingia, parece igualmente un momento crítico en la evolución demográfica, entre dos impulsos de crecimiento. El primero ha cesado después de haber llenado, sin que

haya ningún perfeccionamiento técnico, los vacíos dejados por los despoblamientos de la Alta Edad Media. Pero, dentro de la limitación ejercida conjuntamente por el marco señorial y por el estancamiento de las técnicas, parece que se tensa el resorte de una futura expansión demográfica, favorecida esta vez por el progreso tecnológico, al menos en el interior de algunas zonas de poblamiento. En el momento en que se extienden las incursiones normandas, parece haber comenzado ya esta segunda fase de expansión.

EL GRAN DOMINIO

Los textos carolingios tienen además la importancia de poner de manifiesto la estructura del gran dominio. A partir de los documentos más explícitos, que no hablan sino de las mayores fortunas territoriales, la del rey y, sobre todo, la de la Iglesia, y utilizando especialmente el políptico de Irminón, los medievalistas han elaborado hace ya tiempo una imagen típica de los que fueron los organismos económicos más poderosos de la época. Los rasgos más importantes se dibujan desde el siglo VII. Yo insistiré solamente en los que aparecen más definidos o completamente nuevos en las fuentes del siglo IX. El «régimen dominical clásico» se inscribe en el marco de las *villae* que describen uno tras otro los pesquisidores. Son grandes conjuntos territoriales de muchas centenas y a veces de miles de hectáreas; su nombre es generalmente el de una aldea de hoy, y se puede establecer en algunos casos que la superficie del dominio coincidía con la del término actual. Sin embargo, la tierra se hallaba dividida en múltiples explotaciones, una muy amplia, cuya explotación se reservaba el

dueño en cultivo, y las demás, en número variable, mucho más reducidas, otorgadas a familias campesinas.

La reserva señorial recibe el nombre de manso del señor, *mansus indominicatus*. Se organiza alrededor de un espacio cercado y edificado que se llama «corte» (*curtis*). He aquí la descripción del dominio de Annappes: «Un palacio real construido en piedra de buena calidad, tres habitaciones, la casa completamente rodeada de una galería elevada con once pequeñas habitaciones (la estructura de la gran vivienda rural no ha cambiado desde la época romana); abajo, un granero, dos porches; en el corral, otros diecisiete edificios de madera con otras tantas habitaciones, y las demás dependencias en buen estado; un establo, una cocina, una panadería, dos graneros, tres cobertizos. Un corral protegido por fuertes empalizadas, con una puerta de piedra con una galería en la parte superior. Un corral pequeño, igualmente rodeado de setos, bien ordenado y plantado de árboles de diversas especies[14]». Añadamos uno o varios molinos y la capilla, convertida o a punto de convertirse en iglesia parroquial. A este centro están unidas grandes extensiones de tierras de cereal, las *coutures*, los mejores prados, viñas siempre que era posible cultivarlas, y la mayor parte de los terrenos incultos. En Somain, anejo de Annappes, el territorio sometido a la explotación del señor era de doscientas cincuenta hectáreas de tierras de labor, cuarenta y cuatro de prados y setecientas ochenta y cinco de bosques y terrenos sin roturar. La superficie atribuida a las diversas explotaciones campesinas, en las que podemos pensar que las parcelas cultivadas, los mansos, se agrupan alrededor de la vivienda señorial, es mucho más reducida: en los dominios del Boulonnais que describe el políptico de la abadía de Saint-Bertin la extensión equivale a dos tercios o incluso dos quintos de la parcela señorial, pero estas tierras, que en casi su totalidad son campos de cultivo, se hallan divididas entre los masoveros en lotes uniformes de una docena o de una quincena de hectáreas. Este ejemplo es excepcional; en

la mayor parte de los casos aparecen fuertes desigualdades, algunas de las cuales parecen tener su origen en el estatuto jurídico de los mansos. Algunos mansos son calificados, en ciertos inventarios, de «libres», y parecen claramente mejores que otros llamados «serviles». Pero las disparidades son generalmente mucho más profundas. Ante todo, entre dominios diversos: en cuatro localidades de la región parisina descritas en el políptico de Saint-Germain-des-Prés la media de las superficies arables aneja a cada uno de los mansos es, respectivamente, de 4,8, 6,1, 8 y 9,6 hectáreas: a pocos kilómetros de distancia unas son dos veces mayores que otras. Además, en cada uno de estos dominios el inventario revela enormes diferencias entre explotaciones próximas y con el mismo estatuto jurídico. Así se ve un manso servil que dispone de cuarenta y cinco veces más tierra que otro. Tan fuertes desproporciones parecen ser consecuencia de una movilidad prolongada de la posesión territorial en manos de los campesinos. El mecanismo de las divisiones sucesorias, las compras y los intercambios han determinado el enriquecimiento de unos y el empobrecimiento de otros. Esta misma movilidad ha roto, por otra parte, la coincidencia entre el estatuto del manso y el de los agricultores que lo explotan: mansos libres son ocupados por esclavos; mansos serviles por «colonos», es decir, por trabajadores considerados libres. Por último, como hemos señalado ya, junto a mansos ocupados por una sola familia hay otros en los que habitan dos, tres, a veces cuatro matrimonios. Sin embargo, el dueño hace caso omiso de todo este desorden, en apariencia más o menos profundo, según que la organización del gran dominio sea más o menos antigua. Impone cargas equivalentes a todos los mansos de una misma categoría jurídica, cualesquiera que sean la dimensión y el número de trabajadores que explotan las parcelas, es decir, cualesquiera que sean las capacidades de producción. Esta indiferencia contrasta curiosamente con el sentido de la precisión numérica de que han hecho gala numerosos pesquisidores,

atentos a evaluar las superficies y a contar los ocupantes de los mansos. Nada permite suponer que el inventario haya tenido como finalidad equilibrar mejor las obligaciones campesinas. Sin embargo, la indiferencia ante las realidades económicas era peligrosa; figura como uno de los puntos débiles de estos grandes organismos de producción. ¿Cómo esperar que los masoveros de los mansos reducidos o superpoblados hayan podido, tan fácilmente como los otros, cumplir con sus obligaciones? ¿Cómo evitar que hayan intentado eludirlas? Continuamente alterada por movimientos que el señor es incapaz de reprimir, la base de todo sistema señorial, el reparto de las cargas, aparece casi siempre en estado de desequilibrio.

De los mansos dependientes el señor espera una renta, unos censos que, en fecha fija, le son llevados a su vivienda. Estas entregas periódicas de huevos y pollos, de un cordero o un cerdo, a veces de unas monedas de plata, representan el alquiler de la parcela cultivada; pagan la autorización que permite a los masoveros llevar a pacer su ganado y cortar leña en la parte no cultivada de la reserva; algunas son aún cargas de origen público, el equivalente de las tallas cobradas antiguamente para el ejército real y cuyo beneficio ha cedido el monarca al dueño del dominio. Realmente, estas punciones sobre el ganado doméstico o sobre los modestos beneficios de un comercio marginal no son excesivamente pesadas para la explotación campesina; y lo que llevan a la casa del señor es de valor reducido. El propietario, tal como nos lo presentan los polípticos sólo de modo accesorio es un rentista. Es ante todo un cultivador de tierras. De los masoveros exige esencialmente una colaboración de mano de obra para las necesidades de su propia tierra. La función económica primordial de la pequeña explotación satélite es cooperar a la explotación de la grande.

A causa de las deficiencias técnicas, la reserva exige trabajadores en gran número. Algunos están completamente a disposición

del señor. No hay duda de que en la «corte» de cada dominio continuaba siendo alimentada una tropa servil de hombres y mujeres. Los inventarios hablan muy poco de estos esclavos domésticos. A veces los pesquisidores mencionan un «taller de mujeres en el que hay veinticuatro mujeres», donde han encontrado «cinco piezas de paño, seis cintas de lino y cinco piezas de tela», pero si tienen gran cuidado en enumerar los asnos, los bueyes y los corderos, apenas se preocupan del equipo permanente de servidores. Sin embargo, algunas menciones atestiguan su presencia. El obispo de Toledo acusaba, por ejemplo, a Alcuino de tener, en las cuatro abadías de Ferrières, Saint-Martin de Tours, Saint-Loup de Troyes y Saint-Josse más de veinte mil trabajadores no libres; sabemos también que en los sesenta dominios que poseía a comienzos del siglo X el monasterio de Santa Giulia de Brescia, donde había ochocientas familias instaladas en mansos, setecientos cuarenta y un esclavos penaban en las tierras de las reservas a las que estaban adscritos. Otros documentos prueban la existencia de una domesticidad servil en las casas de simples masoveros: un matrimonio de campesinos fue dado en el 850 a la catedral de Amiens «con sus hijos y esclavos»; y ¿cómo imaginar que los hombres que, en las *villae* de Saint-Germain-des-Prés, explotaban los mansos de mayor superficie podían cultivarlos sin recurrir a la ayuda de dependientes domésticos? Difícilmente se puede admitir que las casas de los señores hayan estado proporcionalmente peor provistas que las de sus masoveros. Las cabañas de madera que flanqueaban la vivienda señorial en el interior de la «corte» acogían de hecho a numerosos trabajadores no libres. En un dominio bávaro ofrecido en limosna por el emperador Luis el Piadoso, veintidós trabajadores de este tipo se ocupaban de ochenta hectáreas de labor. A todos los señores les gustaba tener a mano, siempre dispuestos a ejecutar sus órdenes, seres humanos cuya persona les pertenecía en exclusiva. Según todas las evidencias, en el siglo IX la esclavitud doméstica seguía

siendo muy numerosa en todos los campos que describen los polípticos, y desempeñaba un papel fundamental en la puesta en cultivo de las explotaciones grandes y pequeñas. Este papel estaba, sin embargo, en declive; el sistema del siglo IX no es en sustancia sino el sustituto de un sistema basado en la esclavitud, sistema que una coyuntura ya vieja ha condenado. Las mismas razones que en otro tiempo, y con mayor fuerza si cabe, llevan a los señores a dar casa a los no libres en mansos. A medida que aumenta la importancia de los cereales y del vino la esclavitud se adapta mal a las necesidades de la producción de una gran explotación. Los trabajos de los campos de cereal y del viñedo están muy desigualmente repartidos a lo largo del año; existen estaciones de escasa actividad, y otras —en el momento de las labores o de la recolección— en las que el calendario impone la presencia en el trabajo de una mano de obra superabundante. Habría sido ruinoso para el cultivador mantener durante todo el año al personal necesario en las estaciones de mayor actividad; no conservaba permanentemente más que un equipo limitado, a pesar de que la necesidad de reforzarlo periódicamente era más imperiosa que en épocas anteriores.

Este refuerzo procedía a veces de los asalariados. Era fácil sin duda reclutar mercenarios entre los masoveros mal provistos de tierra, o entre las bandas errantes de desarraigados siempre presentes en las proximidades del dominio. Estos jornaleros eran alimentados. Recibían también algunas monedas: una suma de sesenta dineros estaba destinada, por ejemplo, a la contratación temporal de hortelanos auxiliares en el presupuesto anual de la abadía de Corbie. Pero esclavos y temporeros no eran suficientes, y la principal aportación de mano de obra procedía de los mansos, que la suministraban de múltiples maneras. En principio, los cultivadores de mansos serviles debían ceder una parte mayor de su tiempo. Si se les concedían menos tierras era porque, retenidos durante más tiempo al servicio del señor, no podían consa-

grarse tanto como los masoveros libres al cultivo de sus propias parcelas. Más directamente obligadas al trabajo doméstico, las mujeres de la casa debían trabajar en los talleres de la «corte» o confeccionar en su domicilio piezas de tejido; en cuanto a los hombres, estaban obligados a presentarse tres días por semana, al amanecer, en el centro señorial y a ejecutar todas las órdenes. Del carácter de sus obligaciones se derivaba que los trabajadores fueran parcialmente alimentados por el señor, otra razón para atribuirles un manso menor. En todo caso, sus servicios eran, en general, manuales y de carácter indefinido. Más extensos, mejor equipados de instrumentos aratorios y de ganado de tiro, los mansos llamados libres debían, en principio, realizar trabajos más estrictamente limitados. Se les imponía cercar los campos, los prados, la «corte» señorial en una determinada longitud; cultivar enteramente, en beneficio del señor, un lote previamente fijado en las tierras de labor de la reserva; llevar sus yuntas en ciertas épocas y durante un número determinado de días a la tierra señorial; realizar el acarreo hasta el lugar señalado; llevar mensajes. La punción sobre las fuerzas productivas de la casa eran menos pesadas que en el caso de los mansos serviles, pero sin embargo su valor era más considerable a los ojos del señor, puesto que las requisiciones —las «corveas» en el sentido estricto de la palabra, que significa petición— ponían a su disposición no solamente los hombres, sino también los animales de tiro y los aperos más eficaces.

Cuando se suman todos los servicios en trabajo exigidos al conjunto de los mansos se obtienen cifras sorprendentes. Así, las ochocientas familias del monasterio de Santa Giulia de Brescia tenían que prestar su trabajo, a comienzos del siglo X, durante cerca de sesenta mil días. Todo induce a creer que los grandes dominios no utilizaban completamente las fuerzas de que podían disponer; eran una reserva que se utilizaría a medida de las necesidades, variables según las estaciones y los años. No olvidemos,

sin embargo, que la tierra era hostil y necesitaba una gran mano de obra; muchos campos, incluso en Picardía, que era una de las regiones menos atrasadas, eran labrados con azada. El «régimen señorial» estaba organizado en función de una agricultura muy extensiva cuya productividad no contribuía a mejorar, sino a empeorar el modo de explotación, por las punciones enormes que llevaba a cabo sobre un campesinado famélico, desprovisto de lo más elemental y desigualmente repartido sobre el terreno alimenticio. Su capacidad de requisar sin medida una mano de obra gratuita hacía a los grandes propietarios territoriales indiferentes a las mejoras técnicas. Éste es, sin duda, el defecto más grave del sistema: podemos sospechar que el gran dominio ha frenado sensiblemente las tendencias al crecimiento.

Incluso en los países situados entre el Loira y el Rin, tierra de elección de los grandes polípticos, el régimen dominical «clásico» no aparece nunca con el rigor y la simplicidad que supone el breve esquema que acabamos de trazar; en primer lugar, porque todo dominio era un organismo en movimiento. Las divisiones sucesorias, cuando el dueño era un laico, las donaciones, las compras, las confiscaciones, la presión de los poderes competidores modificaban sin cesar sus límites y su estructura interna. Este movimiento desequilibraba continuamente el sistema cuando desembocaba en una extensión de la superficie de la reserva, o cuando separaba de la gran explotación algunos mansos y la mano de obra que proporcionaban, o cuando, a la inversa, añadía al dominio nuevos trabajadores cuya colaboración no era necesaria. Los cambios introducían en el sistema señorial una perturbación que dificultaba su funcionamiento, que en todo caso obligaba a continuos reajustes. A los administradores incumbía, según las disposiciones del capitular *De villis*, realizar los trasvases de mano de obra y de servicio, siempre que fueran capaces de llevarlos a cabo. En realidad, la imagen que nos suelen dar los inventarios es

la de un desorden mal gobernado. Esta imagen, al menos, revela con bastante claridad cuatro rasgos:

1. Las estructuras que hemos descrito parecen continuar propagándose en el siglo IX. Se introducen, en particular, en las provincias menos evolucionadas de la cristiandad latina. En esta época se ven nacer y organizarse poco a poco grandes dominios en los países flamencos. El sistema dominical se difunde entonces por Germania, progresivamente colonizada por la aristocracia franca y por los grandes establecimientos del cristianismo. En Inglaterra se forman conjuntos territoriales organizados de modo semejante desde el siglo VII en el interior de esta prosperidad agraria que tentaría primero a los vikingos y más tarde a los normandos. De esta forma se prolonga la evolución secular, que, por un lado, modifica insensiblemente, gracias a la multiplicación de asentamientos de esclavos, el papel de la servidumbre en los mecanismos económicos, y, por otro, no deja de reforzar la autoridad de la alta aristocracia sobre el campesinado independiente.
2. Sin embargo, parece que el gran dominio está muy lejos de cubrir el conjunto de los campos de Occidente. Los textos prácticamente sólo nos hablan de él. La oscuridad es total, si exceptuamos las grandes fortunas. Sólo se menciona lo que les pertenece y en ningún momento es posible conocer la extensión de lo que corresponde a otros. No obstante, la existencia de patrimonios menos extensos es evidente. Entre los documentos escritos concernientes a la Picardía de esta época, y que no se refieren más que a las posesiones de los grandes establecimientos religiosos, uno de cada tres revela la existencia de propiedades de mediana extensión, lo que hace pensar que este tipo de propiedades ocupaba un lugar preponderante. Lo mismo ocurre con las explotacio-

nes campesinas autónomas. Los capitulares carolingios que reparten las obligaciones militares entre los poseedores de uno, dos o tres mansos suponen la tenaz supervivencia de los pequeños propietarios libres cuya existencia se adivina igualmente por las limosnas de pequeña cuantía que recogen las instituciones religiosas. Incluso los polípticos describen posesiones familiares modestas que acaban de integrarse en el patrimonio de una iglesia, pero que poco antes eran independientes y que no son una excepción. Finalmente, en la proximidad de los monasterios que han conservado mejor sus archivos —en los que se encuentran documentos concernientes a bienes de escasa importancia recientemente incorporados al dominio, que contienen contratos concluidos entre laicos con anterioridad a la adquisición por los monasterios— cerca de Saint-Gall, por ejemplo, en el siglo IX, o en las proximidades de Cluny, en el X, se manifiesta la vitalidad de múltiples alodios, de bienes enteramente separados de todo dominio señorial, cuya extensión corresponde a las necesidades y a las posibilidades de trabajo de una pareja campesina, los cuales se ve a veces que han sido lentamente reunidos por el ahorro paciente de sus propietarios. Supongamos, pues, el mantenimiento, en la sombra, de un importante sector de la economía rural, mantenido por una aristocracia de tipo medio o por el campesinado, y que no entra, o muy ligeramente, en el marco del régimen señorial «clásico».

3. Por lo que se refiere al gran dominio, sus rasgos se deforman en cuanto se abandona Neustria, Austrasia o Borgoña. Aparecen profundas disparidades regionales. Así, en las provincias germánicas, la estructura del gran dominio parece mucho más relajada: un pequeño número de mansos, poblados casi exclusivamente por esclavos, se agrupan alrededor de la «corte»; los demás se hallan dispersos, tan lejos

a veces que los campesinos que los ocupan no pueden proporcionar al señor más que los censos y prácticamente no cooperan en la explotación de la reserva. En Lombardía, numerosos equipos de esclavos domésticos se hallan establecidos en el centro del dominio, ayudados por los servicios ilimitados de algunos campesinos, también de condición servil, aposentados en los mansos vecinos. Pero la mayor parte de los masoveros son hombres libres que poseen, además, alodios; algunos deben prestaciones personales, pero muy ligeras, y la mayor parte son simples medianeros, que entregan al señor una parte determinada de la cosecha. Semejante diferenciación entre la reserva, cuya explotación recae casi exclusivamente sobre campesinos no libres, y los mansos, que no proporcionan sino rentas y, en el mejor de los casos, algunos servicios ocasionales, se observa igualmente en Flandes, en la Galia del oeste, en la del centro y en la del sur. Hasta el punto de que se puede preguntar si el sistema cuya imagen nos proporciona el políptico de Irminón no es de hecho una excepción.

4. Este sistema, ya viejo cuando los pesquisidores visitaron a comienzos del siglo IX las posesiones de Saint-Germain-des-Prés, se ve transformado en el curso del siglo por una evolución que perturba sensiblemente su funcionamiento. A decir verdad, esta evolución se deja entrever con dificultad. Los polípticos tenían la finalidad de definir el estado presente de un patrimonio; y su objetivo era estabilizar las estructuras. La descripción que dan es, por tanto, estática. Para entrever las tendencias evolutivas en el seno del organismo señorial es preciso interpretar las escasas correcciones que han sido introducidas en el texto de los inventarios en los decenios posteriores a su redacción, o confrontar las pesquisas de diferentes épocas (aunque éstas conciernen generalmente a dominios distintos, lo que quita mucho valor

a la comparación). Sin embargo, es posible entrever algunas tendencias. La más clara es la progresiva desaparición de las diferencias entre mansos serviles y mansos libres. Los movimientos de la población, los matrimonios mixtos, las herencias, los trasvases de posesiones habían roto, ya en épocas anteriores, la identidad entre el estatuto del campesino y el de su tierra. Hombres libres debían servir como esclavos porque su manso no era libre, y eran más duramente explotados que sus vecinos, de origen servil, pero en posesión de una tierra libre. La costumbre hacía difícil admitir estas discordancias, y poco a poco fueron impuestas las mismas cargas a todos los mansos. Esta uniformación se realizó en la línea de una agravación general de las obligaciones campesinas, según se observa en particular en los países germánicos; y se explica en parte por los progresos de la economía agraria, por una lenta conversión del sistema de producción hacia la agricultura cerealista, más exigente, y por una mejora del equipamiento campesino. Si los mansos serviles de Germania fueron obligados, en el siglo IX, a realizar prestaciones relacionadas con la labranza, fue porque los hombres que los tenían disponían ahora de animales de tiro. Sin embargo, la agravación de las condiciones afectó sobre todo a los campesinos libres, y la distancia entre éstos y los esclavos se redujo insensiblemente; era un paso más de una evolución que condujo poco a poco de la esclavitud a la servidumbre, por la inclusión de la población dependiente en un mismo grupo homogéneo de explotados.

Si esta primera tendencia es más visible en la parte bárbara de Europa, la segunda se ve más claramente en las provincias más evolucionadas, en aquéllas en las que subsisten los vestigios de Roma, en las provincias del sur. Se trata de una inclusión cada

vez más profunda del numerario, cuyo uso había reanimado la restauración de las estructuras estatales, entre las prestaciones debidas por los mansos. Un ejemplo: en un dominio borgoñón cuyo inventario fue realizado en el 937 cada uno de los mansos estaba obligado a entregar cada año, en varios plazos, sesenta monedas de plata; algunos de estos censos en dinero eran el equivalente de antiguas entregas de ganado o de leña; otros reemplazaban eventualmente una serna: «Realiza dos quincenas de trabajo, o las compra a mediados de marzo por once dineros». Estas conversiones revelan a su vez la generalización del instrumento monetario y su progresiva penetración en la economía campesina. Señores y campesinos coincidían en utilizar más ampliamente la moneda. No es extraño que estas conmutaciones hayan sido más frecuentes en Italia del norte, cuyos campos fueron precozmente animados por la circulación monetaria. A fines del siglo X los masoveros del cabildo episcopal de Luca estaban casi enteramente exentos de prestaciones personales y de censos en productos; se liberaban de la mayor parte de sus obligaciones mediante la entrega de monedas de plata. Estas disposiciones tuvieron como consecuencia diferenciar aún más la gran explotación de las pequeñas que la rodeaban; el masovero pagaba el derecho de disponer libremente de sus fuerzas, y especialmente el de aplicarlas a su propia tierra para acrecentar su rendimiento, y lo pagaba con lo que ahora podía ganar vendiendo su trabajo o los excedentes de su producción doméstica; por lo que se refiere al señor, éste aspiraba, con el dinero que le era entregado, a sustituir a los campesinos de los mansos por asalariados, cuyo trabajo, voluntario y pagado, y ya no forzoso y gratuito, le parecía también más productivo. En definitiva, la gran innovación que se manifiesta aquí se sitúa en el nivel de las actitudes mentales: a medida que los hombres se acostumbran a utilizar menos excepcionalmente la moneda descubren que el trabajo es un valor susceptible de ser medido e intercambiado. Este descubrimiento cambia de manera

fundamental las relaciones entre el señor y los campesinos del dominio, y en adelante uno y otros estarán unidos, al introducirse la moneda en el sistema de explotación, por lazos económicos nuevos. Y como todo esto se inscribe en una sensibilidad nueva sobre el valor de todas las cosas, la libertad que se insinúa en los engranajes de la economía señorial conduce naturalmente a una elevación de la productividad.

Tan diverso en sus estructuras, tan dúctil y de una extensión sin duda menor de lo que normalmente se cree, el gran dominio ocupa el centro de toda la economía de la época, por la función que realiza y por la influencia que ejerce sobre los campos de los alrededores. Su papel consiste en mantener el nivel de vida de las grandes casas aristocráticas. Este órgano de producción está al servicio de una economía de consumo. La primera preocupación de los señores, cuando se interesan en una administración más rigurosa de su fortuna, es calcular por adelantado, y de la forma más exacta posible, las exigencias de su casa. Esto es lo que han querido hacer en el siglo IX algunos grandes administradores de monasterios, y especialmente el abad Adalardo de Corbie, quien, en el 822, se dedicó a definir minuciosamente la calidad y la cantidad de los productos exigidos por los diferentes servicios de la economía doméstica. Cuando existe una planificación económica se sitúa siempre al nivel de las necesidades que hay que satisfacer. Por consiguiente, lo que se espera de la producción señorial es que baste para atender una demanda previsible, y los señores están satisfechos de sus administradores si éstos les procuran, inmediatamente que les sea reclamado, cuanto necesitan en cada momento. La correspondencia de Eginardo, amigo de Carlomagno, con los intendentes de sus diversos dominios ilustra bien esta actitud. No se trata de estimular al máximo la productividad del patrimonio territorial, sino de mantenerlo en un nivel tal que pueda en cualquier momento satisfacer todas las peticiones.

De esta disposición derivan dos consecuencias. En primer lugar, y dado que la irregularidad del clima hace posibles enormes diferencias de una a otra cosecha, la producción, para ser suficiente, debe situarse a un nivel elevado. Normalmente es sobreabundante, lo que explica, por ejemplo, que los pesquisidores, inspeccionando los graneros del dominio real de Annappes, hayan encontrado, pese a los daños causados por los animales parásitos y a pesar de haberse consumido una parte para la alimentación del personal doméstico, más grano de la cosecha del año anterior que de la del año de la visita. Puesto que el volumen de las cosechas es extremadamente variable, mientras que las necesidades no son elásticas, la economía del gran dominio conduce al despilfarro. Despilfarro de tierra, despilfarro de mano de obra. Tanto como la insuficiencia de las técnicas, las irregularidades de la producción obligan a ampliar desmesuradamente, sobre el espacio agrario y sobre los campesinos, la influencia de la gran explotación señorial. Se ha podido calcular que la subsistencia de uno solo de los sesenta monjes de la abadía de Saint-Bertin consumía las prestaciones de una treintena de hogares dependientes. Y puesto que el régimen señorial es de una productividad irrisoria, las bases del edificio económico y social que sirve de soporte a la aristocracia son extraordinariamente amplias. Esto incita a los grandes a defender celosamente sus derechos sobre la tierra, y más aún sobre los hombres, y a esforzarse por ampliarlos si es posible.

En segundo lugar, y dado que el consumo orienta en realidad la producción del dominio, el verdadero motor del crecimiento hay que buscarlo en las necesidades de la alta aristocracia, que tiende irresistiblemente a utilizar su poder sobre la tierra y sobre los hombres para gastar más. En sí, el reforzamiento gradual de una élite social en ciertas regiones de la Europa carolingia aparece como uno de los estimulantes más eficaces del desarrollo. Todos los grandes desean dar la mayor amplitud posible a su «mes-

nada», porque su prestigio se mide en función del número de hombres que les rodean; y todos aspiran a tratar a estos comensales mejor que los demás, porque su generosidad y el lujo de su acogida son la ilustración de su poder. Estos deseos les incitan a obtener mayores rendimientos de la tierra, no tanto aumentando la productividad de los campos y viñas que poseen como ampliando el número de unos y otras. El deseo de ostentación desarrolla la rapacidad y el espíritu de agresión mucho antes de que lleve a una mejora de los procedimientos de explotación de la fortuna territorial. Los señores no piensan en esta forma de aumentar sus ingresos más que cuando les faltan las demás maneras de enriquecerse, es decir, cuando disminuyen las posibilidades de apoderarse sin excesivos problemas de los bienes ajenos. De esta manera, la reconstrucción del Estado y el afianzamiento de la paz pública en el siglo IX han podido estimular el desarrollo: orientando la avidez de los señores hacia la búsqueda de un acrecentamiento de los beneficios del dominio.

De hecho, el organismo señorial, por su propio peso, tendía a ampliarse continuamente. No sin razón las actas promulgadas por los soberanos carolingios llaman «poderosos» a los poseedores de los grandes dominios, y se esfuerzan por sustraer a los «pobres» a su influencia. En el claro por el que se extienden sus bienes, el señor, y en su nombre el administrador, actúan sin control de ningún tipo. De ellos dependen la paz y la justicia. Ellos y sólo ellos pueden ofrecer una parcela a las familias errantes o a los hijos menores de los campesinos del lugar, acogiéndolos en un pequeño manso creado en los límites de la reserva, en uno de los *hospitia*, de los *accolae*, como llaman los textos latinos a estas parcelas marginales del término. El granero del señor, que permanece lleno cuando los demás están vacíos, es la esperanza de los hambrientos que se agolpan a sus puertas y prometen todo para conseguir grano. Este poder de hecho, que es consecuencia

del alejamiento de los poderes públicos y del simple desahogo de unos pocos en un medio humano asaltado por mil peligros, no es descrito por los redactores de los polípticos, porque no figuraba entre las reglas legítimas de las prestaciones habituales. Su importancia, sin embargo, no era por ello menos considerable; gracias a este poder los límites del dominio se extendían continuamente en todas direcciones. De hecho, este poder llevaba a los pequeños campesinos todavía independientes a someterse a la autoridad del gran propietario. Éste, por la sola extensión de sus bienes territoriales, organizaba todo el sistema de las prácticas agrarias, señalaba el tiempo de la recolección y el de la vendimia; por sus enormes necesidades de mano de obra auxiliar controlaba el mercado del trabajo; distribuía las ayudas; prestaba la simiente o la harina, y a cambio exigía servicios. Llama la atención la amplitud de la red de «encomendaciones» que se anudaron a través de este mecanismo y que terminaron por unir a la *villa* a la mayor parte de los campesinos independientes de la vecindad. Estos protegidos fueron censados en algunos polípticos, porque pagaban un censo anual, el *chevage*: alrededor del dominio de Gagny, que pertenecía a Saint-Germain-des-Prés, eran veinte frente a los sesenta y ocho masoveros adultos. Su sumisión individual aparece como un primer paso hacia una dependencia más rigurosa que desemboca en la integración de su tierra en la fortuna del señor y en la conversión de sus descendientes en poco más que *servi casati*, esclavos situados en mansos. Las mayores conquistas del gran dominio se han realizado a expensas no de los dominios próximos, sino del campesinado independiente.

Parece, sin embargo, que la propiedad independiente se resistió, en el marco de la comunidad aldeana naciente y de las solidaridades entre «vecinos» que se reforzaban poco a poco alrededor de la iglesia parroquial y de la posesión colectiva de los derechos de utilización de bienes comunales. Es posible incluso —y la lucha de clases habría revestido principalmente esta forma—

que los campesinos hayan creado asociaciones claramente destinadas a protegerlos de la opresión de los ricos. Un capitular promulgado por el rey de Francia occidental en el año 884 denuncia a los *villani*, es decir, a los campesinos, que se organizan en «guildas», es decir, en comunidades basadas en un juramento de ayuda mutua a fin de luchar contra quienes los han expoliado. ¿Fueron totalmente ineficaces estas agrupaciones? Cabe dudarlo cuando se ve, en el interior mismo del gran dominio, la impotencia de los señores para dominar a los masoveros recalcitrantes. Un largo proceso fue necesario —y hubo que llegar hasta el tribunal real — para que unos señores de Aquitania pudieran obligar en el año 883 a los dependientes de una de sus *villae* a cumplir ciertas obligaciones: éstas figuraban en un antiguo políptico, pero la resistencia pasiva de los campesinos las había hecho caer en desuso. Y se conocen otros casos en los que la justicia del soberano apoyó a los trabajadores que se resistían a las nuevas exigencias señoriales. El continuo y sordo combate en el que se enfrentaron las fuerzas campesinas a los dueños de la tierra no era en la práctica tan desigual como puede parecer, y sus resultados fueron diversos. Pequeñas explotaciones autónomas fueron absorbidas en gran número por la ampliación de la autoridad señorial, pero en el centro mismo del dominio la inercia, el disimulo, las tolerancias compradas al intendente, la amenaza de huir a las tierras próximas en las que toda persecución era imposible y de incorporarse a las bandas de forajidos que los capitulares francos intentaron inútilmente disolver, eran otras tantas armas eficaces contra las presiones del régimen económico. Ningún gran propietario disponía de los medios, y tal vez ni siquiera tuviera intención de impedir el juego activo de ventas o de intercambios de tierras que conducían a romper poco a poco la unidad de las cargas campesinas: «En algunos lugares, cultivadores de dominios reales y eclesiásticos venden su herencia, es decir, los mansos que tienen no solamente a sus iguales, sino también a clérigos del cabil-

do o a curas parroquiales o a otros hombres. Sólo conservan su casa, y en consecuencia los dominios son destruidos, porque no se pueden cobrar los censos, y ni siquiera es posible saber qué tierras dependen de cada manso[15]». El edicto de Carlos el Calvo denunciando el fenómeno en el año 864 intenta tomar medidas para paliarlo, que sin duda no tuvieron ningún efecto. Dado que carecían de rigor, los límites del gran dominio se borraron, minados por las resistencias, conscientes o no, de estos hombres muy «pobres», muy «humildes», muy «débiles», que trabajaban los campos y que, en su indigencia y bajo los piadosos calificativos con que los designa el vocabulario de nuestras fuentes, llevaban en sí el germen del crecimiento. Todo políptico describe un organismo parcialmente descompuesto y cuya disgregación intenta, vanamente, retrasar. Por su propensión al despilfarro, por sus desmesuradas exigencias, por todas las exacciones que mantenían en estado de subalimentación crónica a la masa de sus dependientes, el régimen señorial tendía a esterilizar los esfuerzos campesinos. Pero sus eslabones eran demasiado flojos y no pudieron frenar el empuje demográfico que hemos visto aparecer en la segunda mitad del siglo IX. De hecho, y pese a todo, el gran dominio favorecía las tendencias al progreso de la economía rural, porque los señores, en su interés por aumentar los beneficios, construyeron máquinas para moler el grano que liberaban una parte de la mano de obra rústica; porque se inclinaron poco a poco a dar preferencia a los censos en dinero como sustitutos de las sernas y de este modo, al conceder mayor autonomía a los campesinos, incitaron a los cultivadores de los mansos a trabajar no sólo para subsistir, sino también para vender; porque dieron casa a los esclavos y de este modo aumentaron el ardor en el trabajo de una parte considerable de la población; porque se sentían obligados a la generosidad; porque no podían negarse a distribuir entre los hambrientos los excedentes de sus cosechas y, de esta forma, mantenían en vida a los indigentes. El régimen seño-

rial intervino por último de modo muy directo para acelerar en los campos el desarrollo de los intercambios y de la circulación monetaria. No sólo porque la moneda se introdujo poco a poco en el circuito de las prestaciones y porque la necesidad de pagar en dinero obligó a los pequeños cultivadores a frecuentar con regularidad los mercados semanales —los textos prueban que se multiplicaron durante el siglo IX en las tierras del Imperio—, sino también en una escala mucho más amplia. Desde el momento en que resurgió el hábito de utilizar piezas de moneda como el vehículo más cómodo para los trasvases de riqueza, la extrema dispersión de las grandes fortunas incitó a los administradores a negociar en cada villa los excedentes de la producción y a dirigir el importe amonedado de estas ventas hacia la residencia del señor. «Queremos —dice el capitular *De villis*— que cada año, por Cuaresma, el domingo de Ramos, los intendentes se encarguen, según nuestras órdenes, de traer el dinero procedente de nuestros beneficios, para que podamos conocer el importe de nuestros ingresos anuales[16]». Por esta razón, los dominios reales más rentables se hallaban situados en los principales ejes de la circulación comercial, que su presencia contribuía a vivificar. A lo largo del Mosa, por ejemplo, intercambios basados en el uso de la moneda unían los grandes dominios que bordeaban el río con los barcos que lo surcaban. De las quince mil medidas de vino que producían las tierras de Saint-Germain-des-Prés, los monjes sólo consumían una séptima parte, y es seguro que el resto se cargaba en barcas para ser vendido en las regiones del norte y del oeste. El papel de la comercialización no era, por tanto, marginal, y el conjunto de estos tráficos originaba movimientos monetarios cada vez más amplios. Se ha calculado que el abad de Saint-Riquier podía recoger cada año, en los umbrales del siglo IX, unas setenta mil monedas de plata, el valor de ciento cincuenta caballos, y que las empleaba en parte en la compra de mercancías. La concentración económica, cuyo agente era el gran dominio, con-

tribuyó de manera eficaz a que el trabajo de la tierra y sus frutos se relacionara con las actividades comerciales.

EL COMERCIO

Estas actividades ocupan un lugar muy importante en las fuentes de la historia económica carolingia. Son una de las consecuencias de la restauración monárquica. Correspondía al soberano —cuya ambición era renovar el Imperio y que, consagrado por los obispos, tomaba más clara conciencia de ser el instrumento de Dios, el garante del orden y de la justicia— vigilar especialmente un sector de la economía que parecía anormal, que por tanto exigía un control más estricto y que era, además, moralmente sospechoso, porque ponía en juego el espíritu de lucro condenado por la ética cristiana. El rey, por consiguiente, debía mostrarse más atento en este terreno. Vigiló, legisló, y los escritos que emanan de palacio llevan múltiples huellas de sus preocupaciones. Esto puede llevar al historiador a errores de perspectiva y a hacerle atribuir al comercio un papel sin relación con el que realmente tuvo.

El Estado se preocupó ante todo de mantener la paz en los lugares en que se realizaban las transacciones y, por tanto, de fijar estrictamente el emplazamiento y la periodicidad de los encuentros comerciales. Si las menciones de los mercados rurales se multiplican durante el siglo IX en las zonas que controlaban los soberanos carolingios, ¿se trata solamente de una prueba de la intensificación de los intercambios comerciales al nivel de la producción campesina? ¿No será también en parte el efecto de una afirmación de la autoridad del rey sobre organismos ya existentes, y al mismo tiempo una señal de la generosidad del soberano

al conceder a tal o cual iglesia el producto de las tasas impuestas a los usuarios? Un hecho es seguro: si el rey Pipino en el año 744 recomendaba a los obispos que se ocuparan de que en cada diócesis existiera un mercado regular era porque éste no existía en todas partes. Cien años más tarde, los mercados eran muy numerosos en las antiguas zonas francas, demasiado numerosos incluso, hasta el punto de que fue precisa una reorganización para que no se relajase el control real. El edicto del 864 ordenaba a los condes que hicieran una lista de los mercados de su circunscripción, distinguiendo los existentes en la época de Carlomagno, los que habían sido creados en tiempo de Luis el Piadoso y los que procedían de los años de Carlos el Calvo, y les conminaba a suprimir los que les pareciesen inútiles.

Más escrupulosa todavía fue la atención dedicada al instrumento monetario. El orden divino del que el soberano pretendía ser el guardián exigía una regularización de las medidas: «Es preciso —proclama la *Admonitio generalis* del 879, que se refiere al libro de los *Proverbios*— que en todo el reino medidas y pesos sean idénticos y justos». La reforma monetaria carolingia aparece así como un acto de moral política, es decir, religiosa, puesto que ambos dominios estaban totalmente confundidos en el magisterio real. Al tomar de nuevo en sus manos el poder real, los nuevos jefes del pueblo franco querían reservarse el monopolio de las acuñaciones. Obligaron, en la medida de sus posibilidades, a fundir las monedas extranjeras, lo que explica la ausencia, en los tesoros que fueron enterrados durante el imperio carolingio, de los dirhems árabes que abundan en las comarcas de la Europa más bárbara, cuya organización política era más rudimentaria. Los carolingios dieron a las monedas una tipología uniforme. Inmediatamente después de su consagración, desde el 765, Pipino el Breve decidió que de la libra de plata se hicieran veintidós sueldos; uno sería el salario de los monederos, que nuevamente se convirtieron, al restaurarse la autoridad soberana, en auxilia-

res retribuidos. Su nombre desapareció pronto de las monedas, que en adelante serían propiedad del rey. El personal de los talleres monetarios fue integrado, a la manera lombardo-bizantina, en colegios que los condes debían vigilar de cerca. Luis el Piadoso daría un poco más tarde nueva vigencia a la sanción imperial de cortar la mano a los falsificadores; y a la de castigar con el exilio y la confiscación de sus bienes a quienes acuñaran moneda fuera de las cecas del Estado. La acuñación había definitivamente recobrado su uniformidad: en un tesoro enterrado en Wiesbaden antes del 794, los cinco mil dineros, emitidos por distintos talleres, son del mismo peso. En el 806, Carlomagno intentó incluso centralizar la acuñación: «Que no haya moneda en ningún lugar salvo en nuestro palacio». La medida era inaplicable en un Estado tan amplio. Dado que la moneda seguía teniendo un uso limitado y que era preciso acuñar monedas por encargo cuando un pago era indispensable, convenía que hubiera talleres en las cercanías de todos aquellos lugares en los que el uso de monedas era más corriente, y especialmente cerca de los centros de administración de justicia, puesto que la moneda servía ante todo para pagar las multas. La acuñación se dispersó, pues, por un movimiento irresistible. Un edicto de Carlos el Calvo en el año 864 intentó por última vez poner freno a esta dispersión, concentrando la acuñación en el palacio real y en nueve cecas públicas. Decisión inútil. Al menos, el orden había sido restablecido durante un siglo.

Carlomagno, incluso después de la coronación imperial, no acuñó moneda de oro, y los sueldos que hizo batir su hijo Luis el Piadoso, a imitación no de las piezas bizantinas, sino de las acuñadas por los Césares antiguos, eran de hecho una afirmación muy fugitiva de la *renovatio imperii*, de un Renacimiento cultural. Es posible que una cotización más favorable de la plata con relación al oro hiciera afluir, a fines del siglo VIII, el metal blanco al norte de Galia. Sin embargo, la fidelidad a la acuñación de plata

fue dictada, al parecer, ante todo por consideraciones políticas: era importante situarse en la tradición de Pipino, el restaurador del poder franco; era importante no chocar con Bizancio, guardar las distancias con respecto a los emperadores. Los reyes francos pretendieron en cualquier caso hacer del *denarius* una moneda fuerte y estable. Elevaron el peso del dinero merovingio, llevándolo primero a 1,30 gramos; después, a 1,70, e incluso a 2,03 gramos en tiempos de Carlos el Calvo. Cuando conquistaron el reino lombardo de Italia del norte impusieron el dinero frente al *triens* de oro. Establecieron las relaciones entre el oro y la plata, entre el sueldo y el dinero, en función de la cotización comercial de los metales preciosos vigente en el noroeste de la Galia, y de este modo organizaron un sistema monetario basado en una libra de veinte sueldos, cada uno de los cuales valía doce dineros. Los soberanos anglosajones adoptaron este sistema en el siglo IX.

El renacimiento del Estado había favorecido el desarrollo de la circulación monetaria. Cada vez más empleados en los intercambios, los dineros de plata poseían un valor propiamente económico que sus utilizadores percibían con mayor claridad cada vez. En su esfuerzo de reorganización, Carlomagno descubrió pronto que este valor escapaba al control real y que no se podía modificar el peso de las monedas sin provocar perturbaciones en el uso del dinero en metálico. Se vio obligado a tomar una serie de medidas de reajuste. En Francfort, en el 794, fijó el precio de los productos en función del nuevo sistema. Hizo introducir, después del año 803, glosas en la ley sálica para actualizar la tarifa de las multas. Ordenó sanciones, entre el 794 y el 804, contra quienes se negaran a aceptar las nuevas monedas; la resistencia fue vigorosa y aparentemente se extendió por todo el cuerpo social: hubo que amenazar a los hombres libres con una multa de quince sueldos y a los esclavos con castigos corporales, y perseguir a los obispos y condes que no se mostraban bastante vigilantes. Estas resistencias atestiguan que el empleo del numerario estaba

ampliamente difundido en ciertas provincias del Imperio ya en el siglo VIII. El rey, sin embargo, tuvo fuerza para imponerse. Y si el sistema monetario franco se impuso en toda Europa fue, hecho político una vez más, porque se apoyaba en las decisiones del soberano al que sus conquistas militares habían convertido en el más poderoso de Occidente.

Era misión igualmente de la autoridad soberana vigilar estrechamente el comercio a larga distancia, la actividad específica de aquéllos a los que los textos llaman *mercatores* o *negociatores*. En los lugares que atravesaban, estos hombres, que viajaban a grandes distancias, eran extranjeros y, por tanto, estaban mal protegidos por las leyes locales y tanto más amenazados cuanto que los objetos preciosos que llevaban excitaban la codicia. Necesitaban una protección particular. Eran además sospechosos en un mundo en el que las diferencias entre el intercambio y la rapiña eran borrosas. ¿Cómo distinguir de los salteadores a estos mercaderes desconocidos que también se desplazaban en bandas, que hablaban con frecuencia otro idioma y a los que las leyes de Alfredo el Grande muestran viajando acompañados por una escolta de servidores probablemente armados? Los comerciantes introducían un fermento de agitación; su paso podía provocar riñas y tumultos. En caso de asesinato, ¿quién asumiría, frente a las víctimas, la responsabilidad penal de sus actos? ¿Quién podía asegurar que lo que vendían no había sido robado? Era necesario, pues, que las transacciones comerciales fueran controladas por la autoridad pública, que se realizaran abiertamente y bajo una estricta vigilancia. La legislación carolingia prohibía, por tanto, todos los tráficos nocturnos, a excepción de la venta de víveres y de forraje a los viajeros; y esta misma legislación exigía la presencia del conde o del obispo cuando la operación afectaba a ciertas mercancías que despertaban las más vivas sospechas: esclavos, caballos, objetos de oro y de plata. Convenía que el rey garantizase el

estatuto de los mercaderes de larga distancia y que se asignara a su actividad lugares y épocas determinados.

Se entrevé la condición de los mercaderes a través de un precepto del emperador Luis el Piadoso fechado en el año 828. Son los «fieles» del soberano, y este lazo personal los coloca bajo la paz particular que se extiende sobre la clientela real. Dado que pertenecen a la casa del príncipe están exentos de los impuestos sobre la circulación de mercancías, excepto en los pasos de los Alpes y en los puertos de Quentovic y Duurstede, abiertos a la navegación de los mares nórdicos. Poseen sus propios medios de transporte. Y después del viaje, a mediados de marzo, van al palacio a hacer el pago usual al tesoro, y entonces deben distinguir clara y lealmente entre lo que les pertenece por sus propios asuntos y lo que han negociado por cuenta del soberano. Estas actividades, estacionales, pero periódicas, hacen de estos hombres profesionales indiscutidos. Sin duda, forman parte de una dependencia doméstica, de la que obtienen ventajas fiscales y un aumento de seguridad; pero conservan una parte de iniciativa que podemos considerar amplia, y en cualquier caso extensible. ¿Cuántos hombres libres, cuántos francos o lombardos, cuántos cristianos hay entre estos hombres y entre los otros, cuya presencia se adivina, que no están vinculados al palacio real, sino a una abadía, a una casa aristocrática o que incluso trabajan por libre? Todo lo que podemos decir es que los textos de los siglos VIII y IX mencionan abundantemente, cuando se refieren a los *negociatores*, dos grupos étnicos cuyas colonias jalonan los principales itinerarios y desbordan ampliamente las fronteras del Imperio: los judíos, por un lado, y, en las cercanías del mar del Norte, los «frisones».

Todos estos proveedores de artículos lejanos se encuentran en áreas especialmente designadas, en las que exponen sus mercancías e intercambian entre sí los productos que llevan. Los documentos dan a estos lugares el nombre latino de *portus*, equivalen-

te de la palabra *wik* en el dialecto germánico, y de la expresión *burh* en la Inglaterra del rey Alfredo. Son lugares cercados por empalizadas que protegen los depósitos de mercancías de los ataques de los merodeadores. Bajo control de la autoridad real se hallan en estos lugares testigos especializados, garantes de la validez de los contratos. Es probable que existiera, en tiempo de Luis el Piadoso, un delegado del soberano, encargado de juzgar a los mercaderes y de recaudar el tributo pagado por la protección real. Antes del siglo IX han aparecido portus en el norte del reino franco, en regiones en las que aún no existen ciudades vivas: Dinant, Huy, Valenciennes, Quentovic, Duurstede. Más tarde las menciones se multiplican en la misma zona y aparecen algunos *portus* situados en las proximidades de ciudades romanas, en Rouen, en Amiens, en Tournai, en Verdún. Más al sur no aparecen: se puede pensar que su función era realizada por las ciudades. Otros lugares de encuentro: las ferias. Algunas se insertaban en el ciclo normal de un mercado semanal: un día determinado del año una de estas reuniones atraía más gente. Pero el encuentro comercial cambiaba entonces completamente de carácter: jurídicamente, porque la protección del soberano se hacía extensible a todos cuantos quisieran acudir a la feria, incluso desde muy lejos; económicamente, porque su fin era preparar, a fecha fija, un contacto regular entre zonas de producción separadas por grandes distancias y, por tanto, sin relaciones normales. La feria que se celebra cerca del monasterio parisino de Saint-Denis tiene lugar en octubre, después de la vendimia, y de hecho es una feria del vino. En el 775 se añade una segunda reunión en febrero, situada igualmente en un punto central del calendario agrícola. Sin embargo, estas dos ferias no sirven sólo para dar salida a la producción de los campos vecinos. Actas por las que se conceden exenciones de impuestos mencionan que hasta ellas llegan barcos cargados de miel y que los monjes de Corbie acuden a las ferias para comprar el paño de sus cogullas. Asisten ingleses desde los

primeros años del siglo VIII, y después del 750, frisones y *negociatores de Langobardia*. En la otra punta del Imperio, en Piacenza, se celebra otra feria. Un día al año en principio, al que se añaden en el 872 tres nuevas reuniones de ocho días cada una, y en el 890 una quinta feria de dieciocho días. Así se acentúa un desarrollo de los intercambios. En cuanto a la geografía de las ferias y de los *portus*, de ella se deduce, en el noroeste y en el sudeste del Imperio carolingio, la existencia de dos áreas en las que los tráficos a larga distancia parecen más intensos.

Estas dos áreas, que seguirán siendo los polos de atracción del gran comercio medieval, se sitúan en los puntos de unión entre el mar y los ejes principales de la red fluvial europea. La primera se abre a través del Po, que conduce hacia el mar bizantino, a otros espacios económicos más prósperos, de los que llegan productos de gran lujo, tejidos maravillosos y especias. La otra, a través del Sena, el Mosa, el Rin y el mar del Norte, se abre a países más salvajes, siempre agitados por las guerras tribales, pero que, por esta misma razón, suministran esclavos.

Las secuelas de una guerra atroz y posteriormente la migración del pueblo lombardo habían dejado desamparado el norte de Italia a lo largo de todo el siglo VII. Toda huella de actividad marítima desapareció en Génova en el 642, después de que se acentuara el dominio de los bárbaros. Por un momento, el valle del Ródano se convirtió en la vía principal hacia Oriente, y fue entonces cuando el rey franco Dagoberto (629-679) concedió algunas ventajas en los puertos de Provenza a los monasterios del norte de la Galia: el monasterio de Saint-Denis recibió una renta anual de cien sueldos de oro, basada en el peaje de Fos, cerca de Marsella, para comprar aceite y otros artículos; exenciones de impuestos fueron concedidas en los puertos de Marsella y de Fos para la compra de papiro y de especias, y estos privilegios fueron renovados hasta el año 716. Pero ya entonces eran anacrónicos.

El itinerario que se había creado a lo largo del Ródano, el Saona y el Mosa en dirección a Maastricht, y que jalonaba las activas comunidades judías de las ciudades del *Midi*, comenzaba a sufrir los efectos de las incursiones de bandas musulmanas. No dejó de ser frecuentado, pero para llegar en adelante, por Cataluña, a la España islamizada hacia la cual dirigían los mercaderes de Verdún rebaños de esclavos y también sin duda, cuidadosamente disimuladas, porque su exportación estaba rigurosamente prohibida, las admirables espadas de Austrasia. Sin embargo, Lombardía se había convertido de nuevo en la puerta de Bizancio. La fundación del monasterio de Novalaise en el 726, al pie del puerto de los Alpes occidentales más frecuentado de la Edad Media, es la primera etapa de una reorganización de los pasos de los Alpes. El rey Liutprando concluyó un acuerdo con los mercaderes de Commachio cuyas barcas remontaban el Po cargadas de sal, aceite y pimienta; en las lagunas del Adriático que todavía controlaba Bizancio se acumulaban poco a poco, en la sombra, las fuerzas de las que surgiría pronto la vitalidad veneciana. Pavía era, desde fines del siglo VIII, el lugar de Europa en el que se podían adquirir los más hermosos objetos. Notker de Saint-Gall, que escribe hacia el 880, cuenta que, en tiempos de Carlomagno, los grandes de la corte se procuraban en esta ciudad telas de seda llegadas de Bizancio. La información es válida sin duda para fines del siglo IX; se refiere a los navegantes de las lagunas como a los principales intermediarios entre los tesoros de Oriente y las cortes carolingias. Fueron movimientos de intercambios muy lejanos, cuyo centro se hallaba en Lombardía los que vivificaron poco a poco la vía renana, los que hicieron que Duurstede suplantase a Maastricht y los que desembocaron finalmente en la estimulación del comercio «frisón».

Las primeras conquistas de los hombres de Austrasia habían sometido Frisia, que los misioneros, con grandes dificultades, integraban en la cristiandad. Aventureros del comercio proceden-

tes de esta región frecuentaban Inglaterra ya a fines del siglo VII. Beda el Venerable habla de un traficante frisón que compraba en Londres prisioneros de guerra; su colonia londinense era muy importante en tiempos de Alcuino. Por el Rin, sus barcas transportaban vino, cereales, cerámica, sal procedente de Luneburgo, esclavos. Estaban establecidos en barrios especiales en Colonia, Duisburg, Xanten, Worms y, sobre todo, en Maguncia. Se les encuentra igualmente en las ferias de Saint-Denis. En el siglo IX san Anscario llegó a Birka, en Suecia, en compañía de mercaderes de Frisia. Esta red de transporte por barco se animó a fines del siglo VIII. Los puestos de cobro de peaje citados en el diploma de exención concedido en el 779 a la abadía de Saint-Germain-des-Prés, es decir, Ruán, Amiens, Maastricht, Quentovic y Duurstede, puntúan el área en la que se han desarrollado los nuevos *portus* y la acuñación de moneda. Dos puntos centrales: Duurstede, cuya moneda irradia en todas las direcciones en época de Carlomagno, y Quentovic, citado por primera vez en el 668 por Beda el Venerable, donde desembarcan los monjes anglosajones que parten al asalto del paganismo germánico y todos los peregrinos de Roma, donde llegan cargamentos de vino, de esclavos y de esas piezas de paños cuya calidad pretendía reglamentar un acuerdo firmado en el 796 entre Carlomagno y el rey Ofa de Mercia.

Si se añade a esto los tráficos, menos diferenciados del saqueo, que tienen lugar sobre el Elba y sobre el Danubio, en los puntos de contacto con las tribus eslavas, en los que se aprovisionan los traficantes de esclavos —un capitular del 805 intenta canalizarlos hacia un rosario de mercados fronterizos—, la impresión de un desarrollo continuo que hace extenderse las actividades propiamente comerciales a expensas de la economía del regalo es clara. Este desarrollo está favorecido en primer lugar por la restauración política, es decir, por la paz interior, por la reordenación del aparato monetario y sobre todo por el reforzamiento de

una aristocracia que se divide el abundante botín de las guerras incesantes y victoriosas hasta el umbral del siglo IX. Es necesario no obstante conocer la medida exacta del desarrollo de los intercambios basados en el uso de la moneda. ¿No se corre el riesgo de hacer que aparezcan de modo excesivamente amplio a través de fuentes escritas de las que ya he dicho que tienden a falsear las perspectivas reales por cuanto se refieren a un campo privilegiado en lo que respecta a la acuñación y a los mercaderes? Seamos prudentes ante estos testimonios y desconfiemos, más tal vez, de la atención excesiva que, en la línea de Henri Pirenne, ha prestado la historiografía reciente a los aspectos comerciales y monetarios de la economía de este período. ¿Primera oleada de verdadero crecimiento o simple agitación de superficie? Sobre este punto son precisas tres observaciones:

1. Los indicios de una intensificación del comercio son abundantes especialmente en las fronteras del Imperio carolingio. Pero esto depende una vez más de las estructuras del Estado. Se han creado fronteras; a imitación de Bizancio se organizan puestos fijos en los que se cobra el tributo a los mercaderes. Como ni en el norte ni en el este existían ciudades o éstas eran muy escasas, esta preocupación por reglamentar y de controlar explica por sí sola la aparición en los documentos de aglomeraciones nuevas. La localización marginal de los testimonios ¿no significa por tanto que en el interior de la Europa continental no se ha producido esa reanimación de los caminos? Ya he explicado por qué apenas se encontraban en los tesoros monedas extranjeras, y si las huellas de brotes urbanos son poco visibles es porque había ciudades suficientes en número y en extensión para abrigar las actividades nuevas. De hecho, se sabe que en la Borgoña del siglo IX había ferias anuales en las cinco ciudades de la provincia, en las capitales de condado y en la pro-

ximidad de las principales abadías. La ausencia de *portus*, de monedas de acuñación lejana, no significa de ningún modo atonía comercial. Nada autoriza a atribuir un carácter exclusivamente periférico al despertar que se deja entrever.

2. Por el contrario, la animación parece marginal en cuanto a los objetos del gran comercio. Son esencialmente artículos de gran lujo. El comercio a larga distancia no es de hecho más que un sustituto de las operaciones de pillaje. Proporciona lo que la guerra no suministra sino de modo inseguro e irregular. Como las actividades militares, este comercio orienta hacia las viviendas de los jefes, a cuyo servicio doméstico pertenecen casi todos los mercaderes profesionales, lo necesario para adornarse, divertirse, realzar las fiestas y distribuir presentes. El poeta Ermoldo el Negro expresa muy claramente esta orientación en el elogio del Rin compuesto a mediados del siglo IX: «Es un bien vender vino a los frisones y a las naciones marítimas e importar productos mejores. Así nuestro pueblo se engalana: nuestros mercaderes y los del extranjero transportan para él mercancías llamativas». Sin duda, conviene dejar aparte la sal, que es un artículo de primera necesidad y cuyos cargamentos eran tal vez, si no en valor al menos en peso, la base de los intercambios a larga distancia: la tarifa aduanera de Raffelstätten en el Danubio prueba que casi todo el tráfico entre Baviera y los países eslavos se basaba en la sal; y se puede suponer que la producción y el transporte de sal hacia Lombardía fue la base de la primera acumulación de capital en Venecia y en Commachio. Pero el vino que se vendía en las ferias de Saint-Denis, y que se transportaba igualmente en gran cantidad en ánforas elaboradas en los alrededores de Colonia y de las que se hallan restos numerosos en Londres, en Canterbury, en Winchester y hasta en el fondo de Escandinavia, ¿para qué servía esencialmente

sino para realzar las fiestas aristocráticas de la misma forma que la miel y, en parte al menos, los esclavos? Por lo que se refiere a los paños, los señores no consideraban dignas de su gloria esas telas demasiado bastas que tejían en los mansos serviles o en los talleres del dominio las mujeres y las hijas de sus dependientes; deseaban otras más hermosas, teñidas de bellos colores, para adornarse o para ofrecerlas a los amigos. La compra de estos tejidos absorbía la parte principal de sus gastos. Según la regla benedictina, las necesidades de la comunidad estaban ordenadas bajo dos rúbricas: el *victus*, es decir, el aprovisionamiento en artículos alimenticios, competencia del cillero o director de la explotación agrícola; y por otro lado las compras, de las que se encargaba el camarero, receptor y tesorero de los recursos en moneda, y que se agrupan bajo el nombre de *vestitus*, es decir, la renovación del vestuario. Una repartición de este tipo indica que la renovación del vestido imponía pesados gastos y que, normalmente, el paño era proporcionado por mercaderes y pagado en dinero. Los «mantos de Frisia» no eran en modo alguno objetos de producción corriente, sino auténticas joyas: Carlomagno los ofrecía como regalo al califa Harun-al-Raschid, y Luis el Piadoso, al Papa. Los negocios cuya rendición de cuentas efectuaban los mercaderes protegidos por el soberano, tenían como base lo superfluo, el lujo y la rareza; se realizaban por tanto en su mayoría en una zona reducida, eminente y superficial, en los escalones más altos de esta sociedad rústica.

3. Consideremos por último la repercusión de estas actividades sobre el fenómeno urbano. ¿Se pueden considerar auténticas ciudades los portus de las orillas del Mosa, del Rin o del Escalfa, cuya animación era temporal? ¿Qué era Durstede, lugar que la exploración arqueológica hace aparecer como una estrecha calle de un kilómetro de longitud?

Un simple camino bordeado de almacenes en los que vivían los escasos negociantes para quienes fue erigida una iglesia parroquial; tales fueron también el *pagus mercatorum*, que se formó en el siglo IX, al pie de las murallas de Ratisbona, entre el Danubio y la abadía de Saint-Emmeram, y los demás barrios de mercaderes pegados a lo largo del Rin a los muros de Maguncia, Colonia o Worms. Simples excrecencias, poco diferentes aparentemente de las agrupaciones de talleres especializados que se habían desarrollado al compás de las necesidades de la casa señorial en la proximidad de los grandes monasterios; poco distintas de las diversas «calles» entre las que, por ejemplo, se repartían, en la segunda mitad del siglo IX, en las cercanías de la abadía de Saint-Riquier, los artesanos del metal, los tejedores, los sastres, los peleteros, los hombres de armas, todos los auxiliares domésticos de un gran organismo rural. Las ciudades de este tiempo, las verdaderas, son ante todo los centros de la actividad política y militar, que se apoyaba en algunos edificios de piedra, y los puntos de concentración de la vida religiosa. Los grandes trabajos de construcción que emprendieron los obispos poco después del año 800 en Orleans, Reims, Lyon o Le Mans influyeron tal vez de modo más directo en la animación de la economía urbana que el paso de las caravanas comerciales. En Germania, las ciudades que aparecen en esta época nacen de un palacio real fortificado, flanqueado por una sede episcopal y por algunos monasterios. El auge comercial se introduce en el marco de la sociedad, que seguía siendo el propio de una sociedad campesina dominada por jefes de guerra y por sacerdotes, pero no es lo bastante poderoso como para modificar sino muy localmente sus contornos.

Sin embargo, no es posible dudar de que este movimiento de superficie, por limitado que fuese, influyó de alguna forma en el otro sector de los intercambios, éste fundamental, que la penetración del instrumento monetario hacía desarrollarse al nivel de la aldea, del gran dominio y de la producción agraria. Las condiciones de esta confluencia escapan por desgracia a la observación; sabemos sin embargo que la recolección de la sal o las actividades vitícolas desembocaban inmediatamente en los itinerarios del comercio a larga distancia. Se adivina también a través de los capitulares que intentan reglamentar el precio de los panes o que atestiguan —como el edicto del 864— que el vino se vendía por sextarios, es decir, con una medida de pocos litros, que los productos de la tierra eran vendidos al por menor en las ciudades y en los principales lugares de paso, para el avituallamiento de una pequeña población de servidores especializados a los que su oficio había separado de la tierra, y para el servicio de todas las personas a las que la paz carolingia permitía circular en número cada vez mayor por los caminos y ríos.

La restauración política llevada a cabo por los carolingios imprimió otro rasgo decisivo en la economía de Occidente. Los reyes eran sagrados. Su misión principal consistía en dirigir hacia la salvación al pueblo de Dios. Para ellos, su función espiritual se confundía con la temporal: la guiaba por las vías de la moral cristiana. Bajo la influencia de los eclesiásticos que formaban parte de su séquito, y especialmente de los monjes bajo el reinado de Luis el Piadoso, los reyes se preocuparon porque las actividades económicas no perturbasen el orden querido por Dios. Haciendo referencia a las prescripciones de las Escrituras, quisieron moralizar de un modo particular las prácticas del comercio, el manejo del dinero, todas las transacciones en las que el espíritu de caridad corría el riesgo de perderse. En los años en los que las malas cosechas y el hambre llamaban su atención sobre la desor-

ganización de las transacciones —el rey debía intervenir cada vez que las calamidades y la cólera de Dios introducían perturbaciones en la naturaleza—, los monarcas dictaron preceptos que suponían prohibiciones y precisaban la distinción entre lo puro y lo impuro, entre lo lícito y lo ilícito.

«Todos los que, en el tiempo de la recolección y de la vendimia, compran trigo o vino sin necesidad, con ánimo de avaricia —por ejemplo, comprando un modio por dos dineros y conservándolo hasta que puedan venderlo a cuatro o seis dineros e incluso a un precio superior—, cometen lo que llamamos una falta de honradez. Si, por el contrario, compran por necesidad para guardarlo para sí o repartirlo entre otros, a esto lo llamamos *negocium*[17]». Esta definición del negocio sacada de un capitular del 806 no sólo pone de manifiesto las fuertes variaciones del precio de los víveres entre el tiempo de las cosechas y la época de penuria que precede a la nueva recolección debido a las insuficiencias de la producción, sino que precisa también las únicas necesidades que justificaban el recurso a la compra y a la venta: avituallar la propia casa, procurarse algo que dar a los demás. La moral subyacente en las prescripciones carolingias retiene de las enseñanzas bíblicas lo que le permite organizarse en función de una economía de la autosuficiencia y del don. No tolera el comercio sino para llenar las deficiencias ocasionales de la producción doméstica. Es una operación excepcional, casi insólita, y los que se dedican a ella no deben, en principio, obtener un beneficio superior a la justa retribución de las molestias que se han tomado. Al rey, encargado por Dios de extirpar el mal en la tierra, corresponde, pues, condenar a los «que con diferentes maniobras intrigan para amasar bienes de todo tipo con intención de lucro», a los «que ambicionan los bienes de otro y no los dan a los demás cuando los han obtenido». Según el orden que el soberano está obligado a defender, la única riqueza legítima es la que procede de los antepasados, por herencia, o la que se debe a la generosi-

dad de un patrón. La fortuna es un don, no el resultado de una especulación, y la palabra «beneficio» no designa, en el vocabulario de la época, sino un acto de magnificencia.

El capitular que acabamos de citar, y que fue promulgado en una época en la que escaseaban las subsistencias, prueba también que se realizaban operaciones lucrativas, basadas en el empleo del dinero, hasta en los cimientos del edificio económico, hasta el nivel de la producción y del consumo de los bienes más elementales. Aprovechándose de la necesidad, algunas personas ganaban dinero a costa de «quienes venden vino y grano antes de la recolección y se empobrecen por esta causa[18]». El comercio era una realidad y sin duda eran raros los mercaderes que se limitaban al papel de intermediarios benévolos. Para alejarlos de un mal excesivamente grande era preciso intentar al menos contener su actividad dentro de ciertos límites; imponerles el descanso dominical; suprimir los mercados del domingo, salvo los que se hallaban legitimados por costumbres muy antiguas (809), y fijar el justo precio de los artículos (794). Dos aspectos de la economía comercial en los que el peligro de pecado era mayor —el tráfico de esclavos y el préstamo con interés— atrajeron de modo especial la atención de los reyes francos. Les parecía condenable que los cristianos fuesen reducidos a esclavitud y absolutamente escandaloso que el afán de lucro pudiese conducir a someter bautizados, miembros del pueblo de Dios, a infieles. Ahora bien, durante el siglo VIII la trata de esclavos había adquirido considerable amplitud a lo largo de un itinerario que, desde los confines del este, llevaba a través del reino franco, por Verdón, el valle del Saona y el del Ródano, hacia las ciudades de la España musulmana. La mayor parte de los esclavos que pasaban por esta ruta eran paganos, germanos o eslavos; pero para los dirigentes de la Iglesia, llenos de ardor misionero, eran almas que conquistar, y, además, con ellos iban mezclados cristianos capturados en ruta por los traficantes. A partir del año 743 los monarcas prohibieron

vender esclavos a compradores paganos y les vedaron igualmente el paso de las fronteras. La misma repetición de estas leyes prueba su ineficacia. En el siglo IX, el obispo Agobardo de Lyon, en su tratado contra los judíos, conjura a los cristianos para que «no vendan esclavos cristianos a los judíos (en cuyas manos estaba una parte de este tráfico) ni permitan que los vendan en España». Por lo que se refiere a la usura, era una práctica normal en una sociedad rural primitiva, privada de reservas monetarias y sin embargo recorrida por múltiples redes de intercambios, comerciales o no. Todo hombre, fuera cual fuera su nivel en la jerarquía de las fortunas, se hallaba de vez en cuando obligado a pedir prestado para cumplir con sus obligaciones. La moral cristiana obligaba a ayudar gratuitamente al prójimo, y basándose en un pasaje del *Éxodo* el capitular del 806 proclama que el «préstamo consiste en proporcionar alguna cosa; el préstamo es justo cuando no se reclama sino lo que se ha proporcionado»; en este mismo capitular se define la usura: es «reclamar más que lo que se da; por ejemplo, si habéis dado diez sueldos y reclamáis más, o si habéis dado un modio de trigo y después exigís una cantidad mayor»; la usura es condenada, tan inútilmente sin duda como la exportación de esclavos bautizados. Pero al menos el principio estaba claramente planteado y sirviéndose de textos venerables cuyo recuerdo no se perdió. Esta moral impidió para siempre que el campesinado de la Europa medieval se hallara tan estrechamente endeudado como lo había estado, para su desgracia, el campesinado del mundo antiguo y como lo estaba el de los países islámicos. Una de las huellas más duraderas del orden carolingio fue la institución de una ética aplicada a este sector, que muy lentamente se desarrollaba en las fronteras de un sistema económico completamente enmarcado por la organización señorial, por las formas nuevas que revestía poco a poco la servidumbre y por los intercambios gratuitos de bienes y de servicios que en-

gendraban la dependencia de los humildes y la generosidad de los grandes.

La moral influyó también de otra manera sobre la evolución de la economía: la realeza carolingia se volvió en esta época pacífica. Si la guerra de agresión contra los pueblos extraños perdió vivacidad a comienzos del siglo IX, cuando Luis el Piadoso fue nombrado emperador, fue porque la conquista había sido llevada tan lejos que las expediciones de saqueo habían dejado de ser rentables: por el norte y por el este las campañas carolingias chocaban con un mundo demasiado salvaje y demasiado desprovisto para que hubiera en él mucho que tomar; en el sur se enfrentaban a dificultades crecientes. Estas realidades materiales suscitaron la aparición en el círculo, muy restringido, de los intelectuales eclesiásticos que rodeaban al emperador de una ideología de la paz: la dilatación del reino había terminado por reunir a casi toda la cristiandad latina bajo una misma autoridad, por realizar la ciudad de Dios; en adelante ¿no debería ser la primera preocupación del soberano mantener la paz en el interior de su pueblo? A imitación del *Basileus*, el emperador no debía pensar en dirigir nuevos ataques, sino en defender el rebaño de los bautizados contra las incursiones paganas. Estas consideraciones, difundidas por la propaganda eclesiástica, reforzaron las tendencias naturales que obligaban a mantenerse a la defensiva a las bandas francas durante tanto tiempo conquistadoras. La debilitación del espíritu de agresión, cuya violencia había permitido durante un siglo a la aristocracia de Galia y de Germania, que apenas sacaba de qué vivir de su enorme fortuna territorial, adornarse con algún lujo y estimular la iniciativa de sus mercaderes domésticos, aparece en cualquier caso como un hecho económico de primerísima importancia. Por dos razones: porque, al reducir el valor del botín que cada año, a fines del verano, llevaban los ejércitos a la corte, cegaba poco a poco la fuente principal de las liberalidades reales, y porque de éstas dependía en la práctica el poder que permitía

al rey controlar a la aristocracia. Comenzó entonces la disgregación del edificio político construido por la conquista; sobre sus ruinas proseguiría, en un marco completamente nuevo, el desarrollo económico. Por otra parte, la cristiandad latina, replegada a la defensiva, pero enriquecida por el tímido auge económico cuyas huellas hemos seguido, fue en adelante una presa fácil para nuevos agresores.

Por consiguiente, si se intenta, para resumir, sacar partido de la relativa claridad que difunden las fuentes escritas del siglo IX, se pueden aventurar las conclusiones siguientes:

1. Carlos Martel, Pipino, Carlomagno, al llevar cada año a sus camaradas y a sus fieles a la búsqueda de botín, reunieron considerables riquezas. Regalaron mucho, y estas liberalidades, estas distribuciones de bienes muebles acrecentaron sensiblemente los recursos que la aristocracia podía consagrar al lujo. Este refuerzo de medios, en una civilización que se habituaba al uso de la moneda, contribuyó a estimular el desarrollo de un verdadero comercio de artículos caros.
2. Ante estas facilidades, los grandes no se preocuparon de perfeccionar la explotación de su fortuna territorial. Ésta fue abandonada a los intendentes, es decir, lo más frecuentemente a la rutina. Los grandes dominios aparecen efectivamente, cuando después del año 800 descubren su estructura los inventarios, como organismos anquilosados cuyo peso tiende a bloquear la expansión demográfica.
3. Sin embargo, dos fenómenos obligaron, en el curso del siglo IX, a estos organismos a hacerse más flexibles, a adaptarse. En primer lugar, la infiltración progresiva de la moneda; después, el fin de las guerras de conquista. La disminución de los beneficios que procuraban el botín y los tributos llevó a los grandes, para mantener su tren de vida, a

excitar el ardor de sus intendentes: era preciso forzar a los dominios a rendir más. De esta forma se puso en marcha un lento movimiento. La presión creciente de los «poderosos» sobre los «pobres» preparó el deslizamiento de todo el campesinado hacia una condición cuyo modelo proporcionaban las nuevas formas que revestía la esclavitud. Paralelamente, se dibujaba una mejora del equipo técnico que suscitó a la vez la recuperación demográfica de que dan testimonio los polípticos de fines del siglo IX.

2. LAS ÚLTIMAS AGRESIONES

No sin dudas se arriesga uno a situar en la historia del desarrollo económico del Occidente medieval las últimas oleadas invasoras que, desde el final del reinado de Carlomagno hasta los años posteriores al mil, sufrió la cristiandad latina. Estas agresiones fueron durante largo tiempo consideradas responsables de una ruptura, tanto por historiadores que, como Henri Pirenne, veían en los tiempos carolingios la última fase de la progresiva disgregación del sistema legado por la Antigüedad como por quienes situaban en la época de Carlomagno el verdadero punto de partida del crecimiento. Su opinión se explica: un gran vacío aparece en la documentación. Después del rayo de luz que arrojan sobre los fenómenos económicos los escritos emanados del renacimiento cultural carolingio, se abre una época de oscuridad: durante más de un siglo el conocimiento histórico se halla privado de la mayor parte de sus medios. Sin embargo, un examen atento de los escasos testimonios llegados hasta nosotros invitan a revisar esta opinión, a considerar que, en su conjunto, la continuidad no fue rota, que el movimiento de desarrollo, cuya lenta puesta en marcha se adivina desde el año 800, no fue realmente frenado, que incluso fue estimulado en algunos sectores. Y este hecho lleva a considerar dentro de una unidad el período que se inicia en los primeros decenios del siglo IX y se prolonga hasta mediados, si no hasta el último cuarto del siglo XI.

LOS ATAQUES

Situemos ante todo, brevemente, las incursiones que sufrió el Occidente cristiano. Las primeras llegaron de Escandinavia. Ampliando una expansión cuyos inicios tuvieron lugar sin duda a fines del siglo VII, los noruegos entraron cien años más tarde en contacto con el área de civilización cuya historia podemos escribir: los anales fechan su aparición en las costas de Inglaterra en los años 786-796; en Irlanda, hacia el 795; en Galia, en el año 799. En este momento los daneses se lanzaron a aventuras marítimas facilitadas sin duda por la incorporación de los navegantes frisones al reino franco. En principio, los daneses se limitaron a rápidas campañas de saqueo; después del 834, las expediciones fueron más importantes y algunas bandas establecieron bases permanentes en las desembocaduras de los ríos; desde estos campamentos remontaron el curso fluvial cada vez con mayor profundidad y llegaron a atacar las ciudades: Londres, que saquearon en el 841; Nantes, Ruán, París, Toulouse. En Galia la presión mayor se ejerció entre los años 856 y 862. Después del 878, más de la mitad del espacio anglosajón estaba en manos de los vikingos.

En el Mediterráneo, desde los puertos de África del norte y sobre todo de la España musulmana, los corsarios perseguían a los navíos cristianos y en ocasiones realizaban ataques contra las costas. Estas agresiones se hallan atestiguadas en Italia desde el año 806. A medida que la lenta paralización de la navegación hacía menos fructuosa la piratería, bandas de salteadores se instalaron en tierra firme, exigiendo rescate a quienes se aventuraban a utilizar los pasos de montaña. Estos grupos aparecieron en Italia del sur entre el 824 y el 829. A fines del siglo IX existían bases permanentes en el norte de Campania («los sarracenos iban en razzias desde el Tirreno al Adriático y al Po y volvían sin cesar a los montes de Sabina, y más allá del río Liri, donde tenían sus navíos y por el cual transportaban todo a su país») y en Provenza, en *Fraxinetum*, en los Maures. Los salteadores que durante

muchos decenios controlaron los pasos de los Alpes procedían de este último lugar.

Por último, desde las llanuras de Panonia, los jinetes húngaros se aventuraron hacia el oeste. Los textos aluden a treinta y tres incursiones entre el 899 y el 955. Estas campañas llevaron a los húngaros hasta Bremen en el 915, Mendo y Otranto en el 924, Orleans en el 937. Casi cada año, en primavera, los campos de Lombardia y de Baviera sufrieron sus ataques. Mientras los sarracenos se desplazaban a través de los senderos y los vikingos seguían el curso de los ríos, los magiares utilizaban las calzadas romanas, como lo prueba el hecho de que transportasen su botín en carretas.

Para explicar la vivacidad, la simultaneidad y la profundidad de estos ataques, hay que considerar ante todo que la cristiandad latina era una presa atractiva. Los piratas procedentes del mundo musulmán, es decir, de un área económica menos primitiva que Europa, buscaban fundamentalmente prisioneros que vendían sobre todo en España, en los mercados de esclavos. Cuando se trataba de grandes personajes, trataban de obtener un rescate por ellos. El pillaje sarraceno aparece, pues, como una fuerza renovada de la trata, estimulada, al igual que la que practicaban desde fecha muy anterior en país eslavo algunos *negociatores* del reino franco, por las salidas que esta mercancía hallaba en el Islam mediterráneo. Los esclavos formaban parte igualmente del botín conseguido por húngaros y escandinavos; pero éstos, salidos de regiones más bárbaras, buscaban también las joyas y los metales preciosos que, como pronto supieron, se hallaban tesaurizados en grandes cantidades en los santuarios. Por la acumulación de tesoros, reunidos para la gloria de Dios o de los príncipes, Occidente era a los ojos de los invasores un El dorado fascinante. Las incursiones de los siglos IX y X fueron obra de hombres que, en su mayoría, formaban parte de la aristocracia de sus pueblos res-

pectivos. Partían en búsqueda de gloria, y también —los epitafios rúnicos de los guerreros escandinavos lo prueban claramente — a la captura de riquezas cuyo brillo sería la mejor prueba, al regreso, de su valor. Por último, algunos jefes vikingos, especialmente después de mediados del siglo IX, buscaron en las tierras ultramarinas un lugar en el que instalarse permanentemente con sus compañeros de armas. De hecho, la mayor parte de los invasores estaban animados por los mismos deseos que las bandas conquistadoras que, durante los siglos VII y VIII, habían salido de la nobleza franca. Buscaban el éxito individual, tesoros para alimentar su munificencia, esclavos que realzaran su vivienda, y también tierras para instalar en ellas el poder de sus armas.

Estas aventuras pudieron producirse con éxito en este momento preciso de la historia europea debido quizá a ciertos cambios que afectaron a las condiciones de existencia en los países de origen de los salteadores. Es posible que lentas mutaciones climáticas hayan avivado la marcha hacia el oeste de los pueblos de la estepa, y que hayan favorecido en los países escandinavos un despertar demográfico que fue uno de los resortes de la expansión. Sin embargo, si se puede pensar para Noruega en un acrecentamiento de la población durante el siglo VII, la hipótesis no parece válida para Dinamarca, de donde procedían los más peligrosos invasores. Cabe la posibilidad de que la formación de bandas de aventureros se viese favorecida, entre los pueblos del norte, por la evolución de las estructuras políticas, por el paso de la tribu al Estado monárquico. En cualquier caso, la causa principal de las últimas invasiones que debía sufrir Europa se halla en la inferioridad militar de Occidente. El ejército franco se había revelado como un útil de agresión muy eficaz contra los pueblos que combatían como él, a pie, provistos de armas rudimentarias y que se mantenían a la defensiva. Era invencible en campañas preconcebidas; pero era pesado, difícil de movilizar, incapaz de hacer frente a ataques imprevistos y rápidos —excepto, quizá,

en las marcas militares creadas por Carlomagno en Germania—; y los nuevos adversarios eran todos asaltantes. Disponían de instrumentos que los hacían inalcanzables: los caballos de los húngaros, los navíos de los vikingos, que el primer desarrollo de la civilización escandinava había convertido en armas maravillosas. Los primeros merodeadores surgieron en un frente marítimo que no estaba preparado para la guerra. No hallaron resistencia. Corrieron la voz en su país y volvieron en mayor número. Las agresiones marítimas sembraron el desconcierto y el terror; aceleraron la disgregación del Estado, de tal forma que las incursiones magiares encontraron desguarnecidas las defensas que habrían podido contenerlas. Así, la aristocracia franca, que desde hacía generaciones tenía en la guerra victoriosa la fuente principal de su lujo, debió a su vez, durante algunos decenios, ceder sus tesoros a los piratas. La historia de la tecnología militar explica este brusco cambio.

LOS EFECTOS

Es posible que las fuentes escritas hayan exagerado la gravedad del golpe. Proceden en su totalidad de eclesiásticos: están bien dispuestos a gemir y llorar la desgracia de los tiempos y a poner en evidencia todas las manifestaciones aparentes de la cólera divina; además, soportaron los mayores daños, puesto que conservaban los tesoros más atractivos y no se hallaban en condiciones de defenderlos. Es necesario situar en su justo límite tales testimonios: entre las cincuenta y cinco cartas y diplomas que se han conservado concernientes a Picardía, situada sin embargo en una de las zonas más amenazadas, procedentes del período comprendido entre el 835 y el 935, es decir, durante los años de mayor

peligro escandinavo, sólo dos aluden a las miserias de la época. Sin embargo, es indudable que el choque fue grave: lo prueba el recuerdo duradero que dejó en la conciencia colectiva. ¿Cómo medir su influencia sobre las estructuras económicas de Occidente?

Los piratas cogieron ante todo lo que podían llevar, es decir, hombres, mujeres, objetos preciosos, oro, plata, vino, todo lo que circulaba a través de los mecanismos del donativo, del contrarregalo o del comercio en la superficie de la economía. Más tarde, algunos de los asaltantes, los daneses, organizaron de modo más racional la explotación de las riquezas que ofrecía la cristiandad latina. Obligaron a las poblaciones a pagarles un tributo en moneda, en Frisia desde el año 819. En principio los rescates fueron locales y privados; más tarde, los jefes de las bandas trataron con los poderes públicos. A partir del 845 y hasta el 926, el reino de Francia occidental fue sometido a contribuciones en dinero para comprar la paz normanda; en el 861, Carlos el Calvo hizo entregar cinco mil libras a los normandos del Soma, seis mil a los del Sena. El impuesto del *Danegeld* fue introducido en Inglaterra en el año 865 y llegó a ser permanente; en el 991, el importe de esta contribución alcanzaba las diez mil libras. Por último, en algunas provincias (desde el 841 en las bocas del Escalda) los vikingos sustituyeron a la aristocracia local y se apropiaron en su lugar de los excedentes del trabajo campesino. Fundaron Estados alrededor de dos ciudades, Ruán y York, en las que se concentró cuanto proporcionaba la explotación de los campesinos. Una parte considerable de las joyas, de las reservas de metales preciosos que había acumulado la civilización, extremadamente pobre y rústica, de la Europa carolingia o de la Inglaterra sajona pasó de este modo a manos de los conquistadores. Muchas provincias vieron huir a sus monjes. Se perdieron, llevando consigo las reliquias y la parte que pudieron salvar de sus tesoros, en la espesura del continente, hacia lugares suficiente-

mente alejados de los frentes de ataque. Durante más de un siglo, el monasterio de Novalaise, al pie de un paisaje alpino que controlaban los sarracenos, permaneció desierto. Las razzias y el éxodo despoblaron durante mucho tiempo las zonas costeras del Tirreno. En Frisia, la actividad comercial desapareció hacia el 860.

Sería erróneo, sin embargo, pensar que las incursiones normandas, sarracenas y húngaras fueron muy destructivas. Numerosas ciudades fueron saqueadas, pero fueron muy escasas las destruidas totalmente, como Fréjus, Toulon o Antibes —que por otra parte se repoblaron en los años próximos al mil— en la costa provenzal. Saint-Omer, muy próxima al mar del Norte, resistió todos los asaltos. Fortificado en el 883, el burgo que se había formado en Arras a las puertas de la abadía de Saint-Vaast hizo frente al ataque del 891 y jamás fue abandonado por sus habitantes. En el 980 todavía se acuñaba moneda en Quentovic. Las ciudades sobrevivieron en su mayor parte, incluso las más expuestas, pero cambiaron de aspecto. Durante la paz carolingia, las murallas urbanas habían servido de cantera para la construcción de las nuevas catedrales cuya amplitud había rechazado hacia la periferia del núcleo urbano las actividades económicas. A partir de mediados del siglo IX se inició la construcción alrededor de las ciudades galas o de los monasterios de su *suburbium* de fortificaciones que, en la mayor parte de los casos, resistieron las agresiones. El papel defensivo se convirtió en el principal apoyo de la vitalidad urbana. Hizo afluir hacia las ciudades a los fugitivos del campo y sus riquezas, y este movimiento de concentración no dejó de acumular en las fortalezas, que incluían también los santuarios conservados, los recursos de un futuro desarrollo. Así, no solamente se observa, salvo raras excepciones, una continuidad en la actividad de las ciudades, sino que ésta se vio en algún modo estimulada por todos los peligros que pesaban sobre el país.

Los lugares más afectados por la acción de las bandas de salteadores fueron los monasterios aislados y los campos. Muchos dominios y aldeas perdieron una parte de sus trabajadores, que fueron a parar a manos de los traficantes de esclavos. Pero la economía rural era demasiado primitiva para sufrir en profundidad con el paso de los piratas, y el equipamiento de las explotaciones rurales demasiado rústico para ser dañado de modo duradero. En la mayoría de las provincias es dudoso que las incursiones de los paganos hayan causado más perjuicios materiales que los provocados anualmente por las rivalidades entre los grandes, antes, durante y después de los grandes ataques. Las poblaciones huían ante los invasores, con su ganado; volvían normalmente después de la alerta a seguir penando sobre una tierra que apenas había sufrido por el paso de los asaltantes. No les costaba mucho reconstruir sus cabañas, y numerosos campesinos se instalaron sin duda muy rápidamente en el marco habitual del señorío. Es posible que los señoríos hayan tenido algunas dificultades. Se adivina a través de las fuentes escritas que, en algunas comarcas, entre el Loira y el mar del Norte, los campesinos intentaron organizar la defensa por sí mismos, que se reclutaron tropas y que éstas inquietaron a la aristocracia. Estos levantamientos, rápidamente sofocados, eran incapaces de romper la influencia de la autoridad señorial. Pero los ataques y el terror que inspiraban los asaltantes determinaron a menudo amplias migraciones campesinas, que privaron a los grandes dominios de la mano de obra indispensable para su explotación. En el capitular dictado por Carlos el Calvo en el 864, el monarca franco intentaba limitar el perjuicio causado por este motivo a sus grandes imponiendo a los campesinos que vivían en zonas sometidas a las alertas la obligación de hallarse en el lugar habitual de su actividad en el momento de la siembra, al menos, y de la recolección. Una disposición de este tipo, de insegura aplicación, recogía implícitamente un hecho de graves consecuencias: el desarraigo de una parte del personal de

los señoríos. Evidentemente, la fuga ante los vikingos, los sarracenos o los húngaros permitió a numerosos esclavos y dependientes romper los lazos que los unían a sus dueños. Se establecieron en otros lugares, al servicio de otros señores, que los trataron como libres y los explotaron menos duramente. Para repoblar sus dominios, los grandes propietarios debieron suavizar el sistema de censos y prestaciones. No es absurdo pensar que el choque de las invasiones provocó una disminución de las cargas del manso, sobre las que sabemos —desde que reaparecen documentos explícitos a fines del siglo XI— que eran infinitamente más ligeras que en la época de los primeros polípticos carolingios. En todo caso, en la Inglaterra sometida por los daneses a su poder, los *sokemen*, de los que hablan los documentos de la época normanda, eran según todos los indicios los sobrevivientes de una clase media de campesinos a los que la conquista escandinava había sustraído a la autoridad de la aristocracia anglosajona. Se puede por tanto adelantar la hipótesis de una suavización notable que quitó su excesiva rigidez al marco de la gran explotación rural. Suavización que, al aliviar a los trabajadores de los campos, estimuló su actividad, favoreció la roturación y el crecimiento demográfico. En los campos de la cuenca del Mosa se descubren las huellas, desde los últimos años del siglo IX, de una colonización del bosque que hace multiplicarse y aparecer nuevos mansos y dominios; las sernas han sido reemplazadas por censos en dinero; las iglesias rurales se agrandan continuamente en el curso de los siglos IX y X. Todos estos indicios testimonian una distensión que permitió que el empuje vital, largo tiempo reprimido por las imposiciones consuetudinarias, prosiguiera su desarrollo. En las bases más profundas de los movimientos de la economía, todo induce a hacer del traumatismo de las últimas invasiones el responsable de un impulso por lo demás benéfico, ya que vivificó las tendencias expansivas que el cúmulo de obli-

gaciones mantenía comprimidas en el mundo rural de la época de Carlomagno.

Las perturbaciones más profundas se hallan al nivel de esa espuma superficial de las realidades económicas que constituían las riquezas muebles y principalmente los metales preciosos. En las vitrinas de los museos de Escandinavia se puede ver hoy una parte fascinante y sin embargo ínfima del oro y de la plata llevados por los vikingos. El saqueo de los tesoros monásticos y el cobro de los *Danegeld* provocaron la movilización de una parte considerable de las reservas que la tesaurización había reunido en los santuarios y en los palacios de la cristiandad latina. Sabemos, por un inventario realizado tras el paso de los normandos, que las tres cuartas partes, si no las siete octavas de las joyas que formaban el tesoro del monasterio de Saint-Bavon, de Gante, habían desaparecido. Pero, según todas las apariencias, no todas las riquezas fueron llevadas por los piratas para adornar, en su país, su cuerpo o su sepultura. De hecho, los invasores no fueron los únicos en saquear: los indígenas aprovecharon las alteraciones para robar cuanto hallaron a mano. Por otra parte, los vikingos, poco a poco, se habituaron a permanecer durante algún tiempo en el lugar de sus éxitos, y algunos se instalaron definitivamente. Al hacerlo distribuyeron una parte de sus rapiñas; las cambiaron por otros bienes, especialmente por las grandes espadas que forjaban los francos y, sobre todo, por tierras. Porque es probable que muchos hubieran salido de su país de origen impulsados por el deseo de establecerse en un dominio. Para ellos, el señorío rural representaba el valor supremo y para adquirirlo sacrificaron alegremente los metales preciosos de que se habían apoderado. De esta forma, los países francos y anglosajones pudieron beneficiarse del movimiento de destesaurización que vivificaba la circulación de los metales preciosos, multiplicaba sin duda los instrumentos monetarios y hacía poco a poco aparecer una mayor fluidez en los mecanismos económicos. Alrededor del botín reunido

por los vikingos —los húngaros revendieron en algunas ocasiones una parte de su botín, pero no parece que los sarracenos se entregaran al comercio en tierra cristiana— se desarrolló todo un juego de cambios, de distribuciones, de liberalidades y de transacciones propiamente comerciales. Se sabe que los campamentos permanentes establecidos por los conquistadores en Inglaterra y en la Galia del noroeste estaban abiertos a las gentes de la comarca, que acudían a comerciar: los normandos instalados a orillas del Loira recibieron en el año 873 autorización real para crear un mercado en la isla en que habían acampado; el hecho de que hayan creído interesante pedir este permiso no es el que menos llama la atención. Los esclavos fueron la materia principal de este tráfico. Numerosos cautivos fueron liberados previo pago de un rescate; los establecimientos monásticos, por piedad, rescataron a muchos con los restos de sus tesoros; los demás fueron vendidos al mejor postor, y el comercio del ganado humano, que el orden carolingio había desplazado hacia los confines eslavos o musulmanes de la cristiandad, recuperó su importancia: todavía se practicaba la trata en Normandía en el último tercio del siglo XI. A través de estos mecanismos y en círculos progresivos a partir de núcleos situados junto al canal de la Mancha y al mar del Norte, los intercambios se multiplicaron y penetraron en el seno del mundo rural. La prueba la ofrece la evolución del sistema monetario. Mientras que los primeros carolingios se habían esforzado por reforzar progresivamente el peso del dinero de plata, Carlos el Calvo en el 864 ordenó acuñar monedas de menor peso. Pretendía, sin duda, multiplicar los instrumentos monetarios y, rebajando su valor, adaptarlos a los usos comerciales que se hacían cada vez más corrientes en los medios sociales humildes. Así comenzó en Francia el lento movimiento que, reduciendo el valor en metal precioso de la pieza monetaria, vulgarizó más rápidamente su empleo. Lejos de señalar una ruptura, una detención del primer desarrollo que pone de manifiesto la

fundación de los *portus* en la época carolingia, las campañas de saqueo, al menos las realizadas por los escandinavos, crean la continuidad entre este primer punto de partida y el gran auge cuyas huellas evidentes proporcionan los documentos escritos posteriores a 1075. Mientras todos los movimientos, todos los atropellos, todos los choques provocados por los invasores hacían estallar los corsés que oprimían en Occidente a la economía rural; mientras se unían poco a poco, desde el Atlántico hasta las llanuras eslavas, las rutas hasta entonces discontinuas del comercio por barco; mientras se ampliaba el espacio europeo gracias a la prolongación de las conquistas y de las misiones de evangelización carolingias; mientras se preparaba la incorporación de Hungría a la cristiandad, es decir, la apertura de la ruta del Danubio hacia Bizancio, las perturbaciones y los tumultos que siguieron a las invasiones venían a reforzar el efecto de probables mutaciones climáticas. Liberaban tendencias al crecimiento que se dibujaban en el siglo IX en la población rural, estimulaban dinamismos que pudieron tener vía libre desde el momento en que cesaron las incursiones.

El final de las invasiones parece coincidir, en el seno de los pueblos que las habían lanzado para apoderarse de cuanto era posible coger, con algunas transformaciones de estructuras que poco a poco hicieron menos necesarias o menos fructíferas estas expediciones. Desde el segundo tercio del siglo X los magiares comenzaron a abandonar la vida nómada y a poner en cultivo la llanura del Danubio; el aflujo de esclavos africanos hacia el mundo musulmán contribuyó, quizá, a reducir el interés de la trata en el Tirreno. Sin embargo, la razón fundamental que puso fin a las invasiones fue el hecho de que Occidente había por fin logrado superar su inferioridad militar, construyendo un gran número de fortalezas, única protección eficaz, y apropiándose algunas técnicas de los agresores. El castillo o el puente fortificado, la caballería acorazada, la habituación a la guerra naval liberaron del

peligro a la Europa cristiana. A mediados del siglo X, los guerreros de Germania, apoyándose en los fortines de Sajonia, pusieron fin a los ataques húngaros. Las guaridas sarracenas del Liri y de *Fraxinetum* fueron destruidas respectivamente en el 916 y en el 972, y los piratas berberiscos dejaron de recorrer el territorio; sólo las costas de Provenza y de Italia siguieron expuestas a ataques, que fueron espaciándose con el tiempo. La turbulencia normanda se prolongó más. Entre los años 930 y 980 hay una pausa en las agresiones escandinavas, pero éstas se reiniciaron con mayor fuerza: en esta segunda fase los daneses sometieron Inglaterra a su autoridad. Los centros comerciales de Frisia y de las costas atlánticas de la Galia fueron nuevamente devastados durante los quince primeros años del siglo XI, y el peligro para las zonas del litoral no se debilitó antes de comienzos del siglo XII. Sin embargo, las grandes campañas de saqueo cesaron después del 1015. Se interrumpieron las grandes pulsiones que, desde hacía casi mil años, habían lanzado sobre el Occidente de Europa oleadas sucesivas de conquistadores ávidos. Esta parte del mundo —éste es su privilegio— se libró de las invasiones. La inmunidad explica el desarrollo económico y los progresos ininterrumpidos de los que fue, desde entonces, el centro.

LOS CENTROS DE DESARROLLO

Los mayores daños los sufrieron las instituciones culturales y, principalmente, los monasterios. Por esta razón la época es tan pobre en testimonios escritos y estamos en tan malas condiciones para conocer la historia del mundo campesino. La verdadera ruptura entre el renacimiento carolingio y la renovación del siglo XI se sitúa —recordémoslo— en el nivel documental. Sin

embargo, los hallazgos de la arqueología proyectan alguna luz sobre determinados sectores de la vida económica, en particular sobre las ciudades y sobre la moneda. Estos descubrimientos permiten entrever, en las regiones que antes de las grandes campañas escandinavas se hallaban al margen de la Europa cristianizada y relativamente civilizada, algunas características de un sistema económico que en cierto modo recuerda el que se adivina en el Occidente cristiano de los siglos VII y VIII. Bajo el efecto conjunto de los beneficios del pillaje y de una lenta maduración política, este sistema aparece, en el transcurso de las *dark ages*, en vías de desarrollo manifiesto.

La Europa salvaje

Los progresos más evidentes aparecen en los países de origen de los vikingos. Aunque débilmente poblados, alimentaban ya, al parecer, una aristocracia territorial a la que pertenecían los aventureros. Las explotaciones rurales dominantes, basadas en buena parte en el pastoreo, pero que concedieron una plaza cada vez mayor al cultivo de los cereales, descansaban sobre la esclavitud. Es probable que la colonización agraria fuese estimulada por el éxito de las expediciones de saqueo, es decir, por el aflujo de cautivos: a partir del siglo IX, las antiguas aldeas de Dinamarca se amplían, y se ven aparecer nuevos centros de población, los *torps*. A través de un lento movimiento que ocupa todo el siglo X, se ponen las bases de un Estado centrado en la persona del rey, conductor de la guerra. En los años próximos al mil, la introducción del cristianismo, la formación alrededor del príncipe de un séquito armado, la *hirdth*, según un modelo que fue sin duda experimentado en la Inglaterra del Danelaw, la instauración por último de una fiscalidad monárquica cuya base fue en Dinamarca la parcela habitada, el *bol*, análogo al *mansus* del Imperio carolingio, señalan el fin de esta evolución política. En este momento, y directamente relacionadas con el reforzamiento de la monarquía, nacen en territorio danés las primeras ciudades duraderas: Ro-

skilde, Lund, Ribe, comparables a las existentes en Galia. La urbanización, la consolidación de la autoridad monárquica sobre las ruinas de estructuras tribales, la infiltración de las creencias cristianas y la expansión de la economía agrícola fueron simultáneas.

El impulso primordial procedía de la actividad militar. La guerra se mezclaba estrechamente, en la existencia de los más ricos entre los hombres libres, con las expediciones de caza y con la dirección de las explotaciones rurales. La captura de esclavos, el cobro de un tributo a los pueblos subyugados por las armas eran, junto con la caza de animales suministradores de pieles, con el pastoreo y con el cultivo de la cebada, los elementos indisociables de una economía de subsistencia y de ostentación. Citemos el caso del noruego Ottar, establecido en el norte de las islas Lofoten, en las fronteras del pueblo escandinavo; se le conoce por la relación de sus propios viajes, compuesta entre los años 870-890 y transmitida por el rey Alfredo el Grande. Cazador de ballenas, criador de vacas, ovejas y cerdos, recaudador de censos, explotaba personalmente un dominio; las comunidades laponas vecinas le compraban la seguridad mediante entregas periódicas de pieles y de cornamentas de renos; de tanto en tanto cargaba estos productos en un navío que llevaba a los lugares de intercambio del sur de Noruega, de Dinamarca y de Inglaterra.

De sus aventuras en las provincias anglosajonas y francas, los vikingos obtuvieron muchos más esclavos de los que podían emplear en sus tierras. Comerciaron con ellos, exportándolos en rebaños hacia los mercados ingleses. Obtuvieron también oro y plata, que abundan en el siglo X en las colonias noruegas de Islandia. La acumulación del botín llegado del sur y la necesidad de liquidarlo hicieron la fortuna de algunos lugares situados en el cruce de vías de navegación, en la desembocadura de las corrientes de intercambios que, por el este, llevaban los varegos hasta el corazón de Asia y hacia Constantinopla. Especialistas del

comercio, que en su mayoría no eran escandinavos, sino extranjeros, en particular frisones cristianos, hicieron pingües negocios, traficando sobre todo con esclavos y pieles. Junto con Birka, en Suecia, en una isla del lago Melar, el más activo de estos *emporia* fue Haithabu, en Dinamarca. Adam de Bremen, que escribió a fines del siglo XI sus recuerdos de viaje por el Báltico, evoca todavía su actividad: a decir verdad, en esta época sólo quedaba el recuerdo de este lugar cuyo dominio se habían disputado germanos y daneses, que los noruegos arruinaron poco después del año 1000, y que fue saqueado todavía en el año 1066 por los vendos. Es conocido sobre todo por la *Vita Anscharii*, relato de una misión carolingia de evangelización realizada en los países del norte hacia mediados del siglo IX; este texto muestra que Haithabu estaba conectado regularmente con Duurstede. Es nombrado por primera vez en el 804, y su prosperidad culmina en los años cercanos al 900, es decir, en los buenos tiempos de los ataques vikingos. La importancia de estos lugares no debe hacer olvidar su carácter excepcional; fueron siempre extraños al medio ambiente, simples excrecencias suscitadas por las fortunas de la guerra y desaparecidas con ellas. Un caso similar fue el del nido de piratas (en el Báltico, como en el mar del Norte, no hay fronteras claras entre piratería y comercio) poblado por eslavos, griegos y «bárbaros», dominado seguramente por los salteadores vikingos, del que hablan Adam de Bremen y, hacia el 968, el mercader judío Ibrahim Ibn Jaqub, y que hay sin duda que identificar con Wollin, en la desembocadura del Oder.

Existen relaciones muy estrechas entre el desarrollo económico de Escandinavia y el de los confines eslavos y húngaros. En una época ligeramente más tardía se revelan aquí las mismas conexiones entre el nacimiento del Estado, la evangelización, la formación de ciudades y el lento progreso de producción rural. Sobre el fondo muy primitivo de una agricultura itinerante, diseminada por bosques y praderas en las tierras más ligeras y reali-

zada por una población muy reducida, se opera en el transcurso del siglo X, primero en Bohemia, más tarde en Polonia y finalmente en Hungría, la disolución de los antiguos marcos tribales y la concentración de los poderes en manos de un príncipe. Este cambio parece ser consecuencia, una vez más, de la actividad guerrera. Algunos jefes habían reunido a su alrededor un equipo de combatientes ligados a ellos por un compromiso moral y por la esperanza de participar en los beneficios del pillaje; estos guerreros forman la *drujina* semejante al *hirdth* escandinavo. Estas bandas permitieron a los jefes imponerse por la fuerza, romper o absorber la aristocracia de las tribus, explotar al campesinado indígena, lanzar expediciones depredadoras contra los pueblos vecinos, del mismo modo que hicieron, aunque en una escala mucho mayor, los jinetes húngaros en Occidente. El botín aseguraba el mantenimiento de la *trustis dominica*, del séquito de fieles armados que vivían alrededor del príncipe. Procuraba también alimentos, pieles, miel, cera, esclavos, susceptibles de ser cambiados, en las regiones menos atrasadas del oeste y del sur, por las joyas que no era posible coger por la fuerza. De esta circulación de objetos de lujo se benefició el pequeño grupo de amigos del señor, los auxiliares de su poder. Poco a poco, y debido a que en los pueblos cercanos se consolidaron con el mismo ritmo las estructuras de un poder eficaz, las expediciones de saqueo se hicieron más difíciles y menos productivas. Los príncipes llegaron, hacia el año mil, a disolver su comitiva militar, a no conservar junto a ellos, para su guardia personal, sino un reducido número de guerreros domésticos. Sirviéndose del derecho absoluto de explotar a los súbditos de su Estado, de hacer, como dice Cosme de Praga, «de unos, esclavos; de otros, campesinos; de otros, tributarios… de unos, cocineros; de otros, panaderos o molineros», concedieron a los compañeros que licenciaban, así como a los supervivientes de la aristocracia tribal, el derecho de beneficiarse en su lugar de las exacciones realizadas sobre el trabajo campe-

sino. Así se estableció, en función de los servicios exigidos a los súbditos, una jerarquía social, dominada por el grupo restringido de los «amigos» del príncipe, poseedores de *praedia*, de grandes dominios, y montada sobre las bases de la esclavitud. Se puede pensar que la creación de este señorío rural, unida a la disminución del botín de guerra, estimuló la expansión de la producción, mantenida tal vez por un lento despegue demográfico. El señorío favoreció la sedentarización de la agricultura. Hacia el año mil, es decir, mucho antes de que llegasen de Germania los primeros colonos, los pueblos eslavos obodritas del norte del Elba practicaban el cultivo estable de tierras pesadas y hacían progresar los campos permanentes a expensas del bosque.

En todo caso, el nacimiento de las ciudades aparece íntimamente ligado al reforzamiento de los poderes principescos y a la concentración de bandas de guerreros especializados alrededor de los jefes. Desde la época tribal se habían construido *gródy*, muros de tierra y de madera, alrededor de las residencias aristocráticas; se han descubierto restos que datan del siglo VII. Estas fortalezas fueron reedificadas por los príncipes, con mayores medios, a fines del siglo IX y en la primera mitad del X, es decir, en la época en que florecían los grandes *emporia* escandinavos. A la primera muralla se añadió más tarde un segundo sistema de defensa que englobaba el *suburbium*, en el que se establecieron los primeros santuarios cristianos. Las excavaciones han hecho aparecer, rodeadas por estos terraplenes, algunas decenas de habitaciones cuyo suelo conserva armas y objetos de plata, y que servían de residencia a los miembros del equipo militar. Las cabañas habitadas por los campesinos se hallaban fuera del recinto amurallado. En Polonia existían antes del año mil varias decenas de estas aglomeraciones, verdaderamente urbanas. En ellas convergían el producto de las razzias y las escasas riquezas que podía crear la población rural de los alrededores. Dentro de sus muros se acumulaba todo el lujo de esta civilización primitiva, y en es-

pecial los metales preciosos. Alrededor de las ciudades, en un radio de una decena de kilómetros, la toponimia descubre la existencia en el siglo X de una serie de aldeas cuyos habitantes estaban obligados, para el servicio del príncipe, a entregar productos artesanales, aldeas de apicultores en Polonia, de herreros en Hungría. La inserción del trabajo artesanal en el medio rural revela el peso de un Estado creado por la fuerza y fundado sobre la servidumbre de los pueblos. Según escribe Ibn Rusteh en el siglo IX, refiriéndose a los jefes húngaros, «dominan a todos los que residen cerca de ellos y les imponen un tributo; los eslavos están a su merced como prisioneros». El señor hacía de estos súbditos lo que quería. Vigilados por guerreros armados de látigos, los artesanos-campesinos eran obligados a trabajar periódicamente en los talleres anejos al *gorod*. Este hecho explica la coexistencia de aldeas de trabajadores especializados y de un centro artesanal situado en el interior del *suburbium*; éste fabricaba las piezas del armamento y las joyas que no habían podido proporcionar ni el saqueo ni los intercambios a larga distancia.

Algunos *castra* siguieron siendo, en Moravia especialmente y más tarde en Hungría, simples puntos de apoyo de una aristocracia militar y de una organización eclesiástica que se implantó de modo progresivo; pero otros muchos fueron completados con la creación, a alguna distancia, de un lugar en el que de modo periódico se realizaban transacciones comerciales. Algunos de estos mercados se convirtieron, al estar situados en el centro de las principales formaciones políticas, en los puntos de concentración de las grandes corrientes de intercambios. Ibn Yaqub, que visitó Cracovia hacia el 966, calcula en tres mil el número de miembros de la milicia armada que residían en esta ciudad y a los que era preciso alimentar y proveer de objetos llegados de muy lejos. Describe Praga como una ciudad construida en piedra, frecuentada por los traficantes eslavos, varegos, judíos y húngaros, y como el gran mercado de esclavos de Europa. Mientras la madura-

ción de las instituciones políticas reducía el papel de la guerra en los movimientos de la economía y sustituía el beneficio de las razzias por el de la explotación del campesinado indígena, la red urbana nacida del establecimiento del poder de los príncipes se ofrecía como apoyo, como sostén de relaciones comerciales regulares. La detención de las grandes expediciones escandinavas hacia Europa occidental entre el 930 y los últimos decenios del siglo X, así como el declive simultáneo de centros comerciales como Haithabu, quizá tengan relación con la implantación de este sistema comercial, que estimuló la navegación por los ríos polacos y habituó poco a poco al uso de la moneda a las poblaciones de la Europa salvaje.

Sólo en esta Europa han descubierto los arqueólogos abundantes tesoros que datan del siglo IX, del X y de la primera mitad del XI. La supervivencia del paganismo en esta parte de Occidente explica en parte el mantenimiento prolongado de la tesaurización: en estas regiones los muertos se llevaron consigo durante más tiempo los bienes que habían reunido en vida, y sólo muy lentamente las enseñanzas de la Iglesia consiguieron dirigir hacia las sacristías de los santuarios las riquezas tradicionalmente atribuidas a los difuntos; pero si la Europa salvaje era entonces la Europa de los tesoros se debe a que su desarrollo económico se realizaba, en sus fases sucesivas, con un retraso de dos o tres siglos con relación al Occidente cristianizado.

Los tesoros descubiertos muestran una colección de objetos muy diversos: lingotes de metal —en Polonia, hasta principios del siglo X, antes de que el progreso de la metalurgia sustituyera a la plata, el hierro fue considerado materia bastante preciosa para ser tesaurizada—, joyas, a veces rotas, monedas que permiten fechar de modo aproximado los hallazgos. Con el paso del tiempo, la proporción de las piezas monetarias aumenta lentamente:

en las provincias polacas las monedas son más numerosas a partir del año 915.

En la proximidad del Báltico, casi todas las monedas, en el siglo IX y hasta mediados del X, son de origen musulmán: dirhems de plata. Esta región era el punto en el que desembocaban amplias corrientes que, mediante la piratería, los sueldos de los mercenarios, el tráfico de esclavos o de pieles, llevaban hasta allí monedas acuñadas en el Asia musulmana; éstas se acumulaban en el país de origen de los aventureros escandinavos, en las proximidades de los centros en los que se encontraban los piratas. Se depositaban en cantidades importantes porque no encontraban utilización sino en forma de joyas y de manifestaciones de poder. Resulta extraño que en este período, durante el cual tuvieron lugar las grandes razzias danesas, las tumbas y tesoros de Escandinavia contengan tan pocas monedas occidentales. ¿Hay que pensar que las monedas recogidas en las campañas de saqueo en Inglaterra o en Galia, o las reunidas para pagar el tributo a los normandos, fueron fundidas por los orfebres del norte? ¿Por qué sólo ellas, y no los dirhems, sufrirían este tratamiento? Parece más lógico creer —y ya hemos lanzado esta hipótesis en páginas anteriores— que las monedas occidentales fueron utilizadas para adquirir sobre la marcha tierras, vino y otros productos. Y esto porque el comercio y la utilización de la moneda, que ignoraban todavía los pueblos más salvajes del norte y del este, eran habituales desde el siglo IX en Francia, en Inglaterra y en Galia. Es lícito pensar por otra parte que la acumulación de grandes reservas inutilizadas de dinero árabe en las orillas del Báltico incitó a los traficantes occidentales a dirigir hacia esta zona sus miradas. Así sucedió con los frisones encontrados en Birka por el autor de la *Vita Anscharii*. Lentamente, los mercaderes occidentales se arriesgaron a penetrar en este mundo que las agresiones de los vikingos hacían menos extraño para la cristiandad latina; compraron dirhems ofreciendo a cambio productos tentadores; y lle-

garon de este modo a desviar hacia Europa occidental una parte del dinero de los tesoros, lo que contribuyó, sin duda, ya desde el siglo IX, a acelerar la expansión comercial en las orillas cristianas del mar del Norte. Poco a poco los mercaderes habituaron a las poblaciones noruegas y eslavas a no considerar las piezas monetarias como joyas, y a utilizarlas en los intercambios. Desde comienzos del siglo X se hallan en los tesoros del Báltico dirhems fraccionados con la finalidad de que sirvieran más cómodamente para las transacciones.

En Polonia, los tesoros monetarios más antiguos se hallan sobre todo en la proximidad del mar; se encuentran cada vez más en el interior, cerca de los centros fortificados en los que se apoyaban los jóvenes estados, en tiempos posteriores, es decir, en la época en la que se organizaba, a partir de los principales mercados, la red de un tráfico continental. A partir de mediados del siglo X las monedas árabes son menos numerosas, y se las ve desaparecer desde el 960 en la región dominada por las tribus eslavas occidentales, desde el 980 en Polonia y en Escandinavia, y hacia el año 1000 en los países bálticos. Por otro lado, los últimos dirhems de los tesoros escandinavos proceden de talleres situados no en el este, sino en el oeste del mundo musulmán; probablemente han llegado no como antes por la vía de las llanuras rusas que controlaban los varegos, sino a través de Europa central y por medio de Praga. En compensación aumenta el número de monedas acuñadas en Occidente; no se encuentran monedas procedentes de Galia, sino algunas de talleres de la región del Mosa: Huy, Dinant, Lieja, Namur, Maastricht, y, en muy escaso número, algunas batidas en Italia. La mayor parte han sido acuñadas en Inglaterra, en Frisia, en Baviera, en Renania y, sobre todo, en Sajonia, donde comenzaba la acuñación. Esta entrada del dinero en los países escandinavos y más allá del Elba está cargada de significado. Señala ante todo una nueva etapa en la habituación al uso económico del instrumento monetario: menos

pesado que el dirhem y, por tanto, más manejable, el dinero fue recibido como una medida estable del valor de las cosas, lo que hizo disminuir el empleo hasta entonces preponderante de la moneda fuerte. Su penetración en los años anteriores al 1000 atestigua igualmente el desarrollo de las relaciones entre la Europa todavía salvaje y el Occidente, a través de una zona de contacto político que se extiende desde Inglaterra, donde se estableció la dominación danesa, hasta Magdeburgo y Ratisbona. En Sajonia, las acuñaciones de esta época responden mucho menos a las necesidades del mercado interior que a las de una política de prestigio y magnificencia realizada por su soberano de cara a los príncipes de los confines septentrionales y orientales. Por último, la sustitución de las monedas islámicas por las que emiten las potencias occidentales es un indicio claro de la lenta integración de Escandinavia, Polonia, Bohemia, Hungría, en el área económica de la cristiandad latina; y esto sucede en el momento mismo en que estos países acababan de insertarse en el sistema de creencias y en la organización política de Occidente.

No parece menos significativa la desaparición progresiva, en una etapa ulterior, de los tesoros monetarios. Los primeros indicios de este fenómeno proceden de fines del siglo X. En Polonia los mayores tesoros fueron enterrados en los decenios siguientes al año 1000, pero pasado el 1050 la masa y la calidad de los tesoros declinan rápidamente; los años setenta del siglo XI —retengamos este hito cronológico— señalan el abandono de esta manera de acumular valores. Estaba de acuerdo con un estadio económico todavía muy atrasado, el de sociedades primitivas y depredadoras que, a lo largo de la vida, no encontraban ocasión de emplear como instrumento de los intercambios las piezas de moneda cogidas en el exterior: su valor era demasiado fuerte para que pudiesen ser útiles en las transacciones locales y cotidianas. Cuando Ibrahim ben Yaqub visitó, hacia el año 966, el mercado de Praga le llamó la atención la falta de adaptación del útil mo-

netario: nos informa de que por un solo dinero se podía comprar una decena de gallinas, la cantidad suficiente de trigo o de centeno para alimentar durante un mes a un hombre, la ración de cebada de un caballo de silla durante cuarenta días; por eso se utilizaban unidades más pequeñas, cuadrados de tela de lino que valían la décima parte de un dinero. Se puede considerar, por consiguiente, que los tesoros de monedas se movilizaron cuando el desarrollo de un tráfico comercial, sostenido por el aumento de la producción local, hizo descender el poder adquisitivo de las monedas lo suficiente como para que su manejo fuera cómodo. La rarefacción de los tesoros es prueba de la existencia progresiva de una vida económica abierta.

Esta disminución acompaña también al movimiento que lleva a las estructuras del Estado hacia su madurez. En la época en que todavía estaban en formación los principados, los soberanos aspiraban a mostrarse en medio de un decorado esplendoroso de metales preciosos: Cosme de Praga habla de la cruz de oro fino que Mieszko, el fundador de la monarquía polaca, hacía levantar cerca de él en las ceremonias de majestad, y que pesaba tres veces más que él. En estos tesoros principescos el oro cogido a los enemigos vencidos (en 1019 y en 1068 Boleslao el Valiente y Boleslao el Atrevido se apoderaron de las riquezas de Kiev; en 1059 Bratislav de Bohemia saqueó Gniezno) predominaba sobre la plata. Era el principal medio de ostentación y la base de los ritos de munificencia. El monarca lo distribuía entre las iglesias y entre sus fieles. Gallus Anonymus nos informa de que los grandes de Polonia y sus mujeres, en tiempos de Boleslao el Valiente, se doblaban bajo el peso de los grandes collares de oro. No se hallan en los tesoros enterrados estos objetos, recibidos del favor real porque, al revés que las monedas, eran útiles. Se conservaban para adornar, como expresión del poder de Dios y de la nobleza, las iglesias y las viviendas aristocráticas. Las joyas estaban hechas para ser expuestas, de ningún modo escondidas ni cambiadas por

otros valores. La actitud de los soberanos con respecto a los metales preciosos se modificó paulatinamente. El afianzamiento de su poder y el aumento concomitante de la circulación monetaria los incitó a batir moneda, a imitación de los monarcas de Occidente, que les servían de modelo. La rarefacción de los tesoros monetarios y el desarrollo de la acuñación están, en la Europa salvaje, en exacta sincronía. Los primeros intentos de acuñación (que carecieron de continuidad) se produjeron en Polonia, en Suecia y en Dinamarca a fines del siglo X y comienzos del XI. En estos países, así como en los pequeños principados eslavos del oeste, en Pomerania y en Polabia, la acuñación no adquirió importancia, hasta el punto de rechazar las monedas extranjeras, sino después de 1070, y este nivel no fue alcanzado en Bohemia antes de los primeros decenios del siglo XII. En todas estas regiones las emisiones regulares comenzaron en el momento en que las actividades comerciales habían alcanzado la suficiente importancia como para que los príncipes pudiesen esperar un beneficio real de la acuñación de moneda. Porque la acuñación fue también, al mismo tiempo que una afirmación de prestigio político, el primer instrumento de la fiscalidad principesca: realizaba una punción sobre el metal precioso en beneficio de un Estado que llegaba a su madurez. La moneda permaneció durante largo tiempo, en su mayor parte, en manos de los soberanos; las monedas volvían a ellos por el canal de las multas judiciales y de los impuestos cobrados en los mercados y en los lugares de paso. Pero una parte de las monedas era vendida, cerca de los talleres monetarios o en esos lugares de intercambio que eran las tabernas en la Polonia de esta época, a cambio de cera y de otros bienes cuya exportación era organizada por el príncipe. La *renovatio monetae* contribuyó de esta forma a promover el crecimiento económico. En el último cuarto del siglo XI este hecho político fecha una de las etapas principales del crecimiento.

Alrededor del mar del Norte

Conviene relacionar estrechamente con el desarrollo que tenía como escenario los confines septentrionales y orientales de la cristiandad latina, el que se produce, al mismo ritmo, en las regiones inmediatamente próximas a esta zona y que la unen con el corazón de la Europa carolingia. Nos referimos a los países ribereños del mar del Norte. Una de las fases principales de la historia económica medieval está ocupada por el desarrollo que vivificó esta área geográfica entre los siglos IX y X, y que le proporcionó una actividad comparable con la centrada en el Mediterráneo.

Objetivo principal de las campañas escandinavas, Inglaterra presenta la imagen de una vitalidad atestiguada ante todo por la amplitud de los tributos que sus agresores le impusieron. Los vikingos exigieron 10 000 libras en el 991, 16 000 en el 994, 24 000 en 1002, 36 000 en 1007, 48 000 en 1012. A estos impuestos se añadieron los cobrados por los reyes sajones para retribuir a los mercenarios nórdicos contratados para su servicio. Posteriormente, las bandas dirigidas por Guillermo el Conquistador se lanzaron al asalto de las riquezas de la isla, riquezas que ellos sabían considerables. La impresión dominante es la de una evidente prosperidad, mantenida sin duda por la presencia de los daneses, por la liquidación de su botín, por el tráfico de esclavos, que el arzobispo Lanfranc pedía al rey Guillermo que prohibiera, así como por la prosecución de un crecimiento agrícola que la indigencia de la documentación no permite medir. De todas formas se percibe la amplitud de la circulación monetaria. Se ha intentado evaluarla contando los diferentes cuños a partir del rastro dejado en las monedas encontradas. Se pueden individualizar cerca de dos mil cuños que sirvieron, a fines del siglo X, para batir el *long cross* de Etelredo. Si se tiene en cuenta que un cuño podía batir cerca de quince mil monedas antes de ser reemplazado, se puede estimar el valor de las emisiones en unas 120 000 libras. Puesto que se acuñaban periódicamente las monedas, estos tres

millones de dineros pueden corresponder a la masa monetaria puesta en circulación durante esta época en el reino. En todo caso, un hecho es seguro: a través del inventario de las tributaciones consignadas en el *Domesday Book* y de las múltiples huellas de compras y ventas que descubren los demás textos se tiene la imagen de un país profundamente animado por la utilización de la moneda y por la práctica de los intercambios comerciales.

Los tráficos internos se unían a una red de relaciones comerciales de horizonte mucho más lejano, que se dirigían principalmente hacia Escandinavia sin olvidar el continente próximo. El hecho de que los cuños ingleses sirvieran de modelo para la primera emisión monetaria de los países del norte y el interés que tenían los soberanos en salvaguardar a sus negociantes es prueba concluyente de estas relaciones: según un acuerdo firmado en el 991 con Etelredo, los vikingos se comprometían a no atacar las barcas comerciales en los estuarios de Inglaterra y a dejar en paz a los traficantes ingleses que pudieran caer en sus manos en Galia; en 1027, Canuto obtuvo del emperador y del rey de Borgoña privilegios que favorecían la circulación de los *mercatores* anglosajones por Italia. El *Colloquium* de Aelfrico Grammaticus, compuesto hacia el año 1000, evoca a estos aventureros que «cargan sus mercancías en su navío, se lanzan al mar, venden su cargamento y compran productos que no se encuentran en Inglaterra». Se sabe que algunos se enriquecieron. Un tratado anglosajón de la misma época deja entender que un mercader, después de tres viajes a ultramar, llegaba a ser tan rico como un *thane*, es decir, como un señor de mediana importancia. El nudo principal de todos estos tráficos se hallaba en Londres, donde cada semana una asamblea de justicia, el *housting*, se reunía para solucionar los conflictos entre los indígenas y los traficantes extranjeros. Se conoce a los últimos a través del texto de un reglamento de aduana promulgado en el año 1000 por Etelredo: enumera a los «súbditos del emperador», es decir, a los mercaderes renanos, que goza-

ban de los mismos privilegios que los londinenses y venían sobre todo a comprar lana; a los «hombres de Huy, de Lieja y de Nivelles», autorizados a entrar en la ciudad antes de pagar los derechos; a los mercadores de Ruán, vendedores de vino; a los que venían de Flandes, de Ponthieu y de «Francia», y, por último, a los daneses y a los noruegos, que podían residir durante un año en Londres.

La apertura de la economía favoreció la urbanización de Inglaterra. Antes del siglo IX no existían verdaderas ciudades fuera del sudeste del país: Londres, Winchester, Canterbury. Allí estaban en el año 1000 los talleres monetarios más activos. Pero, por razones eminentemente estratégicas, Alfredo el Grande y sus sucesores fundaron entre los siglos IX y X un conjunto de lugares defensivos, rodeados de empalizadas y de terraplenes, los *burhs*, homólogos de los *gródy* de los países eslavos. Algunos fueron levantados en lugares que ya servían de centro de intercambios: en el interior del recinto amurallado fueron concedidos por el rey unos cercados, los *hagae*, a los mercaderes a cambio de un tributo en moneda. Las fortalezas mejor situadas recibieron un taller monetario; fueron designadas en los textos como *portus*, lugares especializados en las actividades comerciales. En el *Danelaw* que ocupaban los escandinavos crecieron otras aglomeraciones, como York, donde se desarrolló la acuñación en el siglo IX y cuya superficie se duplicó por el crecimiento, fuera de la muralla romana, de un barrio de mercaderes y artesanos, o como Norwich, simple aldea que se convirtió en el 920 en lugar de acuñación, que cien años más tarde era una auténtica ciudad y que contaba con veinticinco iglesias en 1086. En la Inglaterra del *Domesday Book*, en la que según algunas estimaciones una décima parte de la población residía en aglomeraciones de tipo urbano, la red de ciudades era tan tupida, ya, como en el siglo XIV.

En Germania, que durante el siglo x recogió lo principal de la herencia política y cultural carolingia, se desarrolló un movimiento similar, pero a un ritmo mucho menos vivo. El país era más salvaje, y la conquista franca no había hecho sino poner las bases elementales de una economía menos primitiva. Hay grandes dominios, alrededor de las sedes de los condados, de los obispados y de los monasterios, pero no auténticas ciudades, si se exceptúan las regiones renanas y danubianas en las que sobrevivían algunos restos de la impronta romana Ningún taller monetario. Algunos senderos conducían a los aventureros de la trata de esclavos hacia los confines eslavos; se ve pasar a estos hombres, a comienzos del siglo x, por el peaje de Raffelstäten, en el Danubio, llevando consigo sal, armas, adornos, y volviendo con cera y caballos, además de esclavos. A pesar de la indigencia de la documentación, se sospecha un lento crecimiento de la agricultura, crecimiento que estimulan las nuevas exigencias señoriales y la infiltración de hábitos alimenticios llegados del oeste; sin duda, este crecimiento hace que se amplíen poco a poco los puntos de poblamiento. Germania sufrió pocos daños por parte de los vikingos, pero soportó durante cincuenta años sobre todo su flanco meridional el peso de las incursiones húngaras. Sin embargo, limitaba por el este y por el norte con zonas en las que se produjo durante este período un continuo desarrollo. Después del año 1000, definitivamente libre del peligro húngaro, el reino germano sirvió de base a la más sólida construcción política de Occidente. Príncipes salidos de Sajonia, es decir, de la provincia más primitiva y también la menos afectada, reconstruyeron el imperio de Carlomagno y prosiguieron su acción, aunque orientándola más deliberadamente hacia Escandinavia y el mundo eslavo. El imperio restaurado quiso extender su influencia más allá del Elba, sobre los principados eslavos en formación. Dirigidos por el rey Enrique el Pajarero, los guerreros sajones habían puesto bajo su control, ya en el 934, el emporio de Haithabu.

Hemos visto en diversas ocasiones que los actos políticos influyen profundamente en la economía de esta época, si no en el nivel de la producción al menos en el de riquezas y, por consiguiente, hay que situar en el marco de la acción política la intensa actividad monetaria que tuvo lugar en Sajonia entre 970 y 1030. Se basaba en la explotación de los minerales del Harz, en Rammelsberg, cerca de Goslar. Celebrando la magnificencia de Otón el Grande, el historiador Witukind de Corvey omite mencionar su acceso al imperio; pero lo glorifica por haber «abierto las venas argentíferas de la tierra sajona». Su visión era acertada. Los dineros sajones invadieron poco a poco el espacio báltico y polaco en los que ponían de manifiesto, ante todo, la presencia del emperador cuyo nombre llevaban y cuya gloria afirmaban. Sin embargo, estos fragmentos de plata eran también instrumentos de intercambio y la propagación del numerario alemán no dejó de vivificar las corrientes comerciales que, desde el este y desde el norte, llegaban a Germania y extendían en este país poco a poco el área de los intercambios y de la circulación monetaria. Las manifestaciones de poder activaban de esta forma, accesoriamente, el desarrollo económico. La creación de mercados derivaba de las mismas intenciones y tuvo efectos semejantes. Los emperadores otónidas quisieron, como Carlomagno, controlar las operaciones comerciales e introducirlas, para conseguirlo, en unos marcos estables. Crearon mercados, en un país en el que eran muy raros. Se conocen, por los documentos subsistentes, veintinueve fundaciones, situadas entre 936 y 1002. Conforme a la tradición carolingia, estos lugares fueron ante todo instituciones de paz, destinadas, so capa de la justicia que el emperador hacía irradiar a su alrededor, a facilitar los desplazamientos y los encuentros de estos individuos turbulentos, inquietantes y amenazados que eran los especialistas del comercio a distancia. Concediendo en 946 un *mercatus publicus* al monasterio de Corvey, Otón I ordena a los responsables del poder real

que mantengan «una paz muy firme a quienes vengan y se vayan, y a los que residan allí». En efecto, los traficantes fijaban en estos lugares sus depósitos y, en el intervalo de sus expediciones estacionales, su residencia. Por este hecho, se colocaban bajo la protección del rey —el diploma por el que, en el 965, el soberano autoriza al obispo de Hamburgo a establecer un mercado en Bremen evoca explícitamente esta protección—, y este patrocinio los acompañaba a lo largo de sus desplazamientos. Se convertían en «hombres del emperador» privilegiados por este hecho en la aduana de Londres. Como precio de la salvaguarda que les concedía la orden real, los *negociatores* estaban obligados, como en la época carolingia, a entregar a la corte tributos periódicos. En 1018, los mercaderes de Tiel reclamaron al rey una mejor defensa: si no podían continuar comerciando con Inglaterra no estarían en condiciones de entregar los *vectigalia*, es decir, los presentes obligatorios en los que se traducía su unión a la casa real. Los lugares de comercio fueron, pues, creados no para servir ante todo al comercio local, sino para canalizar el tráfico a larga distancia. En 947 el rey creó, a petición del abad de Saint-Gall, un mercado en Rorschach, «para utilidad —dice— de quienes van a Italia y a Roma»; confirmó la fundación de sus predecesores para que «lleguen los negociantes, los artesanos y los frisones» a Worms.

Acuñar moneda, y para conseguirlo intensificar la explotación de las minas; fundar mercados para la protección y control de los mercaderes itinerantes eran actos íntimamente ligados a la renovación del Estado. Pero estas iniciativas se insertaban en un movimiento natural de crecimiento, que a su vez contribuyeron a fortalecer. En las proximidades de cada uno de los nuevos mercados se propagaron poco a poco en el medio rural la práctica de los intercambios y la utilización de piezas monetarias. «La moneda y el mercado —se lee en el acta imperial que creó en 933 un mercado en Selz— son necesarios a la multitud de gentes que

acuden aquí, pero también a los monjes y al pueblo que residen en este lugar». En la práctica, la creación de un *mercatus* iba acompañada de la instalación de un taller monetario, para que estuviese regularmente alimentado en efectivo este emplazamiento dedicado a las transacciones comerciales. El emperador concedió estos lugares de emisión a los poderes locales, a los condes, a los obispos, a los monederos. Diseminados por todo el país, contribuyeron a que el numerario penetrara en regiones en las que su uso era hasta entonces excepcional; y lo consiguieron de tal modo que las monedas de plata que, en los primeros tiempos de la acuñación sajona, habían servido sobre todo para las relaciones, esencialmente políticas y de prestigio, con los pueblos limítrofes, fueron cada vez más utilizadas en el mercado interior. Éste absorbió poco a poco lo esencial de la acuñación, y fue igualmente la retirada progresiva de la moneda alemana de las zonas próximas al Imperio lo que incitó a los príncipes escandinavos y eslavos, en el último tercio del siglo XI, a acuñar sus propias monedas. La aparición de la acuñación más allá de las fronteras orientales y septentrionales de los países germánicos señala el momento en que el uso de la moneda se ha afianzado definitivamente en las provincias alemanas.

Por último, al igual que Inglaterra, estas regiones se urbanizaron. En Renania y en Baviera se observa el crecimiento continuo de los burgos pegados a las ruinas de las ciudades romanas. Un viajero árabe que atravesó Maguncia hacia el 973 observa todavía que sólo una pequeña parte del antiguo espacio urbano estaba ocupada. Pero el *wik* que se había formado en el exterior de las antiguas murallas proseguía su extensión. En Colonia había ya en tiempos de Otón el Grande una larga calle, edificada por ambas partes y que se ensanchaba para formar una plaza rectangular. Fortificado en 917, el *pagus mercatorum* de Ratisbona se extendía sobre treinta y seis hectáreas. Hacia el año 1000, el obispo de Worms incluyó dentro de una sola muralla la ciudad, el mer-

cado y la ceca y el barrio judío. A mediados del siglo XI la nebulosa de pequeños centros que se había formado en Colonia alrededor de las antiguas ruinas rodeaba —además de la sede arzobispal— once comunidades de canónigos, dos monasterios benedictinos y cuatro iglesias parroquiales. Al crecimiento de las ciudades con raíces en el mundo antiguo corresponde un surgir de aglomeraciones nuevas en el norte y en el centro de Germania, por iniciativa de los príncipes. Así, en Magdeburgo, en un lugar por el que pasaba la mayor parte de los aventureros del comercio y de la trata de esclavos en su camino hacia los países eslavos, Otón el Grande fundó simultáneamente el monasterio de San Mauricio y un *wik* para «los judíos y otros mercaderes»; los rodeó de un mismo conjunto de empalizadas y terraplenes, y creó de este modo una base sólida para tráficos que, como afirma un privilegio concedido en el 975 a los mercaderes establecidos en este lugar, se desarrollaba a la vez hacia el Rin y «en las provincias de los paganos»: bajo el reinado del primer emperador germánico el espacio ocupado pasó de siete a treinta y cinco hectáreas. De las veintinueve localidades en las que los reyes del siglo X fundaron mercados, doce al menos se transformaron en ciudades. Sin embargo, la preeminencia, en la Alemania de la época, corresponde a las aglomeraciones elegidas por los soberanos para instalar su corte. Casi todas estaban situadas en zonas romanizadas: Colonia, Maguncia, Tréveris, Espira, Worms, Salzburgo, Augsburgo y Ratisbona. De hecho, cualquiera que haya sido en la época el progreso de la circulación comercial, las ciudades seguían siendo ante todo las sedes del poder político y los puntos de implantación de las instituciones religiosas. Su vitalidad económica se hallaba animada principalmente por corrientes de intercambios que no eran propiamente comerciales. Hacia estas ciudades convergían los excedentes de la producción de los dominios rurales que poseían en las proximidades el rey y las iglesias, el producto de las requisiciones hechas para el yantar del

príncipe y de su séquito y los dineros percibidos en concepto de tasas y de multas judiciales. La prosperidad urbana dependía ante todo de la concentración, permanente o periódica, de un grupo importante de consumidores, laicos o eclesiásticos, y de la presencia de un cuerpo de *ministeriales*, de servidores, algunos de los cuales practicaban ocasionalmente el comercio, para las necesidades de su señor y para su propio beneficio.

A través de Renania, el mundo germánico entraba en contacto con una de las regiones que había sufrido más gravemente los efectos de los ataques de los piratas escandinavos, pero que, en definitiva, salió revigorizada de estas incursiones. Flandes y la región del Mosa conocieron, en el siglo X y en la primera mitad del XI, un desarrollo económico que parece muy vivo, comparable al que se adivina en Inglaterra, pero que está, también aquí, enmascarado por la indigencia de la documentación. Los vikingos se habían ensañado con los centros urbanos y habían destruido algunos. La vieja ciudad romana de Tongres fue abandonada definitivamente por sus habitantes; Duurstede, saqueada sistemáticamente en 834-837, desaparecía a mediados del siglo IX. Pero la mayor parte de las aglomeraciones saqueadas se reconstruyeron algunos decenios después de los ataques; a veces renacieron a alguna distancia de su asentamiento primitivo, como Tournai o Valenciennes, o como el *portus* de Gante que, destruido en dos ocasiones, reapareció en otro emplazamiento hacia el año 990, esta vez en las proximidades de un castillo fortificado. Las funciones comerciales de Duurstede fueron pronto asumidas por Utrecht, por Deventer, cuya moneda se extendió en la segunda mitad del siglo X por Escandinavia y por Tiel, junto al Waal. Por otro lado, numerosas ciudades resistieron todos los asaltos y, en la lucha que debieron realizar contra los asaltantes, hallaron el resorte para una reactivación. En el reducto fortificado de Saint-Omer, el botín cogido a los normandos se distribuía

entre «los nobles, las personas de mediana posición y los pobres»; esta parte de los despojos, ¿no proporciona un primer capital a los mercaderes que vemos en el siglo X partir para Roma en compañía de algunos ingleses? En cualquier caso, el curso del Mosa conoce entonces el desarrollo de una navegación cuyas etapas son Huy y Namur, Dinant, donde tienen lugar algunas ferias; Maastricht, donde el rey de Germania y más tarde el obispo cobran impuestos «sobre los navíos, sobre el puerto y sobre el mercado». Este tráfico era sin duda obra de mercaderes indígenas, de los que sabemos que se beneficiaban de un trato de favor en la ciudad de Londres, ya en el año 1000. En Arras, cerca de la muralla romana que cubría una superficie de ocho hectáreas, apareció y no cesó de extenderse una nueva aglomeración: en el siglo IX se había formado un *vicus*, el «viejo burgo» junto al monasterio de Saint-Vaast; un «burgo nuevo» aparece en el siglo X cerca de Saint-Géry; las fuentes del siglo XI descubren la existencia de un pequeño y de un gran mercado; las sucesivas extensiones ocupan una quincena de hectáreas. Una tarifa de peaje establecida por Saint-Vaast en 1036 muestra que se vendían en este lugar productos alimenticios llevados en carretas desde el campo próximo, y los productos de una artesanía local, pero también «paños y grandes mercancías», así como oro. La superficie de Tournai se triplicó durante este período. La existencia de ferias anuales, a la ida y al regreso de las caravanas comerciales, está atestiguada en Toul en 927, en Metz en 948, dos ciudades que no habían sufrido las agresiones normandas, y en Douai en 987-988.

Se observan otras manifestaciones de la vivacidad de los intercambios y de la prosperidad que estas actividades introdujeron en ciertas capas de la sociedad. Algunas personas hallaron en la práctica del negocio una riqueza que les permitió, en Gante o en Saint-Omer, fundar iglesias. La población urbana adquirió la suficiente importancia como para hacer frente a los dueños del po-

der. Entre 951 y 971 los habitantes de Lieja se sublevaron contra el obispo; en 958, los *cives* de Cambrai —¿se trata de todos los habitantes o sólo de la guarnición militar?— se juramentaron para prohibir al obispo la entrada en la ciudad. En 1066, la comunidad de Huy obtuvo de su señor privilegios que la liberaban de algunas tasas. En las aglomeraciones urbanas se ve nacer, entre los hombres que controlan el tráfico y se enriquecen con él, asociaciones de defensa mutua, como la «caridad» de Valenciennes, cuyos estatutos fueron redactados a mediados del siglo XI. El obispo de Metz, Alpert, describe en 1021-1024, para condenarlas sin entenderlas, las costumbres de los mercaderes de Tiel. A sus ojos, «difieren de las de los demás hombres». «Son gentes duras de corazón, de mala fe, y para las que el adulterio no es pecado; solucionan entre sí los conflictos, no según la ley, sino según su libertad (lo que significa que, por un privilegio recibido del emperador, han adquirido autonomía judicial).» En ciertas fechas se reúnen para beber juntos y emborracharse. Estas fiestas eran en realidad uno de los ritos principales de estas fraternidades, en cuyo interior todos se sentían miembros de una misma familia, de estas conjuraciones, de estas hermandades semejantes a las que habían intentado prohibir los capitulares carolingios y cuyos banquetes colectivos había denunciado el arzobispo Hincmar de Reims en el 852.

La mayor parte de los indicios de crecimiento se refieren al comercio y a las ciudades. Pero, desde las aglomeraciones urbanas, los impulsos de prosperidad se propagaron por el mundo rural. Así en las riberas del Mosa: una colección de los *Milagros* de San Huberto, redactada a mediados del siglo X, revela que, cerca del monasterio en el que se conservaban las reliquias del taumaturgo, se celebraba en el mes de noviembre una feria que duraba al menos dos días y a la que acudían extranjeros; otros encuentros periódicos tenían lugar en Bastogne, en Fosses, en Visé, pequeños centros rurales en los que los campesinos vendían ganado, la-

na, metales —como el campesino del que hablan los *Milagros* y que regaló a la abadía dos barras de hierro fundidas por él— y a los que llegaban en carretas algunas mercancías transportadas por los traficantes del río. A la animación de los *portus*, en los que hacen etapa los bateleros, corresponde un desarrollo de las poblaciones del interior, como Nivelles, y un auge de la producción rural sobre la que testimonia la extensión de las roturaciones.

Tal vez haya que situar en Normandía el lugar más intensamente vivificado por el dinamismo suscitado por las incursiones vikingas. Al igual que York, Ruán se convirtió en la capital de un dominio fundado por los invasores, que reemplazaron en los señoríos a la aristocracia indígena, sin por ello renunciar a las aventuras ni dejar de participar estrechamente en los trasvases de riqueza provocados por la continuación de las expediciones de saqueo. En íntima relación con Inglaterra y con los mares nórdicos, el mercado de Ruán fue un lugar privilegiado para dar salida al botín, vender los esclavos y comprar los artículos que los barcos llevaban por el Sena, especialmente vino. Los guerreros establecidos en Normandía concentraron en esta zona enormes masas de bienes muebles traídos de las costas inglesas sobre las que lanzaban ataques desde el siglo X; del sur de Italia, donde se aventuraron más tarde, y finalmente del reino de Inglaterra, del que se apoderó su jefe en 1066. Posiblemente no haya en toda Europa una provincia en la que, desde fines del siglo X, circulen los metales preciosos en mayor cantidad que en la región del bajo Sena. Testigos de esta circulación son la constitución del tesoro del monasterio de Fécamp, la política de compra de tierras que llevó su abad Juan en 1050, la generosidad de los laicos que ofrecieron a la pequeña colegiata de Aumale recientemente fundada un cáliz de oro, dos de plata, una cruz, candelabros dorados. Más claramente aún lo atestigua la iniciación de grandes obras en las que se construyeron tantas nuevas iglesias. Los jefes de las bandas

que habían probado fortuna en Campania y en Apulia financiaron la construcción de las catedrales de Sées y de Coutances; el duque Guillermo, con el botín de la conquista inglesa, pagó la construcción de los dos grandes monasterios de Caen. Estas empresas constructivas hicieron que se difundieran grandes cantidades de numerario entre todas las capas de la sociedad local a través de los jornales pagados a los canteros, a los carreteros, a los albañiles. Igualmente provocaba un movimiento de numerario la preparación de las campañas a larga distancia; habituaba a manejar el dinero y a movilizar todas las formas de riqueza para obtener préstamos garantizados por la tierra. Así se formó, en el séquito de los duques y de los grandes señores de la Iglesia, una aristocracia del dinero, muy interesada en los negocios. La vivacidad de la circulación de los bienes, acelerada por la conquista de Inglaterra, se refleja en el incremento de los ingresos que proporcionaba el peaje de Saint-Ló: se evaluaban en 15 libras en 1049, en 220 en 1093. Esta vivacidad se refleja también en el desarrollo urbano. Dieppe, Caen, Falaise, Valogne se convierten en ciudades en esta época, y en el campo proliferan las aglomeraciones cuyas actividades ya no son puramente agrícolas y que por este hecho reciben el nombre de «burgos».

La prosperidad normanda revigorizó las zonas de los alrededores y su influjo se hizo sentir en todo el valle del Sena. Provocó la extensión del viñedo parisino: una nueva feria fue creada en Saint-Denis a mediados del siglo X. El caso de Picardía, situada entre los dos centros de desarrollo que eran Normandía y los países flamencos, ilustra bien las modalidades de este resurgimiento. La manifestación más precoz de la infiltración del instrumento monetario la hallamos en esta zona. Según las disposiciones de Carlos el Calvo, un solo taller, el de Quentovic, habría debido bastar para alimentar en numerario a esta provincia. Sin embargo, se conocen dieciocho talleres en la segunda mitad del siglo IX, y cuatro más en el siglo siguiente. Están situados a lo

largo de las costas y en las riberas del Escalda, del Escarpa y del Soma. En el campo, parece que se multiplican después del año 950 los censos en dinero: el campesinado estaba en condiciones de adquirir moneda, tal vez por la venta de tejidos de lana, en todo caso por la venta de los excedentes de la producción doméstica.

Movimientos cuyo origen ha de ser buscado en la organización de la guerra de agresión y en la política provocaron la difusión de la moneda, tan rara durante la época carolingia, desde algunos puntos en los que se concentraba el botín y el producto de los tributos. En Picardía, lo mismo que en Inglaterra, en la región del Mosa, en Germania y en los confines salvajes en los que penetraba el cristianismo, y también sin duda en el interior de Galia cuya historia profunda conocemos muy mal para este período.

La vertiente meridional

Otra área de desarrollo evidente se halla situada en el sur, a lo largo de la «frontera», de la franja continua de hostilidad y de desconfianza en la que se situaban los enfrentamientos entre la cristiandad latina y los dominios islámicos y bizantinos. En esta zona —y aquí reside el contraste principal con la vertiente septentrional— los países de donde procedían los ataques o las vejaciones eran países evolucionados, vigorosos, prósperos. Frente a ellos el mundo latino permaneció durante mucho tiempo en situación de víctima, de presa expuesta a la piratería por mar y a las incursiones de los traficantes de esclavos en el interior. En algunos lugares esta situación se prolongó considerablemente, y hasta fines del siglo XI no se observa el menor indicio de recuperación decisiva de las actividades económicas. Así ocurrió en Provenza, donde, muchos decenios después de que la aristocracia local hubiera expulsado a los sarracenos de las montañas y de sus refugios costeros, los campos litorales aún estaban escasamente poblados, eran aparentemente poco productivos, y las ciudades

seguían recluidas detrás de las murallas en las que el peligro las había encerrado: solamente en Marsella se descubren algunas señales de una primera extensión urbana. La animación progresiva de los caminos que conducían a España suscitó tal vez un despertar más precoz de las ciudades de la Narbonense, en las que se concentraban el comercio de la sal, recogida en las lagunas del litoral, y cuyos barrios judíos servían de etapa en el tráfico de productos exóticos. Pese a todo, durante el siglo XI y una buena parte del XII, las regiones situadas a uno y otro lado del Ródano parecen —quizá esta impresión sea debida a la particular deficiencia de las fuentes— situadas en un ángulo muerto que rodean los grandes flujos de dinamismo, generadores de un crecimiento rápido. Estas corrientes tienen su origen más al oeste y más al este, en las tierras españolas o italianas en las que, desde el siglo X, la situación militar se había invertido. Por tierra en la Península Ibérica, por mar a lo largo de las costas de Italia, los cristianos de rito latino habían tomado la iniciativa en las operaciones de combate. Los medios técnicos que habían creado las necesidades dé la defensiva se revelaron lo suficientemente poderosos como para permitir el contraataque, es decir, expediciones en las que las campañas de saqueo lanzadas contra los infieles iban unidas a aventuras comerciales. En estas dos zonas, mientras que el cuerpo de Europa occidental veía poco a poco alejarse el peligro de agresiones exteriores, se desarrollaban actividades complejas en las que, como en Normandía —cuyos guerreros, tengámoslo en cuenta, acudieron pronto para intervenir en las empresas y participar en los beneficios de la acción militar a la punta más avanzada, al extremo sur de Italia—, la guerra, declarada o encubierta, seguía siendo el principal resorte del crecimiento económico.

En los dos extremos de la España cristiana se sitúan dos polos de actividad muy distintos entre sí. En las montañas del norte se habían atrincherado grupos de refugiados cristianos tras la con-

quista árabe. Permanecieron durante largo tiempo bloqueados y separados del mundo carolingio por la barrera que suponían en los pasos occidentales de los Pirineos las tribus vascas, que derrotaron en Roncesvalles, a fines del siglo VIII, al ejército franco. La lenta atracción de las tribus salvajes, que poco a poco se civilizaron al mismo tiempo que se cristianizaban, creó, entre Galia, por una parte, y León, Galicia, Asturias y las montañas de Navarra y de Aragón, por otra, relaciones cuyo símbolo puede verse en el inicio y en la rápida difusión, durante el último tercio del siglo X, de las peregrinaciones a Santiago de Compostela. A través de los caminos que conducían hasta Galicia llegaron cada vez en mayor número prelados, señores de los principados de Aquitania, con su séquito de eclesiásticos y de hombres de guerra, y también gente del pueblo. El paso de los grupos de peregrinos, la mayor parte de los cuales no se había puesto en camino sin antes proveerse de moneda, llegando para conseguirla a dejar en prenda su tierra a los prestamistas o desprendiéndose de una parte de su tesoro para ofrecerlo a Dios, actuó de fermento de reactivación en las múltiples etapas del itinerario piadoso. Entre los peregrinos compostelanos los miembros de la aristocracia laica, cuya vocación era el combate, y sus hermanos, que a pesar de haber entrado en la Iglesia no habían olvidado la práctica de las armas, aportaron el refuerzo de su poder militar a los jefes locales. Éstos, desde muchos años antes, dirigían contra los infieles una guerra cuyas fases alternas de éxitos y fracasos los llevaba en ocasiones, a través de la zona desierta que formaba la frontera, hasta las regiones prósperas, llenas de botín, que dominaba el Islam. Ayudados por los guerreros ultrapirenaicos, pudieron proseguir hacia el interior sus algaradas y volvieron de ellas cargados de botín. Pronto impusieron a los príncipes musulmanes, independientes tras la disgregación del califato de Córdoba y al mismo tiempo aislados unos de otros, tributos, *parias*, cuyos beneficios regulares en moneda enriquecieron en el siglo XI a todos los so-

beranos cristianos de España. Una guerra cada vez más afortunada, cuyos ecos resuenan en las leyendas épicas de Occidente y que mantuvieron la fascinación o la nostalgia de maravillosos saqueos, dirigió hacia los pequeños Estados de las montañas a gran número de cautivos —como esos esclavos musulmanes, que «ladraban como perros», con los que se divirtieron las poblaciones del Lemosín cuando los caballeros peregrinos llevaron estas curiosidades al otro lado de los Pirineos— y toda clase de objetos procedentes de la refinada artesanía mozárabe, algunos de los cuales se conservan todavía en el tesoro de las iglesias de Francia. Para la cristiandad, esta guerra fue una fuente de metales preciosos, más importante tal vez que las minas de Sajonia. Proporcionó plata: por ejemplo, la que una banda de guerreros recogió, después de la victoria, de los cadáveres de un campo de batalla y ofreció a la abadía de Cluny, y que sirvió al abad Odilón, en la primera mitad del siglo XI, para adornar los altares del santuario. Suministró oro, y en tal cantidad que el rey de Castilla pudo, cincuenta años más tarde, crear en favor de la comunidad cluniacense una renta anual, valorada en moneda musulmana; esta renta permitió al abad Hugo concebir y emprender la reconstrucción, grandiosa, de la iglesia abacial. Una buena parte de las capturas terminó, según vemos, en el corazón de Occidente, del que procedían numerosos combatientes. Pero el resto permaneció en el medio local y lo estimuló. Éste se acostumbró lentamente a la economía monetaria. La acuñación indígena se inició hacia 1030 en Navarra, a fines del siglo XI en Aragón, un poco más tarde en León y Asturias, donde circulaban en gran número las especies acuñadas en los talleres islámicos. Al mismo tiempo el país se poblaba: el peligro de las razzias sarracenas disminuyó y en la vertiente meridional de las montañas, más segura tras los éxitos militares, pudo desarrollarse la trashumancia ganadera, que se extendió cada vez más lejos en dirección hacia el sur. En las zonas reconquistadas se establecieron colonos, algunos de los cuales

procedían de Galia. Mientras que la frontera retrocedía sin cesar, se fue formando una sociedad singular de campesinos-soldados, propietarios de su tierra, que residían en grandes aglomeraciones de tipo urbano. En este país de tradición romana todas las actividades materiales se organizaban en función de la ciudad, punto de apoyo defensivo para hombres que vivían en alerta continua, mercado fijo en el que se intercambiaban los excedentes de la producción agrícola y pastoril. En León, capital de uno de estos reinos, tenía lugar un mercado semanal, cada miércoles, fuera de las murallas; en él se vendían los excedentes de las explotaciones rurales, llevados regularmente desde las localidades próximas, y los productos corrientes de una artesanía del cuero, de la madera, de la tierra y del metal. El comercio de productos más lujosos se desarrollaba en el interior de la ciudad, en una especie de zoco cerrado, cuyas riquezas protegía celosamente la autoridad real.

En el otro extremo de los Pirineos las campañas carolingias habían logrado implantar y extender hasta el Ebro una barrera de protección, la marca de Cataluña. Este puesto avanzado de la cristiandad acogía desde el siglo IX, junto con la Septimania vecina, a los refugiados que huían de las provincias sometidas al Islam. Los soberanos francos protegieron a estos inmigrantes; les concedieron en condiciones privilegiadas las tierras que las precedentes incursiones musulmanas y los avatares de la reconquista habían despoblado. Esta función de acogida explica la excepcional densidad de poblamiento, que se hace evidente de modo especial en los valles de las montañas a comienzos del siglo X. La riqueza en hombres, que no consiguieron debilitar los ataques realizados por los ejércitos musulmanes hasta después del año 1000, fue una de las bases de un dinamismo económico atestiguado de forma muy visible por la vitalidad cultural: cincuenta años antes del inicio en Normandía de las grandes obras de construcción de iglesias se realizaban en Cataluña experiencias arquitectónicas de las que saldría el arte románico. También aquí fue

la proximidad de un frente de guerra la que sostuvo vigorosamente todos los movimientos de crecimiento.

Un notable estudio[19], basado en la excepcional abundancia de los documentos barceloneses hasta hoy mal explotados, permite observar detenidamente los aspectos de este desarrollo en un pueblo cercano a la ciudad condal, durante los años próximos al 1000. Era la época de un violento enfrentamiento militar, cuyo punto culminante está señalado por las razzias de Almanzor y por el rescate de cautivos a que dieron lugar. El pueblo estaba habitado por pescadores y hortelanos que practicaban una agricultura desarrollada (un herrero, establecido en el lugar, fabricaba útiles sin duda menos rústicos que los utilizados por la mayor parte de los campesinos de Europa) basada en la horticultura, la irrigación y la producción vinícola. Muchos campesinos residentes en este lugar sabían leer, otro signo de un nivel de civilización superior al de muchas provincias y que explica el recurso normal al escrito, y por tanto la abundancia de las fuentes documentales. Los campesinos avituallaban la vecina ciudad: en ella había importantes grupos de consumidores, y en especial el clero de la catedral, que poseía extensos dominios, pero lejanos, y tenía más interés en comprar en Barcelona y en pagar en metálico su aprovisionamiento. A través de estas ventas el numerario afluía al lugar, y era rápidamente empleado en la compra de tierras, que se veía facilitada por las condiciones jurídicas, por la omnipresencia del alodio, de la propiedad libre de toda dependencia. De las setenta y tres transacciones cuyo análisis sirve de base a este estudio, sólo cinco fueron reguladas mediante el pago en productos. En la mayoría de los casos, por tanto, las adquisiciones eran pagadas en moneda, con el complemento de los cereales. Hasta el 990 la moneda es de plata y de origen local; después interviene el *mancús*, la moneda de oro, cuando se difunden los dinares emitidos en Córdoba, y más tarde las imitaciones que acuñaron los condes de Barcelona a partir de 1018. Este aflujo de

numerario, alimentado por todos los movimientos monetarios a que daban lugar las operaciones de guerra y sus secuelas, hizo que descendiera rápidamente el precio de la tierra. La utilización cotidiana de la moneda, la fluidez que creó en el mercado territorial, avivaron la movilidad social. Se ve ascender a los enriquecidos envidiados por los menos afortunados. En un grupo familiar las etapas de ascenso son las siguientes: el antepasado, en 987, era un campesino acomodado, poseedor de dos parejas de bueyes y de setenta ovejas; pero tenía ya un equipo militar: los privilegiados de la población rural participaban aquí en las actividades guerreras y obtenían, por tanto, una parte de los beneficios de la guerra. Este hombre había iniciado una política de adquisiciones inmobiliarias. Sus herederos la prosiguieron. En los años veinte del siglo XI la promoción social de sus descendientes se observa en múltiples indicios: la posesión de una casa construida en piedra, la participación en la peregrinación compostelana, los lazos matrimoniales con los estratos superiores de la aristocracia, el lujo de las mujeres, son prueba «del más visible de los progresos económicos»: en 1053 la dote de una mujer de la familia valía veinticinco onzas de oro; la de otra, cuarenta, «tanto en vestidos como en otros bienes muebles», es decir, tanto como cuatro caballos de guerra. Nuevos ricos, salidos de un medio campesino, consiguen de este modo introducirse en el grupo de los «jueces», de los ricos que residen en la ciudad y que deben a su fortuna el privilegio de dirigir los intereses de la comunidad ciudadana. Grandes poseedores de oro, obtienen considerables beneficios del movimiento de fondos que se realiza en esta época, de una y de otra parte de la frontera, para el pago de los rescates de los cautivos. En este caso se ponen en evidencia relaciones estrechas: a la prosperidad de los campos, que depende a la vez de la densidad del poblamiento, de técnicas menos primitivas importadas de las tierras islámicas vecinas y de las necesidades de las ciudades que nunca están muy lejos, contribuye direc-

tamente la vivacidad de una circulación monetaria, a su vez mantenida por los trasvases de riqueza que suscita una guerra casi permanente.

A través de Italia, y de modo principal por la llanura paduana abierta al Adriático, llegaban en otro tiempo al mundo carolingio algunas de las esplendorosas joyas que se fabricaban en Bizancio. Durante largo tiempo Ravena, después las ciudades costeras, mantuvieron sus lazos políticos con el imperio oriental y sirvieron de intermediarios. Entre estas ciudades, Venecia, que firmó un pacto en el 840 con el emperador Lotario, destacó pronto y eclipsó una tras otra a Ferrara y Comacchio. Al disminuir en la primera mitad del siglo IX la potencia naval de Bizancio y dejar el campo libre a la marina musulmana, la retirada bizantina espoleó a las ciudades marítimas de Italia y las obligó a reforzar su flota para defender por sí mismas los contactos que mantenían con Oriente. Los nuevos riesgos, y la tensión a que dieron lugar, la práctica necesaria del corso y el botín que podía proporcionar, la obligación de concluir acuerdos con los príncipes del Islam estimularon las iniciativas de los hombres del mar de las costas italianas. Durante la segunda mitad del siglo IX y durante los primeros años del X, época en la que las expediciones de los sarracenos hicieron impracticable la zona central del mar Tirreno, se consolidó la preponderancia de dos puertos por cuya mediación se mantenían los contactos entre la cristiandad latina y el este del Mediterráneo: Venecia y Amalfi.

Las gentes de la laguna veneciana producían sal que vendían en tierra firme. Pero también recorrían el mar y, pese a las prohibiciones de los emperadores de Constantinopla, llegaban hasta los puertos del Egipto musulmán. De allí trajeron en el 829 las reliquias de san Marcos. Ofrecían armas y madera de construcción, procedente de los bosques de Istria y de Dalmacia, necesaria para los arsenales del Islam. Vendían igualmente esclavos cap-

turados entre los eslavos del sur, en las fronteras inciertas de los dominios francos y bizantinos, y otros que llegaban en caravanas desde el centro de Europa a través de los Alpes: en el siglo XI, el obispo de Coire cobraba, al paso de los traficantes, una tasa de dos dineros por cabeza. Quizás las gentes de las lagunas llevaran hacia Bizancio trigo de Lombardía: a mediados del siglo X, los aduaneros de Constantinopla informaron al obispo Liutprando de Cremona, enviado de Otón el Grande, de que los mercaderes venecianos cambiaban alimentos por tejidos de seda. Todos estos tráficos se vieron facilitados por las exenciones de tasas aduaneras otorgadas por el emperador de Oriente en el 922. Hacia la misma época, sabemos que sus barcas remontaban el Po cargadas de mercancías. Por medio de estas actividades se enriqueció poco a poco un grupo aristocrático, que empleó una parte de sus ganancias en la adquisición de dominios en los islotes de la laguna y en tierra firme. Pero jamás dejó de arriesgar cantidades importantes en las aventuras marítimas.

Amalfi, como Venecia, estaba protegida de los peligros procedentes de tierra, no por las lagunas, sino por precipicios infranqueables. Escapó por consiguiente a las perturbaciones políticas, causadas por las rivalidades entre jefes bárbaros y griegos, que terminaron arruinando a Nápoles. Este refugio amalfitano se beneficiaba también del lejano protectorado de Bizancio, que permitió a sus marinos traficar con Constantinopla en igualdad de condiciones con los venecianos. Traían de Oriente tejidos de lujo, que servían para realzar los coterjos y la liturgia y que se colgaban en las paredes de iglesias y palacios. En Roma los ofrecían a los compradores a mejor precio que los negociantes del Adriático: el biógrafo de san Geraldo de Aurillac nos informa de que su héroe, que era conde y vivía en el umbral del siglo X, regresaba un día de Roma con tejidos orientales; en Pavía, unos mercaderes venecianos los valoraron en más de lo que le habían costado. Cuando el emperador de Oriente concedió privilegios a los

venecianos, tuvo buen cuidado en no perjudicar a los amalfitanos que traficaban con Constantinopla. En esta fecha, los últimos habían ampliado considerablemente sus relaciones con los puertos del Islam. Relaciones tan estrechas que, pese a los lazos políticos que unían Amalfi con Bizancio, en la ciudad y en su vecina Salerno corría una moneda de acuñación árabe, el tarín, y sus imitaciones locales. En ningún otro lugar de la cristiandad latina fue llevada tan lejos la especialización en las actividades comerciales como en esta playa encerrada entre el mar y las rocas. Fructífero, el comercio fue la base de la prodigiosa fortuna de algunos aventureros, como ese Pantaleoni que, en el último cuarto del siglo XI, legó enormes riquezas a diversas fundaciones religiosas de Roma, de San Miguel del Monte Gargano, de Antioquía y de Jerusalén. Por la distribución de las limosnas puede medirse la amplitud del horizonte amalfitano. Estaba delimitado por las colonias comerciales que la ciudad del Tirreno había creado en todas las costas. Las colonias eran numerosas y seguramente todas tenían una población abundante. Se sabe por azar que en El Cairo, que sin embargo no era en esta época una plaza comercial de primera importancia, murieron más de cien amalfitanos en una pelea ocurrida en el año 996. Podemos preguntarnos si quedaban muchos hombres útiles en la ciudad, si ésta, aislada por su situación, era algo más que un punto de descanso, un refugio, un retiro, para tantos traficantes diseminados desde el Bósforo y Durazzo hasta el Mogreb, si era algo más que el lugar de reposo de los muertos. Desde que alcanzaban la edad apropiada, los varones se lanzaban a su vez a los riesgos y beneficios de la navegación y del comercio. Al igual que las costas de Frisia en el siglo VIII, de la misma forma que la Alta Engadina en el XV, como, en todo tiempo, las escalas levantinas, la costa amalfitana ¿no era en esta época uno de esos puntos del mundo en los que las condiciones naturales y una posición privilegiada con respecto a los grandes itinerarios empujan irresistiblemente a la aventu-

ra lejana? Los más audaces se alejan considerablemente y no vuelven más que de tanto en tanto, cuando el negocio así lo requiere. Aplican en el exterior lo esencial de su dinamismo y son otras áreas económicas las que se benefician de él. La ciudad en la que han nacido apenas se beneficia —las donaciones piadosas de Pantaleoni son prueba suficiente— de los capitales acumulados, y esto explicaría el rápido y definitivo eclipse de Amalfi.

El puerto no pudo resistir al poder normando constituido en sus proximidades, que acabó por someterlo en 1077. Toda su prosperidad se había basado en una situación política excepcional, que autorizaba a los amalfitanos a traficar libremente con los infieles. Integrada en un Estado cuyos intereses le eran ajenos, la ciudad decayó. Su papel fue parcialmente desempeñado por Bari, donde se embarcaban en el siglo X la mayor parte de los viajeros que llegaban a Constantinopla o a Tierra Santa y cuyos mercaderes «judíos y lombardos» son equiparados, en el acuerdo comercial concluido en el año 992 entre Venecia y Bizancio, a los negociantes amalfitanos. La historia de Amalfi se cierra en 1138, cuando las naves pisanas saquearon la ciudad.

El desarrollo comercial de Pisa y de Génova se inserta de manera más directa, y también más violenta, en las corrientes de agresión que lanzaron a los cristianos de Occidente a la contraofensiva desde el momento en que dispusieron de los medios de hacer frente con eficacia a los piratas sarracenos. La influencia en el crecimiento económico del espíritu de guerra santa, que proseguía por estos años su lenta maduración en las «fronteras» de la Península Ibérica, es en esta zona muy visible. Los venecianos, los amalfitanos sobre todo, habían basado en acuerdos pacíficos sus actividades en las zonas dominadas por el Islam, en las que, protegidos como los judíos, tenían factorías. Los marinos del norte del Tirreno construyeron sus navíos ante todo para la guerra de corso: galeras equipadas para atacar y esquivar. Partieron al asalto, los pisanos los primeros, saqueadores y combatientes de

Cristo —del mismo modo que los guerreros de España, al igual que los segundones de las grandes familias de Normandía que iban por estos años a buscar fortuna en la Italia del sur— mucho antes de dedicarse al comercio. A través del botín traído de las expediciones militares se acumularon, con el paso del tiempo, los capitales destinados a fructificar más tarde en los negocios.

Bajo el dominio lombardo, se había mantenido durante algún tiempo en Pisa, protegida por los monarcas, una pequeña colonia de «romanos», es decir, de súbditos del emperador griego. A pesar de esto y al igual que en Venecia, fue la explotación de las salinas la que, durante los tiempos oscuros, mantuvo una pequeña actividad en la población venida a menos. La orientación hacia Luca del principal camino que llevaba a Roma comenzó a reanimarla. Desde el 975, barcos pisanos, unidos a los bizantinos, amenazan Mesina. Pero las grandes campañas de rapiña comenzaron a principios del siglo XI. Orientadas ante todo hacia las costas de Córcega y más tarde de Cerdeña, controladas por los sarracenos, estas campañas se dirigieron en época posterior hacia las Baleares, las costas de España, Sicilia y el Mogreb. En 1072, los piratas pisanos apoyaron a los normandos que atacaban Sicilia. Por estos años, las operaciones de saqueo habían acumulado en el puerto del Arno enormes riquezas: la construcción de una grandiosa catedral es prueba de su amplitud. Génova siguió el mismo camino, con algún retraso. La conquista lombarda había tenido sobre la ciudad consecuencias más graves. Génova había sufrido los efectos del desplazamiento de los itinerarios a través de los Apeninos ligures. Desde sus refugios de la «riviera», sus nobles acompañaron a los piratas pisanos en sus incursiones contra los sarracenos de las islas, y la actividad de la marina genovesa se desarrolló rápidamente desde mediados del siglo XI. Cuando se organizó la primera cruzada, los marinos guerreros de las dos ciudades acababan de saquear Mahdiya; dominaban ya los puertos del bajo Ródano y de la Narbonense; estaban dis-

puestos, para su mayor beneficio, a llevar sus depredaciones hasta las ricas costas del Mediterráneo oriental. Pronto trasladarían a las prácticas de un comercio más o menos pacífico la avidez, el gusto por el botín, el sentimiento de que las riquezas más importantes son muebles y se cuentan en dinero. Rasgos de mentalidad muy ajenos a la civilización rural que dominaba entonces el conjunto de la Europa occidental, pero que caracterizarán en adelante las actitudes de sus mercaderes. Aquí se observa claramente que estas actitudes mentales se habían formado en un medio completamente orientado hacia los riesgos y los beneficios de la guerra, como en el caso de los vikingos, de sus descendientes y de todos los pueblos cuya agresividad habían despertado sus incursiones.

En el interior de Italia, las supervivencias tenaces de la cultura antigua hacían aún de la ciudad el punto de convergencia de todo cuanto era importante. Mientras que al otro lado de los montes las ciudades no eran sino ruinas o apenas acababan de nacer, en la mayor parte de las regiones de Italia seguían siendo el centro de las relaciones sociales. En ningún modo eran simples reliquias, con funciones casi exclusivamente religiosas y militares, aisladas en el interior de una economía completamente rural: el campo gravitaba alrededor de la ciudad italiana. Después del repliegue que siguió a las conquistas de los lombardos y más tarde a las de los carolingios, los excedentes de los dominios convergieron de nuevo hacia las ciudades, hacia sus mercados, cuya animación progresiva, en el siglo x, hizo que pronto se apagara la de los mercados rurales.

Sin duda, al igual que en las demás zonas, los resortes más poderosos del dinamismo económico, y las fuentes de toda riqueza, estaban en los campos, en los huertos, en los viñedos, en las tierras de pasto. Pero en su mayor parte los dueños de la tierra vivían en ciudades. Explotaban desde lejos sus posesiones. Esta po-

sición mantenía la vivacidad excepcional de los tráficos; invitaba a recurrir constantemente al instrumento monetario.

Fabricar moneda era una función tan necesaria que los más resonantes éxitos familiares se lograron por medio de esta actividad. Desde fines del siglo X hasta mediados del XI, quienes dirigían los talleres de acuñación se situaban entre los habitantes de la ciudad de mayor rango. Intervenían en los tribunales al lado de los representantes del emperador, prestaban dinero a los monasterios, sostenían a los reformadores de la Iglesia. Uno de estos monederos gastó en 1036 ochenta libras en dineros para adquirir la cuarta parte de un castillo. En Lombardía, a partir aproximadamente del 970, la circulación monetaria cada vez más intensa provocó un alza de precios, y la penuria creciente de medios de pago obligó a los talleres monetarios de Pavía, de Luca y de Milán a emitir, a mediados del siglo XI, piezas más ligeras y, por consiguiente, de manejo más fácil.

Progresivamente, a lo largo de todo el siglo X, los movimientos centrados en las ciudades rompieron los marcos económicos del gran dominio, cuyo esqueleto se adivina a través de los polípticos carolingios. Los equipos de esclavos domésticos fueron los primeros en desintegrarse; los servicios en trabajo impuestos a los campesinos desaparecieron casi completamente. Después del año mil, el trasvase de los excedentes de la producción campesina hacia el mercado urbano por mediación de mercaderes profesionales llegados de la ciudad, la flexibilidad del instrumento monetario y su constante difusión llevaron a reemplazar por censos en dinero la entrega directa de los frutos de la tierra. Acuerdos contractuales de duración limitada, los *livelli*, sustituyeron a los antiguos lazos consuetudinarios que unían a los trabajadores con los dueños de la tierra. Estos contratos se redactaban por escrito; y su redacción hizo más necesario y próspero al grupo de escribas profesionales, a los notarios, hombres bien provistos de dinero, que eran también prestamistas. Contratos

semejantes sirvieron para que la gran fortuna territorial de la Iglesia fuese concedida en lotes, por un alquiler anual irrisorio, a gentes de la ciudad, clérigos o laicos, que la revalorizaron. La disolución del patrimonio eclesiástico en beneficio de personas emprendedoras establecidas en la ciudad fue llevada tan lejos que toda la propiedad del monasterio de Bobbio, por ejemplo, estaba enajenada a fines del siglo x y su abad solicitó la intervención del emperador. De esta forma aumentó la influencia urbana en la economía de los campos próximos y favoreció su explotación de modo más intenso. Pero también aceleró la inserción en el medio rural de las riquezas en metales preciosos acumuladas en la ciudad. Estos capitales estimularon la extensión del viñedo y de las plantaciones de olivos, así como las primeras conquistas realizadas en tierras yermas. Italia ofrece así la imagen de un proceso de desarrollo completamente original: el crecimiento de la producción campesina se vio vivificado muy precozmente, desde el momento en que cesaron las incursiones sarracenas y húngaras, por la inversión masiva de las reservas de plata acumuladas por los habitantes de la ciudad. El influjo de vitalidad económica procedente, bajo esta forma, de la fortuna urbana fue sin duda el apoyo más eficaz de un crecimiento demográfico que parece prolongar sin grandes interrupciones un primer despegue iniciado en la época carolingia. En el Lacio, el auge del poblamiento se inicia a comienzos del siglo IX si no antes. Se refleja ante todo en una diseminación de nuevas empresas agrícolas; después, durante el siglo x y la primera mitad del XI, en la fundación de nuevos núcleos de hábitat concentrados y fortificados, los *castra*.

Entre los habitantes de la ciudad, que en una parte considerable pertenecían a la nobleza y vivían de las armas, la costumbre de manejar dinero introdujo comportamientos muy diferentes de los que se expresan en los documentos redactados al norte de los Alpes. Los hombres de las ciudades de Italia sabían contar, medir el valor de las cosas y traducirlo en unidades monetarias;

habían adquirido el sentido del beneficio que se puede obtener de una suma de dinero, colocándola en empresas de producción rural o haciéndola fructificar por medio de hábiles transacciones. Preocuparse por obtener ganancias que no fueran solamente el fruto de una conquista, del ejercicio de las armas o de las liberalidades de un jefe de guerra, no era considerado en este medio una inclinación anormal. Estas actitudes mentales no fueron ajenas a la propagación precoz, entre los laicos establecidos en las ciudades italianas, de aspiraciones religiosas que colocaban entre las principales virtudes la pobreza y las prácticas ascéticas. Mientras que nadie, en el resto de la cristiandad latina, negaba a la Iglesia el derecho de exhibir su poder en el mundo, ni de amontonar los metales preciosos en los santuarios para magnificar la gloria divina, los ciudadanos de Italia fueron los primeros en querer una Iglesia pobre, despojada de sus riquezas. Puesto que para estos hombres el dinero se había convertido en un instrumento, y puesto que la fortuna no era sólo la recompensa de actos heroicos, sino el resultado de un acrecentamiento natural, prosaico, que a menudo no exigía valor, veían la perfección en la indigencia. Por la originalidad de sus estructuras económicas, este ambiente fue el punto de partida de todos los intentos de llevar a los eclesiásticos de Occidente a esa vida de pobreza a la que podía servir de modelo la Iglesia bizantina del sur de la Península. Estos comportamientos y el éxito parcial de los movimientos de reforma se reflejaron inmediatamente en la economía, dado que, dentro del modo de vida de la aristocracia, la propensión al lujo y al despilfarro se atenuó, y dado que, por otro lado, la actitud, que no se modificó, de consagrar a Dios una parte de la fortuna experimentó un cambio en el sentido de que pareció más conveniente que utilizar el oro y la plata para decorar los altares darlo a los pobres o distribuirlo entre las instituciones de caridad, es decir, redistribuir los bienes muebles y dejarlos circular. Sin duda, en Italia fue menor que en otras partes la riqueza que se in-

movilizó en los tesoros de los nobles o de los establecimientos religiosos. La mayor parte de las reservas monetarias que la relajación de la economía rural acumulaba en la ciudad permaneció disponible para actividades comerciales.

Desde las costas, en especial las del Adriático, y por la red fluvial que tenía como eje al Po, las corrientes del comercio a larga distancia penetraban en las ciudades del interior. Éstas nunca habían dejado de tener entre sus vecinos *negociantes*, es decir, poseedores de moneda que practicaban el crédito y se ocupaban ocasionalmente del comercio. El «esquilmo» de los peregrinos los enriqueció. En las etapas de todos los caminos que conducían por tierra a Roma y, más lejos todavía, a Tierra Santa, la presencia de los peregrinos era aún más beneficiosa que en España. Los penitentes que regresaban limpios de sus culpas se dejaban tentar por los hermosos y extraños objetos que les eran mostrados. Ya he señalado más arriba que el conde Geraldo de Aurillac, el héroe de la santidad laica que distribuía a manos llenas sus riquezas entre los pobres y que despreciaba el lujo, había comprado hermosos tejidos en Roma. Desde el momento en que la caravana de un peregrino tan rico se aproximó a las ciudades de la llanura lombarda, los mercaderes acudieron, ofreciendo mantos de seda y especias a este importante señor y a los notables de su séquito que pronto estarían de nuevo inmersos en el salvajismo de las regiones situadas al otro lado de los montes. A lo largo del siglo X, la actividad de estos mercaderes se desarrolla y prolonga una animación ya visible en la época de Carlomagno. Esta actividad fue más intensa en Pavía porque esta ciudad —y en esto podemos medir una vez más el peso de las estructuras políticas— era la sede principal de la autoridad real.

En Pavía se construyó una nueva muralla. Su taller monetario era el más activo del reino, y lo fue durante mucho tiempo. Los dineros que emitió compitieron a lo largo del siglo XI con los acuñados en Roma. Después del año mil, estas monedas mantu-

vieron la expansión continua de la economía monetaria en todo el norte de Italia. Los mercaderes de Pavía, «llenos de honor y muy ricos», continuaron después de la decadencia carolingia unidos a la casa del soberano, de la que formaban uno de los *ministeria*, una de las dependencias especializadas. Esto les valía un privilegio esencial: en todos los mercados tenían preferencia sobre los negociantes de otras ciudades. La autoridad pública quería que el intercambio de las materias más valiosas estuviera concentrado en Pavía bajo su control. Un diploma real, fechado en 1009-1026, prohibía a los venecianos vender los tejidos de seda fuera de las dos ferias de quince días, la de Semana Santa y la de San Martín en noviembre. Sin embargo, la debilitación prolongada del poder monárquico terminó, a comienzos del siglo XI, por privar a Pavía de su preeminencia comercial. La antigua capital del reino perdió su hegemonía ante Milán, donde familias de mercaderes, cuya genealogía puede seguirse hasta el siglo IX, se enriquecían sin cesar comprando casas en el interior de las murallas y tierras en el exterior. Con Cremona, cuyos mercaderes-navegantes se sublevaron en el 924 contra la autoridad del obispo y a los que el emperador, por mediación de un privilegio especial, tomó bajo su protección en el 991, Piacenza era otro centro de considerable importancia, en el cruce del Po y de tres rutas terrestres: la vía Emilia, la que llevaba de Milán a Génova y la que a través de los Apeninos se dirigía a Luca. Esta última ciudad era el principal centro de la Toscana interior. En Florencia y en Siena, la segunda mitad del siglo X contempla el enraizamiento de las grandes familias que dominarían durante largo tiempo la economía de la ciudad y de los campos próximos.

Desde que la expulsión de los sarracenos permitió restaurar los monasterios que servían de etapas a lo largo de los itinerarios de montaña, es decir, desde los alrededores del año mil, se intensificaron las relaciones que el bandolerismo no había logrado interrumpir de un modo total entre los centros lombardos y los

países trasalpinos. A medida que aumentaba la atracción de los grandes lugares de peregrinación de la cristiandad, los santuarios de Roma y los más lejanos de Oriente, estos caminos eran más transitados. Sobre los contactos que facilitaban nos informa un texto de 1010-1027, pero que en realidad evoca una situación anterior, la de los años veinte del siglo X; nos referimos a las *Honoranciae civitatis Papiae*, en las que se descubre la diversidad y la amplitud de las corrientes de circulación que se cruzaban en Pavía y de las que la corte del rey de Italia aspiraba a obtener beneficios. Las más animadas procedían sin duda del Adriático y del sur: «El dogo de Venecia y sus venecianos deben llevar cada año a palacio cincuenta libras en dineros venecianos, y al encargado del tesoro un hermoso pañuelo de seda. Esta nación no trabaja, ni siembra, ni vendimia. A esto lo llaman «pacto», y la razón es que la nación veneciana puede comprar trigo y vino en todos los centros comerciales y hacer sus compras en Pavía sin que por ello tenga que sufrir ninguna molestia». Muchos ricos mercaderes venecianos llegaban tradicionalmente a Pavía con sus cargamentos. Al monasterio de San Martín Extramuros le daban uno de cada cuarenta sueldos de beneficio de su negocio. «Al encargado del tesoro, cada veneciano —al menos los ricos— deben dar anualmente, cuando llegan a Pavía, una libra de pimienta, una de cinamomo, una libra de gengibre; a la esposa del encargado del tesoro, un peine de marfil, un espejo y un estuche de aseo, o veinte sueldos de buena moneda de Pavía. También las gentes de Salerno, de Gaeta y los amalfitanos acostumbraban llevar a Pavía mercancías abundantes; al tesoro del palacio real daban uno de cada cuarenta sueldos, y a la esposa del tesorero, igual que los venecianos, entregaban especias y un estuche de aseo». A la ciudad real llegaban también mercaderes de otros países. «A su entrada en el reino, pagaban en la aduana y en los caminos reales el diezmo de sus mercancías. He aquí la lista de los puestos aduaneros: el primero está en Susa (en la salida del puerto de Mongi-

nevro, que, por el río Durance, se abre hacia Provenza, Aquitania y España); el segundo se halla en Bard (al pie del Gran San Bernardo); el tercero, en Bellinzona (que controla el paso de Lukmariaker); el cuarto, en Chiavenna; el quinto, en Bolzano (adonde se llega tras bajar del Brennero); el sexto, en Velarno (en el Adigio, en dirección a Verona); el séptimo, en Treviso; el octavo, en Zuglio, en la ruta de Monte Croce; el noveno, cerca de Aquileia, y el décimo, en Cividale di Friuli. Toda persona que llegue a Lombardía del otro lado de los montes debe pagar el diezmo sobre los caballos, los esclavos varones y hembras, los paños de lana y de lino, las telas de cáñamo, el estaño, las especias… Cuanto lleven consigo los peregrinos de Roma y de San Pedro para su uso les será dejado sin cobrarles nada. Los ingleses y los sajones, y las gentes de estas naciones, deben enviar cada tres años al palacio de Pavía y al tesoro real cincuenta libras de plata fundida, dos galgos, dos buenos escudos, dos buenos puñales, dos buenas espadas; deben ofrecer al encargado del tesoro dos grandes cotas de piel y dos libras de plata; entonces reciben la señal que les evitará toda molestia tanto a la ida como a la vuelta[20]». A través de estas líneas se descubre a la vez la presencia de numerosos traficantes profesionales y las principales direcciones del comercio. No se menciona a los bizantinos ni a los judíos. El contraste es evidente entre lo que procede del dominio mediterráneo —especias, productos de una artesanía de gran lujo, moneda— y lo que cruza los Alpes —esclavos, tejidos vulgares, estaño de las islas Británicas, armas francas, plata no amonedada—: el mercado de Pavía se halla en el cruce de dos mundos. Se dedica mención especial a las relaciones con Inglaterra: los lazos originarios entre la cristiandad de este país y Roma habían mantenido estas relaciones de un modo muy estrecho; ya en época de Alcuino y de Carlomagno eran de gran intimidad. Pero los anglosajones no eran los únicos en cruzar los Alpes y el texto sólo les dedica especial atención en virtud de la exención que te-

nían a comienzos del siglo XI. La extensión durante la primera mitad de este siglo por todo el sudeste de Galia del patrimonio del monasterio de San Miguel de la Clusa, próximo a Susa, es prueba evidente de que las corrientes de circulación se ampliaron, en esta época, también en esta dirección. Por otro lado, gentes procedentes de Italia comenzaban, en sentido inverso, a arriesgarse más allá de los Alpes. Llevaban consigo monedas de plata, de las que estaban mejor provistos que los demás. Se sabe que en 1017 algunos de estos italianos fueron asaltados en los caminos de Francia. A propósito de la propagación de las doctrinas heréticas —es decir, en realidad, de una exigencia de pobreza que se había manifestado inicialmente, según hemos visto, en los medios enriquecidos de las ciudades italianas—, se sabe que en 1025 llegaban italianos a Arras: sin duda se trataba de clérigos. Pero, en 1034, el paso de mercaderes de Asti está probado en Mont-Cenis.

Formaban la vanguardia de las bandas de aventureros que, cada vez en mayor número a lo largo del siglo XI, salían del centro de desarrollo lombardo para alcanzar el que no dejaba de vigorizarse alrededor del mar del Norte. Estas gentes penetraban en el corazón del mundo galo. Se alejaban de las «fronteras» de las zonas en las que los saqueos, las hostilidades y todo el comercio que originaban estimulaban la economía comercial, y a veces de modo tan vigoroso que la economía rural era a su vez completamente revitalizada. Esta vivacidad, que en los márgenes de la cristiandad se basaba aún en la guerra, no afectaba a los campos que atravesaban estos hombres. Sin embargo, a favor del nuevo orden político que comenzaba a organizarse, estas tierras encontraban en sí mismas el resorte de su propio crecimiento.

TERCERA PARTE
LAS CONQUISTAS CAMPESINAS: MEDIADOS DEL SIGLO XI — FINALES DEL XII

LA ÉPOCA FEUDAL

Mientras en las fronteras de la cristiandad latina la continuidad y el reforzamiento de las campañas de agresión, cada vez más en dirección hacia el este y el sur, exaltan el vigor de un sistema económico basado en la captura violenta y en el saqueo, aceleran los trasvases de riquezas y preparan de este modo algunas condiciones favorables al crecimiento, en el interior de Europa se ven aparecer, durante los decenios en torno al año mil, los rasgos de una nueva ordenación de las relaciones humanas: lo que los historiadores han acostumbrado llamar el feudalismo. Simple revelación de un movimiento de gran amplitud que, largo tiempo disimulado, se había iniciado en la época carolingia y cuya evolución precipitaron las invasiones de los siglos IX y X. En las regiones más evolucionadas, es decir, en Galia, llega a su término durante los últimos decenios del siglo XI; no afecta a Germania, país nuevo, sino con un retraso de más de cien años; en la zona mediterránea de la cristiandad, de modo especial en Italia, se amortigua al contacto de estructuras contrarias cuyos pilares son la vitalidad urbana y la animación más precoz de las corrientes monetarias. Esta mutación de las bases políticas y sociales se acomodaba indiscutiblemente a la situación de una economía agraria dominada por una aristocracia cuya influencia habían reforzado las campañas militares, y a su vez influyó, de manera muy directa, en la evolución económica. El feudalismo sirvió de marco a la evolución económica en un nuevo orden, cuyos beneficios tuvieron un papel determinante en el desarrollo interno de la economía europea.

A decir verdad, las señales del desarrollo tardan en manifestarse; es notable que los narradores que escribieron en Galia durante el período central de esta mutación, es decir, en la primera mitad del siglo XI, entre otros Ademar de Chabannes o Raúl Glaber, no hayan dado pruebas de haber observado a su alrededor algún progreso al nivel de la civilización material. Ciertamente, todos estos hombres habían sido educados en monasterios y muchos no habían salido de ellos; el mundo terrenal no merecía la atención de estos monjes y la historia que les interesaba escribir era la del destino moral de la humanidad, la marcha del pueblo de Dios hacia el fin de los tiempos y hacia la Jerusalén celestial. A sus ojos, no lo olvidemos, las verdaderas estructuras del mundo eran espirituales y los aspectos de la realidad económica eran simples epifenómenos. No esperemos por tanto que sean buenos testigos de la realidad económica. No obstante, su silencio prueba al menos que, en su tiempo, las transformaciones de la economía se realizaban lentamente y no tenían un carácter llamativo. Sin embargo, existían, y algunos de sus aspectos fueron puestos de relieve por escritores eclesiásticos porque veían en ellos las señales de los designios divinos.

Los eclesiásticos fueron especialmente sensibles a dos clases de fenómenos. En primer lugar, a las calamidades, que interpretaban como la expresión de la cólera divina o del mal que mantiene al hombre prisionero y retrasa su marcha hacia la luz. Descubrieron, pues, las grandes oleadas epidémicas que recorrían los campos de Occidente y que sólo podían ser detenidas, a sus ojos, con plegarias, con actos de penitencia colectiva y mediante el recurso al poder tutelar de las reliquias. El desarrollo de las enfermedades —y especialmente del «mal de los ardientes»— era favorecido, según todas las evidencias, por carencias alimenticias;

no falta el escritor que establece un nexo entre la epidemia que asoló la Francia del norte en 1045 y la escasez de alimentos: «Un fuego artificial se puso a devorar numerosas víctimas…; al mismo tiempo, la población de casi todo el mundo sufrió hambre a causa de la escasez del vino y de trigo[21]». El pueblo al que se refieren estos textos aparece en efecto bajo la amenaza constante del hambre. La malnutrición crónica se agrava de tanto en tanto y determina mortandades catastróficas, como la del «flagelo de penitencia», que, si creemos a Raúl Glaber, asoló toda Europa durante tres años en los alrededores de 1033. A pesar de la aparente contradicción, no es aventurado ver en esta hambre permanente y en estas crisis periódicas que acumulaban en los cruces de los caminos cadáveres sin sepultura y que obligaban a comer cualquier cosa, tierra o carne humana, el signo de una expansión. ¿No reflejan acaso el desequilibrio temporal entre el nivel de la producción, entre las deficiencias técnicas de una agricultura alimenticia siempre muy vulnerable a los fenómenos atmosféricos —«lluvias continuas habían empapado la tierra hasta el punto de que durante tres años no fue posible abrir surcos capaces de recibir la simiente»— y el número de consumidores multiplicados por el empuje demográfico? En cualquier caso, la descripción trágica que nos ofrece del hambre de 1033 el relato de Raúl Glaber prueba que el fenómeno se producía en un medio económico sensiblemente desarrollado: los actos de canibalismo que denuncia se produjeron en un país en el que los viajeros circulaban por caminos preparados y hacían paradas en albergues, en el que existía la costumbre de vender carne en el mercado, donde el dinero servía normalmente para obtener alimentos («se quitaron todos los adornos de las iglesias para venderlos en beneficio de los indigentes»), en el que los especuladores se beneficiaban de la miseria común[22]. Este mundo está en movimiento y las calamidades que lo asaltan son en realidad el precio de una expansión demográfica quizás demasiado vigorosa, en todo caso

desordenada, pero que puede considerarse como una de las primicias del crecimiento.

Por otro lado, a los cronistas les sorprenden algunas novedades. Las interpretan de acuerdo con las perspectivas de una historia orientada hacia la salvación de la humanidad, pero las consideran en sí mismas indicios indudables de un progreso. Pasado el milenario de la pasión de Cristo, Raúl Glaber registra las manifestaciones de lo que se le figura una nueva alianza, una nueva primavera del mundo, cuya eclosión es el efecto de la clemencia divina. Entre las señales que han llamado su atención, hay tres que, con toda claridad, aluden al juego de las fuerzas económicas. Insiste, en primer lugar, en la desacostumbrada animación de los caminos. Los únicos viajeros que cita expresamente este hombre de Iglesia son peregrinos, pero le parecen más numerosos que nunca («Nadie habría podido prever tal afluencia; inicialmente fueron las gentes de las clases inferiores, después las del pueblo mediano, más tarde los grandes, reyes, condes, marqueses, prelados; por último, algo que jamás había sucedido, muchas mujeres, las más nobles con las más pobres, se dirigieron a Jerusalén[23]»). Y si es necesario, como lo hacen los historiadores de la época, explicar la ampliación de los desplazamientos piadosos por un cambio profundo en las actitudes religiosas, no se puede poner en duda que fue facilitado por la movilidad creciente de las riquezas y que contribuyó de manera decisiva a acentuar esta movilidad. Para iniciar, para proseguir la marcha, los peregrinos debían procurarse instrumentos monetarios, gastarlos, distribuirlos a su alrededor. Estas gentes de todas las clases se beneficiaban, sin duda, de la hospitalidad gratuita de los establecimientos religiosos; pero no podían acogerse a ellos en todas las etapas. Además, normalmente durante la peregrinación y mientras se hallaban en tierra cristiana, no obtenían sus provisiones mediante el saqueo. De vez en cuando debían comprar alimentos y equipo, y de este modo dejaban un reguero de monedas a su pa-

so, monedas que recogían productores y revendedores y que, desde todos los cruces de caminos, estimulaban la actividad hasta el fondo de los campos. Finalmente, los viajes llevaban a los peregrinos hasta los confines turbulentos de la cristiandad, donde no faltaban ocasiones de rapiñas a costa de los infieles, y muchos no volvían con las manos vacías.

Segunda señal que los historiadores de la época inscriben también en el marco de un progreso espiritual: la reconstrucción de iglesias. «Cuando se aproximaba el tercer año que siguió al año mil, se vio en casi toda la tierra, pero sobre todo en Italia y en la Galia, renovar las basílicas e iglesias. Aunque la mayoría, muy bien construidas, no tuviesen ninguna necesidad, la emulación empujaba a cada comunidad cristiana a tener iglesias más suntuosas que las de las restantes. Era como si el mundo se hubiese sacudido y, liberándose de su vetustez, hubiese vestido por todas partes una blanca ropa de iglesia. Casi todas las iglesias de las sedes episcopales, los santuarios monásticos dedicados a los diferentes santos e incluso los pequeños oratorios de las aldeas fueron reconstruidos, más bellos, por los fieles[24]». Evidentemente, estas empresas de construcción sustrajeron al medio rural una parte de las fuerzas productivas para aplicarlas a la extracción, al transporte y al trabajo de una masa considerable de materiales. Es posible que algunos obreros fueran dependientes de los señoríos eclesiásticos, obligados a prestar gratuitamente su colaboración; pero es seguro que muchos eran trabajadores independientes. Había que alimentarlos en los lugares de trabajo y comprar en el exterior complementos alimenticios, ya que los excedentes normales de la producción señorial no podían soportar esta sobrecarga de consumidores. También había que pagar salarios en dinero. Por tanto, la renovación de los edificios eclesiásticos se vio favorecida por el aumento de la circulación monetaria, y a su vez aceleró la movilización de los metales preciosos que se habían acumulado lentamente en el tesoro de los santuarios y de

los grandes, porque éstos contribuyeron con sus limosnas en oro y plata a la construcción de un decorado más suntuoso en el que pudiera desarrollarse el oficio divino. Indicios dispersos por los textos de la época suministran la prueba de este movimiento de destesaurización. Frecuentemente, en el relato que hacen del embellecimiento de los edificios religiosos, los cronistas evocan, presentándolos como un milagro, el descubrimiento y la utilización inmediata de tesoros ocultos. Así, Raúl Glaber, al hablar de la reconstrucción de la catedral de Orleans: «Cuando el obispo y los suyos proseguían activamente la obra comenzada a fin de acabarla cuanto antes de forma magnífica, recibieron una aprobación manifiesta de Dios. Un día en el que los albañiles, para elegir el emplazamiento de los cimientos de la basílica, sondeaban la solidez del suelo, descubrieron una gran cantidad de oro que consideraron suficiente para llevar a cabo toda la obra, aunque ésta fuera grande; cogieron el oro descubierto por azar y lo llevaron al obispo, quien dio gracias a Dios todopoderoso por el regalo que le hacía, lo tomó y lo entregó a los guardianes de la obra, ordenándoles que lo gastaran íntegramente en la construcción de la iglesia… Así, no solamente fue rehecho el edificio de la catedral, sino que, por consejo del obispo, las demás iglesias que se deterioraban en la ciudad y las basílicas edificadas en memoria de los santos fueron reconstruidas más bellas que las antiguas… Incluso la ciudad se cubrió de casas…» Helgaud de Saint-Benoit-sur-Loire, biógrafo del rey de Francia Roberto el Piadoso, anota, entre otras cosas, que la reina Constanza, después de la muerte de su esposo, «hizo retirar del oro con el que el soberano había hecho revestir el altar de San Pedro en la catedral de Orleans» siete libras y las dio para «embellecer la techumbre de la iglesia».

Por último, los narradores de comienzos del siglo XI observaron señales de renovación de un tercer tipo. Estas señales revelan

la instauración de un orden nuevo, es decir, el establecimiento de las estructuras feudales.

EL ORDEN FEUDAL

El empleo de la palabra feudalismo que hicieron los historiadores marxistas para definir una de las fases principales de la evolución económica y social se justifica por el papel que el feudalismo —en su sentido amplio, es decir, las formas que revistió el ejercicio del poder en Europa occidental a partir del año mil— ha desempeñado en la ordenación de las nuevas relaciones entre las fuerzas productivas y los que obtenían provecho de ellas. Por esto, interesa examinar con atención este cambio fundamental del marco político.

El feudalismo se caracteriza, en primer lugar, por la descomposición de la autoridad monárquica, y hemos visto que la impotencia de los reyes carolingios para contener las agresiones exteriores había acelerado, en el siglo IX, la dispersión de su poder. La defensa del país, función primordial de la realeza, pasó de manera irreversible, pero muy rápida, a manos de los príncipes regionales. Éstos se apropiaron de las prerrogativas reales que habían sido delegadas en ellos y las incorporaron al patrimonio de una dinastía cuyos fundamentos pusieron por este mismo hecho. Después, poco a poco, la mayor parte de los grandes principados se disgregaron a su vez de la misma forma que se habían disgregado los reinos. Jefes de menor importancia, los condes en un primer momento y más tarde, hacia el año mil, los hombres que mandaban las fortalezas, lograron su independencia con respecto a los príncipes. Este movimiento llena todo el siglo X en Galia; se extiende a la monarquía inglesa y penetra en Italia, modificán-

dose aquí ligeramente a causa del vigor de las ciudades. Tarda en introducirse en Germania, donde las estructuras políticas carolingias se mantienen vivas hasta los umbrales del siglo XII. Esta fragmentación del derecho de mandar y de castigar, de asegurar la paz y la justicia, su inscripción en marcos territoriales cada vez más reducidos y que finalmente se ajustaron a las posibilidades concretas de ejercer una autoridad efectiva y de manifestar permanentemente a los ojos de todos la realidad de un poder en un mundo rural y bárbaro en el que era difícil comunicarse a distancia, esta fragmentación era de hecho una adaptación de la organización política a las estructuras de la vida material. Pero es importante subrayar que la mutación se realiza en el momento mismo en que, en el interior de este medio campesino, se perdía poco a poco el recuerdo de las guerras de saqueo, periódicas y fructíferas, realizadas en otro tiempo por el conjunto de los hombres libres contra etnias extrañas. Coincide con la instauración de una práctica nueva de la guerra y con el establecimiento de una nueva concepción de la paz.

El desarrollo de la ideología de la «paz de Dios» acompaña las últimas fases de la feudalización. Se manifiesta por primera vez poco antes del año mil en el sur de Galia, allí donde la disolución de la autoridad real había sido más precoz; después, poco a poco, toma consistencia al tiempo que se extiende bajo diversas formas por toda la cristiandad latina. Sus principios son muy sencillos: Dios había delegado en los reyes consagrados la misión de mantener la paz y la justicia; los reyes ya no son capaces de hacerlo, y por tanto Dios reasume su poder de orden y lo concede a sus servidores, a los obispos, apoyados por los príncipes locales. De este modo, en cada provincia, se reúnen concilios convocados por los obispos, y en ellos participan los grandes y sus guerreros. Estas asambleas pretenden disciplinar la violencia e imponer reglas de conducta a quienes llevan armas. Los concilios recurren a sanciones de tipo moral y espiritual; todos los combatientes del

país deben comprometerse mediante juramento colectivo a respetar ciertas prohibiciones, bajo pena de excomunión, es decir, bajo pena de la venganza divina. El sistema muestra una eficacia relativa. Los campos de Occidente no dejaron de sufrir, a lo largo de los siglos XI y XII, tumultos militares con su cortejo de depredaciones. Pero, a pesar de todo, la institución de la paz de Dios tuvo una gran influencia en el comportamiento de los hombres y en las estructuras más profundas de la vida económica. Ante todo creó, por primera vez, una moral coherente de la guerra; ésta, en las sociedades de la Alta Edad Media, era considerada una actividad normal en la que se ponía de manifiesto del modo más absoluto la libertad jurídica. Ningún beneficio parecía más justo que el que se podía obtener en la guerra. En adelante, según los preceptos de los concilios de paz, no fue lícito combatir —al igual que comerciar con el dinero o realizar el acto sexual— sino dentro de límites muy precisos. Fueron señalados sectores en los que la acción de las armas era denunciada como perversa, contraria a los designios de Dios y al orden del mundo. Toda violencia militar fue prohibida en ciertas áreas próximas a los santuarios y cuyas fronteras señalaban cruces levantadas en los caminos, durante ciertos períodos correspondientes a los tiempos más sagrados del calendario litúrgico, y contra ciertas categorías sociales consideradas vulnerables: el grupo de los eclesiásticos y el de los «pobres», es decir, la masa popular. Todos estos principios morales se hallaban en embrión en las normas de justicia y paz que los reyes de la época carolingia habían intentado imponer. Pero se impusieron de manera más eficaz al conjunto del pueblo cristiano porque la Iglesia latina los hizo suyos y los integró en un código coherente, válido para todos los fieles de Cristo, y esto en el momento en que los grandes Estados que se habían forjado en otro tiempo a través de la conquista se fraccionaban en una multitud de pequeños poderes rivales. La fragmentación de Europa en innumerables células políticas habría

podido multiplicar los enfrentamientos militares, dar nuevo vigor a las guerras tribales y restaurar en Europa estructuras económicas basadas en buena parte en el pillaje permanente. De hecho, las prescripciones de la «paz de Dios» contribuyeron a desviar los poderes de agresión que contenía la sociedad feudal hacia el exterior del mundo cristiano. Contra los enemigos de Dios, contra los «infieles» no sólo estaba permitido, sino que era eminentemente saludable guerrear. Los hombres de guerra fueron por tanto invitados a desplegar fuera de la cristiandad su función específica. El espíritu de cruzada, que procede directamente de la nueva ideología de la paz, dirigió a los guerreros hacia frentes de agresión exteriores, hacia las franjas florecientes en las que los combates contribuían poderosamente a poner en circulación las riquezas. Por el contrario, apoderarse por la violencia militar de los bienes de las iglesias y de los pobres apareció cada vez más claramente, a quienes tenían vocación de combatir, como un peligro para la salvación del alma. Sin embargo, si las capturas que provenían en otro tiempo de la agresión les fueron en principio prohibidas, pudieron realizar otras, a condición de que fueran pacíficas, de que se inscribieran en los marcos del señorío. Condenando los beneficios de la violencia, la moral de la paz de Dios legitimó en compensación la explotación señorial al presentarla como el precio de la seguridad ofrecida, en las nuevas estructuras, a la masa de los trabajadores.

Esta moral desembocaba en una representación sociológica que vino a ajustarse estrechamente a la realidad de las relaciones económicas y que, simultáneamente, dio a éstas mayor firmeza. Alrededor del año mil, las prohibiciones aprobadas en los concilios de paz llevaron a la madurez la teoría de los tres órdenes que lentamente se elaboraba en el pequeño mundo de los intelectuales: Dios, desde la creación, ha dado a los hombres tareas específicas; unos tienen la misión de rezar por la salvación de todos, otros están llamados a combatir para proteger al conjunto de la

población, y al tercer grupo, con mucho el más numeroso, le corresponde mantener con su trabajo a las gentes de Iglesia y a las gentes de guerra. Este esquema, que se impuso muy rápidamente a la conciencia colectiva, ofrecía una imagen simple, conforme al plan divino y servía para justificar las desigualdades sociales y todas las formas de explotación económica. En este marco mental, rígido y claro, se incluyeron sin dificultad todas las relaciones de subordinación creadas desde tiempo remoto entre los trabajadores y campesinos y los señores de la tierra, que son las que rigen los mecanismos de un sistema económico que se puede llamar, simplificando, feudal.

Las tres órdenes

En este modelo ideológico construido por los intelectuales, todos ellos pertenecientes entonces a la Iglesia, los especialistas de la oración se situaban evidentemente en la cima de la jerarquía de los órdenes. Por esta razón no sólo debían estar exentos de todas las punciones que el poder pudiera realizar sobre sus bienes por medio del pillaje o de la fiscalidad, sino que parecía necesario que una parte considerable de la producción llegara a sus manos para ser ofrecida, por su intermedio, a Dios y ganar así los favores de la divinidad. Una idea de esta naturaleza invitaba por tanto a que prevaleciesen, entre los actos económicos, los de la consagración y el sacrificio, y, efectivamente, su instalación en la conciencia colectiva coincide con el momento en que la riada de donaciones piadosas en favor de los establecimientos religiosos alcanzó su mayor amplitud: nunca, en la historia de la Iglesia cristiana de Occidente, fueron las limosnas tan abundantes como durante los cinco o seis decenios que rodean al año mil. Los fieles daban limosnas con cualquier motivo: para lavar una falta que acababan de cometer y que sabían que ponía en peligro su alma; más generosamente todavía, y con evidente riesgo de despojar a sus herederos, en el lecho de muerte, para su sepultura y para atraer el apoyo de los santos tutelares ante el tribunal divino; da-

ban lo que podían, es decir, tierras en primer lugar, consideradas como la riqueza más preciosa, especialmente —y esto sucedía con frecuencia— cuando las tierras iban acompañadas de trabajadoras campesinos capaces de cultivarlas. Sin duda, todos los documentos escritos de que disponen los historiadores para conocer esta época proceden de archivos eclesiásticos; en su gran mayoría son actas que garantizan las adquisiciones de las iglesias o monasterios y, en consecuencia, ponen de relieve de un modo especial el fenómeno descrito, por lo que se corre el riesgo de exagerar su alcance. A pesar de todo, este enorme trasvase de bienes raíces, del que se beneficiaron en primer lugar las abadías benedictinas y secundariamente las iglesias episcopales, puede ser considerado el movimiento más importante entre los que animaron la economía europea del momento. Gracias a él la Iglesia de Occidente se situó en una posición temporal preeminente. Pronto, desde mediados del siglo XI, dio lugar a críticas por parte de quienes se esforzaban por comprender mejor el mensaje evangélico, críticas en las que se manifestaba la voluntad de librar a los servidores de Dios de preocupaciones demasiado materiales, el deseo de apartarlos de una prosperidad excesivamente terrenal. Este movimiento de acaparación de riquezas produjo una inquietud de la que se alimentó el vigor de todas las propagandas heréticas y de la que nacieron todos los intentos de reforma. Por último, hizo crecer sin cesar, durante los siglos XI y XII, el número de monjes y clérigos.

Estos hombres no estaban completamente alejados de la producción. El clero rural permaneció en su mayor parte al nivel del campesinado, cuya suerte y costumbres compartía. Las iglesias y los oratorios campesinos estaban servidos por sacerdotes que empujaban personalmente el arado y que explotaban con su familia —muchos estaban casados— la parcela que el dueño del santuario les había concedido como retribución de sus servicios, y de la que sacaban lo esencial para subsistir. Por otro lado, las

comunidades de monjes y de canónigos reformados, que se difundieron a partir de fines del siglo XI, imponían a sus miembros, por una exigencia de rigor ascético, el trabajo manual, especialmente a quienes, procedentes de un medio rural, no podían participar plenamente en el oficio litúrgico. De hecho, el trabajo y la condición material de estos «conversos» eran semejantes a las de los campesinos. Sin embargo, un número considerable de los hombres de Iglesia, los más ricos, los que recibían las mayores ofrendas, eran puros consumidores. Vivían con comodidades señoriales próximas a las de los laicos más poderosos, especialmente los que vivían alrededor de las iglesias catedralicias. Por último, no concebían que su función, el servicio divino, pudiera ser realizada sin suntuosidad. Sin duda dedicaban una parte de las riquezas —cuya abundante recepción consideraban completamente normal— a socorrer a los pobres; practicaban ampliamente la hospitalidad; los necesitados recibían alimento o algunas monedas a la puerta de los santuarios, y estas limosnas rituales se incrementaban en épocas de calamidad. Esta redistribución, que ordenan con cuidado los reglamentos de los grandes centros monásticos, no era despreciable e incluso puede aceptarse que contribuyó muy eficazmente a reducir la extensión de la miseria en una sociedad siempre desprovista que mantenía en sus niveles inferiores una masa numerosa de indigentes y desclasados; sin embargo, la redistribución era de importancia secundaria si la comparamos con la exigencia fundamental, la de celebrar el oficio divino con el lujo más resplandeciente. El mejor uso que los dirigentes de monasterios e iglesias creían poder hacer de sus riquezas era embellecer el lugar de la plegaria, reconstruirlo, adornarlo, acumular alrededor del altar y de las reliquias de los santos los esplendores más llamativos. Dueños de recursos que la generosidad de los fieles no dejaba de acrecentar, no tenían más que una actitud económica: gastar, para mayor gloria de Dios.

La misma actitud tenían los miembros del segundo orden de la sociedad, los especialistas de la guerra. También gastaban, pero para su propia gloria y en los placeres de la vida. Esta categoría social, que proporcionaba a la Iglesia los equipos dirigentes, que tenía la fuerza y que la utilizaba duramente a pesar de las prohibiciones levantadas por la moral de la paz de Dios, debe ser considerada la clase dominante de este tiempo, pese al valor preeminente atribuido a las funciones de los eclesiásticos y pese a las riquezas y a la indudable superioridad numérica de estos últimos. De hecho, la teoría de los tres órdenes y las instituciones de paz fueron elaboradas y forjadas en función del poder del grupo militar, y su situación y su comportamiento rigen en los siglos XI y XII toda la economía feudal. Este grupo posee la tierra, excepto la parte que el temor de la muerte le obliga a ceder a Dios, a sus santos y a quienes le sirven; vive en la ociosidad y considera las tareas productivas indignas de su rango y de esa libertad eminente cuyo privilegio pretende reservarse. Dado que la disolución de la autoridad monárquica ha terminado por colocar a todos los miembros del grupo en una situación de independencia y en actitudes mentales que en otro tiempo habían sido características del rey, la clase guerrera no acepta ninguna limitación, ningún servicio, excepto los que libremente ha elegido prestar y que, puesto que no adoptan la forma de contribuciones materiales, no le parecen deshonrosos. Por consiguiente, rehúsa toda prestación que no haya sido consentida y no acepta despojarse de sus bienes sino a través de donaciones gratuitas y de generosidades mutuas. Su vocación es la guerra, y el primer uso que hace de su riqueza es procurarse los medios más eficaces de combatir, mediante el entrenamiento físico al que consagra todo su tiempo, y mediante inversiones de las que espera un solo beneficio: el aumento de su potencia militar. En la economía doméstica de los hombres de este grupo, una parte considerable de los ingresos que, según todos los indicios, aumenta durante los siglos XI y XII, está destina-

da al perfeccionamiento del equipo de los guerreros, a la mejora de las cualidades del caballo, que se convierte en el principal instrumento del combatiente y en el símbolo mismo de su superioridad (en esta época los guerreros reciben el nombre de «caballeros»), a procurarse mejores armas ofensivas y defensivas. Desde fines del siglo XI la coraza se ha hecho tan compleja que vale tanto como una buena explotación agrícola, y los perfeccionamientos de las armas están en la base del desarrollo constante de la metalurgia del hierro, mientras que el progreso de la arquitectura militar hace que se inicien, en el siglo XII, junto a las obras de las iglesias, las obras de los castillos que es preciso renovar. Los gastos de guerra no son todo en este grupo social dominado por el espíritu de competición y en el que el valor individual no se mide solamente por la bravura y el virtuosismo en el ejercicio de las armas, sino también por el lujo, por el fasto y por la prodigalidad. En la moral que esta aristocracia se ha ido dando, la largueza, es decir, el placer de derrochar, es una de las virtudes primordiales. Como los reyes de otro tiempo, el caballero debe tener las manos siempre abiertas y distribuir riqueza a su alrededor. La fiesta, las reuniones en las que los bienes de la tierra son colectiva y alegremente destruidos en francachelas y en competiciones de ostentación son, junto a la guerra, el punto fuerte de la existencia aristocrática. El medio económico que representa, en la sociedad de la época, el grupo de los caballeros es, por vocación profesional, el de la rapiña. Por sus hábitos, es el del consumo.

Falta el tercer orden, el de los trabajadores, la capa madre formada por la gran masa del pueblo y sobre la cual todos coinciden en que debe proporcionar a las dos élites de los *oratores* y de los *bellatores*, de quienes rezan y de quienes combaten, medios para mantener su ocio y alimento para sus gastos. Su misma función, la situación específica que, según los decretos de la Providencia, la aboca, sin esperanza de liberarse, al trabajo manual considera-

do degradante, la priva de la libertad plena. Mientras que se diluyen las últimas formas de la esclavitud, mientras que en la mayor parte de las provincias de Francia se pierde a comienzos del siglo XII el uso de la palabra *servus*, el campesinado en su conjunto, sobre el que pesa, reforzado, lo que subsiste de coacción del poder, aparece sometido, por su misma actuación, a la explotación de otros. Otros ganan para él su salvación por medio de plegarias; otros están encargados, en principio, de defenderlo contra las agresiones. Como precio de estos favores, las capacidades de producción del campesinado están totalmente presas en el marco del señorío.

El señorío

En el plano económico, el feudalismo no es sólo la jerarquía de las condiciones sociales que aspira a representar el esquema de los tres órdenes; es también —y ante todo, sin duda— la institución señorial. No es nueva, pero la evolución del poder, político la ha remodelado insensiblemente.

Evidentemente, la frontera que separa, en la abstracción de las representaciones sociológicas cuya simplicidad se impone después del año 1000, de los trabajadores a las gentes de Iglesia y a las gentes de guerra, no coincide exactamente con la que sitúa de un lado a los señores y del otro a los sometidos a la explotación señorial. Muchos sacerdotes, como hemos visto, formaban parte del personal de un dominio; prestaban, bajo la coerción de un dueño que obtenía beneficios de su especialización profesional, servicios análogos a los de un molinero o a los de un encargado de un horno. Un gran número de caballeros, especialmente en Germania y en las regiones próximas al mar del Norte, permanecieron hasta fines del siglo XII en estado de dependencia doméstica, en la casa del patrón que los empleaba y los alimentaba; al no poseer tierras, participaban de los beneficios de un señorío, pero sin ser los dueños. A la inversa, había campesinos que llegaban a reunir más tierras de las que podían explotar personalmen-

te, que concedían las sobrantes a vecinos menos afortunados y recibían por este hecho una renta de tipo señorial. Muchos de los servidores de humilde extracción encargados por los jefes de administrar sus dominios se elevaban rápidamente; se apropiaban en parte de los poderes en ellos delegados; los utilizaban para explotar a sus subordinados, para crear a expensas del señorío de su patrón una red de recaudación cuyos beneficios se reservaban íntegramente y que, en la práctica, formaban su señorío personal. Todo esto no impide que la sociedad feudal se ordene en dos clases, una de las cuales, la de los señores, engloba la categoría de los eclesiásticos y la de los caballeros. Y la conciencia que esta clase adquiere de sí misma hace que se considere escandaloso, si no pecado, el hecho de que un trabajador pueda elevarse por encima de su condición hasta el punto de compartir los privilegios de sacerdotes y guerreros, de vivir en el ocio gracias al trabajo de otro. Y de hecho toda una tensión interna del cuerpo social condujo, en la época en la que las estructuras feudales acabaron de implantarse, es decir, en los años que siguieron al milenio, a consolidar la situación señorial de la Iglesia y de la caballería, y a ampliar el foso que, en el nivel de las relaciones económicas, las separaba del pueblo. El movimiento de consolidación se desarrolló en dos planos diferentes.

En primer lugar, fue reforzada la coherencia de las fortunas aristocráticas. Las pertenecientes a los laicos estaban amenazadas de disolución por la acción de dos movimientos: el de las donaciones piadosas y el de las divisiones sucesorias. Su efecto combinado adquiría todo su vigor en el momento en que el patrimonio pasaba de una a otra generación: una parte, que la generosidad del difunto quería que fuera considerable, pasaba a manos de la Iglesia; el resto, según costumbre heredada de las civilizaciones germánicas, se dividía a partes iguales entre los hijos y las hijas que recibían la herencia paterna. Por reacción instintiva de defensa, favorecida, a falta de un código escrito, por la ductilidad

de las reglas consuetudinarias, la aristocracia laica intentó conjurar el doble peligro que representaban la disminución progresiva y la pulverización de sus bases territoriales. Utilizó ante todo su fortuna, y se sirvió de todos los lazos de parentesco y de asistencia que unían a sus miembros con los dirigentes de los grandes establecimientos religiosos para obtener de la fortuna eclesiástica concesiones compensadoras. La riqueza eclesiástica, gracias al gran impulso de piedad que le hacía llegar constantemente nuevas limosnas, superaba a menudo, en torno al año 1000, las necesidades de las organizaciones monásticas o canónicas. Los abades, los obispos, los deanes de los cabildos no dudaron, pues, para atraerse la benevolencia de los notables del siglo, en conceder a sus parientes o a sus amigos el disfrute de algunas de las tierras ofrecidas a los santos patrones de su iglesia. Temporalmente, en principio, era difícil quitar a los herederos del primer beneficiario una concesión que, durante largos años, había estado unida al patrimonio familiar, y que finalmente apenas se diferenciaba de los alodios, tanto más cuanto que prácticamente no llevaba consigo ninguna obligación material, lo mismo si se trataba de un feudo cuya posesión obligaba solamente a la prestación del homenaje y a los servicios de ayuda mutua, como si era un contrato de precaria o, en Italia, de *livello*, en el que se estipulaba una renta en dinero puramente simbólica. La práctica de concesiones de este tipo tendió a disminuir hacia fines del siglo XI, y dejó paso al esfuerzo constante, pero con frecuencia inútil, de los administradores de los bienes eclesiásticos para recuperar los derechos que les habían arrebatado por este sistema. Pese a este cambio de orientación, la práctica había durado lo suficiente como para reducir en parte el desequilibrio que el mecanismo de las donaciones piadosas tendía a introducir entre la riqueza territorial de la Iglesia y la de la aristocracia laica. La cesión de tierras a los laicos fue abandonada tanto a causa del espíritu de la reforma gregoriana que condenaba la dependencia de lo espiritual con respecto a

los poderes temporales como a causa de que las limosnas iban poco a poco disminuyendo. En los fondos documentales eclesiásticos se observa con claridad, a partir de mediados del siglo XI, la rarefacción progresiva de las donaciones, que serían reemplazadas por adquisiciones onerosas o de carácter judicial. Este fenómeno iba unido a la lenta evolución del sentimiento religioso, al retroceso del formalismo, al progreso de la idea, cada vez más clara, de que era posible salvar el alma sin necesidad de comprar el perdón divino. Pero también influyen, y quizá de modo más directo, la penetración del instrumento monetario, que permitía ofrecer valores menos preciosos que la tierra, y la preocupación de las familias por dar una mayor protección a sus posesiones: los cartularios de los establecimientos eclesiásticos dan la impresión de que los miembros de la aristocracia reivindican, machaconamente, en el siglo XII las antiguas limosnas de sus antepasados más que dar otras nuevas. Comienza la época de los procesos, de los acuerdos complejos en los que el dinero desempeña un papel cada vez más determinante y que dicta una política, más consciente tal vez, de reagrupamiento del patrimonio.

La consolidación de las fortunas aristocráticas se vio igualmente favorecida por una lenta modificación de las estructuras de parentesco, todavía mal conocidas, pero que parece acompañar en un gran número de regiones europeas a la implantación del feudalismo. En los estratos superiores de la sociedad, y en primer lugar en los más elevados, los lazos familiares tienden a ordenarse de un modo más rígido, más apto para salvaguardar la cohesión de la herencia, en el marco del linaje. Una dinastía, una sucesión masculina: al suceder al padre, el hijo mayor ejercía el control de los bienes colectivos legados por los antepasados, que debían garantizar a la familia la continuidad de su preeminencia. En este marco más estricto, la preocupación por contrarrestar los efectos de las divisiones sucesorias llevó a limitar la proliferación de la descendencia: la familia sólo autorizaba a uno de los hijos,

al mayor, o todo lo más a dos, a contraer matrimonio legítimo; los demás, siempre que fuera posible, serían destinados a las dignidades del alto clero o a los monasterios; es decir, se apoyaba en los bienes de la Iglesia. Para no disminuir la importancia social de la familia se adoptó la costumbre de dotar a las hijas en bienes muebles, lo que les quitaba todo derecho sobre los raíces. Lentamente se abrió paso la idea de que el mayor de los varones podía tener el privilegio de recibir una parte mayor, si no la totalidad de la herencia paterna. Estas prácticas, que penetraron insensiblemente en la mentalidad de la época, parecen haber frenado de modo eficaz, en un ambiente de considerable expansión demográfica, las fuerzas que llevaban a la dispersión y a la desaparición de las fortunas laicas. Si se añade que la irresistible presión de las normas sociales obligó a los grandes a «dar casa» a la mayor parte de los caballeros que mantenían a su servicio, a casarlos, concediéndoles un feudo cuyo carácter hereditario tuvo que ser pronto admitido por la fuerza de los lazos familiares, a instalarles de este modo en su propio señorío; si se tiene en cuenta este hecho, hay que reconocer que la aristocracia, durante este período, hundió más profundamente sus raíces en sus bases territoriales. La mayor parte del siglo XII aparece como un período de relativa estabilización de los patrimonios respectivos de la Iglesia y de la caballería. Ésta, hasta en sus capas inferiores, se mantiene en una posición económica claramente superior a la de los campesinos.

La superioridad de la caballería fue reforzada, en un segundo plano, por la creación de un sistema fiscal cuyo peso soportaron en exclusiva los «pobres», los «trabajadores». Esta fiscalidad no era nueva; pero fue organizada de modo diferente. Procedía directamente del poder del *ban* que tenían los antiguos reyes, en el que se observan dos modificaciones fundamentales:

1. Mientras que en la época anterior todos los hombres libres estaban sometidos a la autoridad real, la división del cuer-

po social en tres órdenes introdujo una separación fundamental. Un concepto nuevo de la libertad, concebida en adelante como un privilegio, el de escapar a las obligaciones deshonrosas y especialmente a las fiscales, terminó por sustraer enteramente a las gentes de Iglesia y a los caballeros a la presión económica ejercida por el poder. A cambio, sometió a este mismo poder a cuantos no pertenecían a los dos órdenes privilegiados. Confundió en una misma explotación a quienes descendían de hombres libres y a los descendientes de esclavos. Reunió a unos y otros en una clase homogénea, cuyos miembros estaban obligados en su totalidad a prestar servicios idénticos, y en la cual se borraron rápidamente los criterios de la antigua servidumbre.

2. El ejercicio del poder y el disfrute de los beneficios que éste autorizaba quedaron limitados en adelante a un espacio reducido, a un «distrito» (la palabra deriva de un término que precisamente significa obligar) cuyos límites exteriores raramente se hallaban a más de medio día a caballo de un punto central, que era un lugar fortificado. La persona que mandaba la guarnición de cada castillo aspiraba a asumir, sobre el conjunto del territorio, las funciones de paz y de justicia, es decir, las misiones propias de la realeza. En una parte de la Europa cristiana, en Inglaterra y en el noroeste del continente, donde los reinos y principados habían conservado mayor vitalidad, el castellano dependía aún de un señor; actuaba en su nombre y le transmitía una parte de los ingresos que proporcionaba el poder. En las demás zonas era independiente y actuaba como soberano. En todas partes pretendía juzgar a cuantos vivían en las proximidades de la fortaleza, a excepción de los clérigos, monjes y caballeros. Les imponía multas y, en caso de infracción grave, confiscaba sus bienes. Su acción de justicia y de policía era fuerte y penetrante, por cuanto era rentable. Obligaba

> a los campesinos a trabajar en la reparación de las fortificaciones, a avituallar a los guerreros y caballeros del castillo. Hacía pagar a los extraños que cruzaban la castellanía, mercaderes o peregrinos, y a cuantos frecuentaban los mercados, la protección temporal que les otorgaba. Como antiguamente los reyes, él era el garante de pesos y medidas; y en ocasiones acuñaba moneda. Por todos los medios explotaba la autoridad que poseía, y, en definitiva, el poder se traducía en una red de punciones realizadas de diversas maneras sobre los excedentes de la producción campesina o sobre los beneficios del comercio.

El jefe de la fortaleza era el primero en beneficiarse del ahorro de los trabajadores, porque tenía la fuerza militar. Él se apropiaba la mayor parte. Sin embargo, casi todos los habitantes de la castellanía se encontraban en situación de dependencia económica con respecto a otros señores cuyas tierras cultivaban o de los que dependían personalmente, por haberse entregado ellos mismos o porque sus antepasados eran sus esclavos. Estos señores privados se esforzaron por sustraer a quienes dependían de ellos del poseedor del *ban*. Las tasas, las «exacciones», las «costumbres», por emplear la terminología de la época, recaudadas por el castellano afectaban a reservas de riqueza y de trabajo que aspiraban tener a su entera disposición. Las más de las veces fracasaron en sus intentos y tuvieron que compartir con el dueño de la paz y de la justicia el poder económico sobre los campesinos de su dominio y de su «familia» servil. Sin embargo, algunos consiguieron hacer que se respetara su monopolio, y el territorio de la castellanía estuvo sembrado de enclaves, a veces minúsculos, reducidos a la casa de un caballero, a veces más amplios, a escala de una aldea, especialmente cuando un establecimiento religioso había logrado hacer que se respetara el viejo privilegio de inmunidad conseguido en época carolingia. Pero, a pesar de todo, los

habitantes de los enclaves no se libraban de las exacciones. Tuvieron que sufrir las exigencias del señor de su tierra o de su persona que pretendía juzgarlos y cobrarles el precio de la paz del mismo modo que lo hacía el castellano.

En definitiva, compacto o disgregado, pero uniformemente establecido, el poder del *ban* fue un factor determinante en los mecanismos económicos, de dos maneras. En primer lugar, para ejercer este poder fue preciso recurrir a numerosos auxiliares, a «sargentos» que se encargaban de la policía del campo, a «prebostes» que presidían los tribunales aldeanos, a «forestales» que perseguían en los bosques y en las tierras yermas a quienes contravenían los derechos de uso, a recaudadores situados en los mercados y en los principales lugares de paso. Estos *ministeriales*, como los llaman los textos, especialmente los de Germania, fueron reclutados entre los servidores más estrechamente unidos al señor, porque se trataba de tenerlos sólidamente controlados. Pero como participaban directamente en los beneficios de las «costumbres», puesto que percibían una parte de las tasas y de las multas, eran los agentes más virulentos de la explotación del derecho del *ban*. Hacían esta explotación tan pesada como era posible y construían su propia fortuna sobre las rentas que les procuraba. En segundo lugar, y primero en importancia, esta explotación, llevada a sus últimas consecuencias, fue muy rentable. Sin duda, no era ilimitada. Su nombre lo indica: las tasas cobradas bajo el pretexto de mantener la paz y la justicia eran «costumbres», es decir, que la memoria colectiva limitaba su alcance. También era preciso tener en cuenta, y mucho, la resistencia campesina, los fraudes, las evasiones, todo tipo de maniobras dilatorias. Sin embargo, la costumbre era maleable. Difícilmente resistía las presiones de los dueños del poder. Los agentes de la fiscalidad estaban en todas partes, ávidos, y tenían de su parte la fuerza. ¿A quién habrían podido quejarse quienes sufrían sus arbitrariedades? He aquí la razón del buen funcionamiento de la máquina fiscal.

Consiguió quitar al campesinado la mayor parte de lo que producía y no consumía para su propia supervivencia, y por consiguiente frenó en gran medida el movimiento de ascenso económico entre los humildes. Redujo las diferencias entre los campesinos dependientes y los libres. Niveló la condición campesina. La rebajó y, de este modo, ahondó irremediablemente el foso que separaba a la clase de los trabajadores de la de los señores.

Esta última clase estaba lejos de ser homogénea: no todos los señores estaban al mismo nivel y no todos se beneficiaban de la misma manera del trabajo ajeno. Superpuestas, profundamente mezcladas unas a otras hasta el punto de confundirse incluso para los hombres de la época, existieron sin embargo tres formas distintas de explotación señorial. Dado que se confundía con lo que entonces se designaba con el nombre de *familia*, con la «casa» que rodeaba a todo personaje de alguna importancia, se podría calificar a la primera de doméstica, entendiendo por esta designación el tipo de enajenación que ponía el cuerpo de una persona a disposición de otra. Era el residuo tenaz de la esclavitud. Bajo la presión del poder del *ban* la servidumbre de tipo antiguo se había atenuado; se había diluido; se había reabsorbido. Por otro lado, y bajo esta nueva forma, había progresado enormemente a expensas de la antigua población libre, por medio de la «encomienda», a causa de la necesidad que llevó a tantos débiles, a tantos pobres —para escapar del hambre, de la opresión de los sargentos del castellano, incluso por el temor del más allá—, a colocarse bajo el patrocinio de un protector. Pero los lazos de la esclavitud no se habían roto; habían tomado la forma de lo que llamamos comúnmente servidumbre. En la mayor parte de las poblaciones de Europa existían, por tanto, campesinos (en proporción variable; a veces se hallaban en este caso todos los hombres de una comunidad) a los que un señor llamaba «sus hombres». De hecho lo eran, desde su nacimiento, y sus descendientes le perte-

necerían; podía venderlos, darlos; los castigaba; en principio le debían todo. Ante todo, el señor obtenía beneficios de su trabajo, en su casa y en sus campos, y el «servicio» que esperaba de ellos era ilimitado. Estos campesinos ponían a disposición de la economía doméstica una mano de obra permanente, cuyo coste era el de su alimentación. Pero este tipo de dependencia podía convertirse en una fuente de recaudación. De hecho, no todos los campesinos de este grupo vivían en la casa del patrón. Lejos de su control, establecidos en su tierra o en la de otro, mantenían su dependencia, y este lazo se traducía no sólo en servicios en trabajo, cuya extensión limitaba los usos locales, sino también en tres clases de prestaciones: el pago de un censo anual en dinero, la obligación de pagar el derecho a casarse con alguien que no perteneciera a la «familia» del señor y la parte que éste recibía de la herencia de su hombre. En esta forma de señorío, muy ampliamente extendida y repartida entre todos los miembros de la aristocracia e incluso entre algunos campesinos ricos, se basó hasta fines del siglo XII la explotación de todo capital territorial de alguna importancia. Redujo considerablemente el recurso a los asalariados. Por las reservas de trabajo que permitía movilizar era una de las bases fundamentales del poder económico.

El segundo era el señorío que podemos llamar territorial, porque se basaba no en la posesión de seres humanos, sino del suelo, de la tierra. Sus estructuras prolongan de hecho las de los dominios que conocemos por los polípticos carolingios. Los ricos muy raramente cultivaban, con sólo el trabajo de quienes dependían de ellos, toda la extensión de tierra que poseían. Concedían una buena parte a tenentes, que en ocasiones eran «sus hombres», a veces los «hombres» de otro, o se hallaban libres de toda sujeción personal. Conceder la tierra equivalía a adquirir un poder: el de participar en los recursos de las familias tenentes. De hecho, esta participación no era ilimitada, como en el caso de los siervos. Estaba estrictamente fijada por los términos de un con-

trato en los países en los que, como en Italia, se había conservado mejor el uso de la escritura, o por normas consuetudinarias igualmente obligatorias. Se trataba siempre, o casi siempre, del cobro de una parte de la producción del manso, en productos agrícolas o en dinero. A menudo iba acompañado de la requisa de la capacidad de trabajo de la familia campesina, obligada a realizar un número determinado de sernas.

El tercer tipo de explotación señorial deriva del ejercicio del derecho de *ban*. Acabamos de definir éste; repitamos solamente que en casos límites permitía a quienes lo tenían tomar cuanto podía ser cogido en las casas campesinas: moneda, cosechas, ganado e incluso trabajo por medio de requisas para la reconstrucción del castillo o para el transporte de vituallas. Era en la práctica una especie de saqueo, legitimado, organizado, moderado sólo por la nueva moral de la paz y por la resistencia de la solidaridad campesina. Añadamos que esta última forma de explotación económica se acumulaba a las dos primeras y con frecuencia competía con ellas. Estaba mucho más concentrada que las anteriores; sólo un pequeño número de señores se beneficiaban de sus ventajas, que eran con mucho las más considerables.

La desigual repartición del poder de *ban* creó la principal distinción en el interior de la clase señorial. De un lado estaban los que la documentación llama en el siglo XI los «grandes» (*optimates, príncipes*) y, en el siglo XII, los «ricos hombres». Individualmente el título de «don» (*dominus*) acompaña su nombre en los escritos. Son efectivamente señores, y precisamente por esto son los más ricos. Ya sean altos dignatarios de la Iglesia —obispos, abades de los monasterios— o dueños del poder militar —príncipes regionales, condes, «barones»—, quienes tienen las fortalezas y explotan las prerrogativas anejas a estos pilares del orden público pueden estar más o menos provistos de fortuna, pero siempre su señorío doméstico y territorial se extiende sobre el territorio que controlan. Herederos de los derechos reales, de las

regalías, han podido apoderarse de las tierras incultas que eran en otro tiempo dominio eminente de los soberanos. Sin embargo, su misma riqueza y las funciones que realizan los mantienen alejados de la tierra y de los campesinos que la cultivan. Los dominan desde muy alto, y entre ellos y la masa de los trabajadores se interponen intermediarios que son los intérpretes de las exigencias señoriales; las riendas del poder económico están en mano de estos auxiliares. Los «grandes» son generalmente rentistas. Preocupados solamente por estar provistos de cuanto es necesario a su fasto y a la gloria de su casa, ceden una parte considerable de su poder a quienes lo ejercen en su nombre.

Por otro lado están los demás señores: los simples caballeros, los canónigos que tienen en «prebenda» una porción del patrimonio de la iglesia catedral, los monjes puestos al frente de un priorato rural, y los mandatarios de los «grandes». Más o menos ricos, tienen en común la característica de asumir directamente la gestión diaria de un dominio concentrado cuyas dimensiones no sobrepasan su capacidad de control. Son vecinos de los campesinos; los conocen por su nombre; comparten sus preocupaciones; saben cuánto producen y cuánto es posible exigirles. Para poder adecuar su comportamiento al de los «ricos hombres» cuyas cortes frecuentan se esfuerzan por acrecentar al máximo los beneficios del señorío. Y como se hallan en contacto directo con el capital territorial y con la masa de los trabajadores, pueden ser considerados los agentes más activos del dinamismo económico y de un crecimiento cuyas manifestaciones más llamativas nos descubren los documentos del siglo XII.

LOS RESORTES DEL CRECIMIENTO

El impulso del crecimiento interno que tuvo como escenario la economía europea debe situarse en última instancia en la presión ejercida por el poder señorial sobre las fuerzas productivas. Esta presión, de intensidad creciente, fue el resultado del deseo, compartido por las gentes de Iglesia y por los guerreros, de realizar más plenamente un ideal de consumo para el servicio de Dios o para su gloria personal. Durante los siglos XI y XII los límites de este deseo retrocedieron sin cesar a medida que progresaban las campañas de la cristiandad latina en dirección a los países mediterráneos. La fascinación ejercida sobre los aristócratas de la Alta Edad Media por los modelos de la Antigüedad romana fue sustituida por la atracción de los recuerdos, de las maravillas que contaban, después de haber conquistado Barbastro o Toledo, Palermo o Bari, los aventureros de España y de Italia meridional o, de su paso por Constantinopla o Antioquía, los peregrinos de Tierra Santa. Estos recuerdos creaban en la mentalidad señorial el deseo agudizado sin cesar de desprenderse de su rusticidad, de alcanzar el tipo de vida que llevaban los habitantes de las ciudades del sur. Y esta aspiración aumentaba a medida que los señores salían de su aislamiento, a medida que se multiplicaban las ocasiones de encontrarse y que se reforzaba la atracción de las cortes principescas. En estas reuniones mundanas se difundían los modelos ejemplares del comportamiento nobiliario y se exhibían las riquezas traídas de Oriente. Hasta en lo más profundo de la Europa salvaje los príncipes eslavos soñaban con imitar las maneras de los príncipes de Germania, quienes recibían constantemente, desde Galia e Italia, nuevos estímulos para refinarse. De esta forma se avivaba en todas partes la propensión al lujo.

Para satisfacer gustos cada vez más exigentes era necesario disponer continuamente de mayores medios. En las fronteras de la cristiandad todavía era posible obtenerlos por la violencia. Pero una cierta paz y orden reinaban en la Europa feudal, y limitaban cada vez más, a medida que se consolidaban las estructuras del

poder, el área de la turbulencia militar. Lo importante, desde este momento, era acrecentar los ingresos de la explotación señorial. Pero también este crecimiento estaba limitado. Ante todo, por la costumbre. En principio el señor podía pedir todo a sus hombres y el señor del *ban* estaba en condiciones de tomar casi todo, persiguiendo los menores delitos o sirviéndose del derecho de posada y yantar, a los hombres establecidos en la castellanía. El poder económico que conferían las diferentes formas de señorío era tanto más fuerte cuanto que estaba unido al poder judicial. Los simples señores territoriales presidían en persona un tribunal que decidía en los desacuerdos sobre las cargas del manso y que castigaba las faltas de los campesinos; y las decisiones de estos tribunales eran, con frecuencia, inapelables. Todos los señores intervenían, pues, como jueces en procesos en los que sus intereses se hallaban en juego. Sin embargo, todas las asambleas judiciales del señorío estaban integradas por trabajadores, y el juez pronunciaba sentencia de acuerdo con ellos. Frente al señor-juez, los hombres del pueblo se sentían solidarios y le oponían el muro de la costumbre. Nadie podía transgredirla, y los campesinos en su conjunto eran sus depositarios. Había que recurrir, mediante pesquisa, a su testimonio; y si la presión señorial conseguía introducir en las normas consuetudinarias innovaciones favorables al señor su poder chocaba con la conciencia popular, reticente y obstinada, cuya memoria selectiva sabía sepultar en el olvido las novedades difícilmente soportables. Nadie podía despojar a los trabajadores desmesuradamente, bajo pena de ver disminuir su productividad o de obligarlos a huir, en un mundo todavía abierto, en el que las posibilidades de hallar acogida eran numerosas. Por esta causa, el deseo de aumentar los beneficios de la explotación señorial suscitó poco a poco en el ánimo de los señores y de sus agentes la intención de «mejorar» (*meliorare*, la palabra latina se repite constantemente en los documentos de la época) el rendimiento de los campesinos que les estaban someti-

dos, bien favoreciendo el aumento de la población rural, bien poniendo a los trabajadores en condiciones de ampliar sus capacidades de producción. Más o menos consciente, más o menos contrarrestada por otros impulsos y por la misma debilidad de actitudes mentales todavía muy primitivas, esta intención estimuló, en el marco del feudalismo, la búsqueda de un movimiento de progreso.

Algunos signos indirectos de este movimiento se observan a partir del año 1000. Pero se hacen mucho más evidentes en los textos desde el 1075, y el conjunto de indicios inclina, en una cronología que el laconismo, la extrema dispersión y el carácter siempre lateral de la documentación hacen muy imprecisa, a situar en este momento —en el que, recordémoslo, en el este de Europa los tesoros desaparecen al tiempo que se extiende la moneda fraccionaria— un hito muy importante: fue entonces cuando el impulso, cuyo vigor se reforzaba en la sombra desde hacía decenios, adquirió suficiente fuerza como para traducirse en fenómeno muy claro de distensión. Así, en los tres últimos decenios del siglo XI se inician las obras de construcción de iglesias mucho más numerosas y mucho más amplias. Así, se ve a la cabañería de Occidente lanzarse en todas partes a operaciones agresivas cada vez más profundas, que culminan, en 1095, en la primera cruzada. Así, se ven surgir nuevas congregaciones monásticas que reclutan numerosos adeptos en todas las clases sociales; están animadas por una preocupación ascética, por la condena de la riqueza; sólo la toma de conciencia de un deseo —considerado perverso— de ascenso económico, y por consiguiente de las posibilidades de éste, en un medio económico menos estancado puede explicar las exigencias de las nuevas congregaciones. Así, se ve, durante este período, aumentar los intercambios en el campo; ahora, por ejemplo, los documentos redactados en la región de Mâcon comienzan a precisar el valor respectivo de las diferentes monedas, lo que es prueba al mismo tiempo de una

mayor penetración del instrumento monetario en el mundo rural, de la diversidad de las acuñaciones y, por último, de la percepción de una noción nueva, la del cambio. Por la misma época, los dueños del poder de *ban* se preocupan por obtener beneficios del paso cada vez más frecuente de traficantes que transportan mercancías más valiosas; se multiplican las alusiones a esta forma de exacción, en plena expansión, que es el peaje: el papa intenta eximir a los mercaderes de Asti, que cruzaban la Isla de Francia, de las tasas que quería imponerles el rey Felipe I; el abad de Cluny se querella contra un castellano de la vecindad que retenía una caravana comercial procedente de Langres y quería obligarla a pagar el precio de su protección. Las tarifas del peaje ordenadas por los monjes de Saint-Aubin de Angers en 1080-1082, y que se aplican a los hombres de una aldea, muestra bien a las claras que el comercio no era obra exclusiva de profesionales. Los campesinos participaban en los intercambios; vendían, compraban ganado; firmaban contratos de pastoreo con extraños; llevaban «a hombros», para vender en los mercados de los alrededores, cera, miel, carne de cerdo, pieles, lana. En ocasiones llegaban incluso a asociarse a otros para una expedición comercial a mayor distancia, a trasladarse a puntos lejanos para cargar en sus acémilas productos alimenticios, y a veces «mercancías extranjeras y de alto precio». También hacia 1075 el abad de Reichenau concede a los «campesinos» de una de sus aldeas «el derecho de comerciar… de modo que ellos y sus descendientes sean mercaderes». Hacia estos años se hace sentir por primera vez y con carácter general una gran animación que se basa en la lenta habituación a utilizar de manera menos excepcional las monedas cuya acuñación se hace más abundante. Aclimata hasta en el corazón rural del continente occidental actividades cuya ampliación no era perceptible, en el siglo anterior, sino en los límites de la cristiandad, en los lugares en los que la presencia de la guerra mantenía la movilidad de las riquezas. La efervescencia comercial y mone-

taria que se percibe deriva de la vitalidad de estructuras económicas más profundas, de las que es la revelación y que, a su vez, contribuye a estimular. En los tres últimos decenios del siglo XI hay que situar, por tanto, el comienzo de una nueva fase de la historia económica europea: la de un desarrollo general, continuo, acelerado, cuyas modalidades conviene analizar.

2. LOS CAMPESINOS

En la base del desarrollo general se halla sin duda la expansión de la economía agrícola. Esta expansión es consecuencia en gran parte de la presión de los señores, interesados en ver aumentar —para apoderarse de ellos— los excedentes del trabajo de sus siervos, de sus campesinos y de sus súbditos. Pero ya desde fechas anteriores la acción combinada de dos factores preparaba este desarrollo: en primer lugar, tal vez, una mejora de las condiciones ecológicas, si es cierto que el campo europeo se beneficiaba desde algunos siglos antes de un clima más suave y menos húmedo, favorable al desarrollo de la agricultura; por otro lado, y sin duda de ninguna clase, la agricultura se halla influida por la expansión demográfica.

EL NÚMERO DE LOS TRABAJADORES

Nos encontramos ante un movimiento de base cuya observación es casi imposible; pero, al menos, puede suponerse que la expansión demográfica era una realidad en el siglo XI, e incluso en fechas anteriores, en Alemania, en Inglaterra, en Cataluña, en el centro de Italia y en Galia, donde estuvo durante algún tiempo reprimida por la rigidez del marco de los dominios carolingios, que poco a poco consiguió romper.

Es indudable que la tendencia al crecimiento demográfico no deja de afirmarse a partir del momento en que comienzan a instalarse las estructuras feudales, y a lo largo de los siglos XI y XII. El estado de la documentación no permite en modo alguno me-

dir la amplitud del movimiento. Sin duda, para la mayor parte de Inglaterra y para el último tercio del siglo XI la gran encuesta ordenada por Guillermo el Conquistador, que desembocó en la redacción del *Domesday Book*, proporciona datos estadísticos de excepcional valor, aunque de difícil interpretación. Pero esta fuente es la única que existe. Para poder comparar con otras las cifras que nos da hay que esperar la época en que las técnicas de la fiscalidad alcanzaron la suficiente perfección como para recurrir a censos sistemáticos, es decir, hay que esperar, en el caso inglés, a los años próximos al 1200 para algunas aldeas dependientes de señoríos eclesiásticos dirigidas con especial cuidado, y al siglo XIV para el conjunto del reino. Todo lo que se puede afirmar con alguna certidumbre es que la población inglesa se ha triplicado con creces entre 1086 y 1346, pero no podemos seguir de cerca el ritmo de este crecimiento. Es necesario, por tanto, apoyarse en los indicios dispersos, que en su mayoría hacen referencia a los niveles superiores de la jerarquía social. La amplitud, durante el período que estudiamos, de las campañas militares y la multiplicación de las fundaciones religiosas no podrían explicarse sin tener en cuenta el aumento continuo de los efectivos de la caballería. Las genealogías que se pueden trazar con alguna precisión para un reducido número de linajes aristocráticos nos proporcionan la prueba de este crecimiento. En estas familias el deseo de evitar la dispersión del patrimonio incitaba, en cada generación, a reducir el matrimonio de los hijos varones; pero, en cada generación, las parejas que no eran estériles procreaban numerosos hijos, muchos de los cuales llegaban a la edad adulta. Se ha intentado, para Picardía, calcular, basándose en estos índices, la tasa de crecimiento: el número de varones adultos por pareja fértil es de 2,53 entre 1075-1100, 2,26 entre 1100-1125, 2,35 entre 1125-1150, 2,46 entre 1150-1175, 2,70 entre 1175-1200. Cifras que nos llevan a aceptar la hipótesis de una tasa de crecimiento anual de 0,28 por 100 durante el tercer cuarto del siglo XII, y de

0,72 por 100 para el último cuarto. Todas las informaciones que poseemos permiten suponer que este dinamismo, favorecido por una longevidad media de cuarenta a cincuenta años y estimulado por una fuerte natalidad que el vigor de la mortalidad infantil y la considerable proporción —un tercio tal vez— de las uniones estériles estaban lejos de anular, todo permite suponer, repetimos, que el crecimiento no era un privilegio exclusivo de los medios aristocráticos, mejor alimentados sin duda, pero más expuestos a los peligros de la profesión militar. Los grandes movimientos que, a fines del siglo XI, llevan a muchedumbres de pobres hacia los caminos de Jerusalén o tras las huellas de los predicadores itinerantes, y el aflujo de conversos de origen campesino a los nuevos monasterios del siglo XII, hablan, para la masa del pueblo, de una vitalidad semejante a la que en esta misma época lanza a tantos hijos de la nobleza a expediciones lejanas y al estado monástico o canónico. En las escasas familias de condición servil cuya composición nos permiten conocer algunos procesos relativos a la dependencia personal, los hijos varones no son menos numerosos que en los linajes aristocráticos. El crecimiento demográfico era sin duda el resorte, la causa de la fragmentación y de la proliferación de las explotaciones agrícolas, de la gran movilidad de la población rural, perceptible a través de numerosos signos, que se intensifica poco a poco en el transcurso del siglo XII.

Las bases del crecimiento demográfico hay que buscarlas en una serie de condiciones favorables, más o menos determinantes. Entre ellas cabe mencionar la pérdida de fuerza de los ataques exteriores, la implantación del orden feudal y de las instituciones de paz, pero no hay que exagerar sus efectos, porque la guerra, atizada por las discordias entre castellanos rivales, no cesó en ninguna de las comarcas de la cristiandad, a pesar de las prohibiciones sociales y morales. El grupo de los combatientes profesionales cuyas pérdidas en combate o en entrenamientos recogen las

genealogías, no fue el único en sufrir los efectos de la guerra. Los campesinos siguieron muriendo a manos de los salteadores, a pesar de acogerse a la salvaguarda de la cruz. Mayor importancia que la paz relativa tuvo el incremento de la producción de artículos alimenticios, que a su vez dependía estrechamente del número de hombres. Sin embargo, la persistencia del hambre, la implantación en las capas bajas de la sociedad de enfermedades causadas por la malnutrición, toda una miseria biológica que, a lo largo del siglo XII, coincidiendo con una lenta modificación de las actitudes y de los gestos de la piedad cristiana, suscitó la multiplicación de hospitales y de instituciones de caridad, todos estos signos incitan a creer que los excedentes ofrecidos al consumo popular no dieron lugar a una mejora en la alimentación de la mayor parte de los campesinos. El principal efecto del crecimiento agrícola fue la debilitación de los obstáculos que se oponían a la proliferación de los grupos familiares: la mayor producción agrícola no sirvió para mejorar la alimentación, sino para alimentar a más hombres. Por último, parece que desempeñaron un papel importante en el crecimiento demográfico las modificaciones producidas en el estatuto jurídico de los trabajadores.

Puede pensarse que la transformación cuyas repercusiones fueron más profundas en el movimiento demográfico y en el alza de la producción es la evolución de la condición servil. Mientras que hombres y mujeres jóvenes permanecen, en la casa del señor, englobados en un equipo de esclavos domésticos, que nada poseen y que ni siquiera pueden disponer de su propio cuerpo —estos equipos son muy numerosos, según hemos visto, en los grandes dominios galos del siglo VII—, una parte considerable de la población rural se halla en condiciones desfavorables para la reproducción. Es lícito suponer que los niños que lograban superar los peligros de la primera infancia eran menos numerosos entre los esclavos que en los demás grupos sociales. Cuando los señores permitieron que se disolvieran estos equipos, cuando deci-

dieron instalar a sus esclavos por parejas en parcelas de tierra, no sólo estimularon la capacidad de producción de estos trabajadores, en adelante directamente interesados en aumentar el rendimiento de su trabajo, sino que al mismo tiempo crearon mejores condiciones para que se reprodujeran y pudieran criar a sus hijos, entre los que reclutarían en adelante los domésticos que consideraban necesarios; pero muchos de los hijos e hijas de los esclavos asentados seguían estando disponibles para crear nuevos hogares. Y cuando la situación de campesinos libres y esclavos se niveló, por estar unos y otros sometidos al poder del *ban*, se multiplicaron los matrimonios mixtos que unían, con el beneplácito de los señores, a los hijos de los esclavos con los de otros súbditos, regidos ahora por la misma costumbre. Estos matrimonios eran numerosos, ya a comienzos del siglo IX, entre los masoveros de la abadía de Saint-Germain-des-Prés. Pronto desapareció la segregación matrimonial entre los grupos campesinos separados antiguamente por los criterios jurídicos de la servidumbre, y la movilidad de la población rural, favorecida por el crecimiento demográfico, precipitó la fusión: un documento procedente de la abadía de Cluny nos habla de un inmigrante de origen libre que se instaló en una aldea a orillas del Saona. Se casó, en una localidad cercana, con una mujer de condición servil, y sus descendientes se extendieron por todos los lugares próximos. Sin ningún género de duda, el paso de la esclavitud a la servidumbre fue el estimulante más vigoroso de la fecundidad, en la medida en que hizo que se dispersaran los equipos de esclavos domésticos y que aumentaran las células autónomas de producción. Por mi parte, me atrevería a situar en esta mutación, que quizá también dio lugar a una prolongación de la longevidad, el resorte principal del continuo aumento del número de hombres. Desde la Alta Edad Media parece seguro que el dinamismo demográfico era más vivo en Germania y en Inglaterra, es decir, en las provincias de Occidente en las que los lazos de la esclavitud se hallaban me-

nos extendidos y eran menos estrictos; y, en cualquier caso, no hay duda de que los primeros indicios de un aumento de la población aparecen en el momento en que los tumultos que siguieron a las últimas invasiones determinaron una rápida debilitación de estos lazos y en el momento en que la común sumisión de los campesinos al poder de los castellanos hizo que se abandonaran una tras otra las palabras *mancipium* y *servus* (en el Delfinado, después del 957 y de 1117, respectivamente), es decir, la última expresión consciente de la antigua noción de servidumbre.

La acción combinada de otras modificaciones, en el ámbito jurídico, reforzó el efecto de este cambio fundamental. Todo o casi todo lo que podemos saber, para esta época, sobre las costumbres familiares se refiere a la aristocracia: la intervención directa de los campesinos en las transacciones de tierras es demasiado rara, antes de fines del siglo XII, para dejarnos entrever las reglas del traspaso del patrimonio. Sin embargo, se sospecha que la cohesión del grupo familiar había llegado a adquirir la suficiente fuerza entre los campesinos dependientes como para imponer tácitamente el principio de hereditariedad del manso, excepto en Italia, donde la utilización normal de las actas escritas, realizadas ante notario, mantuvo viva la práctica de los contratos de concesión temporal. No obstante lo dicho, es posible —la hipótesis ha sido sugerida para la zona de Picardía— que, por una evolución inversa de las relaciones de parentesco, los lazos que unían a la familia campesina se hayan debilitado en el momento que el linaje caballeresco adquiría mayor coherencia. Esta debilitación, el lento progreso de los derechos del matrimonio a expensas de los del grupo familiar amplio, favorecía el asentamiento de jóvenes parejas y, por consiguiente, la multiplicación de núcleos de poblamiento y el progreso demográfico. Esta tendencia era, sin ninguna duda, contrariada por la voluntad de los señores de no permitir la disgregación de las unidades agrarias en las que basaban la recaudación de impuestos y servicios. En muchos señoríos

los mansos no fueron divididos; pero la costumbre señorial no consiguió frenar el deseo de los jóvenes, amontonados en número excesivo en el hogar paterno, de hallar un asentamiento personal; en el peor de los casos, la prohibición señorial empujó a los jóvenes a expatriarse, es decir, mantuvo estancada la población en algunas aldeas e hizo que la mano de obra acudiera a las zonas en las que se arrancaba al bosque la tierra arable. Por otra parte, y de una manera general, las tendencias hacia la expansión de la familia y a su disgregación consiguieron romper la resistencia señorial. Los dueños del suelo tuvieron que admitir que el manso, previa su autorización y mediante el pago de una compensación, pudiese ser dividido entre los herederos. De esta manera se inició un movimiento de pulverización de los antiguos marcos de la explotación campesina, movimiento que se aceleró durante el siglo XII. Para medir su amplitud basta comparar los inventarios, es decir, las listas de los mansos y de sus cargos, elaborados hacia el año 1200, con los inventarios redactados en los siglos IX y X. En los primeros, la descripción de los censos se diluye entre innumerables parcelas, que forman grupos muy inestables, distribuidas entre las diversas familias. La flexibilidad introducida en la repartición de la tierra campesina complicó la tarea de los administradores del señorío, pero favoreció la ramificación de las familias y por consiguiente la multiplicación de las células de producción, lo que fue facilitado, por otra parte, por la penetración de la economía monetaria. La intervención cada vez más decisiva del dinero, al mismo tiempo que estimulaba, al nivel del campesinado, el mercado de la tierra —los señores tuvieron que tolerar no sólo que los mansos fueran repartidos en las divisiones sucesorias, sino también que fueran desmembrados por enajenaciones de parcelas previo el pago de tasas de traspaso —, hacía posible los beneficios individuales, fomentaba las iniciativas económicas, permitía la formación de capitales. Proporcionaba a los campesinos más emprendedores el medio de situar

mejor a su descendencia y de propagar su familia. Diversas indicaciones, no siempre claras, revelan la sorprendente extensión de la exogamia en el medio rural. Es una prueba suplementaria de la intensidad de una validez biológica cuyos resortes más activos se sitúan, al menos aparentemente, en la debilitación de un concepto jurídico que durante toda la Alta Edad Media, en el marco de la servidumbre y de la institución dominical, había comprimido la capacidad de expansión de la población rural.

De los tres factores de la producción campesina, uno, la tierra, abundaba en los siglos VII y VIII; en todas partes, incluso en las zonas, como el sur de Borgoña, en las que se había conservado el sistema de ocupación agrario implantado por Roma, la tierra estaba a disposición de quien quisiera ocuparla; en muchos lugares era una reserva inmensa, situada en los confines de cada núcleo de poblamiento y abierta a todas las empresas agrícolas. El desarrollo sólo estaba frenado por la deficiencia de los factores restantes: la mano de obra y los útiles de trabajo. Estos obstáculos se redujeron durante el período, muy mal conocido, que separa los tiempos carolingios del siglo XI. El crecimiento económico que se inicia en este período tiene sus raíces en la continuidad de la disgregación del gran dominio esclavista y se basa en el crecimiento de la población campesina, que a su vez está estrechamente asociado al perfeccionamiento de las técnicas agrarias.

EL FACTOR TÉCNICO

La historia de las técnicas, ya lo hemos dicho, es la más difícil de conocer, por falta de documentos explícitos. El trabajo, sus instrumentos, la manera de emplearlos, son hechos tan cotidianos que apenas se habla de ellos y mucho menos se escribe.

¿Quién se preocupa de observar los procedimientos empleados para cultivar la tierra, sino los pesquisidores encargados por el señor de anotar las obligaciones de los campesinos y de evaluar los beneficios obtenidos del dominio? Ni siquiera estos agentes señoriales describen los procedimientos. Indirectamente se pueden entrever algunas prácticas agrarias cuando los administradores registran, en tal o cual señorío, el tipo de servicios en trabajo exigidos a los mansos, y la época en que deben ser realizados; también es posible medir el rendimiento del esfuerzo agrícola a través de la estimación, siempre aproximada, de siembras y cosechas. Pero no sabemos nada de los útiles agrícolas del siglo XII, excepto los nombres, igual que ocurría para el siglo IX. Nos hallamos, pues, en el terreno de las hipótesis, que en la mayor parte de los casos no son verificables.

La primera hipótesis se refiere al problema, muy oscuro, de las costumbres alimenticias. Se puede pensar que el modelo romano, difundido especialmente por la regla benedictina, siguió predominando durante esta fase de la historia europea y que, por consiguiente, no cesó de incrementarse la parte del pan en la alimentación humana. Esta parte fue más amplia que nunca a fines del siglo XII, antes de que la continuidad del progreso material y la vulgarización progresiva de los comportamientos aristocráticos llegasen, en los decenios siguientes, a ampliar poco a poco a expensas del pan la parte del *companagium*, es decir, de los alimentos que se comen para «acompañar» el pan. El signo más claro de la extensión del consumo de pan durante los siglos XI y XII es el papel creciente que desempeña el molino en la economía rural. Desde la época carolingia, los molinos eran una fuente importante de ingresos para los señoríos: de ellos procedía una parte considerable de las provisiones acumuladas en el granero del monasterio de Corbie. Pero estos instrumentos eran escasos. En la treintena de aldeas que formaban los dominios de la abadía de Saint-Riquier no había más de doce; en cambio, el *Domesday*

Book menciona cerca de seis mil: en la Inglaterra de 1086 existía, por tanto, una media de un molino por cada cuarenta y seis parejas campesinas. En época posterior el número de molinos aumentó en este país, especialmente en las regiones mal provistas, como el Devon. Investigaciones precisas permiten captar en Picardía el ritmo de esta progresión: cuarenta nuevos molinos son mencionados entre mediados del siglo IX y 1080; otros cuarenta aparecen en un período mucho más breve, entre 1080 y 1125, y en adelante el movimiento se acelera todavía más: en cincuenta años el número de los molinos atestiguados por los textos se eleva a doscientos cuarenta y cinco. Sin embargo, la construcción de un molino —en especial, la adquisición de las muelas y de las piezas de hierro necesarias para la buena marcha del aparato— exigía grandes medios. Se puede pensar, por consiguiente, que, la mayor parte de las veces, la iniciativa de construir un molino partía de los señores: por su mediación pensaban obtener nuevos beneficios. Impuesta por el interés de los señores, la erección de ciertos molinos no siempre respondería a las verdaderas necesidades del campesinado. Es una de las formas de la opresión económica ejercida por el señorío, y no faltan los documentos que muestran a los campesinos obligados por la fuerza a utilizar estos instrumentos: hacia 1015, un caballero del castillo de Dreux obligaba a los masoveros de la abadía de Bourgueil a llevar el grano a sus molinos, situados a tres horas de camino. Entre los impulsos que hicieron que se difundiera el consumo de la harina en la alimentación popular, la intervención de las presiones señoriales tuvo una importancia considerable. Pero si los señores se lanzaron a la realización de empresas costosas se debía a que el aumento del consumo de pan dejaba prever que la inversión sería altamente rentable. Sus esperanzas no se vieron defraudadas. Mucho más numerosos que en época anterior, los molinos siguieron figurando, en el siglo XII, entre las fuentes más abundantes de los ingresos señoriales. La multiplicación de las aceñas en

todos los ríos y hasta en el centro de la Europa salvaje, la multiplicación paralela de los hornos (en Picardía se ve aumentar su número también hacia el primer cuarto del siglo XII), reflejan el progreso continuo de los cereales panificables en el sistema de producción de los campos europeos, y la expansión del campo permanente a costa de las áreas de recolección natural, de la caza y de las formas primitivas del pastoreo.

Este avance fue acompañado de una selección de las especies cultivadas. Algunas de las que ocupaban aún un lugar importante en los graneros carolingios se hallan en vías de desaparición, después del año 1000, en las provincias más evolucionadas. Éste fue el caso, en Picardía, de la escanda, que no es mencionada después del siglo XI. En esta elección también intervinieron de modo directo las exigencias de los dueños de la tierra, que obligaron a los trabajadores a entregarles el tipo de grano que les interesaba, es decir, avena para el aprovisionamiento de sus establos: en esta civilización caballeresca que hacía de la equitación uno de los signos distintivos de la superioridad social, el desarrollo del cultivo de la avena fue unido al establecimiento de la caballería y a los progresos de su equipo militar. Pero los ricos deseaban comer pan blanco y estimularon la producción de trigo. Podemos imaginar que los campesinos siguieron alimentándose de cereales menos nobles. Sin embargo, los textos que nos informan sobre la naturaleza de los cultivos, es decir, los que describen la producción de las tierras señoriales y los censos entregados por los masoveros a sus señores atestiguan el triunfo del trigo en todos los lugares donde su siembra no se hallaba obstaculizada por las condiciones naturales. En Picardía, la cebada y el centeno representaban todavía, entre 1125 y 1150, el 17 por 100 del grano mencionado en los documentos señoriales, exceptuada la avena; la proporción se redujo más tarde para estabilizarse, de forma duradera, en el 8 por 100. Y todo hace pensar que los hábitos alimenticios de los ricos penetraron insensiblemente en las masas popu-

lares. Para los hombres del siglo XII la base de la alimentación es el pan, y el mejor posible. El crecimiento agrario que se produce después del año 1000 es agrícola en sentido estricto, en el sentido de que se basa en una ampliación continua de los cultivos de cereales panificables.

Es dudoso que la extensión de los cereales haya ido acompañada de una mejora notable de las prácticas agrarias. Las que podemos reconstruir a través de los textos del siglo XII difieren poco de los métodos empleados en época de Carlomagno en los grandes dominios monásticos de la región parisina. También es probable que estos últimos fueran con mucho los más avanzados y que en muchas explotaciones aristocráticas y en la tierra de la mayor parte de los campesinos se aplicaran métodos más rudimentarios. El progreso consiste, sin duda, en la difusión de estos sistemas, pero no parece apoyarse en su perfeccionamiento. No se ve que el suelo haya sido enriquecido por mayores aportaciones de estiércol. Todos reconocían las ventajas del abono, pero era escaso y se vendía muy caro, porque el ganado era escasamente estabulado y el poco estiércol que se obtenía era utilizado casi enteramente en las parcelas dedicadas a cultivos continuos y exigentes, en los huertos cercados y en los viñedos. Todavía en el siglo XIII, en los contratos firmados en las cercanías de París, es decir, en el espacio agrícola más próspero de la época y el más avanzado técnicamente, se imponía al arrendatario la obligación de abonar los campos de trigo «una sola vez cada nueve años, el quinto año». El único abono cuyo uso parece haberse difundido en algunas regiones es la marga: en el siglo XII, en los campos de Picardía, los contratos de concesión temporal extensa incluían normalmente una cláusula por la que se obligaba al beneficiario a reponer la cal y los fosfatos del suelo mediante la ayuda regular de la marga. Pero, de una manera general, nada permite afirmar que los agricultores de esta época hayan creído posible basar el

acrecentamiento de la producción de cereales en un recurso más intenso al abono.

En cuanto a la rotación de cultivos, tampoco su ritmo parece haber variado profundamente. La práctica de una siembra en dos tiempos —trigo y centeno después de las labores de otoño, cebada y avena después de las labores de marzo— se imponía en todos los campos sometidos a los caprichos de la pluviosidad de la Europa atlántica; este sistema tenía la ventaja de escalonar más ampliamente los principales trabajos agrícolas a lo largo del año, de utilizar mejor la mano de obra y las yuntas al repartir su trabajo en dos estaciones. Este sistema de cultivo se aplicaba desde el siglo IX en los campos que los grandes monasterios de la Galia del norte hacían cultivar por sus domésticos y por mediación de las sernas de sus masoveros. Pero ¿cultivaban estos últimos de la misma forma la tierra arable de sus mansos? Nada lo prueba, y cabe la posibilidad de que la lenta penetración de la siembra en dos «estaciones» en las tierras campesinas haya sido una de las formas de progreso agrícola entre los siglos IX y XII. Penetración incompleta de hecho, porque la capacidad del suelo y las condiciones climáticas, así como el deseo de producir ante todo grano apto para la confección de pan, levantaba obstáculos muy fuertes a la extensión de los cereales de primavera. Estos cereales eran escasos todavía en el siglo XII, incluso en las tierras de los señores y a pesar de los progresos de la caballería. Utilicemos los datos de un documento de interés excepcional, un inventario que el abad de Cluny mandó realizar hacia 1150 y que describe algunos de los dominios cercanos al monasterio borgoñón. En diez de ellos es posible discernir el lugar ocupado en la reserva señorial por los cereales de primavera y por los de invierno. Este lugar sólo es igual en dos; en otros siete, la cosecha de avena equivale a los dos tercios, la mitad, un tercio e incluso un cuarto de la de trigo y centeno, a cuya producción se dedica en exclusiva el último dominio. Sistema muy flexible, enteramente dependiente de

las necesidades del señor y de la aptitud de cada suelo. Se plantea aquí el problema de las leguminosas, base de todos los «potajes» que acompañaban al pan, según los reglamentos de los hospitales y leproserías de fines del siglo XII. Es indudable que los guisantes, las arvejas, las habas desempeñaban un papel importante en la producción campesina y en la alimentación, al menos en la de los pobres. Pero ¿se cultivaban estas leguminosas en los campos de labor y su cultivo se alternaba con el de los granos? ¿No se trata de una medida excepcional, impuesta por la penuria alimenticia, la tomada por el conde de Flandes, Carlos el Bueno, a comienzos del siglo XII, cuando ordenó que «cada vez que se siembren dos medidas de tierra, la segunda será sembrada… de habas y guisantes»? Galberto de Brujas explica así esta decisión: «Esta clase de legumbres crece más y más pronto, y los pobres podrán alimentarse más rápidamente si la escasez, el hambre y la miseria no cesasen durante el año[25]». Nada prueba que los beneficios agronómicos de estos cultivos, que contribuyen a reconstituir los suelos agotados por los cereales, hayan sido captados por los agricultores de la época.

Sería mucho más importante descubrir si el barbecho se redujo entonces y si, gracias a un perfeccionamiento de los medios de cultivo, los campesinos llegaron a reducir los períodos en los que los campos debían ser dejados en reposo para reconstituir de modo natural su fertilidad, y a extender, por consiguiente, el espacio productivo. A esta pregunta fundamental que plantea el problema del grado de intensidad del esfuerzo agrario —ya que pone en duda la realidad del progreso técnico— es imposible darle una respuesta: los textos de la época no hablan más que de las parcelas cultivadas y omiten toda referencia a las demás. Sin embargo, algunos indicios permiten pensar que, en zonas tan fértiles como Picardía, al menos en algunas explotaciones, a fines del siglo XII se practicaba un sistema de rotación trienal, que no dejaba en barbecho cada año más que un tercio de la tierra cultiva-

ble: un acuerdo firmado en 1199 entre dos señores especifica que cada tres años la tierra debe ser sembrada de cereales de primavera, que un masovero deberá dar trigo el primer año, avena el segundo y nada el tercero[26]. En la práctica, es indudable que este sistema, incluso en los campos poblados y fértiles, estaba lejos de haberse generalizado lo suficiente como para que se impusiesen al conjunto de un territorio obligaciones colectivas de rotación de cultivos. Éstas no aparecen atestiguadas con anterioridad a mediados del siglo XIII. Antes, la tierra arable era lo suficientemente vasta como para que cada cultivador conservase la libertad de elegir, en función de sus necesidades y medios técnicos, el sistema de rotación aplicado a sus cultivos. Sin duda, la mayor parte de los agricultores no se decidía a imponer a sus campos ritmos demasiado precipitados, cuyo efecto inmediato era disminuir notablemente el rendimiento de cada parcela. Era preferible dejar al suelo el tiempo necesario para que se regenerase y cultivar mientras tanto otras porciones de un espacio agrario que seguía siendo ampliable. Todo permite suponer que hasta fines del período que nos ocupa, el auge demográfico y los progresos en la ocupación del suelo no fueron lo bastante acusados como para quitar a la agricultura, en la mayor parte de las provincias de Europa, su carácter itinerante. He aquí dos testimonios que conciernen a la Isla de Francia, es decir, insistamos una vez más, a una de las regiones más caracterizadas por el dinamismo agrícola. En 1166, el rey de Francia permite a los campesinos cultivar antiguas tierras roturadas en bosques que le pertenecen, a condición de que «las cultiven y recojan los frutos durante dos cosechas solamente; y vayan después a otras partes del bosque». La práctica cuyo empleo se estimula aquí es la muy primitiva de una roza periódica que deja al barbecho un lugar considerable. Este método parece el único capaz, en un terreno sin duda mediocre, de procurar cosechas aceptables de las que el dueño de la tierra pueda obtener un beneficio apreciable. El segundo documento es

un siglo posterior. Da cuenta de un progreso cierto, puesto que el señor impone en principio a los campesinos a los que autoriza a roturar el bosque un ritmo trienal de cultivo; pero prevé derogaciones necesarias y de hecho autoriza a los cultivadores a dejar la tierra en descanso durante varios años seguidos «por razón de pobreza» (es decir, si se encuentran momentáneamente desprovistos del importante equipo que la intensificación del cultivo hacía necesario) o «para mejorar la tierra[27]». No hay, pues, ninguna norma, en parte porque el suelo es frágil y no conviene agotarlo exigiéndole demasiado, y en parte porque la reducción del tiempo de barbecho requiere un equipo de calidad que no está al alcance de los «pobres». Llegamos con esto al punto fundamental: si, en la Europa de los siglos XI y XII, la agricultura cerealista se desarrolló, fue principalmente gracias al trabajo y esfuerzo de los hombres. Éstos se dedicaron en mayor número al trabajo de la tierra, a remover el suelo para ayudarle, ante la falta de abonos, a regenerarse más rápidamente. Utilizaron para esto instrumentos aratorios más eficaces. El éxito agrícola de esta época se basa ante todo en un perfeccionamiento de las labores.

A mediados del siglo XII, cada masovero de un dominio dependiente de la abadía de Cluny debía prestar cuatro corveas anuales: una en marzo, antes de la siembra de la cebada y de la avena; las otras en otoño, en las tierras de barbecho, para preparar la siembra de los cereales de invierno mediante tres labores sucesivas. Era un progreso con relación a las prácticas habituales en las explotaciones mejor cuidadas de la época carolingia, en las que la tierra sólo era labrada tres veces al año. El rendimiento era dos o tres veces más elevado en este dominio que en las explotaciones vecinas, lo que es una prueba más de la incidencia primordial del laboreo en la productividad. Sin embargo, esta mejora era muy limitada: en los nueve dominios restantes que describe el inventario cluniacense seguía practicándose la costumbre ca-

rolingia de las tres vueltas. A la luz de los textos no se ve que el aumento de las labores se haya generalizado antes de finales del siglo XII. Si hubo mejora, hay que buscarla en los útiles de trabajo, en el arma principal de que disponía el campesino para trabajar la tierra, en lo que los redactores de los textos de este período designan todavía, indistintamente, con los nombres latinos de *aratrum* y *carruca*. El perfeccionamiento del arado es la hipótesis fundamental que hay que emitir, para este período oscuro de la historia agraria, a propósito de la evolución de las técnicas.

Hay que suponer ante todo que aumentó la fuerza de la yunta que tiraba del arado. Evidentemente, no es posible conocer la constitución física de los bueyes de labor, ni en la época de Carlomagno ni en la época de la tercera cruzada, y no es por tanto posible comparar su fuerza. Además, en todas las épocas hay bueyes de todo tipo, y los alimentados por los campesinos no tenían probablemente la misma fuerza que los criados en los establos de los señores con el heno de los mejores prados. Sin embargo, podemos imaginar que aumentó el número de animales de tiro existentes en las explotaciones agrícolas. Sólo conocemos bien las tierras de los señores, en las que, a través de indicaciones precisas, sabemos que los administradores se preocupaban de reforzar el ganado de trabajo. En nueve de los dominios dependientes de la abadía inglesa de Ramsey, el número de animales de labor aumentó del 20 al 30 por 100 entre fines del siglo XI y mediados del XII. En esta última fecha, los pesquisidores encargados por el abad de Cluny de preparar los elementos de un plan de desarrollo de la producción señorial propusieron, como la inversión más capaz de promover un progreso económico, adquirir bueyes para que los arados de los dominios estuviesen mejor equipados. Estas preocupaciones son significativas del valor que los hombres de esta época concedían al instrumento aratorio: lo consideraban el factor principal del desarrollo agrícola. En la base de esta mejora es preciso por tanto situar una utilización más

racional del sistema agropastoril, el desarrollo de la cría de reses bovinas y la elección decisiva que consistió en alimentar mejor a los animales de tiro y por consiguiente en cuidar más atentamente los prados de siega y en consagrarles más extensión en el espacio cultivado, para obtener cosechas mayores y de este modo alimentar mejor a los hombres. La ampliación, mal conocida, de los prados y una organización menos primitiva de las tierras de pasto fueron la base de todos los progresos del cultivo cerealístico. Añadamos que, sin duda, fueron adoptados, a lo largo del siglo XI, mejores procedimientos de tiro que —como en el caso del yugo frontal para los bueyes— permitían utilizar de modo más completo la fuerza de tracción del ganado. Por último, en algunas comarcas, los cultivadores prefirieron sustituir el buey por el caballo para los trabajos agrícolas. Esta mutación se produjo sin duda en las zonas más fértiles de Occidente durante la segunda mitad del siglo XII. En Picardía, las menciones de sernas realizables con caballo se multiplican a partir de 1160 y las alusiones a bueyes de labor desaparecen totalmente de los documentos a comienzos del siglo XIII. Entre 1125 y 1160, en un *manor* dependiente de la abadía de Ramsey, el número de bueyes se redujo a la mitad y el de caballos de tiro se multiplicó por cuatro. La ventaja del caballo es su rapidez. Uncirlo al arado era acelerar sensiblemente las labores de la tierra, era por consiguiente conseguir a la vez multiplicar las labores y practicar el rastrillado: ya la «tapicería» de Bayeux, a fines del siglo XI, muestra un rastrillo tirado por un caballo. Sin embargo, esta mejora del equipo aratorio no puede difundirse sino en los campos más ricos porque, como recuerda en el siglo XIII a los campesinos de Inglaterra Walter de Henley en su tratado de agronomía práctica «el caballo cuesta más que el buey», hay que herrarlo y alimentarlo con avena. Sólo pueden utilizarlo las sociedades rurales bien provistas de dinero y que, por practicar regularmente la rotación trienal, producen suficientes cereales de primavera. La

adopción del caballo de tiro parece, pues, señal evidente de un progreso de la economía rural. Indica que se ha franqueado un umbral. Sitúa, simultáneamente en el espacio y en el tiempo, el advenimiento de un sistema agrícola más productivo y el fin de un largo período de crecimiento insensible.

Durante esta fase es probable que, al menos en los campos más prósperos, se haya perfeccionado el arado. A la madera, en la que estaba enteramente construido en época carolingia, se añadieron elementos de hierro que reforzaron sus puntas de ataque: la cuchilla, la reja y la vertedera. Después del año mil los progresos de la metalurgia son indudables en toda Europa, y fueron estimulados por el deseo de la aristocracia de mejorar su equipo de combate. Desde las casas de los caballeros el uso del metal se difundió entre el campesinado, de la misma forma que se difundía la utilización del caballo: el progreso de las técnicas rurales procede —es otro aspecto del paso de una economía de guerra a una economía basada en la agricultura— de la aplicación al trabajo de los campos, ciertamente con retraso, de los útiles de la agresión militar. Este fenómeno se produjo durante el siglo XII. Es posible que con anterioridad se hayan aplicado algunas innovaciones técnicas a la metalurgia del hierro —utilización de hornos con aireación forzada, aplicación de los mecanismos del molino al refinado del metal—: desde 1086 se mencionan censos en hierro pagaderos por los molinos. En cualquier caso, a comienzos del siglo XII, en los Pirineos, los Alpes y el Macizo central, son frecuentes las alusiones a los martinetes, y por estos mismos años comienzan las menciones de minas de hierro: en su libro *Des merveilles*, Pedro el Venerable habla de los mineros de la región de Grenoble, de los peligros que corren en las galerías, de los beneficios que les produce la venta de sus productos a los herreros de las cercanías. Más numerosas son las alusiones a los talleres forestales en los que se trataba el mineral, como los ofrecidos en limosna por el conde de Champaña a varias abadías cistercienses

de la región entre 1156 y 1171. El metal se hace de uso más corriente: hacia 1160 los navegantes venecianos dejan de alquilar anclas para cada travesía; en adelante, cada barco posee la suya. El hierro producido en las zonas boscosas, en la proximidad del combustible necesario para la fundición, fue primero elaborado, según parece, en los centros urbanos. En Arras, hacia 1100, servía todavía esencialmente para fabricar instrumentos cortantes: cuchillos, hoces, layas. Pero pronto fue utilizado para fabricar las rejas de los arados. Así ocurría en el siglo XII en la ciudad de Metz, donde los siete «rejeros» formaban la asociación gremial más poderosa. Y rápidamente los herreros se establecieron en las zonas rurales cerca de la clientela campesina. Desde 1100, en Beauvaisis, se vendía carbón de forja en las aldeas. En Picardía se puede seguir la difusión de este artesanado rural: no hay ninguna huella anterior al siglo XII, pero entre 1125 y 1180 aparecen, en la documentación ocasional, treinta *fabri*; por estos años, existe un herrero en diez de las treinta aldeas próximas al priorato de Hesdin. Asombrosa proporción, sin duda mucho menor en provincias atrasadas que permanecieron fieles a los viejos útiles de madera, del mismo modo que a los bueyes de labor. Pese a todo, esta proporción es prueba de la amplitud del cambio tecnológico que se produjo antes de finales del siglo XII en el nivel más humilde de la actividad rural. Como la del molino, la aparición de la forja campesina —más tardía, pero, como ella, causante de la instalación en el seno de la sociedad campesina de un trabajador especializado muy dependiente sin duda del señor local, su principal cliente, si no el dueño de su cuerpo, y sin embargo colocado, por su misma función, en una situación privilegiada— es uno de los signos del crecimiento económico, del que es una consecuencia directa, puesto que no habría sido posible sin una elevación del nivel de vida de los campesinos, y al mismo tiempo sostiene y amplifica este crecimiento. Si es más costoso y si para adquirirlo hay que ahorrar, el útil que fabrica el herrero es mu-

cho más eficaz. Asegura, a quien no es demasiado pobre para emplearlo y para acompañarlo de buenos animales de tiro, cosechas menos mediocres, es decir, beneficios, el medio de afirmar su dominio sobre la tierra y de situar mejor a sus hijos. Todo un conjunto de indicios autoriza, pues, a situar en Europa occidental entre el año mil y los últimos años del siglo XII un momento capital de la historia de los medios de producción. En el centro de un amplio movimiento de progreso económico y de auge demográfico viene, según todas las probabilidades, a insertarse el perfeccionamiento del arado y de la yunta. El arado —es decir, el equipo formado por el útil, por los animales de tiro y por el hombre que los guía— adquiere cada vez mayor importancia en el seno de la economía rural. Tiende a convertirse en la célula económica de base, en lo que había sido el manso en la Alta Edad Media. En Picardía se comienza, a fines del siglo XI, a medir la tierra en «aranzadas»; en arados se evalúan las corveas en los inventarios señoriales del siglo XII, tanto en los de la abadía de Cluny como en los de los monasterios de Inglaterra, en el momento en que el «yuguero», es decir, el conductor del arado, aparece en la explotación agrícola como el primero de los trabajadores domésticos. En conclusión, puede afirmarse que el progreso técnico determina un cambio fundamental: el acrecentamiento del valor de los aperos con relación al de la tierra. Los elementos del progreso técnico —el hierro, el ganado— costaban muy caros. Una tarifa de peaje de fines del siglo XI en una aldea de la región de Angers nos revela el precio de los añadidos: un animal, si no estaba herrado, pagaba un dinero; si lo estaba, el doble. Y este desplazamiento del valor de las cosas influyó inmediatamente sobre la condición campesina. De dos maneras:

1. La clase de los trabajadores se hace más vulnerable con respecto a los ricos, porque el arado y la yunta son bienes muebles, porque están menos protegidos que la tierra por

las solidaridades familiares, porque su posesión está más estrechamente vinculada al movimiento del dinero y, sobre todo, porque es más fácil apoderarse de ellos. Los campesinos están más sometidos a la presión de los señores, que pueden dominar mejor a sus hombres prestándoles el ganado o amenazando con quitarles el que poseen; más sometidos a la presión de quienes tienen el numerario y de quienes se puede obtener en préstamo. Es perfectamente razonable pensar que el perfeccionamiento técnico estimuló de una forma especial el recurso al crédito en el mundo rural.

2. No todos los campesinos pudieron mejorar su equipo, porque les faltaba el capital necesario o porque la utilización de un instrumento demasiado pesado podía deteriorar el suelo que cultivaban. Así, el arado ligero siguió utilizándose en todos los campos de tierras ligeras y frágiles; así, la azada y los útiles de madera fueron el único equipo de las familias pobres. De esta forma durante el siglo XII se acrecentó la distancia entre las regiones como la Isla de Francia o Picardía, que pudieron adoptar todas las innovaciones técnicas y cuya vitalidad fue revigorizada, y las demás, especialmente las comarcas del sur, que permanecieron estancadas. Al mismo tiempo, en cada comarca se ahondaba el foso, ya visible en el siglo X, entre «los que hacen su trabajo con bueyes o con otros animales[28]» y quienes no tienen más que sus brazos para trabajar, entre los «labradores» (el término implica tal vez el respeto debido a los hombres que cooperaban con mayor eficacia al crecimiento general) y los «obreros manuales». Unos y otros fueron tratados de modo diferente por el señor. Es posible que, en algunas provincias, sólo los primeros hayan participado de modo pleno en la comunidad campesina. En el seno del campesinado igualado por las exigencias señoriales y en cuyo interior ya no eran visibles las diferencias basadas en la situa-

ción personal, nuevas disparidades económicas se introdujeron en el siglo XII en función del perfeccionamiento de los útiles de trabajo entre los habitantes de una misma aldea o entre los de comarcas vecinas.

A través de cuanto hemos dicho se ve el interés que tendría la medición de la incidencia del progreso técnico en el rendimiento de la empresa agrícola. Sin embargo, hay que renunciar a hacerla. Antes de fines del siglo XII, los métodos de la administración señorial son todavía muy primitivos; conceden poca importancia a la escritura y menos aún a las cifras. Los documentos son más decepcionantes que los de la época carolingia. Ante tanta escasez se siente uno tentado a sacar partido de todas las indicaciones, y especialmente de las proporcionadas por la descripción, a mediados del siglo XII, de los dominios de la abadía de Cluny, de la que proceden datos muy precisos, aunque excesivamente localizados. Los pesquisidores que visitaron estas tierras evaluaron las cosechas y las siembras de los cereales de invierno en seis dominios. Estos datos, semejantes a los que proporciona en el siglo IX la descripción del señorío real de Annappes, permiten aventurar una evaluación del rendimiento de la simiente. Varía mucho de un dominio a otro: en una explotación la cosecha es seis veces superior a la siembra; en otra, la relación es de 5 a 1 para el centeno y de 4 a 1 para el trigo; en los cuatro últimos dominios la proporción se mantiene entre 2 y 2,5 por 1. Llama la atención la escasa productividad. Hacia 1150 la tierra es ingrata en la mayor parte de estas grandes empresas agrícolas, en las que se siente la necesidad de mejorar el equipo —es el objetivo de la encuesta—, pero que sin embargo disponían ya de medios excepcionales. A pesar del amplio movimiento de expansión que tiene como escenario el campo europeo desde hace al menos dos siglos, para alimentar a los hombres hace falta mucho trabajo y amplios espa-

cios. Sin embargo, de los datos consignados se deducen dos hechos: si los rendimientos oscilan entre el doble y el triple en las diferentes explotaciones, depende de la calidad de los suelos sin duda, pero también, al menos en parte, es el resultado de un desigual nivel de equipamiento; el dominio en el que las cosechas son con mucho las mejores es aquél en el que los establos están mejor provistos y donde los arados son más numerosos; el alza de los rendimientos parece, pues, a través de este documento, muy directamente ligada a la intensificación de la labor. Hay que considerar, por otro lado, que la escasa productividad se halla acentuada en la investigación cluniacense por circunstancias climáticas desfavorables: los visitadores han observado que el año había sido malo y que los administradores calculaban que la cosecha normal era superior en un quinto. Si se efectúan las correcciones necesarias, inmediatamente se descubre que, incluso en las tierras menos fértiles y peor trabajadas, los rendimientos eran superiores a los que se pueden hallar a duras penas a partir de los documentos carolingios. Sin duda es muy arriesgado comparar indicaciones numéricas tan aisladas y por tanto privadas de la mayor parte de su valor. Al menos, se puede suponer que entre el siglo IX y el XIII (antes de que Walter de Henley considerara en su tratado de agronomía práctica que no era rentable una tierra que no produjera al menos tres veces lo sembrado) la productividad del suelo había aumentado al tiempo que se difundían insensiblemente las mejoras técnicas, y cuando aún el suelo cultivable era suficientemente amplio como para que no fuera preciso forzarlo y se le pudiese dejar el tiempo necesario de reposo. De ritmo muy lento, pero claramente más rápido a medida que los dueños del suelo se dedican a dotar a la empresa agrícola de medios más eficaces, este progreso no es desdeñable: cuando el rendimiento pasa de 2 a 3 por 1, se duplica la parte de la cosecha destinada al consumo.

Los efectos del alza de la productividad se hicieron sentir en toda la economía campesina. Cuando la tierra directamente explotada por ellos dio cosechas más abundantes, los señores y los administradores de los dominios, o bien pensaron en vender los excedentes —en uno de sus señoríos los monjes de Cluny, hacia 1150, llevaron al mercado la octava parte de la cosecha de cereales—, o bien, para quitarse de preocupaciones, redujeron la extensión de la reserva. En cualquier caso, y debido a que el perfeccionamiento de los útiles había hecho disminuir el valor de las sernas manuales, los dueños de los grandes dominios se hicieron menos exigentes con sus campesinos. Se sintieron inclinados a liberarlos poco a poco de sus obligaciones de trabajo, a no retenerlos en la reserva sino en las épocas de gran necesidad. De este hecho derivó un respiro decisivo para las explotaciones dependientes: pudieron utilizar a pleno rendimiento sus útiles de trabajo y su mano de obra. La aportación de un trabajo suplementario hizo que aumentara, más rápidamente tal vez que en el dominio, el rendimiento de la tierra; y en tales proporciones que pronto la superficie de las antiguas unidades agrarias fue demasiado grande para una sola familia. En los antiguos mansos pudieron establecerse fácilmente varias parejas. La parcelación de la reserva y el fraccionamiento de los mansos permitieron aumentar la densidad de poblamiento de cada comarca, al mismo tiempo que en cada célula familiar la disminución de las corveas y la mayor productividad del esfuerzo humano liberaban capacidades de trabajo en adelante disponibles para la conquista agraria. La ocupación de las tierras incultas, la extensión del espacio cultivado, estuvieron, pues, directamente relacionadas con el alza de los rendimientos, y esto en un doble sentido: la favorecieron al ampliar la zona en que podía realizarse la rotación de los cultivos, al dejar al barbecho, al tiempo de descanso sin el cual la tierra se habría agotado, todo el tiempo necesario, a pesar de la intensificación de la ocupación humana; y al mismo tiempo se beneficiaron del

alza de los rendimientos, puesto que el aflujo de mano de obra a las zonas de roturación procedía de los lugares en los que cosechas abundantes hacían proliferar las familias y multiplicar los brazos disponibles para el trabajo.

LA ROTURACIÓN

Roturar era una operación corriente en el sistema agrario de la Alta Edad Media. Cada año había que abandonar antiguos campos que el cultivo había agotado y crear otros nuevos a expensas de las extensiones incultas. La lenta rotación de las tierras de labor en el interior de una zona que en su mayor parte era temporalmente abandonada a la vegetación natural hacía del campesino un pionero continuo. Lo fue mientras la insuficiencia de los abonos obligó a mantener el barbecho. En el espacio agrario regularmente organizado, que comienza a ponerse en funcionamiento a fines del período que nos ocupa, la primera labor de barbecho es el equivalente de la última forma residual de las rozas temporales. La roturación se integra, pues, en el conjunto de las prácticas de la agricultura cerealista. Era ante todo un paliativo a la deteriorización de los suelos, una medida indispensable para mantener el nivel de los rendimientos.

Sin embargo, este acto tomó un significado económico distinto cuando, en lugar de desarrollarse en un área de cultivo de límites estables, desbordó estos límites. Tomó entonces el aspecto de una verdadera conquista que desembocaría en la ampliación duradera del espacio alimenticio. El retroceso del yermo ante el campo permanente fue sin duda, en Europa occidental, la gran aventura económica del siglo XII. El empuje demográfico y los perfeccionamientos técnicos la pusieron en marcha. Para sacar

partido de las extensiones incultas, para desembarazarlas de la vegetación silvestre, para domesticar los arroyos y pantanos, se necesitaban mejores útiles: así, las tierras pesadas del Schleswig, empapadas de agua, no pudieron ser provechosamente sembradas hasta que fue posible trabajarlas con arados lo bastante fuertes como para, en dirección longitudinal, trazar profundos surcos y realizar de este modo una especie de drenaje. Era preciso también que un número cada vez mayor de trabajadores fuera incitado a lanzarse a empresas trabajosas e inciertas, superando los temores instintivos que las zonas desiertas inspiraban a sus antepasados. Dicho de otro modo, era necesario que la ocupación humana fuera excesivamente densa en las tierras antiguas. La escasez fue el verdadero resorte de la expansión agraria, y sus verdaderos autores fueron los pobres, los hijos demasiado numerosos que no podían hallar alimentos en las tierras familiares a pesar de que los progresos técnicos hubieran acrecentado la capacidad de producción, siempre más lenta de lo que exigía el desarrollo demográfico. Era preciso, por último, que los dueños de tierras vírgenes, es decir, los señores, no se opusieran a la iniciativa de los roturadores. Si éstos pudieron en ocasiones realizar su trabajo clandestinamente y, eludiendo la vigilancia de los guardabosques, les fue posible preparar, en los límites de las soledades forestales o de las zonas pantanosas, parcelas cuya plena propiedad reivindicaban —los alodios campesinos nunca fueron más densos que durante el siglo XII en los confines de las zonas yermas mal guardadas—, la conquista agrícola fue también obra de los ricos, puesto que la tierra inculta les pertenecía en toda su extensión. En un cierto momento, los señores eclesiásticos y, sin duda en mayor número, los laicos cedieron a la presión de los pobres en búsqueda de asentamiento. Autorizaron las empresas de colonización. Acogieron, «albergaron», como se decía entonces, a estos «huéspedes». En una etapa posterior hicieron algo mejor: animaron a los pioneros, los trajeron, se los disputaron.

Dicho de otra manera, fue preciso que la aristocracia territorial modificase por etapas su comportamiento económico ancestral. Los dueños de tierras yermas prefirieron sacrificar algunos de los placeres que las zonas forestales, los pantanos y los cotos les proporcionaban como cazadores. Se dieron cuenta de que el poblamiento de las comarcas todavía desiertas sería a largo plazo fuente de ingresos suplementarios, aunque previamente debieran gastar dinero para acelerarlo. Sintieron la necesidad de acrecentar sus recursos y comprendieron que una modificación del paisaje podía ayudarles. Digamos simplemente que se hicieron más sensibles al espíritu de lucro. Dentro de una mentalidad económica enteramente dominada por el gusto del gasto, por la intención de sacrificio o de «largueza», común a todos los señores, tanto laicos como eclesiásticos, fueron sin duda las operaciones de roturación, los esfuerzos para llevar más adelante el cultivo y para dar más valor a la tierra, los primeros que dieron un sentido a la palabra ganar. El vocabulario lo prueba: en la Lorena del siglo XII, ¿no reciben el nombre de *gagnages* las nuevas explotaciones creadas a partir de cero en medio de los bosques? Poner en evidencia esta modificación fundamental de las actitudes psicológicas no es la menor tarea de la historia de las grandes roturaciones medievales. Desgraciadamente, la cronología de esta historia es muy imprecisa.

Esta imprecisión depende ante todo de la penuria de las fuentes explícitas. Pero se halla agravada por el hecho de que existen muchas formas de roturación que no se desarrollaron al mismo ritmo.

1. La forma más simple fue la ampliación progresiva del claro aldeano. Fue con mucho la más corriente. Es prácticamente la única cuyas huellas pueden hallarse en muchas provincias, como el Mâconnais o el Perigord, donde todas las células agrarias existían desde época romana. Se considera

que en Picardía se deben a esta modalidad los cinco sextos de las tierras ganadas al yermo. Pero fue obra de numerosas iniciativas individuales, realizadas esporádicamente, con medios precarios y de las que los documentos casi nunca hablan. Sólo en circunstancias muy excepcionales es posible captar su imagen: la tenacidad de una abadía cisterciense, la de La Ferté-sur-Grosne, para extender su patrimonio a base de pacientes compras, muestra, a través de las piezas de un cartulario, campos y prados nuevos, muchos de los cuales llevan el nombre del campesino que los creó, infiltrándose en todas direcciones en un bosque borgoñón a lo largo del siglo XII; el cuidado que pusieron los monjes de Ramsey en enumerar sus derechos, que hace aparecer, a partir de la segunda mitad del siglo XII, una extensión de ciento cuarenta hectáreas roturadas, en el interior de un dominio, ocupadas por treinta campesinos; el deseo de Suger, abad de Saint-Denis, de justificar sus medidas de administración, que le hizo describir detalladamente las mejoras introducidas en la gestión de los dominios y enumerar, de modo especial, los huéspedes que acogió en algunas «cortes» para intensificar su puesta en cultivo… Pero la mayor parte de las veces hay que deducir la existencia de este modo de roturación a partir de indicios menos seguros, generalmente difíciles de fechar: las huellas que han dejado en las estructuras de la tierra y en la toponimia rural las tareas de los campesinos medievales —las menciones de censos que, como en Francia el *champart* o la *tâche*, fueron específicos de los mansos creados por roturación—, los conflictos a que dio lugar la percepción de los diezmos llamados «novales» en las tierras antiguamente improductivas y ahora capaces de proporcionar cosechas. Se puede basar igualmente en los indicios botánicos, y especialmente en el polen de las turberas; la curva que es posible establecer en

algunos lugares de Alemania atestigua una brusca extensión de los cereales en los alrededores del año 1100. El impulso que hizo poco a poco ampliarse los límites de la tierra cultivable parece haberse iniciado mucho antes de esta fecha. ¿Se llegó acaso a interrumpir en Germania a partir del siglo VII? Se adivina este movimiento en Normandía, en el bosque del Cinglais, desde el siglo X, y las primeras rozas visibles en la documentación de la zona de Mâcon son anteriores al año mil. Con frecuencia se trata de una reconquista, de un simple esfuerzo de reocupación de zonas abandonadas, como en la Gatine del Poitou, donde durante todo el siglo XI, la expansión agraria sólo afecta a antiguas tierras abandonadas durante largo tiempo. Se trata a veces de avances temporales, realizados momentáneamente sobre tierras decepcionantes: un acta de donación, hacia 1075, hace entrever, en Berry, «una tierra en la que crecen matorrales, en la cual antiguamente estaban situadas las rozas de algunos campesinos». Lo que es seguro es que el movimiento se aceleró en los últimos decenios del siglo XI, que se generalizó hacia estos años y que, como lo demuestran las series estadísticas realizadas para Picardía, mantuvo su impulso durante todo el siglo XII. El momento de la plena intensidad del fenómeno parece situarse entre los años comprendidos entre 1075 y 1180. Es difícil precisar sus relaciones con el auge demográfico, cuya cronología es igualmente incierta. Se ha intentado hacerlo a propósito de los campos de Picardía y se ha emitido la hipótesis de que la extensión de las zonas de cultivo era sensiblemente anterior al gran impulso que, después de 1125, hizo que aumentara más rápidamente el número de hombres. En cualquier caso, las familias campesinas fueron las primeras en beneficiarse de este movimiento espontáneo, lento, insidioso y que, por estas razones, no halló una fuerte resisten-

cia señorial. Casi de un modo general, la tierra roturada era dedicada en los primeros años a la producción de hierba, es decir, que las rozas permitieron, en un primer momento, desarrollar la cría de animales de tiro y reforzar el equipo aratorio. Después era sembrada y su suelo joven, en el que los trigos crecían bien, tomaba el relevo de los antiguos campos del *in-field* para dar a los hombres su alimento. También los señores se beneficiaron de estas roturaciones, y de modo especial los pequeños, los que vivían en la aldea y dirigían de cerca su explotación agrícola. Ellos también dedicaron su equipo doméstico a roturar, a enriquecer la reserva señorial con nuevas tierras. Pero sobre todo permitieron que continuara el lento avance de las rozas e insensiblemente, sin haberlo buscado, obtuvieron beneficios. Como vigilaban de cerca a los campesinos, pudieron obligarles a pagar censos considerables por las nuevas parcelas que éstos habían acondicionado en los confines del yermo. Generalmente percibieron una parte de la cosecha. Por último, como frecuentemente eran los dueños de los diezmos parroquiales, pudieron sin esfuerzo quedarse con una nueva parte de las cosechas conseguidas en las zonas de roturación.

2. La roturación adquiere un carácter distinto cuando hace surgir un nuevo núcleo de poblamiento, cuando la acción pionera tiene lugar en el corazón del espacio inculto para atacarlo desde el interior y destruirlo poco a poco. En numerosas regiones, las zonas forestales o húmedas situadas entre los claros eran estrechas, y la ampliación de las labores les fue quitando terreno hasta prácticamente destruirlas, hasta suprimir los obstáculos naturales que servían de límite entre los distintos territorios. Pero también había amplias extensiones abandonadas que comenzaron a poblarse poco después del año mil. Fueron atacadas en prin-

cipio por hombres que no fijaban en ellas su residencia. Algunos recorrían el bosque para explotar los productos cuya demanda hacían aumentar los lentos perfeccionamientos técnicos: los fabricantes de hierro o de carbón de madera aparecen cada vez con mayor frecuencia en los textos del siglo XII. Junto a ellos encontramos religiosos que huyen del mundo. Los eremitas, numerosos en los países del oeste de Francia a partir del siglo XI, fueron quizás los primeros en abrir, para alimentarse, nuevos claros en medio de las zonas desiertas. Después se establecieron en estas regiones las filiales de las órdenes religiosas: cistercienses, cartujos, canónigos reformados, cuya regla prescribía un aislamiento absoluto. Desde fines del siglo XI, al parecer, grupos de campesinos se instalaron en algunas provincias de Galia, como Anjou, Maine, Poitou y quizás la Isla de Francia, en los *bordes* o islotes dispersos entre los bosques y las landas. Por último, hacia 1175, se comienzan a descubrir las huellas, en los documentos franceses, de explotaciones de importancia que algunos ricos han acondicionado a cierta distancia de las tierras cultivadas. Así se creó, en los espacios que separaban a las antiguas aldeas, un hábitat intercalar. Se caracteriza por la diseminación de las unidades de poblamiento, cada una de las cuales se instala en el centro de un conjunto compacto de huertos, campos de cereal y prados; estas parcelas están cercadas para ser protegidas de los ataques de los animales del bosque; el paisaje está erizado de setos; es, como se dice en la Francia del oeste, un *bocage*. Esta forma de conquista agrícola, sensiblemente más tardía que la precedente, parece haber tenido un mayor desarrollo en regiones como Maine, donde la *villa* de la Alta Edad Media había sido menos coherente y la ocupación del suelo muy débil. Pero a fines del siglo XII tendía a extenderse por todas partes, debido a dos razones: los progresos del

equipamiento campesino permitían en adelante a los agricultores liberarse más fácilmente de las solidaridades colectivas y prescindir de la ayuda mutua campesina, aventurarse solo y fundar una explotación menos dependiente de las obligaciones de vecindad. Las mejoras técnicas dieron vía libre, de este modo, al individualismo agrario, contenido en las antiguas tierras por trabas que la intensificación de los cultivos hacía cada vez más estrictas. Por otro lado, las explotaciones creadas en un medio forestal y pastoril se orientaron menos abiertamente hacia el cultivo cerealista. El mantenimiento del árbol y de los pastos redujo la zona reservada a los cereales. Su sistema de producción respondía a las nuevas tendencias de una economía de consumo menos primitiva: en los últimos decenios del siglo XII, un sector cada vez más amplio de la sociedad europea reclamaba menos pan, más carne, lana, madera, cuero. Se iniciaba la época de una utilización sistemática del bosque, que hizo la prosperidad de leñadores y pastores. Los progresos del poblamiento rodeado de setos acompañaron esta mutación.

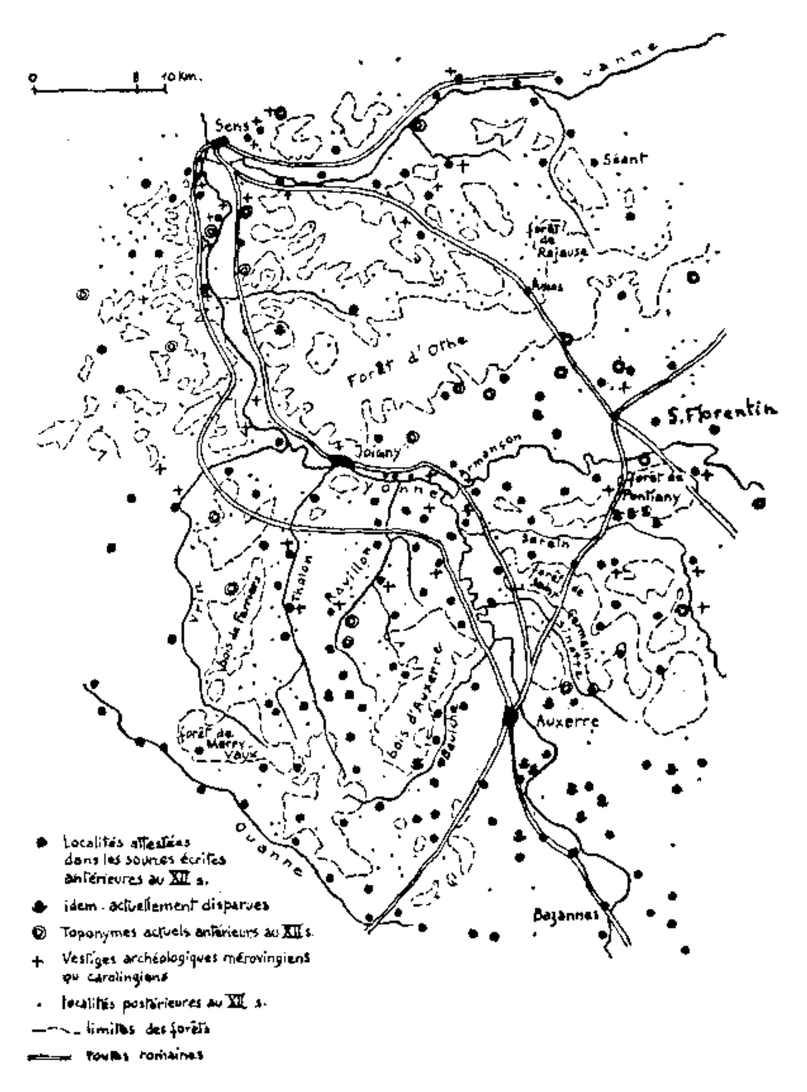


Fig. 3.Mapa de población del valle medio del Yonne en el siglo XI, según La Roncière-Cortamine-Delort-Rouche, *L'Europe au Moyen Age*, 1969, Colín, Colección «U», t. 2.

3. Por último, el ataque a las soledades incultas se manifestó de una nueva forma: la fundación de nuevas tierras. Este aspecto es, con mucho, el mejor documentado, porque con frecuencia estas creaciones fueron preparadas por acuerdos, muchos de los cuales fueron escritos. La cronología del movimiento es aquí menos imprecisa. Una vez

más a fines del siglo XI, al parecer, se inició este movimiento en Flandes, en Italia del norte —donde fueron emprendidas grandes obras para contener las inundaciones del Po, en la región de Mantua, en Polesina o en la región de Verona, donde los *latifundia* casi enteramente incultos se dividieron en territorios nuevos—, en Inglaterra del sudoeste, en Normandía, en la región tolosana quizás algunos años más tarde, en Germania o en Brabante. Alcanzó su apogeo a mediados del siglo XII. A veces —y sin duda con mayor frecuencia de lo que nos dejan entender las fuentes escritas, porque en este caso la documentación falta— nacieron nuevas aldeas gracias a una inmigración espontánea salida de los lugares próximos: en menos de cuarenta años, en los alrededores de 1100, se formó así en la región de Weald una aglomeración que contaba con ciento quince familias campesinas. Pero la mayor parte de las empresas de este tipo fueron suscitadas por la iniciativa de los señores. Precisemos bien: de los mayores, de los dueños del *ban* que habían heredado de los soberanos la posesión de las grandes extensiones incultas. Decidieron arrancarlas al yermo y convertirlas en campos de labor. Pagaron el precio necesario para multiplicar el número de sus súbditos. Al hacerlo, se preocupaban menos de realizar beneficios propiamente agrícolas que de acrecentar el importe de los tributos y de los derechos de justicia; les interesaba más establecer, para mejor controlar el territorio, comunidades que pudieran eventualmente cooperar a la defensa del país. Para ellos era ante todo una operación fiscal y política.

Esta última forma de roturación difiere, pues, por sus incidencias económicas, sensiblemente de la segunda y muy fuertemente de la primera. Implica ante todo una decisión formal por parte del señor, que abre a los pioneros el bosque, las zonas pantano-

sas, las extensiones de las que se retira el mar: estamos, pues, ante una opción y una reflexión consciente sobre los beneficios de la empresa y sobre los sacrificios que merece. Por otro lado, se inserta más estrechamente en una economía monetaria, porque el señor cuenta ante todo con efectuar cobros en dinero de los nuevos habitantes de la tierra, y para hacer que acudan, para instalarlos, necesita las más de las veces adelantar fondos. Transformar un desierto en un lugar habitado exigía un trasvase de población a veces desde largas distancias. Campesinos llegados desde Flandes, a petición de los obispos, ocuparon las zonas pantanosas de Alemania del noroeste, crearon terrenos de pasto, más tarde campos de trigo, y su desplazamiento en los primeros años del siglo XII no fue más que la primera oleada de una fuerte migración. Ésta llevó en el curso del siglo a unos doscientos mil colonos alemanes más allá del Elba y del Saale, hacia suelos fértiles de los que los eslavos sólo cultivaban los más ligeros, y que los colonos pudieron cultivar gracias a sus mejores útiles. Para atraer a los hombres había que prometerles ventajas, crear una «salvedad» rodeada de cruces en la que escaparan a las violencias, establecer, mediante acuerdo oral o escrito, que los pobladores serían liberados de las exacciones más pesadas y que la explotación señorial sería menos opresiva que en sus lugares de origen: «Los habitantes serán exentos y libres de tallas y de cualquier exacción injusta; no irán en hueste sino en los casos en que puedan regresar a su casa en el mismo día o en caso de guerra…; las multas por delitos serán de cinco sueldos para los que merezcan sesenta, de doce dineros para quienes deban ser castigados con cinco sueldos, y quien se quiera purgar mediante juramento podrá hacerlo y no pagará nada[29]». Éstas eran las ventajas ofrecidas en 1182 por el rey de Francia a los campesinos que acudieran a fundar una aldea en uno de sus bosques.

Era preciso además que estas condiciones fuesen dadas a conocer, que fueran difundidas en los lugares propicios, en aquellos

donde la superpoblación apareciese más penosa, las cargas señoriales más duras, y que se pusiese a disposición de los emigrantes los bienes muebles necesarios para su desplazamiento y para su primera instalación. La organización de una publicidad, de las entregas de fondos eran indispensables. Bien porque los dueños de áreas colonizables eran demasiado importantes para interesarse personalmente en la operación, bien porque estaban demasiado desprovistos de numerario para financiar la empresa, la fundación de nuevas aldeas se realizó muy a menudo mediante una asociación. A veces, por medio de los contratos llamados en Francia *pariages*, un señor laico, dueño del suelo que se quería poner en explotación, se entendía con un establecimiento religioso cuyas relaciones lejanas podían favorecer el reclutamiento de los colonos y que hallaba fácilmente en su tesoro el dinero que era necesario invertir. Los dos asociados prometían dividir a partes iguales los beneficios. A veces, y éste fue el caso más corriente en Germania, el señor se ponía de acuerdo con un *locator*, un verdadero contratista, hombre de Iglesia o segundón de familia aristocrática, que tomaba el asuntos en sus manos y recibía en recompensa un establecimiento en la nueva aldea y una participación en los ingresos señoriales: «He dado a Heriberto una aldea llamada Pechau, con todas sus dependencias en campos, prados, bosques y aguas, para cultivarla y hacerla fructificar, en la condiciones acordadas entre él y yo; para los habitantes que él instale en estas tierras he creado la jurisdicción que se llama el derecho burgués para todas las causas y procesos; he concedido en feudo a Heriberto seis mansos…; este mismo Heriberto, y después de él su heredero, administrará justicia en todos los procesos que tengan lugar entre los habitantes…; de todos los beneficios de la justicia, dos tercios serán para mí o para mi sucesor y el otro se entregará a Heriberto o a su heredero[30]»: he aquí, a modo de ejemplo, las estipulaciones del tratado que el arzobispo de Magdeburgo concluyó en 1159 con uno de estos organizado-

res de la conquista agraria. En la vanguardia de la ocupación de nuevas tierras, y de todo el dinamismo que lleva consigo la economía del siglo XII, no dejemos de situar a este pequeño grupo de contratistas, que permanecieron apegados a la tierra, pero llenos de medios y de ambición, y que supieron hacer compartir a los grandes señores, cuyos intereses servían, el espíritu de lucro, del que nadie como ellos estaba animado, en los campos de la época.

En el estado actual de nuestros conocimientos, podemos afirmar que el movimiento de roturación se inició aquí y allá primero lenta, insensiblemente, sin duda desde el siglo X, si no antes, en el momento en que la población comenzaba a aumentar. Después, poco a poco, al mismo tiempo que se difundían las innovaciones técnicas y que se incrementaba la presión demográfica, el movimiento se amplió. Pronto intervinieron directamente para estimularlo las decisiones de los señores y de sus auxiliares. Se puede, dentro del período objeto de nuestro estudio, situar su momento de mayor intensidad en el siglo XII y, quizás, con mayor precisión entre 1140 y 1170. En cuanto a sus efectos, fueron múltiples y complejos. Provocó ante todo profundos cambios en el aspecto del paisaje rural. No sólo porque disgregó los grandes espacios incultos que limitaban el espacio europeo de la Alta Edad Media y dificultaban las comunicaciones, sino también porque comenzó a modificar radicalmente la conformación de la tierra. Esta transformación interna de las estructuras agrarias es difícil de seguir. Fue sin duda más o menos precoz según las regiones; pero el siglo XII, en líneas generales, es solamente el comienzo de un proceso que se desarrollaría a lo largo de decenios. Es en cualquier caso un hecho decisivo en la historia de la economía rural. El trabajo de los roturadores extendió el área de ocupación muy poco determinada de la que cada aglomeración campesina sacaba su subsistencia; pero, al mismo tiempo, el creci-

miento demográfico tendía a concentrar el hábitat en el centro de esta tierra en expansión. Y mientras que los límites retrocedían poco a poco, mientras que en las zonas de contacto se creaban nuevos prados capaces de alimentar un mayor número de bueyes, susceptibles por tanto de producir más estiércol, las parcelas centrales del espacio agrícola, las trabajadas desde los primeros tiempos, un poco viejas por tanto, pero también las más cercanas a las casas, a los establos, a los corrales, y por consiguiente las mejor provistas de abono vegetal y de estiércol, se convirtieron poco a poco en lugares de cultivo menos extensivos, sometidos a ritmos de rotación más apretados, en los que el barbecho tenía cada vez menor duración. Este núcleo de agricultura más exigente se amplió poco a poco a medida que se extendía en la periferia el área de las tierras nuevamente roturadas, es decir, una organización más metódica de la cría de ganado bovino. A fines del siglo XII quedaba todavía en casi todas partes lugar para nuevas roturaciones y para que persistiese durante algún tiempo la necesaria flexibilidad entre los *royes*, los *soles*, los *Gewannen*, por una parte, situados en el corazón del término de la aldea y amenazados de agotamiento por la intensificación de los métodos de cultivo, y, por otra, las franjas pioneras menos oprimidas por las obligaciones colectivas, que se beneficiaban de la juventud de un suelo todavía virgen. Amplios espacios se ofrecían aún para acoger a los hombres sobrantes y para disminuir en todas partes la presión del poblamiento. Esta situación explica que los rendimientos agrícolas hayan podido elevarse y que las hambres, si no desaparecieron, al menos perdieran su carácter trágico, favoreciendo un crecimiento equilibrado de la producción y del número de hombres.

Una flexibilidad semejante parece haberse introducido igualmente en la condición campesina gracias a las roturaciones. Éstas aceleraron la disolución de los antiguos marcos en los que se inscribía la explotación señorial. El manso acabó de desaparecer en

el siglo XII en la región parisina, mientras que en las zonas nuevamente puestas en cultivo proliferaban dos nuevos tipos de mansos: el sometido a censo y el sometido al *champart*, es decir, a entregar una parte de la cosecha al señor. En el primero, el censo anual era fijo; en el segundo era proporcional a la cosecha y por tanto era el método más apropiado para las tierras de las que no se sabía, antes de eliminar los matorrales, cuánto producirían. Pero, en uno y otro manso, las cargas afectaban a parcelas que podían cambiar de dueño fácilmente, integrarse en una explotación, ser separada de ella, y en casi todos los casos estaban excluidas las prestaciones en trabajo. Por otra parte, la fundación por los organizadores de la conquista agraria de lugares francos y de salvedades, en las que los inmigrantes tenían la seguridad de gozar de privilegios evidentes, de ser tratados como «burgueses», es decir —tal es el sentido de la palabra en el vocabulario de la época— de beneficiarse, en virtud de su residencia en estos lugares, de una disminución de las exacciones, obligó a los dueños de las viejas tierras a abrir un poco la mano y a reducir sus exigencias. De esta forma, una especie de libertad se difundió poco a poco en el conjunto del mundo rural, a partir de los frentes pioneros en los que era necesario prometer mucho a los autores de la expansión agrícola. Sin duda, se puede pensar que el inmigrante sin recursos, al que el hambre y el deseo de fundar un hogar empujaban a aventurarse con las manos vacías en las zonas de roturación, se hallaba a merced del señor de la tierra y de sus agentes, sus mandatarios. No faltan ejemplos, en las áreas donde la roturación avanzaba con rapidez, de un endurecimiento de la dependencia personal. Parece cierto, sin embargo, que el ataque del yermo hizo desarrollarse entre los trabajadores del campo categorías sociales menos duramente explotadas, la de los *Königsfreien*, a los que los reyes de Germania ayudaron a establecerse en el siglo XII en los bosques de sus dominios; la de los *hôtes*, que pululaban por los mismos años en la mayor parte de los campos

franceses. Estos últimos, desde mediados del siglo XI, cuando la extensión de las tierras de cultivo se hallaba en sus comienzos, formaban al margen del grupo aldeano indígena un cuerpo de mano de obra cuyo asentamiento favorecía el señor, que los trataba menos duramente. Estaban exentos de las cargas colectivas que pesaban sobre los mansos antiguos; eran más libres. De sus filas salieron quizás los molineros y herreros. Su número creció a medida que los progresos técnicos ampliaron la capacidad de acogida de los señores. Y llegó el momento en el que la costumbre extendió los privilegios de que gozaban al conjunto de la comunidad de la aldea. Parece cierto que el impulso demográfico, la mejora del equipo y la ampliación del espacio agrario aseguraron a la aristocracia tal aumento de bienes que pudo, a fines del siglo XII, sin resentirse a corto plazo, aflojar ligeramente y de modo temporal su presión económica sobre la masa de los trabajadores.

3. LOS SEÑORES

El siglo XII fue en Europa la época del campesino conquistador. Las exigencias de los señores lo empujaban hacia adelante: para responder, sembraba trigo, plantaba viñas, trataba de conseguir, vendiendo su trabajo o en los mercados los productos de la tierra, el dinero para el pago de los censos o de las multas judiciales. Pero en sentido inverso y al mismo tiempo en forma complementaria, la independencia que poco a poco alcanzaba el campesino le servía también de estímulo. En efecto, deliberadamente o no, los señores redujeron ligeramente la utilización del trabajo campesino. Fue su modo de invertir: dejar a los trabajadores con qué desarrollar las fuerzas de producción de su familia, criar más hijos, alimentar mayor número de animales de tiro, añadir al arado las piezas necesarias, ganar tierra de cultivo a expensas de las zonas incultas. Entre 1075 y 1180, el modo principal de inversión y de ahorro fue el relajamiento de las cargas señoriales. Esta liberación, que fue sin duda el agente más activo del crecimiento, se manifestó especialmente en tres niveles.

1. El pequeño alodio, la tierra campesina independiente, era muy vigoroso en casi todos los campos de Occidente. En las proximidades de Cluny, los monjes compraron, en 1090, parcela a parcela todo un término; entre los vendedores había quince campesinos; seis eran en parte masoveros, pero sólo en parte; la tierra que cedieron los demás estaba libre de toda dependencia. Sin duda la propiedad de los pobres estaba amenazada, al igual que la de los ricos, por las divisiones sucesorias y por la práctica de donaciones piadosas y, además, por la presión de los grandes dominios próximos que intentaban absorberla. Pero se recons-

truía sin cesar, bien gracias a los contratos, muy numerosos, que dejaban al trabajador, en plena propiedad, la mitad de la tierra señorial que plantase de viñas, bien por medio de las roturaciones clandestinas, bien con frecuencia por el fraude, cuando el masovero conseguía liberarse de sus obligaciones durante el tiempo suficiente para que, según la costumbre, la tierra que explotaba fuese considerada libre de todo censo. De hecho, se puede observar, en algunas regiones, que progresivamente, a lo largo del siglo XII, las alusiones a los pequeños alodios se hacen menos frecuentes: su proporción entre los bienes territoriales que mencionan los documentos de Picardía pasa del 17 por 100 en el primer cuarto de siglo al 4 por 100 en el segundo y al 2 por 100 en el tercero. Añadamos que hay comarcas en las que la propiedad alodial es desconocida, como en Inglaterra. Pero cuando el alodio es desconocido o pierde terreno se produce generalmente un aumento de los mansos que no deben casi nada al dueño del suelo o le deben tan poco que su situación económica no difiere de la de los alodios. En la práctica, los señores dejaron reforzarse el dominio de los campesinos sobre la tierra, cediéndoles casi totalmente los beneficios de la explotación. Pero si les daban más medios de enriquecerse es porque sabían que estaban en condiciones de conseguir, por otros medios, una parte de los ahorros de los campesinos.

2. El manso sufre otra modificación que contribuye igualmente a hacer más débiles los lazos entre los trabajadores de la tierra y los dueños. El manso, como hemos visto, se había disgregado. Mantuvo su cohesión en los campos del sur de Galia, menos profundamente afectados por el progreso técnico, y también en algunas regiones, como el noroeste de Germania, en las que la costumbre prohibía de modo terminante la división del manso entre los herede-

ros. Pero en las demás regiones desapareció. A fines del siglo XI no existían mansos en Normandía. En Picardía había sido reemplazado por lo que los textos llaman el *courtil*, parcela más reducida creada por el desmembramiento del manso. Hacia 1150, en una zona de Borgoña, sólo tres de los diecinueve mansos que citan los textos no estaban fragmentados. Esta evolución, fue precipitada por el crecimiento demográfico, por el alza de los rendimientos de la tierra y, finalmente, por la extensión de la superficie cultivada, que permitió constituir explotaciones nuevas, uniendo las parcelas roturadas en la periferia del término a los fragmentos de los antiguos mansos. Pero si los marcos en los que se había inscrito inicialmente la explotación por los señores del trabajo campesino se disolvieron, fue sin duda y ante todo porque no respondían a las nuevas condiciones de la economía campesina. Ante la nueva situación, la familia campesina consideraba ventajoso desprenderse de este dogal que le impedía desarrollarse libremente; los dueños del suelo consideraban ventajoso cobrar sus derechos no sobre los hogares (sentido que se puede dar al manso), sino sobre cada una de las múltiples parcelas cuya movilidad les permitía ajustar de modo flexible sus exigencias señoriales a las capacidades reales de los dependientes.

3. Por último, bien gracias a un acuerdo entre señores rivales que se disputaban el poder sobre los campesinos, bien por la concesión de una carta de franquicia o de las cartas de poblamiento, preliminares a la fundación de una nueva aldea, o bien a través del juego de estas «relaciones de derechos», de estos *Weistümer* por medio de los cuales los súbditos de los señoríos alemanes o lotaringios procedían periódicamente a la recitación de la costumbre, los campesinos ganaron poco a poco lo que se llamaba entonces la libertad, es decir, privilegios. Se puso coto a la arbitrariedad del se-

> ñor; los usos fueron codificados, y los lazos más fuertes de la servidumbre fueron desatados al procederse a la redacción de la costumbre. Los señores consintieron, porque estas concesiones contribuían a multiplicar el número de familias campesinas sometidas a su poder, y permitían a todos los campesinos reunir más dinero (en las cartas de franquicia que se difundieron por los campos franceses durante la segunda mitad del siglo XII las cláusulas destinadas a estimular los intercambios comerciales en la aldea ocupan un lugar, por su novedad, muy significativo). Por último, todos estos abandonos no suprimían el poder fiscal de los señores. Este poder era regularizado, y por esta razón se hacía más eficaz.

En efecto, los trabajadores obtuvieron, dentro del marco del crecimiento, que las riendas se aflojaran. Pero no se libraron de ellas y los señores no dejaron de apoderarse de la mayor parte de los bienes producidos por los campesinos. Los tomaron de otra forma, con una comodidad que favorecía, sin duda de modo determinante, la vivacidad creciente de la circulación monetaria. Y este dinero fue utilizado por los señores, como siempre, para gastar más.

EL EJEMPLO MONÁSTICO

Ningún ejemplo mejor para percibir las actitudes económicas de los señores que el de los grandes monasterios benedictinos, por ser los mejor conocidos. Los esfuerzos realizados desde fines del siglo XI para reformar la vida religiosa llevaron a defender mejor y a dirigir mejor su patrimonio y, por consiguiente, a luchar contra las intromisiones de los laicos, a proteger las piezas

de archivo que fijaban los derechos de la casa, a reanudar las tradiciones carolingias de la escritura, a ordenar reglamentos internos de la misma forma que había hecho en el siglo IX el abad Adalardo en Corbie, a redactar cuidadosamente inventarios señoriales, «censos» en los que se registraban las cargas territoriales, «costumbres» en las que se trazaba la lista de las exacciones del *ban*. Estos documentos permiten avanzar considerablemente en el análisis económico del organismo señorial.

La economía sigue siendo, fundamentalmente, una economía del gasto. Todos cuantos se ocuparon de organizarla lo hicieron siempre en función de las necesidades que tenían que satisfacer. *Constitutio expensae*: el título dado al proyecto de planificación ordenado por el abad de Cluny hacia el año 1150 es muy esclarecedor. Se trata ante todo de proporcionar a la comunidad lo que necesita para llevar la vida que conviene a su rango. Los monjes no son ni trabajadores ni empresarios; están al servicio de Dios y cumplen tanto mejor su oficio cuanto más se desentienden de las preocupaciones temporales. Lo que importa, por consiguiente, es asegurar el aprovisionamiento regular de la casa en vituallas y en dinero. Para que la existencia de la familia monástica no sufra modificaciones hay que administrar la fortuna colectiva de tal modo que el cillero, encargado del *victus*, y el camarero, encargado del *vestitus*, estén suficientemente provistos.

De esta preocupación fundamental derivan los métodos aplicados a la gestión del patrimonio. Éste está generalmente dividido en unidades de explotación colocadas bajo la responsabilidad de un monje delegado. El señorío de Saint-Emmeram de Ratisbona estaba dividido, hacia 1030, en treinta y tres centros; el de la abadía de Cluny, a fines del siglo XI, en una veintena. Cada uno de estos centros debía asegurar durante un cierto período de tiempo el aprovisionamiento del monasterio. Se establecía un sistema de rotación que en el lenguaje de la época se conoce con el nombre de *mesaticum*: para avituallar a la comunidad vinculada

a la catedral de Ely la repartición del servicio se hacía por semanas entre los treinta y dos dominios; el «orden según el cual los dominios debían hacer la granja» (es decir, la provisión de alimentos) en el señorío de Rochester dividía el año en períodos de veintiocho días. Para que el sistema fuese eficaz era necesario evidentemente que las obligaciones impuestas a cada dominio correspondieran a sus recursos, y esto exigía un reajuste periódico de los repartos. De ordinario, sin embargo, las cargas de cada dominio eran inferiores a su producción. El administrador disponía a su arbitrio de la diferencia. Mediante la venta de las cosechas sobrantes se esforzaba por obtener moneda, que hacía llegar al camarero. Estos principios de gestión dejaban una considerable iniciativa a los intermediarios. Su autonomía se ampliaba aún más cuando de la práctica del *mesaticum* se pasaba insensiblemente a la del arriendo, como ocurrió en la Inglaterra del siglo XII: para librarse más completamente de las preocupaciones temporales los monasterios confiaron sus dominios a *firmarii*, que no eran delegados de la comunidad, sino verdaderos contratistas, investidos con todos los poderes señoriales por un contrato vitalicio. El importe del «alquiler» que debían pagar cada año podía ser aumentado si la producción del dominio se acrecentaba sensiblemente; así, el producto de los arriendos que recibía la abadía de Ramsey se duplicó entre 1086 y 1140. Parece que este procedimiento fue también utilizado en el continente, especialmente en Renania y en la Isla de Francia: el abad Suger de Saint-Denis consideró ventajoso arrendar algún dominio mediante contratos renovables anualmente.

Para asegurar las transferencias de bienes entre tierras a veces muy alejadas y el centro único de consumo que era el monasterio podía ser útil emplear la moneda. Parece ser que la profunda inserción de la moneda en los mecanismos de la economía doméstica provocó a lo largo del siglo XII las modificaciones más acentuadas y planteó los problemas de adaptación más arduos.

En la medida en que el mercado de los productos agrícolas se hacía más flexible era más rentable vender allí mismo los excedentes y enviar una bolsa de dinero que llevar a cabo los largos transportes que gravaban tan pesadamente, en la época carolingia, la economía de los grandes dominios. De hecho, parece que el manejo del dinero tomó poco a poco mayor amplitud en la administración de las fortunas monásticas. El papel del camarero se amplió al mismo tiempo que retrocedía el del cillero. En realidad, se comprueba que, en los monasterios de Inglaterra, fueron los ingresos en productos los que ganaron terreno durante la primera mitad del siglo XII; en estos años el número de los monjes aumentó, y lo más urgente era alimentar a la comunidad, es decir, avituallar los refectorios. Pero, después de 1150, los ingresos en dinero tendieron a incrementarse por diversas razones. En Canterbury fue sin duda la disminución del número de consumidores lo que incitó a convertir en numerario los censos en productos que ya no tenían razón de ser. Por el contrario, en Ramsey, se llegó al mismo resultado a través del acrecentamiento de las compras y del peso de las deudas, de la necesidad urgente, pues, de obtener moneda. Ante dificultades presupuestarias análogas, las administraciones de los bienes temporales cluniacenses buscaron el remedio en una limitación de los gastos, es decir, en la ampliación de los recursos en cereales y en vino. Las soluciones fueron, según se observa, múltiples, pero el problema era el mismo: lo planteaba la nueva función del dinero. A decir verdad, Cluny representa un caso típico y muy bien ilustrado por la documentación. Merece la pena examinarlo de cerca, porque descubre las reacciones señoriales frente a la evolución económica.

La interpretación dada por Cluny a la regla de San Benito incitaba al gasto. Era preciso ante todo exaltar la gloria de Dios, dar pues más relieve a la liturgia, reconstruir los santuarios y de-

corarlos profusamente, dotar a los monjes de comodidades que les permitiesen dedicarse plenamente al oficio divino y que manifestasen claramente su preeminencia entre los diversos «Estados» del mundo. Se les daban alimentos abundantes y selectos. Se renovaba cada año su guardarropa. El trabajo manual impuesto por la regla se reducía a trabajos puramente simbólicos en la cocina. Vivían como señores. Cuando el abad se desplazaba aparecía ante el pueblo escoltado, como un soberano, por un numeroso séquito de caballeros. El éxito de Cluny hizo que aumentaran considerablemente, durante el último tercio del siglo XI, sus recursos en metales preciosos. La abadía controlaba una numerosa congregación cuyas filiales enviaban a la casa madre un censo en dinero (los quince prioratos de Provenza entregaban cada año al camarero el equivalente de una cincuentena de libras). Recibía limosnas de los más importantes príncipes de la cristiandad; como su influencia se había extendido ante todo por el sur, especialmente por España, es decir, por uno de los confines belicosos del Islam, donde las operaciones militares activaban la circulación de los metales preciosos, los beneficios no consistían solamente en tierras; había una gran parte de oro y de plata. Así, en 1077, el rey de Castilla creó en favor de la abadía borgoñona una renta anual, en oro, equivalente a cuatrocientas libras de dineros de Cluny, es decir, mucho más de cuanto proporcionaba, en dinero, el señorío. Una parte de estas riquezas fue utilizada por los orfebres para embellecer el santuario. Otra sirvió para la adquisición de tierras, especialmente mediante el sistema de préstamo con garantías de dinero a los caballeros de la vecindad que iban a Tierra Santa. Pero casi todo fue gastado. En 1088 se inició la inmensa obra de una nueva basílica, la mayor de la cristiandad latina. Ante las disponibilidades del camarero, los administradores del monasterio comenzaron a despreocuparse del dominio: peor vigilados, los ministeriales situados en las aldeas ampliaron desmesuradamente, en los últimos años del siglo XI, sus beneficios

personales, en detrimento de los del señor. Pero el numerario abundaba. Para avituallar el refectorio se compró cada vez más. Era cómodo. En 1122, Cluny sólo obtenía de sus tierras la cuarta parte de sus subsistencias. Para conseguir el pan y el vino que necesitaba gastaba sumas enormes. Cada año, cerca de mil libras, es decir 240 000 monedas, eran distribuidas entre los productores de la vecindad y los intermediarios que intervenían en la venta de las cosechas. Las grandes necesidades de la abadía, la orientación que deliberadamente se había dado a su economía, alimentaban pues en forma considerable, en el umbral del siglo XII, las corrientes de la circulación monetaria. Las hacían penetrar poco a poco, a través de redes cada vez más finas, hasta lo más profundo del medio campesino, por mediación de los salarios pagados a los transportistas, a los canteros y a los equipos de trabajadores eventuales empleados en la construcción de la iglesia, y a través de las compras de alimentos. No es extraño, pues, que en los dominios del monasterio los censos en dinero hayan sustituido a las sernas: el señor se desinteresaba de la tierra; los campesinos ganaban con relativa facilidad el dinero.

Pero al basar deliberadamente sobre la moneda toda su economía de consumo la abadía se metía sin darse cuenta en dificultades, que comenzaron a ser considerables en el primer cuarto del siglo XII. Mientras que algunas de las fuentes de numerario disminuían, la animación de los circuitos monetarios hacía elevarse el precio de los productos. Hubo que utilizar las reservas; el tesoro disminuyó. El abad Pedro el Venerable, que soportó todo el peso de la crisis, acusó a su predecesor Ponce de Melgueil de haber dilapidado el tesoro. De hecho, el camarero no podía, con el producto de los censos, cubrir los gastos a los que se habían habituado los monjes durante el período eufórico de fines del siglo XI. Durante veinticinco años, el abad de Cluny intentó sanear la situación económica, esforzándose en reducir las salidas de dinero, obligando a los monjes —a pesar de las recriminaciones— a

restringir parcialmente su consumo; pero no era posible llegar muy lejos por la vía de la austeridad: habría equivalido a retirar al grupo monástico el aire señorial que la tradición cluniacense le había conferido. Quedaban dos recursos: volver a la explotación racional del dominio para obtener de él el avituallamiento del refectorio en pan y en vino, lo que obligaba a poner orden en la gestión, a proseguir la acción emprendida en los alrededores del año 1100 contra los administradores laicos que habían construido su dominio parásito en detrimento de los derechos de la abadía; calcular mediante encuestas minuciosas los beneficios de cada dominio; repartir más equitativamente los servicios del *mesaticum*, y vigilar el cobro de los censos. Era preciso ante todo desarrollar la explotación directa, aumentar en cada señorío el número de arados para recoger más grano, plantar nuevas viñas —lo que suponía invertir dinero—, dedicar a la contratación de viñadores una parte de los ingresos en dinero. Las dificultades obligaban, pues, a los administradores a conceder mayor atención a la economía doméstica, a contar, a manejar cifras, a evaluar pérdidas y ganancias, a reflexionar sobre los medios de desarrollo; en definitiva, a transformarse en explotadores del dominio, incluso corriendo el riesgo de traicionar su misión específica. Ignoramos si el plan de reorganización elaborado por Pedro el Venerable dio resultado. Las fuentes nos indican que, sin esperar, el abad se vio obligado a utilizar la segunda vía, el préstamo. Recibió la ayuda de uno de sus huéspedes, el obispo de Winchester, hermano del rey Esteban de Inglaterra, que se había refugiado en Cluny, llevando consigo el tesoro de su iglesia. El prelado inició sin duda a los cluniacenses en los métodos ingleses, más evolucionados, de administración señorial; puso a su disposición, no sin garantías, importantes cantidades de metales preciosos. Esta ayuda fue insuficiente. Pedro el Venerable se vio obligado a empeñar objetos preciosos de la sacristía: los prestamistas eran judíos (lo que quizá contribuyó a agudizar el antisemitismo de que

da pruebas el abad en algunos de sus escritos), y también mercaderes cristianos que se habían instalado junto a la abadía en la época en que ésta compraba la mayor parte de sus provisiones, y que habían hecho su fortuna gracias a los monjes. Poco a poco, en el transcurso del siglo XII, el peso de las deudas se agravó, y cada vez pareció más normal basar en el crédito la economía del monasterio, que no podía prescindir del dinero.

Las opciones que revela la rica documentación dejada por Cluny no parecen exclusivas de esta casa. La preocupación fundamental de acrecentar el esplendor del oficio litúrgico y la decisión de consumir con este objeto sin medida el esfuerzo por desarrollar los ingresos del señorío territorial, la despreocupación que hizo que desaparecieran rápidamente las reservas de metales preciosos acumuladas gracias a las limosnas en el siglo XI, durante la relativa atonía de los intercambios, el recurso deliberado al préstamo: todas estas actitudes caracterizan de hecho un comportamiento económico muy extendido en los mismos años entre los dirigentes de los monasterios benedictinos de antigua observancia. Si las abadías normandas dejaron hacia el año 1200 de prestar dinero a los laicos, ¿fue debido tan sólo al respeto de las prohibiciones recientemente lanzadas por el papa contra el préstamo garantizado por tierras? ¿No se debería más bien a que los tesoros estaban vacíos? Suger, contemporáneo de Pedro el Venerable, es el ejemplo típico de la atención completamente nueva concedida a la rentabilidad de la explotación del dominio. Se sabe que no escatimó medios para hacer de la basílica de Saint-Denis el más espléndido santuario de su tiempo; gastó para adornarla sumas enormes; pretendía así —era su primera preocupación— glorificar a Dios. Sin embargo, en el libro que compuso para redactar, no sin complacencia, su actuación como constructor y decorador incluyó un tratado *De son administration* que, a sus ojos, era el complemento imprescindible. Toda la obra realizada tenía como base una sana gestión del patrimonio. Su expo-

sición revela intenciones similares a las del abad de Cluny: desarrollar la explotación directa para reducir al mínimo las compras de subsistencias. En Saint-Lucien invirtió veinte libras en la creación de un viñedo para no tener que comprar tanto vino, para no verse obligado a empeñar en las ferias de Lagny los ornamentos litúrgicos. En Guillerval, toda la tierra estaba en manos de campesinos dependientes; Suger consideró que este sistema basado en la percepción de una renta fija no era el más interesante para que la abadía se beneficiara del acrecentamiento de los recursos campesinos; comenzó sustituyendo el censo por un impuesto (*champart*) proporcional a las cosechas; además, adquirió —pagándolas muy caras— tres «aranzadas» de tierra; en una instaló a un ministerial encargado de «apaciguar las murmuraciones de los campesinos y la oposición al cambio de costumbres»; con las otras dos creó un dominio; y así consiguió que los ingresos pasasen de cuatro a cincuenta modios de grano. En Vaucresson «fundó una aldea, construyó una iglesia y una casa e hizo roturar con el arado la tierra inculta». Pronto hubo allí sesenta «huéspedes» y muchos otros solicitaron instalarse en el lugar. En Rouvray, el abad rehusó el contrato de condominio que le ofrecía el señor del castillo vecino, tomó bajo su control nuevamente el señorío, aumentó su rendimiento de veinte a cien libras, de las cuales fueron destinadas a la construcción de la basílica anualmente, hasta que estuvo terminada, las ochenta incrementadas.

Sin embargo, no se hicieron esperar las críticas contra el antiguo estilo de vida monástica que Cluny había llevado a la perfección. El rechazo se hizo, desde fines del siglo XI, en nombre del ascetismo necesario y de un retorno a las fuentes, es decir, al texto de las reglas primitivas. Se condenó el exceso de gastos, pero no la posesión de la tierra ni el uso del dinero. Estas opciones determinaron posiciones económicas muy diferentes de las adoptadas en las antiguas abadías benedictinas, según puede ob-

servarse en el caso de la orden cisterciense, la que mayor difusión conoció entre las nuevas congregaciones.

Los cistercienses rechazaron las actitudes señoriales de Cluny. Rehusaron vivir como rentistas, del trabajo ajeno. No poseerían más que la tierra —sin dependientes personales, ni masoveros, ni molinos, ni diezmos— y la explotarían personalmente. Más radicalmente que los cluniacenses o que Suger, basaron pues la economía de sus casas en la explotación directa. Esta opción llevaba a modificar, totalmente la situación de los monjes con respecto a la producción; conducía a sustraerlos al menos parcialmente de la ociosidad litúrgica, a convertirlos en auténticos trabajadores. ¿Revolución en profundidad? En la práctica, el trabajo agrícola continuó siendo para los monjes de coro una ocupación marginal que sólo en la época de los grandes trabajos agrícolas adquiría importancia; y el trabajo no dejó de ser considerado, de acuerdo con el espíritu de San Benito, instrumento de mortificación. Para resolver esta contradicción las comunidades cistercienses acogieron a un segundo grupo de religiosos, los «conversos», reclutados en el grupo de los trabajadores. Para éstos, la participación en las oraciones fue considerablemente reducida; en la creación de bienes les correspondía un papel decisivo. Sobre su esfuerzo descansó principalmente la explotación del patrimonio territorial, de tierras en su mayor parte incultas, porque las normas cistercienses obligaban a fundar los monasterios en el «desierto», en medio de tierras sin roturar. De esta manera, y debido al modo en que eran reclutados los monjes y los conversos y a la forma en que se dividían las tareas, la división profunda que separaba en la sociedad laica a los especialistas del trabajo de los demás se introducía en el interior de la familia monástica.

Las relaciones establecidas a través de este sistema entre la tierra y las fuerzas productivas, el empleo de una mano de obra entusiasta, totalmente doméstica, cuyo mantenimiento costaba poco, puesto que la comunidad llevaba una vida ascética, y sola-

mente ayudada de tanto en tanto por algunos asalariados, cuya contratación fue autorizada a partir del capítulo general del Císter de 1134, preparaban un éxito económico notable. Las abadías cistercienses estaban situadas en tierras nuevas y, por tanto, fecundas. Pronto recogieron más trigo y vino del que necesitaban para vivir. En la zona que no fue roturada practicaron el pastoreo, la explotación de la madera y del hierro. Ahora bien: la comunidad no comía carne, no se calentaba, usaba muy poco el cuero y la lana. Disponiendo de tantos excedentes, los monjes pronto iniciaron su venta: los de Longpont iniciaron la plantación de viñas en 1145, trece años después de la fundación de la abadía; dos años más tarde comenzaban a pedir exenciones de peaje en los caminos que llevaban a las regiones importadoras de vino; construyeron un lagar en Noyon; hicieron cuanto les fue posible para facilitar la venta de su cosecha de vino. Conocemos la participación de las abadías cistercienses inglesas, desde fines del siglo XII, en el comercio de la lana. Puesto que la regla de San Benito, cuyas prescripciones seguían al pie de la letra, autorizaba el uso del dinero, los monjes del Císter no dudaron en acumularlo. ¿Qué hicieron con él? No compraban nada para su propio consumo. Sus costumbres prohibían tesaurizar y adornar los santuarios: Suger cuenta el magnífico negocio que hizo al comprar a unos cistercienses que no sabían qué hacer con ellas un lote de piedras preciosas. La tendencia ascética favorecía, también en esta forma, el progreso económico: los monjes benedictinos de nueva observancia utilizaron el dinero fundamentalmente para acrecentar el capital. Impulsaron más que nadie los perfeccionamientos técnicos. Se puede pensar que los mejores aperos, los mejores útiles se hallaban en sus explotaciones. También compraron tierra, y sus «granjas», los centros señoriales satélites de sus abadías, se multiplicaron por doquier. Sin déficit, sin estrecheces, sin empeños, las comunidades vivían en una relativa prosperidad, que contrastaba brutalmente con la pobreza indivi-

dual de los monjes. En ellas se dio un sentido muy acusado de los negocios y disponibilidades monetarias tan considerables, que los cistercienses terminaron por suscitar a fines del siglo XII la desconfianza de los laicos: éstos no los veían salir de su soledad sino para comprar tierras que ellos mismos ambicionaban o para discutir de dinero en los mercados.

De hecho, los documentos procedentes de los archivos monásticos ponen de manifiesto dos actitudes económicas predominantes. En primer lugar, el profundo enraizamiento de la economía doméstica en la explotación directa del patrimonio territorial; por otro lado, y ésta parece ser una característica del siglo XII, la habituación a comprar, vender, prestar, endeudarse, la inserción más o menos rápida, más o menos avanzada de una economía basada en la posesión de la tierra, en el movimiento monetario, un movimiento que llega a ser lo suficientemente acusado como para perturbar los circuitos tradicionales de intercambio de bienes y de servicios. Parece que estas dos actitudes fueron comunes a todos los señores del siglo XII, según demuestra el análisis de los ingresos que obtenían, de una parte de sus derechos sobre la tierra, de otra de su poder sobre los hombres.

EXPLOTAR

La renta de la tierra

Entre los beneficios procedentes del señorío territorial cuentan cada vez menos los derivados de los mansos. Fijada por el municipio, y por tanto inmutable en principio, la tasa de las rentas no parece haber variado considerablemente desde la época carolingia. «En este manso reside Guichard… que debe en servicio: por Pascua, un cordero; en la época de la siega del heno, seis

monedas; por la cosecha, una comida (junto con otros muchos) y una medida de avena; por la vendimia, doce dineros; por Navidad, doce dineros, tres panes, media medida de vino; al comienzo de la Cuaresma, un capón; a mediados de la Cuaresma, seis monedas[31]». Éstas son las rentas esperadas, hacia el año 1100, en el sur de Borgoña, de un antiguo manso, todavía no dividido, es decir, capaz de ocupar y alimentar a muchas parejas de trabajadores. Carga ligera para éstos; beneficio escaso para el señor de la tierra. El único rasgo nuevo, con relación a los prototipos carolingios, es quizá la mayor importancia concedida a las prestaciones en numerario, algunas de las cuales, cobradas durante la época de la siega del heno o de la vendimia, reemplazaban sin duda antiguos servicios en trabajo. En algunas provincias la extensión de las rentas en dinero dentro del conjunto de las cargas territoriales es muy visible. Así, en Picardía, donde desde el siglo XI las entregas de productos habían prácticamente desaparecido, y donde, hacia 1100, diez masoveros del priorato de Hesdin pagaban cada año el valor de seis libras en plata no amonedada. También en Inglaterra la proporción de los censos en numerario es considerable. Pero el movimiento no fue general. En el norte de Italia los dueños de la tierra se esforzaban en el siglo XII por sustituir los censos en dinero por rentas en productos: los propietarios que vivían en la ciudad y que se interesaban por los negocios aspiraban a comercializar en exclusiva los excedentes de las explotaciones que dependían de ellos. En definitiva, parece que en casi todos los campos de Europa los ingresos de un manso de tipo antiguo descendieron relativamente en el siglo XII: los dueños obtienen sobre todo productos agrícolas y en pequeña cantidad.

La débil presión del señorío sobre la tierra campesina tiene una explicación. Las roturaciones han hecho disminuir la presión demográfica. La tierra abunda y el valor del suelo es reducido. Sin embargo, el mismo movimiento que, mientras que retroce-

den las tierras incultas, hace que se modifique lentamente la estructura de los mansos beneficia a la renta señorial. Los *champarts*, las «labores», todas las rentas proporcionales a las cosechas, impuestas a los campos y a las viñas recientemente creadas, proporcionan a los cilleros de los señores, una vez que las nuevas parcelas están en pleno rendimiento e incluso cuando las tasas son reducidas, mucho más que las antiguas prestaciones. Además, a mediados del siglo XII, este tipo de prestación se hace raro; señores y campesinos se ponen de acuerdo para fijar en su lugar censos en dinero, y cuanto más tardío es el acuerdo, mayor importancia adquieren las prestaciones en numerario. El señor recibe cada vez más dinero de la tierra roturada, aunque lo obtiene de otra manera. La dislocación de los antiguos mansos, la fragmentación de los censos entre innumerables parcelas, la posibilidad dejada a los masoveros de enajenar la tierra y de repartirla entre sus herederos son otras tantas ocasiones para el señor de recibir en numerario los derechos de traspaso. La animación creciente del mercado de la tierra hace que estos derechos sean cada vez más lucrativos.

Sin embargo, los derechos más importantes entre los que disfrutan los señores de la tierra proceden, sin lugar a dudas —todos los inventarios de dominios que han llegado hasta nosotros lo atestiguan— de la explotación de los hornos, de los molinos y de los diezmos. Los últimos están en su mayor parte en manos de laicos. Es cierto que éstos han entregado, a lo largo del siglo XI, a las iglesias catedralicias y a los monasterios la mayor parte de las iglesias fundadas por sus antepasados, pero no han renunciado a los diezmos; eran demasiado importantes. Sus ingresos, así como los que proceden de hornos y molinos, siguen incrementándose a medida que aumenta la superficie de las tierras cultivadas, que progresa el uso del pan, que aumenta el número de hombres. Quienes poseen estos derechos obtienen con qué alimentar abundantemente a su familia, y a veces obtienen dinero cuando

alquilan estos derechos. Se aferran a ellos como a una de las fuentes más seguras de ingresos. Estos bienes son en el siglo XII el objetivo principal de los procesos entre señores y campesinos dependientes: en los señoríos que poseían las iglesias de Picardía la mayor parte de los ingresos procedía, hasta aproximadamente 1080, de los censos territoriales tradicionales; después, el predominio pasó a las tasas cobradas a los usuarios de los bosques, de los molinos, de los hornos, y a los diezmos.

El progreso técnico, las deforestaciones, el auge de la viticultura, no dejaron, por consiguiente, de aumentar el valor de la renta territorial en el siglo XII, lo que explica el bienestar de los caballeros y de las gentes de Iglesia a pesar de que la concesión de feudos, la proliferación de los linajes, la fundación de numerosos establecimientos religiosos hayan aumentado considerablemente su número. No obstante, hay que hacer tres observaciones: a) la vitalidad de la expansión agraria parece lo bastante fuerte como para que el aumento de ingresos haya podido ir acompañado de una disminución de la presión señorial sobre los campesinos; b) con anterioridad a 1180 la parte que tiene el dinero en esta renta es limitada: de los setenta y dos mansos que tenía en una aldea, la catedral de Mâcon sacaba cada año, además del pan y del vino necesarios para avituallar a una sola familia de sirvientes, escasamente cuarenta sueldos, es decir, el precio de un mal caballo; c) por último, los ingresos más rentables, percibidos sobre las cosechas o por derechos de utilización, sólo eran efectivos cuando el señor vigilaba de cerca; en los señoríos extensos y dispersos era preciso, para no ver desaparecer estos ingresos, recurrir a mandatarios, que se quedaban con una parte considerable de los beneficios.

La explotación directa

Por esta razón, para todos los señores territoriales de la época, exceptuados tal vez los mayores, la renta tiene menos interés que la explotación directa. La mayor parte de sus recursos procede de

los «dominios», de la tierra que hacen cultivar por sus criados y de la que les pertenecen todos los frutos. Es posible descubrir en los textos alusiones a la desmembración y a la disolución de la reserva señorial: las donaciones piadosas, las divisiones sucesorias, las creaciones de feudos dislocaron con frecuencia las grandes explotaciones, y a menudo la creación de parcelas, cuyo cultivo era confiado a masoveros, era el mejor modo de explotar estos lotes dispersos. Por otra parte, la intensificación del trabajo agrícola y la productividad creciente de la tierra autorizaban a reducir, sin graves pérdidas, la extensión de la reserva. Pero, al igual que Suger o que Pedro el Venerable, en el siglo XII la mayor parte de los jefes de las casas aristocráticas intentaron mantener la reserva, reconstruirla, ampliarla mediante la deforestación y la plantación de viñedos. En todas partes los mejores pagos, las tierras más productivas, se hallan en la reserva señorial. En Picardía hay señores laicos cuya reserva abarca, como en los tiempos carolingios, centenares de hectáreas. En el *Domesday Book* no hay ningún señorío sin una reserva cuya superficie sea mayor que la del conjunto de los mansos, y que siempre engloba las tierras más fértiles y las mejor cultivadas.

En efecto, las casas de los señores parecen bien provistas de mano de obra. Los trabajos permanentes incumben siempre a un equipo doméstico, formado por una veintena o una treintena de personas, entre las que predominan los «yugueros», los conductores de arado. Estas gentes «viven del pan de su señor», como dicen los textos de la época. Pero a menudo se les deja consumir esta «prebenda» en la casa, rodeada de un huerto, que se les concede en la proximidad de la «corte» señorial. Este pequeño manso les permite vivir en familia, criar hijos. Les une más sólidamente a la explotación, en una época en la que los hombres son menos numerosos que la tierra y en la que la movilidad campesina es grande. Los campesinos que los documentos ingleses denominan *bordiers* o *cottiers* tienen una situación poco diferente de la

descrita. También están asentados en una pequeña parcela; a cambio, deben trabajar gratuitamente uno o dos días por semana en el dominio; por el resto de su trabajo reciben un salario. Sin embargo, la desigual repartición del trabajo rural a lo largo del año, la alternación de tiempos muertos y de períodos de gran trabajo obligaban a añadir refuerzos temporales a estos empleados permanentes. Ante todo se requería la ayuda de los campesinos obligados a las prestaciones personales. Toda Europa conocía aún el trabajo forzoso y gratuito. Pero su importancia económica no era igual en todas partes:

a. Al sur del Loira y de los Alpes las sernas eran insignificantes. La mayor parte de los mansos se habían librado de estas prestaciones. El servicio de los demás se reducía a algunos días por año: de treinta y cinco mansos, la catedral de Mâcon obtenía doscientos veinte días de trabajo por año, no más, es decir, menos de lo que debía un solo manso en los dominios carolingios de la zona parisina. Por último, los señores de esta región estaban ante todo interesados en obtener una ayuda de «arados», es decir, de yuntas, y renunciaban sin dificultad al servicio de los trabajadores manuales. Las innovaciones técnicas, la importancia cada vez mayor del trabajo aratorio les incitaron tal vez a imponer, cuando era posible, nuevas sernas a los «labradores» que disponían de arados. De hecho, en esta parte de la cristiandad, siempre los servicios en trabajo personal habían sido escasos. Es posible que en el siglo XII hayan aumentado en algunos lugares.
b. En la parte septentrional del continente el sistema carolingio, en el que los mansos se hallaban estrechamente asociados a la puesta en cultivo de

la reserva, permanecía sólidamente implantado. Todas las descripciones de los señoríos hacen referencia a las sernas, a la entrega de objetos elaborados en los mansos, a servicios numerosos y regulares. Sin embargo, este sistema parece desde 1100 en vías de desintegración. A comienzos del siglo XII, el abad de Marmoutier en Alsacia decide suprimir el *servitium triduanum*, la prestación de tres días por semana a la que estaban obligados todos los mansos serviles en Germania desde la época carolingia. Por los mismos años, la mayor parte de las parcelas sometidas a las sernas se transforman en mansos censitarios. En Francia, hacia mediados del siglo XII, los señores renunciaron definitivamente a exigir de sus dependientes la entrega de tejidos o de objetos de madera. De hecho, la mejora de la productividad hacía menos necesario el empleo de unas prestaciones personales que el auge demográfico había multiplicado, al mismo tiempo que la penetración del instrumento monetario permitía adquirir fácilmente productos artesanales de mejor calidad y contratar jornaleros cuyo trabajo era más eficaz.

c. Sólo en la tercera zona, en Inglaterra —al menos en los grandes dominios monásticos, los que mejor conocemos—, el peso de las sernas parece haber aumentado en el siglo XII, aunque no de igual modo sobre todos los campesinos dependientes. Algunos, considerados como libres, están obligados únicamente a los *boon-works*, es decir, a trabajos concretos, especialmente de laboreo, repartidos estacionalmente del mismo modo que en los dominios del norte de Francia o de

Germania. Los demás, los «villanos» del *Domesday Book* y de los documentos posteriores, deben, además de servicios periódicos semejantes y en ocasiones del cultivo de una parcela determinada, lo que llaman las fuentes *week-works*: cada semana, el manso pone durante tres días un hombre a disposición del señor, y éste dispone a su antojo de esta fuerza de trabajo. En la práctica, el villano es un doméstico temporal, como lo era el *servus* carolingio. Al igual que éste, se incorpora un día de cada dos al equipo de sirvientes de la casa, trabaja y come con ellos. De la misma forma que el esclavo del siglo IX, obtiene de la parcela que se le concede el alimento de su esposa, de sus hijos y el complemento de la suya. Los señores ingleses conservan íntegramente, aunque no utilizan todos, los derechos sobre el trabajo ajeno. Muchos preferían «venderlos» anualmente a los campesinos, quienes, a cambio de algunos dineros, compraban la libre disposición de su fuerza y de sus animales de tiro. En cuarenta años, los villanos de un *manor* dependiente de la abadía de Shaftesbury habían llegado a liberarse de los *week-works*; cada uno pagaba a cambio un censo de tres o de cuatro sueldos.

En Inglaterra y en el continente fuerzas semejantes incitaban, pues, a los señores a explotar de una manera nueva las capacidades de producción de sus masoveros. Era más práctico renunciar a un trabajo que, por la «incuria, la inutilidad, la desgana, la pereza» de los campesinos era poco rentable y que, en definitiva, resultaba caro: había que alimentar a los hombres, y la costumbre, evolucionando lentamente en favor de los humildes, exigía

que cada vez fueran mejor alimentados. Era más práctico cambiar este tipo de trabajo por dinero, del que disponían los campesinos con mayor facilidad que en épocas anteriores. Así, sin que se redujera considerablemente la extensión del dominio, el papel de las sernas se redujo, disminuyó en todas partes durante el siglo XII, incluso en Inglaterra. Inversamente, el papel del asalariado se amplió: con el dinero recibido a cambio de la supresión de algunas sernas, los monjes de Cluny pagaban a los obreros de sus viñas. De esta forma se llegó a confiar a jornaleros mercenarios la mayor parte de los trabajos manuales que no podían realizar los criados. El refuerzo que suponían las sernas se cifraba más en animales de tiro y en aperos de labranza que en hombres. La aldea no colaboraba en la explotación del dominio sino con tres aportaciones, cuyo valor económico, es cierto, era determinante: proporcionaba arados ante todo, luego jornaleros en busca de un empleo temporal que complementara sus recursos, y por último dinero para contratar a estos jornaleros.

Gracias a esta colaboración, tanto más eficaz cuanto que el campo se poblaba, mejoraba su equipo técnico y se abría a los circuitos monetarios, la gran explotación pasó por una época floreciente. Alimentaba a los dueños, a sus sirvientes y a los huéspedes que recibían, y aún quedaban excedentes que podían ser vendidos. De esta forma, el dominio proporcionaba dinero al señor.

La explotación de los hombres

Pese a cuanto hemos dicho, los mayores ingresos en dinero no procedían del señorío territorial, sino del poder sobre los hombres. En primer lugar, de los miembros de la *familia*. Los señores del siglo XII comenzaron a darse cuenta de que la explotación de sus «criados» sería más rentable si dejaban a éstos una mayor autonomía económica. Sin duda, reclutaban al igual que antiguamente la mayor parte de sus domésticos entre quienes dependían de ellos; pero preferían autorizarles a establecerse, a enriquecer-

se: una fiscalidad cuya eficacia parece reforzarse sin cesar les permitía participar ampliamente en este enriquecimiento. Podían «vender» la libertad, del mismo modo que vendían las sernas, y esta venta proporcionaba grandes beneficios: hacia 1185, el abad de Ferrières, en Gatinais, decidió conceder a sus hombres franquicias: el derecho de moverse y de disponer libremente de sus bienes; «en gracia a esta libertad cada jefe de familia debió dar a la iglesia cinco sueldos en censo anual». Liberar la *familia* a cambio de una renta en dinero era una solución aceptable, aunque sin duda no la más lucrativa. Era más práctico conservar la posibilidad de seguir explotando al dependiente. Cuando éste moría, en Germania, el *Buteil* concedía al señor un tercio o la mitad de los bienes muebles; en el norte de Francia el señor elegía el «mejor *catel*», la mejor res o, si se trataba de la sucesión de una mujer, el vestido más rico. Se le podía explotar también cuando infringía la costumbre o cometía un delito. La justicia, su administración, era el derecho sobre los hombres que permitía más fácilmente quitar a los trabajadores el dinero que hubieran podido ganar.

Pero la justicia, al menos la más lucrativa, pertenecía en la mayor parte de los casos a los pocos señores que tenían el poder del *ban*. Los documentos franceses, que, en este aspecto de la historia económica, son tal vez los más ricos, permiten seguir los progresos de la fiscalidad basada en el *ban*. Durante la primera mitad del siglo XI, al mismo tiempo que los atributos reales de la justicia pasan a manos de los poderes locales, aparecen en los textos las primeras referencias a «costumbres» diferentes; por esta misma época se multiplican las menciones de un derecho de posada y yantar en favor del señor del territorio y de sus agentes, así como noticias sobre la requisa de heno y de avena para los caballos del castillo. Más tarde, en los cuarenta años que rodean al 1100, aparecen las corveas o sernas públicas, de acarreo o de laboreo, que el señor utiliza para la explotación de sus dominios, así co-

mo diferentes derechos que se arroga sobre la circulación comercial: peajes, tasas sobre los intercambios realizados en los mercados de la aldea, monopolio de la venta del vino en determinados momentos. Las primeras huellas de la «talla» —es decir, de una exacción que el señor realiza a costa de sus súbditos cada vez que tiene necesidad— son de los años próximos al 1090. Hacia 1150, este impuesto, el más pesado, por su carácter arbitrario, sufre dos modificaciones complementarias: se comienza a cobrarlo en numerario; se institucionaliza, es decir, se convierte en un impuesto anual de valor fijo. Éstas son las principales etapas de una evolución cuyo ritmo coincide con el del crecimiento agrícola y con el de la apertura de los campos a los intercambios. A medida que pasa el tiempo, los dueños del *ban* obtienen cada vez más de campesinos más numerosos y menos miserables. Ningún documento permite medir el alcance de estas exacciones, ni compararlo con el de las rentas territoriales. Sin embargo, parece mucho más considerable. Mediante sólo la talla, un señor del sur de Borgoña pudo conseguir en una sola vez, a comienzos del siglo XII, cuarenta sueldos de un campesino, cien de otro —lo que revela, cualquiera que haya sido el papel, en el momento de esta recaudación, de la solidaridad familiar o campesina, la importancia del ahorro acumulado, en forma de moneda o de ganado, en los hogares de los trabajadores—. Otro señor, hacia 1200, pudo conseguir el valor de trescientos marcos de plata de una pequeña parte solamente de los habitantes de su castellanía. Juzgar equivalía a atraer el dinero aun en mayor cantidad: en la curia de Lincoln, en 1202, la justicia del rey de Inglaterra impuso multas de un importe total de seiscientas treinta y tres libras —unos treinta sueldos de media por culpable— en una época en la que el valor de los bienes en las casas rurales de tipo medio no superaba los seis sueldos, y en la que con un dinero se pagaba el trabajo de un día. Cuando, en 1187, los agentes del conde de Flandes llevaron a cabo, en la cuenta que se conoce con el nombre de la

Gros Brief, la evaluación de los ingresos de su señor, clasificaron aparte los ingresos provenientes de la justicia: habían adquirido extraordinaria importancia.

Sin duda, una buena parte de los beneficios del *ban* servía para enriquecer a los ministerios, muchos de los cuales pertenecían en el siglo XII a la aristocracia: en Picardía, todas las alcaldías de los señoríos eclesiásticos estaban en manos de poderosos locales. El interés prestado por los caballeros a estas funciones es prueba de que reportaban ventajas sustanciales. Éstas permitieron a los ministeriales que no pertenecían a la nobleza elevarse rápidamente en la jerarquía de las fortunas, a pesar de los intentos de los señores para retrasar este ascenso. Al servicio de los señores que tenían el poder de mandar y de juzgar y que obtenían de él importantes beneficios, se halla así el más dinámico de los medios sociales, el único en el que no era una aventura insólita que una persona que por su nacimiento pertenecía a la clase de los trabajadores intentara introducirse en el grupo de los señores. Este dinamismo, la esperanza de una mejora social que podía llevar muy lejos, por poco dotado que se estuviera de espíritu emprendedor, tuvo sin duda una gran parte en la agravación del peso del señorío basado en el *ban*: los ministeriales de los príncipes y de los grandes señores pusieron personalmente en funcionamiento el sistema fiscal del que eran los primeros beneficiarios. Por esta misma razón, al estimular mediante su creciente exigencia la producción rural, se convirtieron en los agentes más activos no solamente de su propio éxito, sino del conjunto del desarrollo económico.

Por mi parte, me sentiría inclinado a ver en el señorío del *ban*, tanto si se hallaba enteramente concentrado en las manos del rey, como en Inglaterra, como si se hallaba disperso, caso de Francia, entre muchos señores, el principal motor del crecimiento interno de la economía europea. Los señores del *ban* habían heredado las prerrogativas de los antiguos soberanos, pero también

sus deberes. La función económica que realizaba la corte de Carlomagno, lugar de concentración y de redistribución de las riquezas, tuvo que cumplirla la corte de cada «señor», tanto la del duque de Normandía como la de los jefes de las pequeñas fortalezas independientes de la Isla de Francia o de la región de Mâcon. Cada corte se vio obligada a ser el centro desde el que irradiaba la generosidad, hacia las iglesias para el bien común del pueblo, hacia los vasallos caballeros a cuyas manos iba a parar, en forma de joyas, fiestas, armas, o caballos, todos los regalos del señor, y hacia los pobres. Estas cortes eran muy numerosas. Uno de los efectos de la implantación del feudalismo fue que, en adelante, existieron en Europa centenares de carolingios y centenares de hogares hacia los cuales convergía el complejo mecanismo de los donativos y contradonativos. La multiplicación fue en sí misma un poderoso factor de animación. Por otro lado, los grandes señores, al revés que los monarcas de la Alta Edad Media, obtenían escasos beneficios de la guerra, excepto en el caso de que se enrolaran —así lo hicieron durante el siglo XII casi todos los dueños del *ban*— en expediciones lejanas contra los infieles. Combatían sin cesar; sus hijos, en los torneos, jugaban a combatir, y esta actividad costaba mucho más de lo que producía. Hacía correr abundantemente el dinero principesco, lo distribuía entre los pequeños caballeros, entre los criadores de caballos, los fabricantes de armaduras, entre todos los traficantes y bufones atraídos por la feria que acompañaba a cada torneo. La distribución era en esta época, en un giro de ciento ochenta grados, la principal función económica de la guerra: no añadía nada a los recursos de la aristocracia, sino que la empujaba a gastar. Los señores necesitaban, por tanto, para mantener su munificencia, explotar más rigurosamente los derechos de que disponían y conseguir de los súbditos todo lo que éstos podían dar, para lo cual se veían obligados a acrecentar la producción al nivel del trabajo rural, a incrementar, conscientemente o no, las roturaciones, el

equipo, la población; para obtener el mayor dinero posible había que estimular el desarrollo de los intercambios en el ámbito rural. Los poderes y las necesidades de los múltiples herederos de los antiguos reyes son sin duda el eje de todos los mecanismos económicos de la época.

Pero si los señores del *ban* recogían más moneda que los demás, también fueron los primeros en carecer de ella. Al igual que el abad de Cluny, se endeudaron. Mientras que entre los pequeños señores territoriales los préstamos se hacían entre parientes, entre amigos, a través de una serie de combinaciones que de ninguna manera son prueba de una falta crónica de numerario, las deudas de los grandes señores no cesaban de aumentar. El desequilibrio entre los ingresos y los gastos apareció, pues, primeramente en los niveles superiores de la aristocracia. A partir de 1075 —en el momento en que, según hemos dicho, hay que situar un hito fundamental en la cronología de la historia económica europea— este fenómeno se manifiesta en toda su amplitud.

Para obtener los metales preciosos o el dinero los grandes señores laicos habían recurrido inicialmente a la Iglesia. Inmensos tesoros habían sido acumulados durante generaciones, y las limosnas constantes aumentaban su valor, porque la preocupación de proteger el patrimonio familiar, la animación de los circuitos monetarios, la movilización progresiva de los bienes incitaban a los ricos, desde mediados del siglo XI, a dar menos tierras a los servidores de Dios y a ofrecerles más dinero: en el monasterio de Saint-Trond, uno de los monjes estaba exclusivamente dedicado a recoger las monedas y los hilos de plata que los peregrinos depositaban día y noche junto a las reliquias del santo patrono. La ayuda a los necesitados en las épocas de hambre, el espíritu de pobreza que animaba a los cistercienses a vender lo más rápidamente posible las joyas que les ofrecían, las dificultades de la economía monástica no fueron los únicos factores que provocaron

la dispersión de los tesoros. Los dignatarios eclesiásticos se sirvieron de ellos para practicar el préstamo con garantías. A cambio de un adelanto, la comunidad religiosa recibía el usufructo de una tierra que explotaba hasta el reembolso. Los beneficios de este bien eran el interés de la deuda; y como frecuentemente el propietario era incapaz de devolver el dinero, la garantía terminaba por integrarse al cabo de algún tiempo en el señorío eclesiástico. Eran operaciones muy ventajosas; algunas, después de 1075, adquirieron gran importancia: Godofredo de Bouillon ofreció poner su alodio en manos del obispo Otberto de Lieja como garantía de un adelanto considerable. La oferta era tentadora, porque la garantía era importante, y para atenderla se retiró todo el oro que decoraba el relicario de San Lamberto; y como el metal reunido no era suficiente, el obispo no dudó, a pesar de las recriminaciones de los monjes, en utilizar los tesoros de las abadías de su diócesis.

Esta fuente de crédito se hizo menos abundante a lo largo del siglo XII. Ante todo, por razones morales: las exigencias espirituales que la reforma eclesiástica difundía poco a poco entre los religiosos aumentaban las reticencias hacia el préstamo con interés, cuya práctica fue condenada oficialmente por el papa en 1163. Por otra parte, sabemos que los establecimientos religiosos también se hallaban en dificultades financieras. Hemos hablado de las sufridas por los dirigentes de Cluny, semejantes a las que afligían en la segunda mitad del siglo XII a un gran número de abades y a casi todos los obispos, quienes también vivían por encima de sus posibilidades. El arzobispo de Maguncia estaba tan acuciado por la necesidad de dinero que agravó desmesuradamente sus exigencias fiscales, hasta el punto de que sus súbditos se sublevaron y le dieron muerte en 1160. Los grandes señores eclesiásticos eran tan propensos como los laicos a gastar. Sin embargo, como la parte de los metales preciosos y del dinero era cada vez mayor en las donaciones piadosas de las que eran benefi-

ciarios, los eclesiásticos tardaron más en endeudarse; de todas formas tuvieron que renunciar a su papel de prestamistas, y los laicos debieron buscar proveedores en otra parte.

Durante la Alta Edad Media, los judíos habían monopolizado casi en exclusiva los metales preciosos y la moneda: prestaban unos y otra a los cristianos; la condena lanzada por la Iglesia contra los usureros no les concernía; el éxito de la moral económica cristiana favoreció, por tanto, su especialización en el crédito: judíos fueron quienes sacaron de apuros en los años 955-970 a la condesa de Carcasona; al arzobispo de Colonia, en el tercer cuarto del siglo XI; al abad Pedro de Cluny, cincuenta años más tarde. Después de mediados del siglo XII, la prosperidad de las comunidades israelitas es evidente en Francia y en Inglaterra; gran número de señores, entre los que figura Enrique II de Inglaterra, son sus deudores. Sin embargo, en este momento aparecen dos hechos nuevos. Ante todo, la presencia entre los que prestan y obtienen beneficios del préstamo, de cristianos que no son ni señores ni hombres de Iglesia, sino gentes de la ciudad, enriquecidos en los negocios. En segundo lugar, un cambio en la posición del préstamo dentro de la economía de las grandes casas aristocráticas: ya no se trata de un recurso ocasional, sino de un procedimiento de gestión completamente normal. En menos de un siglo el pequeño mundo de los señores del *ban* se habituó a la utilización del crédito. Este hecho subraya el papel fundamental desempeñado por este medio social en el progreso económico. Si los señores pedían prestado era porque gastaban más de lo que tomaban y porque —al igual que los abades de Cluny desde el último tercio del siglo XI— distribuían a su alrededor profusamente la moneda. Pero también porque había poseedores de numerario que se hallaban interesados en poner éste a su disposición. En gran parte, el dinero que recibían en préstamo era el mismo que su largueza y sus compras habían puesto anterior-

mente en circulación, y el mismo que sus compras y su largueza harían circular nuevamente.

GASTAR

Los gastos de los príncipes y de los señores de los castillos eran en el siglo XII del mismo tipo que los de la abadía de Cluny. Los monjes cluniacenses sacrificaban el dinero a la gloria de Dios, lo utilizaban para acoger a los huéspedes y tratarlos como requería su rango; su tren de vida señorial, su preocupación por vestir de modo distinto al vulgo, les obligaban también a tratar con los mercaderes. Todos los grandes señores, desde los reyes hasta los simples castellanos, utilizaban la moneda que cobraban o que recibían en préstamo para dos fines: el sacrificio y el adorno. Todos debían servir a Dios, para su propia salvación y para la del pueblo acogido a su protección. Por consiguiente, daban mucho a las iglesias, tal como hacían los reyes de otro tiempo. Luis VII, ayudando a construir Notre-Dame de París y las demás catedrales de la Isla de Francia, repetía los gestos de Carlomagno; y no hay un solo señor de alguna importancia que no haya construido una colegiata, mantenido con sus donaciones un monasterio, para que en él se rogase por el donante y por sus antepasados, y para que en el monasterio fueran enterrados los miembros de su linaje. En primera fila de los gastos hay que situar, por consiguiente, las donaciones piadosas. Sin embargo, repitámoslo, las donaciones tendían en el siglo XII a cambiar de naturaleza, a convertirse en ofrendas en dinero o en la creación de rentas en numerario. En los actos de sacrificio que imponían las creencias y el temor al más allá aparecían innovaciones relacionadas con el movimiento general de la evolución económica y suscitadas por la vi-

vacidad creciente de la circulación monetaria. En épocas anteriores, el donativo hecho a Dios y a sus servidores tenía como resultado normal el de pasar de un patrimonio o de un tesoro a otro un capital inmóvil, fijo, inerte. En adelante, la naturaleza del donativo sería tal que inmediatamente determinaba un encadenamiento de gastos específicos: para construir un monumento, para alimentar a una comunidad religiosa. Además, nuevas formas de consagrar las riquezas al servicio de Dios se difundían por doquier: la peregrinación a tierras lejanas ante todo, que era ocasión y motivo de una movilización de riquezas, y que estimuló, a lo largo de sus itinerarios, la circulación monetaria; el cuidado de los pobres, después. En el seno de una común indigencia y en una sociedad bloqueada, la pobreza no tenía, en el mundo antiguo, significación económica: en el vocabulario carolingio, la palabra *pauper* indicaba ante todo la sumisión; no se oponía a *dives* sino a *potens*. Y el socorro a los desgraciados, ritualizado, no era más que un gesto simbólico dentro de la liturgia. Todavía a comienzos del siglo XI, cuando el rey de Francia Roberto el Piadoso da a los indigentes limosna, interpreta el personaje de Cristo; un número fijo de pobres le acompaña; son pensionados, figurantes, y cuando muere uno, rápidamente se le busca sucesor. En el siglo XII, el deshielo de la economía modifica este ceremonial. El pobre, aquél por el que se preocupa el conde Teobaldo de Champaña en épocas de hambre, aparece cada vez más como una víctima de los movimientos económicos a la que hay que ayudar por amor de Dios. Esta lenta transformación del sentimiento religioso fue sin duda efecto de la nueva atención concedida al Evangelio, pero los progresos de la circulación de bienes la aceleraron considerablemente. Durante la Alta Edad Media, ningún grande cerraba sus graneros a los miserables, y esta generosidad daba lugar a una redistribución de los bienes de considerable amplitud, entre los miembros de la sociedad rural. La novedad del siglo XII fue que la caridad se institucionalizó, que la

pobreza se convirtió en un valor, propuesto a todos los ricos como modelo de comportamiento saludable, que poco a poco se hicieron más numerosos los que pensaban que el mejor uso que podía hacerse de la riqueza no era mantener especialistas del canto coral en un monasterio o cabildo, no era construir una catedral, sino compartirla con los indigentes. Una parte cada vez mayor de los gastos de tipo piadoso introdujo así directamente la moneda hasta en las capas más bajas de la población.

Ser rico en el siglo XII, al igual que en tiempos anteriores, no obligaba solamente a dar a Dios, sino también a los amigos, a acogerlos en gran número, a ampliar cuanto fuera posible la casa, a adornarla. Las cortes, en el centro del señorío, fueron, pues, al igual que los grandes monasterios, lugares de acogida abiertos a todos; la mayor gloria del dueño radicaba en distribuir placeres, y su largueza hacía participar de los placeres de la vida a sus huéspedes, permanentes y temporales, y a sus servidores. La corte se convierte de esta forma en el vértice de la economía de consumo, que ella estimula y que cada vez impulsa más hacia adelante. Porque el renombre de una corte depende ante todo de su lujo, es decir, de la abundancia de productos insólitos para la mesa, el cuerpo y el espíritu. El señor está socialmente obligado a mostrarse en posesión de todos los refinamientos que los viajes a Oriente han mostrado a los caballeros latinos y a hacer que los compartan quienes le rodean. La corte se halla de esta forma en el punto de partida de un movimiento muy vivo de vulgarización que hace aparecer necesidades nuevas en un grupo de consumidores cada vez más amplio. Es también un centro de emulación en el que cada uno rivaliza en el despilfarro. El crecimiento económico hace a la sociedad mundana del siglo XII cada vez más sensible a la moda y a su constante búsqueda de novedades. Pero la materia de este lujo es en términos estrictos «exterior», para utilizar un término tomado del vocabulario monástico y con el que se designan los artículos que no se producen en la casa y que

hay que comprar. Mantener esta fiesta permanente que tiene lugar en los centros aristocráticos exige por tanto recurrir a especialistas del aprovisionamiento de artículos desconocidos, maravillosos y lejanos, es decir, a los mercaderes.

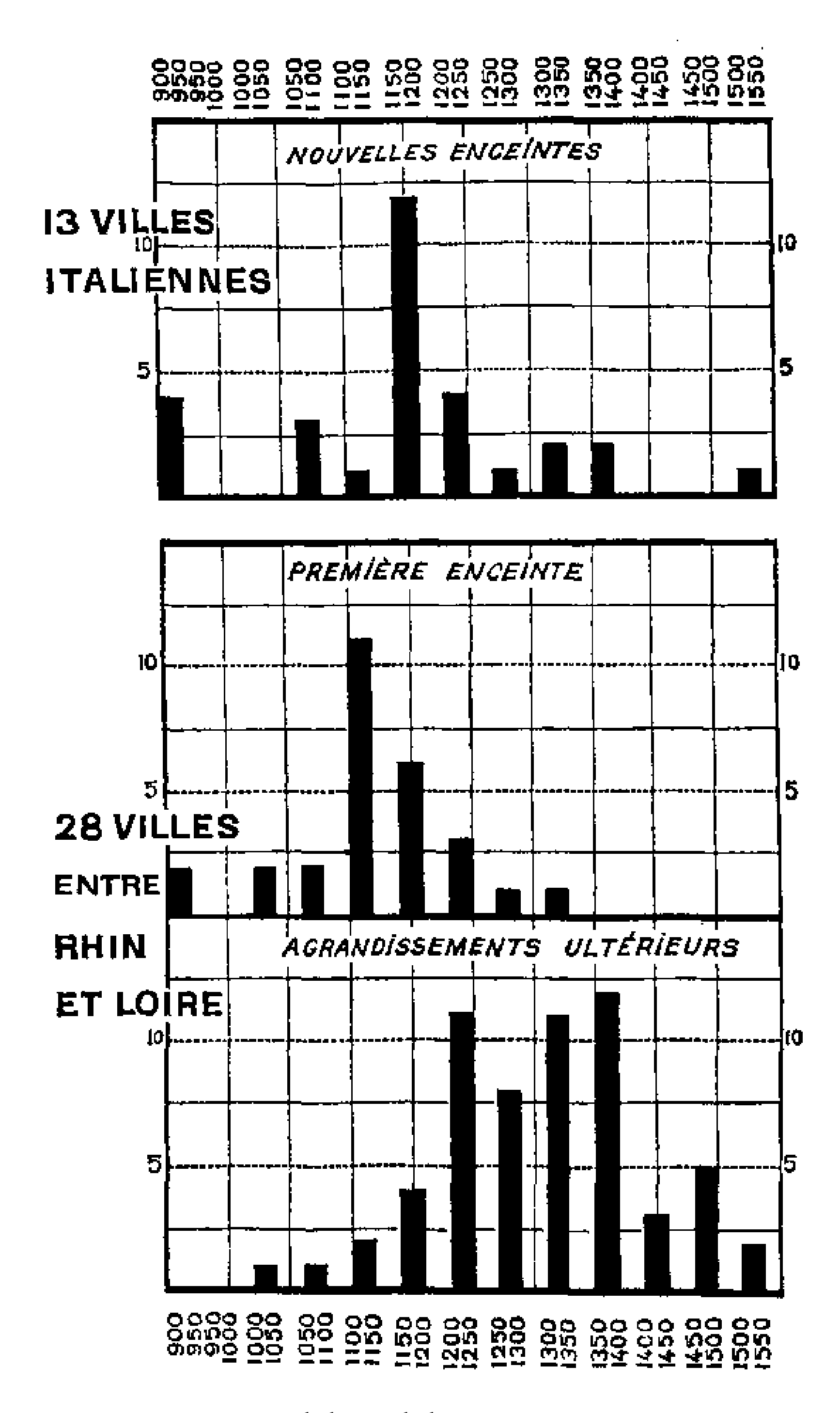


Fig. 4. «Extensión de las ciudades europeas», según R. López: *Naissance de l'Europe*, 1963, Colin, Colección «Destins du Mon-

de».

En el seno de la Europa del siglo XII, el desarrollo de las actividades comerciales no se debió a los mismos estímulos que en los cien o ciento cincuenta años anteriores, durante los cuales los aventureros, sin deponer las armas, liquidaban el botín de las expediciones agresivas lanzadas sobre los confines de la cristiandad. Durante la época de paz relativa lograda con el establecimiento del feudalismo y afirmada progresivamente por el afianzamiento de los grandes principados regionales, el desarrollo tuvo como base la extensión de las necesidades de las grandes casas señoriales, la elevación progresiva del nivel de vida mantenido en ellas, el bienestar que procuraba a quienes explotaban el derecho de *ban* el aumento continuo de los ingresos, basado a su vez en la expansión de la producción rural. Este desarrollo, cuyas raíces profundas son campesinas, provocó una expansión del fenómeno urbano. El auge de las ciudades está directamente vinculado a la vitalidad de las grandes cortes señoriales, es decir, depende directamente de la eficacia siempre en aumento de una fiscalidad basada en el derecho de *ban*.

Dejando al margen algunos puntos en los que los negociantes se encontraban y almacenaban sus mercancías, pero que no eran ciudades en sentido estricto, las aglomeraciones de la Alta Edad Media cumplían dos funciones: religiosa y militar. En su interior se hallaba el centro de señoríos importantes: del obispo, del cabildo catedralicio, de los monasterios, del conde —cuando residía en la ciudad, hecho frecuente en la mitad meridional de la cristiandad—, de las familias de guerreros que custodiaban las murallas. Los soberanos poseían frecuentemente un palacio en las ciudades, y en él residían durante largos períodos. Desde todos los grandes dominios rurales llegaban a la ciudad convoyes de productos agrícolas; con anterioridad al año mil, el comercio de artículos de la tierra se realizaba principalmente en el mercado urbano. Cuando el progreso del feudalismo fragmentó los

poderes reales, algunos de los señores establecidos en la ciudad —los abades, el conde o su delegado, a menudo el obispo— se apoderaron del derecho de *ban*. La ciudad se convirtió de este modo en el punto de convergencia de una red de recaudación ampliamente difundida por el territorio circundante, a través de la cual se orientó hacia la ciudad una parte, mayor que en épocas anteriores, de los excedentes de la producción rural, cada vez más en forma de moneda. Los señores del *ban* utilizaban estos ingresos de acuerdo con sus intereses: en construir —las construcciones más importantes, religiosas y civiles, se concentraron poco a poco en las ciudades—, en distribuir a su alrededor el placer. Estos gastos hicieron que se desarrollara una actividad hasta entonces marginal, la función comercial y artesanal. Su desarrollo dio lugar a la creación de uno o más barrios, agregados a la ciudadela y a las aglomeraciones colindantes con los establecimientos religiosos, que recibieron en muchas ocasiones el nombre de «burgos». Se extendieron a lo largo de las vías más frecuentadas, en dirección hacia el mercado, el puerto, los medios de comunicación que se perfeccionaron durante este período: en las ciudades francesas, la construcción de un gran número de puentes de piedra tuvo lugar en los años finales del siglo XI. El crecimiento fue tanto más rápido cuanto más poderosos y ricos eran los señores que residían en las ciudades. Las más prósperas fueron las de Toulouse, Arles o Angers, Orleans o París, Winchester o Maguncia, donde residían grandes príncipes; el auge de Viena comenzó en la segunda mitad del siglo XII, cuando el duque Enrique Jasomirgot estableció en esta ciudad su residencia. El lazo entre el poder señorial y la vitalidad urbana es evidente. Y cuando una corte activa tenía su sede en pleno campo, rápidamente surgía a su alrededor una aglomeración urbana: a la puerta de la abadía de Cluny fue creado ya en el año mil un burgo; a finales de siglo XII vivían en él unos dos mil habitantes, estrechamente asociados a la economía del gran centro consumidor que

era el monasterio; y Haguenau, en Alsacia, no tardó en convertirse en ciudad después que Federico Barbarroja construyó un palacio en este lugar en 1164.

La misión principal de los burgos era la de aprovisionar a la corte señorial a través de la artesanía y del comercio. La función artesanal es en sus comienzos de tipo doméstico. Cuando adquirió importancia, lo hizo en forma de excrecencia de los talleres del dominio: del horno, de las forjas, de las tenerías, de los talleres femeninos de tejido. Poco a poco, los talleres produjeron más de lo que necesitaba la casa del señor y ofrecieron los excedentes a una clientela exterior. La persona que tenía un horno a fines del siglo XI a la entrada del puente de Mâcon tenía como misión fundamental la de aprovisionar la mesa del obispo, pero también vendía grandes cantidades de pan a los viajeros; a medida que se animaban los caminos, sus negocios se ampliaron y con ellos su independencia económica. A comienzos del siglo XI, la salida del artesanado urbano fuera de su marco primitivo señorial y servil era muy clara, según lo prueban las tarifas de peaje. La de Arras muestra que la mayor parte de los objetos vendidos por los artesanos de la ciudad eran alimentos preparados. De hecho, parece seguro que los oficios de la alimentación, la panadería y la carnicería fueron los primeros en abrir el camino de la expansión. Pero el texto menciona también tejidos de lana, objetos de metal que el herrero vendía en el mercado. Sin embargo, hay que esperar a un período posterior, al siglo XII, para poder hablar, en la historia del artesanado urbano, de una fase de rápido desarrollo coincidente con los años en los que los trabajadores se liberaron completamente de la domesticidad señorial. En 1109 el abad de Fritzlar autoriza a los hombres de su *familia* a vender en el mercado los objetos que fabrican; los reglamentos aprobados en Estrasburgo en 1170 disponen que «cualquiera, de la *familia* de la iglesia, que venda en la ciudad objetos hechos con sus manos no está obligado al pago de la tasa». En este momento, los oficios del

pan, de la carne, del hierro, del cuero, trabajaban en cada aglomeración para un mercado local que los avances de la civilización material introducían poco a poco en las zonas rurales circundantes. Simultáneamente, para las necesidades de los más ricos, se desarrollaban artesanías cuya clientela era mucho más lejana, porque los artesanos estaban especializados en la fabricación de artículos de lujo, especialmente de los dos principales ornamentos de la vida nobiliaria: el vino y las telas preciosas.

Desde comienzos de la Alta Edad Media, los grandes, establecidos en las ciudades, y de modo especial los obispos, habían dispuesto la creación de un cinturón de viñas alrededor de las ciudades cuya situación climática no era excesivamente desfavorable para el desarrollo de la viticultura. El aumento de los ingresos señoriales y la vulgarización de las costumbres principescas difundieron el uso del vino en los medios aristocráticos, así como en las fraternidades de mercaderes que procedían a libaciones periódicas. La demanda aumentó en cantidad al mismo tiempo que exigía mejor calidad. Los grandes señores rivalizaban en servir a sus invitados los mejores caldos: el oficio de bodeguero era uno de los más importantes en la corte del rey capeto. Para satisfacer estas necesidades se incrementó el número de viñedos en todas las regiones aptas para producir un vino de calidad que se pudiera exportar fácilmente a través de los ríos, es decir, por el curso del Sena medio y del Oise, por el Loira, el Rin y, por último, hacia las costas atlánticas en las comarcas próximas a La Rochela. El desarrollo de la viticultura es un aspecto muy importante del crecimiento rural del siglo XII. Una de las inversiones más espectaculares que se permitieron los señores fue la creación y mejora de los viñedos. Pensaban ante todo en el lustre de su mesa, pero también en el beneficio que proporcionaría a sus súbditos la venta de los excedentes de la producción. No dudaron en sacrificar dinero y tierra, abandonando a los pioneros de la viticultura la mitad de las viñas que plantaban, y con su actitud fa-

vorecieron la extensión de la pequeña propiedad campesina. Sin embargo, es necesario recordar que el trabajo de la viña, por el cuidado constante que exige, por su carácter técnico, puramente manual y cada vez más desarrollado, por su permanencia en una parcela cuya calidad crece a medida que se aumenta el trabajo humano, es muy diferente del trabajo de las tierras de labor: se trata de una verdadera artesanía, que por otra parte permanece íntimamente asociada a la ciudad. En todas partes, alrededor de Laon, de Maguncia, de París, de Orleans, más tarde de Auxerre y de gran número de pequeños centros monásticos, como Ferrières-en-Gâtinais, se multiplicaron los viñedos, siempre en las proximidades de la ciudad, tan cerca de los burgos que la obligación de éstos obligaba a arrancar cepas, a plantar otras a alguna distancia. El viñador era un hombre del burgo, un «burgués» en la expresión con que se designaba a los habitantes del burgo desde el año mil. Residía en él, y las labores minuciosas de la transformación de la uva en vino, las transacciones que tenía que realizar para vender su cosecha, las monedas que obtenía, le alejaban de los productores de trigo, le aproximaban a los mercaderes de paños o a los tejedores.

Vestir tejidos de lana teñidos de colores poco corrientes y casi tan bellos como los tejidos de lana traídos de Oriente, al igual que beber vino, diferenciaba del pueblo común al hombre de alta cuna. En el siglo XI existían talleres textiles en todas las aglomeraciones, pero en general lo que fabricaban no podía satisfacer —lo mismo ocurría con la mayor parte del vino— las exigencias de los grandes señores y de su séquito. Era necesario obtener una mejor calidad. El deseo señorial de vestidos que sobrepasasen a los de los demás provocó la especialización progresiva de algunos talleres. Un tratado compuesto hacia 1070 en el norte de Francia, el *Conflicto del cordero y del lino* (*Conflit du mouton et du lin)*, permite localizar estos talleres. De Renania y de Suabia, dice el texto, vienen paños teñidos de negro y de rojo, pero no son de la

mejor calidad: «Los vestidos que convienen a los señores [se emplea la palabra *dominus*, es decir, el título específico dado a los dueños del poder basado en el *ban*] eres tú, Flandes, quien los envía» y son de color verde, gris y azul oscuro. Efectivamente, en Flandes y en sus alrededores, en aglomeraciones de las cuales ninguna prácticamente albergaba una corte, cuya función de sus orígenes era casi exclusivamente económica, alrededor del viejo *portus* que era su centro, se crearon los núcleos de una actividad artesanal, completamente orientada hacia la exportación, del mismo modo que lo estaban los grandes viñedos de la cuenca parisina y del Atlántico. Exportación que rápidamente alcanzó tierras lejanas: hacia 1100, para ingresar en la asociación de mercaderes de Novgorod, en el Báltico, era preciso ofrecer una pieza de paño de Ypres. Esta ciudad, en ese momento, sólo existía desde unos cincuenta años antes.

Hacia mediados del siglo XI, un perfeccionamiento capital había afectado a la fabricación de los tejidos de lana en Flandes (también en Champaña si se presta fe a cierto comentario del Talmud escrito por un rabino de Troyes, que es la fuente escrita más explícita sobre este punto). Como toda la historia de las técnicas, esta transformación está enmascarada bajo una espesa oscuridad que la sagacidad de los investigadores jamás conseguirá disipar. Al menos, pueden adivinarse sus bases. El telar vertical —un instrumento femenino usado en todos los «gineceos», del que hablan ya en el siglo XI los inventarios de dominios, y utilizado también en las chozas de los esclavos asentados, el instrumento con el que se fabricaban tejidos anchos y cortos, como esas *palliae* o «capas» llamadas frisonas que fueron objeto de un acuerdo entre Carlomagno y el rey de Mercia— fue sustituido por el telar horizontal con pedales. De éste, utilizado desde mucho antes, salían paños mucho más largos (la longitud normal de los *panni* era de quince a veinte metros, mientras que la de las *palliae* raramente era superior a tres), pero más estrechos. La inno-

vación consistió en modificar el útil para que pudiese, accionado por dos personas, producir paños tan anchos como las *palliae*. Con esta modificación se convirtió en un útil masculino, como el arado, un útil profesional y, al igual que el arado, un útil de conquistador. Porque su primera ventaja era la de triplicar, quintuplicar la productividad del trabajo; su producto podía además prestarse mucho mejor a todas las prácticas del apresto y del tinte; por último, el producto era homogéneo, al igual que el de los talleres monetarios. Abundancia, regularidad: la producción del nuevo tejido respondía perfectamente a las necesidades del comercio, a la demanda creciente suscitada por el bienestar señorial. Todavía era necesario que la producción fuera de muy alta calidad. Por esta razón, la mejora del tejido se asoció íntimamente con otras operaciones: el batanado, cuyo fin es hacer el paño más espeso, más suave, más pesado —y cuyas necesidades hicieron difundirse al mismo tiempo y al mismo ritmo los batanes— el tinte, que distingue el tejido de los de fabricación corriente. Estas operaciones complementarias, que exigían grandes cuidados, fueron confiadas a otros especialistas. Por primera vez, en el curso de la segunda mitad del siglo XI, en el noroeste del reino de Francia y para la confección de paños de lujo, una operación artesanal adoptó la forma de un complejo en el que el trabajo se dividía entre muchos «oficios». Adaptación esencial: el valor del producto, es decir, la salida que podía tener, y que tuvo efectivamente de una punta a la otra de la cristiandad, entre los consumidores más ricos y exigentes, dependía de la repartición de las tareas. Esta división del trabajo exigía una organización minuciosa, unas prácticas de asociación, una disciplina colectiva, la reunión de todos los tejedores, bataneros, tintoreros en el seno de un verdadero «municipio» en el que cada uno se comprometiese a respetar un reglamento, garantía del renombre de la producción y de su homogeneidad. Este marco sólo las ciudades podían ofrecerlo, y las ciudades que no dependieran demasiado es-

trechamente de un señor. En esta situación se hallaban las aglomeraciones que se habían formado en Flandes, en Artois, en los lugares de cruce de la navegación por barco. Ciudades igualmente —los *portus* flamencos eran de esta clase— que frecuentaban los mercaderes de larga distancia. Porque la clave del éxito se hallaba en manos de los mercaderes. Y los mercaderes fueron de hecho los verdaderos responsables de la organización de la nueva pañería.

En efecto, si la mayor parte de los artesanos podían vender en el mismo lugar, en su taller o en el mercado próximo, a clientes de las cercanías, los fabricantes de tejidos de lujo, al igual que los productores de vino de calidad, no podían llegar hasta su clientela sin recurrir a intermediarios, a especialistas del comercio, a los *mercatores*. Éstos, al igual que los artesanos, procedían de la domesticidad de los grandes. Su función inicial había sido la de aprovisionar a las cortes de mercancías exteriores, alguna de las cuales, como las especias —otro adorno de las casas nobiliarias —, venían de muy lejos y era preciso adquirirlas proponiendo a cambio dinero o excedentes de la producción del dominio señorial. Al igual que el oficio artesanal, la función comercial perdió poco a poco su carácter doméstico, a medida que la ampliación del número de consumidores permitió a los mercaderes ofrecer a otras personas los productos que traían de tierras lejanas. Pero siguió siendo una aventura peligrosa y lucrativa, como lo era en otro tiempo la guerra. En el siglo XII, el comercio era todavía una expedición de temporada que se organizaba colectivamente; los mercaderes establecidos en una misma ciudad formaban un grupo, tan sólidamente unido como pudieran estarlo las bandas de guerreros que partían al saqueo de las tribus vecinas y como lo estaban todavía, en torno al castellano, las compañías de los guerreros vasallos. Los mercaderes formaban entre ellos, para la duración del viaje, una hermandad, una «fraternidad». Los esta-

tutos de la de Valenciennes, cuyos puntos esenciales datan del siglo XI, hablan de un peligro permanente en el mar, en los ríos y en la tierra; mencionan armas, prohíben abandonar la caravana desde que ésta abandona la ciudad, obligan a la ayuda mutua durante el viaje y a traer consigo el cadáver del cofrade muerto en ruta a menos de tres días de marcha. Una actividad como ésta exigía fuerza y audacia. Ofrecía rápidas ganancias, y los que se entregaban a ella, más decididos o más ricos, destacaban rápidamente sobre los demás habitantes de los burgos. En la primera mitad del siglo XII parecían formar un grupo social lo suficientemente importante como para que los intelectuales de la Iglesia, como Geroh de Reichersberg o Pedro el Venerable, no dudaran en clasificarlos en un *ordo* particular, añadido a los tres órdenes de la sociología tradicional.

De la misma forma que la actividad artesanal y comercial emanaba en las ciudades de las cortes señoriales, la población del burgo, la «burguesía», procedía de la *familia*, del grupo de hombres y mujeres acogidos a la protección del señor y utilizados por éste a su arbitrio. Los judíos se hallaban en este caso; su comunidad, en otro tiempo colocada bajo el patrocinio del rey, estaba ahora bajo la protección del señor del *ban*; éste les impuso tasas especiales, a menudo censos en especias porque los judíos traficaban aún en productos orientales, y por todos los medios a su alcance les sacó el dinero que ganaban a través de la usura. La situación económica de los artesanos y de los mercaderes cristianos no era muy diferente: todos, en el siglo XI, eran ministeriales. La ministerialidad formó el núcleo de la comunidad urbana, y los que venían desde el exterior a integrarse en ella debían ante todo «encomendarse» al señor de la ciudad, es decir, entrar en su clientela. A través del estatuto de los habitantes que poblaban los nuevos barrios, la ciudad aparecía, más claramente todavía que por las funciones que realizaba, como un anejo de la corte, de la casa señorial. Sin embargo, el vigor de sus actividades económi-

cas, el papel creciente que desempeñaban la artesanía y el comercio en una sociedad cuyo nivel de vida aumentaba en todos los grados de la jerarquía económica y que aumentaba sin cesar su consumo hicieron que las aglomeraciones urbanas se extendieran. Atrajeron inmigrantes, que podían encontrar empleo y ganar su vida más fácilmente que en otros lugares. Algunos venían de lejos, como los «extranjeros llamados vulgarmente los polvorientos», que, salidos de Dios sabe dónde, todavía cubiertos por el polvo del camino, venían a establecerse a fines del siglo XI en la ciudad de Mâcon, donde debían tomar un protector, libres sólo de elegir entre el obispo y el conde. Pero estos aventureros, estos desarraigados, eran infinitamente menos numerosos que los campesinos de las proximidades. Las ciudades reclutaron en un radio de una veintena de kilómetros alrededor de sus murallas la mayor parte de sus nuevos habitantes; éstos permanecían, pues, ligados a su aldea de origen por los lazos de familia, por los derechos territoriales que conservaban, incluso por la autoridad que ejercía sobre ellos un señor rural. El campo, en pleno crecimiento del siglo XII, alimentó el desarrollo urbano de dos formas: dirigiendo hacia la ciudad el exceso de su producción por medio de la fiscalidad señorial y alimentándola con el excedente de la población que la ampliación de las tierras de labor no podía absorber enteramente. La ciudad se enriqueció: el alquiler del burgo de Lincoln, cuyo importe era proporcional a las tasas que pagaban los habitantes y por tanto a la fortuna de éstos, pasó de treinta libras en 1060 a cien en 1086, ciento cuarenta en 1130, ciento ochenta a fines del siglo XII. La construcción de una nueva muralla, que englobaba la ampliación reciente y protegía las riquezas burguesas, señala una etapa decisiva en este crecimiento, etapa que se puede fechar sin demasiado error. Esta etapa es claramente más tardía al norte de los Alpes que en Italia. Pero el momento de mayor intensidad de la fortificación invita a situar

en el último tercio del siglo XII, tanto en Germania como en Francia, la fase más intensa del desarrollo urbano.

El aflujo de inmigrantes, el enriquecimiento, la vitalidad de los burgos, favorecieron la debilitación de los lazos que encerraban a la población urbana en una dependencia doméstica. La ministerialidad establecida en la ciudad no difería de la de los campos ni por su estatuto jurídico ni por su situación económica. Al igual que los prebostes de las aldeas, algunos de los hombres que tenían como misión avituallar las cortes se elevaron en la jerarquía de las fortunas, y más rápidamente sin duda porque ningún medio era más permeable y más favorable a la capilaridad social que la ciudad, en la que la moneda circulaba cada vez más intensamente. Algunos incluso, de la misma forma que los grandes oficiales señoriales, pudieron forzar la entrada en la caballería. Desde comienzos del siglo XI, los documentos distinguen del común de la población urbana a los *optimi civitatis*, los *primores*, los *meliores*: estos «mejores» son todos mercaderes. Hecha la fortuna, estas gentes se esforzaron por liberarse, separarse de la «familia» del señor. Para hombres cuyo éxito dependía estrechamente de la libertad de actuar, la dependencia era muy molesta debido a las obligaciones judiciales que imponía y a los servicios, arbitrarios e indefinidos, que el señor podía exigir a sus hombres. Los mercaderes deseaban poder disponer de su capital, de su tiempo y de sus medios de transporte sin temor a las requisas imprevistas del señor. Sin embargo, cuando éste era poderoso, pertenecer a su domesticidad ofrecía importantes ventajas. Una protección eficaz ante todo: cuando la caravana comercial encontraba en su camino a un cobrador de peajes demasiado exigente, el señor de los mercaderes estaba obligado a defender a sus hombres. Otro privilegio era el de librarse de los impuestos: en el siglo XI, los hombres libres que practicaban el comercio en Arras hacían cuanto estaba en su mano para entrar en la *familia* de la abadía de Saint-Vaast, cuyos miembros no pagaban peaje; era el conde

quien cobraba este impuesto, y para no perder sus beneficios tuvo que intentar contener esta marcha hacia la servidumbre. Lo deseable para los mercaderes era por tanto obtener la libertad sin perder las ventajas de la dependencia. Para conseguirlo se agruparon. En primer lugar, en el marco del linaje, este grupo natural de protección cuya eficacia en la sociedad caballeresca era evidente: el patriciado urbano aparece a comienzos del siglo XII como la reunión de algunas grandes familias, cada una reunida alrededor de una casa, de una fortuna y de un sobrenombre colectivo. La guilda, la asociación jurada, la fraternidad artificial que cimentaba la cohesión de las caravanas lanzadas a la aventura del comercio, proporcionaba otro medio de defensa. Reforzada por el viejo rito de la libación —como la que reunía cada año durante dos días seguidos a los miembros de la guilda de Saint-Omer—, se establecía una solidaridad tan estricta, tan tranquilizadora como pudiera serlo la del grupo de parentesco o la de la *familia* del patrón más poderoso. «Todos los que están incluidos en la amistad de la ciudad —dice una carta de asociación escrita en Aire-sur-la-Lys en 1188, reproduciendo un acuerdo oral anterior en algunos decenios— han prometido por la fe y el juramento que cada uno ayudará a los demás como a hermanos…; si alguno ve quemada su casa o si, caído en cautividad, debe pagar un rescate que reduzca sus medios, cada uno de los amigos dará una moneda para ayudar al amigo empobrecido[32]». Esta solidaridad, basada en un juramento, se extendía al terreno de los negocios: en Saint-Omer, una vez concluido un acuerdo, cuando el comprador se aprestaba a llevarse la mercancía al precio convenido, todo miembro de la guilda podía, al mismo precio, quedarse con una parte del lote comprado. Una «amistad» de este tipo era una banda, y en ella principalmente se apoyó la lucha llevada por la élite de la sociedad burguesa para arrancar al señor de la ciudad privilegios análogos a los que disfrutaban los miembros de la ministerialidad.

Los burgueses más ricos combatieron, reunidos en sus fraternidades de sangre o de elección, ante todo contra el señorío personal. Querían la libertad, y el origen de los motines de Colonia en 1074 muestra bien a las claras el poder de esta reivindicación primordial: el arzobispo había hecho descargar el barco de un rico negociante para que fuese utilizado *in ministerium archiepiscopi*, es decir, para un servicio doméstico, para las necesidades de la casa señorial; el mercader y su hijo dijeron que eran «libres», es decir, que no aceptaban ser considerados como miembros de la ministerialidad; pertenecían a la guilda; reclamaron la ayuda de sus cofrades, y seiscientos mercaderes fueron a la corte real a reclamar ayuda contra los abusos de la arbitrariedad señorial. Al igual que las zonas nuevamente deforestadas, el espacio urbano tendió a convertirse en un área privilegiada en la que, después de una estancia que la costumbre hacía generalmente durar un año, se perdían todos los lazos de la servidumbre.

Pero la lucha fue dirigida también contra el señorío territorial. El suelo del burgo tenía un dueño; antes había estado cubierto de viñas, de productos hortícolas o de cereales, y sobre las parcelas ahora construidas pesaban aún censos, muchos de los cuales obligaban a realizar entregas en naturaleza, e incluso a corveas. Muchos burgueses, que conservaban su condición de masoveros, no cultivaban la tierra; perdían su tiempo pleiteando con los señores de la tierra que les reclamaban vino, trigo o servicios. Todos unidos tras los «mejores», es decir, tras los más ricos, llegaron a un arreglo. A veces, como en Arras, todos los censos fueron comprados por la comunidad urbana. Más frecuentemente, fueron los ricos los que llegaron a un acuerdo con los antiguos señores; invirtiendo en la tierra el dinero ganado en los negocios comerciales, adquirieron la propiedad de las parcelas construidas en suelo urbano, las libraron de las antiguas cargas de tipo agrario que pesaban sobre ellas, pero exigieron a quienes las ocupa-

ban un alquiler en dinero, tal como ocurrió, por ejemplo, en Gante entre 1038 y 1120.

Finalmente, los burgueses intentaron atenuar la presión del señorío banal, obtener «franquicias», es decir, exenciones análogas a las que disfrutaban los mercaderes cuando aún eran ministeriales de un señor. Reclamaron la abolición de las exacciones más perjudiciales para el comercio, una disminución de la tarifa de los peajes, la supresión de los monopolios comerciales que se atribuía el señor. Éste, más o menos reticente, trató con el «municipio», es decir, con la hermandad jurada que, a imitación de las guildas mercantiles, reunía en una solidaridad combativa a todo el pueblo de la ciudad. La mayor parte de estos acuerdos nos son desconocidos. La historia ha conservado sobre todo las manifestaciones excepcionales y trágicas del movimiento municipal que se desarrolló poco a poco en Europa, partiendo de las vanguardias de la animación urbana que eran desde el siglo X, en Italia y en las orillas del mar del Norte, las áreas de una economía monetaria más precozmente activa. Poco a poco, a lo largo del siglo XII, en todas las ciudades de Occidente, la explotación del derecho de *ban* se adaptó a las conveniencias de la economía urbana, frecuentemente sin enfrentamientos violentos, mediante lentas negociaciones, a través del progresivo establecimiento de la costumbre.

Pero no por ello cesó la explotación. Los trabajadores establecidos en el territorio urbano y los que venían cada vez en mayor número a establecerse en él permanecieron sometidos a una doble presión económica. En primer lugar, sufrieron la nueva presión que emanaba de la autoridad municipal. Fuera o no reconocido el «municipio» por el señor, éste se vio obligado a ceder a la comunidad de los habitantes algunas de sus prerrogativas, a concederle una cierta autonomía judicial, a admitir que la ciudad pudiera tener sus propios recursos, especialmente para construir o rehacer las murallas, y a permitirle por consiguiente recaudar

algunos tributos. Los poderes cedidos a la colectividad urbana fueron ejercidos por una magistratura que, generalmente, quedó en manos de los «mejores», de quienes habían dirigido la lucha por la libertad y cuyo poder se hallaba ampliado por las solidaridades de linaje o profesionales. Los dirigentes municipales, los escavinos, los *nobiliores civium*, de los que se habla en Basilea en 1118, procedían todos de la alta ministerialidad. Eran negociantes enriquecidos o caballeros del séquito del señor. La participación de la aristocracia militar en la dirección de la ciudad no fue exclusiva de los centros del sur: en el levantamiento de Laon, al igual que en el escavinato de Arras, los hombres de guerra desempeñaron un papel fundamental a comienzos del siglo XII, y relaciones múltiples, de parentesco, de alianza y de interés, los unían a los linajes específicamente burgueses. Estos ricos poseían, al menos en parte, el suelo de la ciudad; muchos de los habitantes de ésta eran «masoveros» suyos; ellos administraban los poderes más o menos amplios, judiciales, administrativos o fiscales cedidos por el señor a la comunidad. El producto de las multas que imponían, de los impuestos recaudados en nombre de la comunidad, eran sin duda utilizados para el bien común. Pero los ricos tenían tendencia a confundir la caja que controlaban con su propio cofre, a utilizar ventajosamente para sus intereses personales los reglamentos económicos que tenían el poder de imponer. Ellos fueron los verdaderos beneficiarios de las conquistas políticas derivadas de la vitalidad urbana. Así, la sociedad burguesa comenzó a dividirse en dos clases, una de las cuales, dominante, por sus raíces más profundas, por sus orígenes ministeriales, se relacionaba más estrechamente con la corte del señor. Este patriciado, que seguía estando muy interesado en el comercio, pero estabilizado, basado en un patrimonio, en las tradiciones familiares, en costumbres imitadas del comportamiento nobiliario, este grupo «bajo cuya autoridad se rige la ciudad y en cuyas manos reside lo mejor del derecho y de las cosas», como se

afirma de los *meliores* de Soest en 1165, se había apropiado insidiosamente los atributos inferiores del señorío basado en el *ban*. Los explotaba menos abiertamente que los antiguos señores o sus ministeriales, pero siempre en forma muy lucrativa, que le permitió, en la segunda mitad del siglo XII, aumentar su control de la economía urbana.

Sin embargo, la mayor parte del *ban* y de sus beneficios seguía en manos del señor. De la misma forma que los dueños de espacios incultos habían elegido, en las cartas de población, la renuncia a algunas de sus prerrogativas para atraer inmigrantes y aumentar así los ingresos de su poder fiscal, disminuido pero regularizado, de igual forma los señores de los burgos sacrificaron algunos de sus derechos con la esperanza, raramente fallida, de un alza notable de sus ingresos. Mantuvieron el control de los oficios artesanales y el de las guildas de mercaderes a través de los monopolios que les concedían y por medio de las ventajas que podían obtener para ellas de los señores de las ciudades vecinas, amigos suyos. Eran tan útiles a los traficantes más ricos que éstos accedían sin resistencia a sus peticiones de préstamo. Por medio de las tallas o de los derechos de posada y yantar, fijos pero recibidos con regularidad —tanto más rentables cuanto que la inmigración aumentaba sin cesar el número de hogares—, a través de las punciones realizadas sobre el tráfico de las mercancías y del dinero al paso de los puentes o en el mercado, a través de la alta justicia, que habían logrado conservar en la mayor parte de los casos, y a través de la protección que concedían a la comunidad judía y a todos los «extranjeros», gentes llegadas de fuera que pagaban caro su patrocinio, la ciudad era para el señor una fuente de ingresos muy superior a cualquier señorío rural. Cualquiera que haya sido la amplitud de los privilegios y de las desgravaciones otorgadas a las comunidades urbanas, los señoríos más poderosos del siglo XII eran los que dominaban las ciudades, especialmente las más prósperas. Esto explica el interés de algunos prín-

cipes en fundar nuevas ciudades, como en el caso de los condes de Flandes, de Enrique el León en Sajonia, de los Zähringen en Suabia. Su objetivo era el mismo que el de los propulsores de la roturación: orientar en su beneficio el movimiento general de crecimiento, crear puntos de apoyo defensivo en su dominio, reunir en ellos nuevos súbditos, dejarlos enriquecerse con la esperanza de obtener nuevas ganancias. Y si los burgueses soportaron esta explotación, si los patricios no llevaron sus reivindicaciones de autonomía más allá de ciertos límites, fue porque el señor de la ciudad era el garante de la paz, y ésta era indispensable para la prosperidad de los negocios.

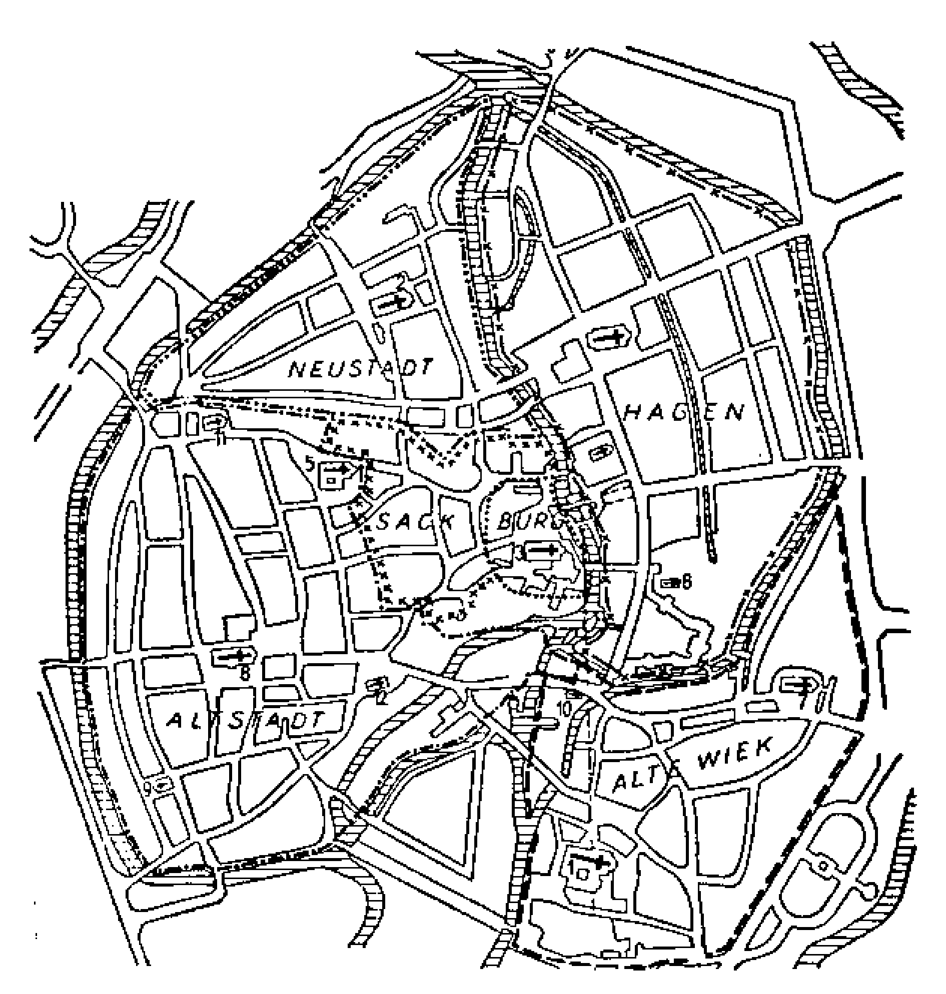


Fig. 5. BRUNSWICK: 1. Saint-Gilles, 1115. 2. Saint-André, hacia 1150. 3. Catedral Saint-Blaise, hacia 1030. 4. Saint-Magnus, 1031. 5. Saint-Martin, 1180-1190. 6. Saint-Michel, hacia 1150. 7. Saint-Nicolas, siglo XI como muy tarde. 8. Saint-Pierre, después de 1150. 9. Saint Ulrich, antes de 1038.

Burg Dankwarderode, siglo x...... ; Alte Wiek, antes de 1031;–-;Altstadt, después de 1100 .—.—.—.; Hagen, hacia 1160; x—x—x—x; Neustadt, a finales del siglo XII ...—...; Sack, 1300 xxxxxx. (Según Planitz, *Die deutsche Stadt im Mittelalter*, Graz, Colonia, 1954, p. 215).

Los juramentos prestados por los cofrades de la guilda o de la amistad eran juramentos de paz. Obligaban, como en el caso de Aire-sur-la-Lys, a «acudir al tumulto y de ayudar con todas sus fuerzas», es decir, a correr, todos juntos, contra los perturbadores

y a mantener sólidamente al orden en el mercado urbano y en sus proximidades, en estos lugares más expuestos que los demás a las riñas y peleas. Tomaban de hecho las formas y las intenciones de los compromisos colectivos de la paz de Dios. Pero las conjuraciones no eran más que un recurso extremo. Nadie podía garantizar la seguridad de una forma más completa, en la ciudad y en el territorio circundante, que el señor del *ban*, que había heredado de los reyes el poder de castigar y de perseguir a los malhechores, el deber de establecer la justicia, es decir, una equitativa distribución de las riquezas, y que sin duda era considerado en el siglo XII, al igual que en otro tiempo los reyes, el señor de todas las magias de la fecundidad. De hecho, la misión que habían querido desempeñar antiguamente los soberanos carolingios —proteger a los viajeros, asegurar la paz de los mercados, mantener condiciones propicias a los intercambios y el orden querido por Dios—, que era al mismo tiempo la base imprescindible de su misión fertilizante, fue aceptada por todos cuantos, grandes o pequeños, tenían fragmentariamente los poderes reales. Los dueños del poder basado en el *ban* contribuyeron, pues, al desarrollo de la circulación comercial y monetaria no sólo por los gastos de su corte, sino también al asegurar esta función de protección y de control. En este punto se revela una vez más la incidencia decisiva de las estructuras políticas sobre la historia de la economía.

Al igual que los carolingios, los grandes señores del siglo XII se sintieron inclinados por razones morales a preocuparse por el comercio. Se sentían responsables de la salvación de su pueblo; eran los garantes de la paz y de la justicia e intervinieron para mantener el orden. Así, el conde de Flandes, Carlos el Bueno, tomó algunas medidas en 1123: el hambre había producido desórdenes en el comercio y las principales víctimas habían sido los «pobres», aquéllos de quienes el príncipe, según los decretos divinos, debía preocuparse con especial cuidado. Como lo había

hecho Carlomagno en idénticas circunstancias, el conde dictó medidas capaces de restablecer una justa repartición de los productos de la tierra: no se fabricaría más cerveza, sino panes de avena para los indigentes; intentó estabilizar los valores; fijó un límite al precio del vino «para obligar a los mercaderes a abandonar las compras y el almacenamiento de vino, y a elegir para su actividad comercial productos diferentes con los que, teniendo en cuenta la gravedad del hambre, los pobres pudieran más fácilmente ser alimentados[33]». Por último ordenó vigilar las medidas, y en particular la moneda.

Atributo real por excelencia, el derecho de acuñar moneda se había dispersado en fecha temprana, tanto más cuanto que era extraordinariamente lucrativo. El señor que controlaba la ceca guardaba una parte del dinero llevado a su taller para ser amonedado. A través del *seigneuriage* (señoriaje) —así se denomina esta exacción[34]— se operaba una punción fiscal, tanto más rentable cuanto mayor fue el uso del instrumento monetario. No olvidemos que la moneda, en la época feudal, es ante todo un útil que el señor pone, de la misma forma que un molino o un horno, a disposición de los usuarios previo pago de un canon, y la multiplicación de las acuñaciones obedece a las mismas necesidades y a los mismos apetitos que la de las empresas de molinería. La dispersión del derecho de acuñar fue desigual en las distintas partes de Europa: menor en el norte, donde los poderes políticos estaban menos dispersos que en otras partes y donde los príncipes territoriales, como el duque de Normandía, conservaron el monopolio de la acuñación; menor también en el sur, porque sin duda la vivacidad de la circulación monetaria era mayor y porque las emisiones se difundían fácilmente por un amplio espacio (antes de finales del siglo XII, las únicas monedas utilizadas en Provenza eran extranjeras); la dispersión de cecas en ninguna parte fue mayor que en el reino de Francia. En Berry existían no menos de doce talleres, explotados por un abad, un conde, un vizconde y

diferentes señores de castillos. Lógicamente fue en territorio francés donde antes se despertó la sensibilidad al curso y al cambio de las diversas monedas.

Más importante que la diseminación de los centros emisores es la depreciación continua del dinero que caracteriza la historia monetaria de la época feudal. Se explica sin duda por la escasez de metales preciosos: el agotamiento de las minas de plata, especialmente las de Ramelsberg, hizo disminuir la producción, que no llegaba a comienzos del siglo XII a compensar el desgaste de las piezas, muy delgadas en este período y por consiguiente muy frágiles. Pero la razón profunda de la depreciación hay que buscarla en la necesidad creciente de numerario. Para satisfacerla y para aumentar los beneficios del derecho de monedaje —cuantas más monedas se acuñaban, mayor era el beneficio, y cuanto más ligeras eran, mayor era el número de monedas necesarias— los señores rebajaron progresivamente el peso y la ley de los dineros puestos en circulación. Los de Luca y de Pisa pesaban, en la segunda mitad del siglo XII, tres veces menos que los de Carlomagno. En Alemania el grosor de las monedas se redujo hasta tal punto que sólo fue posible grabarlas por un lado. Las emitidas por el rey de Francia no cesaron de aligerarse —1,53 g. a fines del siglo X, 1,25 g. treinta años más tarde, 1,22 g. hacia 1200—, al mismo tiempo que disminuía el tenor en plata. Aunque cada vez más oscuras y más finas, estas monedas se convertían cada vez más en instrumentos flexibles de cambio, tanto más cuanto que la aceleración de su circulación hacía descender sin cesar su valor liberatorio. La moneda podía en estas condiciones ser utilizada por los más pobres y para las más humildes necesidades. Cuando los señores estaban verdaderamente interesados en cumplir la misión que Dios les había confiado, se dedicaban conscientemente a favorecer esta flexibilidad: durante el hambre de 1123, Carlos el Bueno hizo emitir en Flandes monedas de medio dinero «para los pobres». Guiados a veces por la preocupación

por el bien común, con mayor frecuencia por la avaricia —porque la acuñación era en sus manos el monopolio artesanal más rentable—, los dueños del poder público adaptaron después de 1075 el instrumento monetario a las funciones que podía realizar en este mundo rural en pleno crecimiento. La depreciación de las monedas fue, en su época, un poderoso fermento de vitalidad económica.

Sin embargo, después de mediados del siglo XII, la ampliación del horizonte comercial, la multiplicación de los negocios tratados por los mercaderes de las grandes ciudades, hicieron sentir la necesidad de medios de pago que fueran al mismo tiempo menos cambiantes y menos irrisorios. Antes que utilizar grandes cantidades de dineros, de valor muy desigual porque estaban más o menos gastados y porque no procedían todos del mismo taller, los grandes mercaderes, cuyas actividades sobrepasaban los límites de un condado o reino, recurrieron en sus transacciones a otras medidas; valoraban las mercancías tomando como referencia el peso de algunos productos raros, la pimienta a veces, con frecuencia la plata no amonedada: el marco se convirtió de este modo en la unidad de valor de uso corriente para la valoración de los grandes pagos. A medida que la moneda se adaptaba mejor a las necesidades de la economía rural, era menos útil en los sectores de vanguardia de la economía urbana: toda una parte, cada vez más amplia, del movimiento comercial se desarrollaba sin intervención de la moneda. Esta evolución era contraria a los intereses de los señores que tenían el monopolio de la acuñación, y los más poderosos reaccionaron. Se preocuparon por emitir una moneda estable y de buena ley, cuyo curso fuese aceptado en un amplio espacio y que pudiese ser útil a los mercaderes de larga distancia. Así lo hizo el rey de Inglaterra Enrique II cuando decidió acuñar la que fue, en el último cuarto del siglo XII, la moneda fuerte del Occidente de Europa: la esterlina.

Después de 1150, los señores más inteligentes no se preocuparon sólo de mantener un Estado, sino de propiciar un progreso. A propósito de Felipe de Alsacia, conde de Flandes de 1168 a 1191, puede hablarse verdaderamente de una política de desarrollo económico, para cuya comprensión es necesario no perder de vista que esta acción fue motivada menos por la esperanza de ganar que por el deseo de cumplir plenamente un oficio, de naturaleza fundamentalmente religiosa y en parte mágica. Con un espíritu semejante al que le movió a distribuir limosnas y a fundar iglesias, Felipe de Alsacia sostuvo militarmente a los mercaderes del condado contra las exacciones impuestas por los condes de Holanda en el camino que llevaba a Colonia; hizo abrir canales a través del Flandes marítimo para unir el valle del Escalda a la costa; creó nuevos puertos: Gravelinas, Nieuport, Damme, capaces de acoger navíos cuyo tonelaje aumentaba sin cesar; favoreció la actividad de los mercaderes mediante la concesión de privilegios. Quería ser el dispensador de la abundancia. Las mismas intenciones animaban a los obispos de Bremen-Hamburgo cuando organizaron en su principado la colonización agraria de los pantanos; a los Hohenstaufen, cuando favorecieron el poblamiento de sus dominios; y estas mismas ideas incitaron al conde de Champaña, Teobaldo el Grande, a prolongar más allá de los límites de su señorío el «salvoconducto», la protección que concedía a los mercaderes que frecuentaban las ferias del condado. A través del reforzamiento de la seguridad a lo largo de los grandes itinerarios comerciales y en las ferias, puntos de encuentro necesarios —es decir, por la ampliación progresiva de su función pacificadora de príncipes—, se puso de manifiesto de la manera más profunda la acción de los señores del poder público sobre el progreso de la economía. La reconstitución de principados territoriales fuertes —favorecida a su vez por el enriquecimiento de los grandes señores, por el crecimiento de las ciudades y por la aceleración de la circulación monetaria— favoreció la organiza-

ción, en el noroeste de Europa, de ciclos coherentes de reuniones comerciales periódicas. El tráfico de la lana, estimulado por el auge de los talleres pañeros en Artois y en Flandes, se basó en un doble circuito de ferias: Winchester, Boston, Northampton, Saint Yves y Stanford, en Inglaterra; Ypres, Lille, Brujas, Messine, Tourhout, en Flandes.

Por la misma época, los mercados de caballos y de ganado que se celebraban desde tiempos antiguos en ciertos lugares de Champaña cambiaban de naturaleza. Atrajeron a los vendedores y compradores de paños. Desde 1137, comerciantes de Arras y de Flandes iban a establecerse en Provins durante la feria; en 1148 asistían a ella cambistas de Vézelay; y coincidiendo con este aflujo de mercaderes, el conde tomó medidas para ampliar las garantías concedidas a los visitantes de estos mercados, para construir, poco a poco, una jurisdicción eficaz, capaz de mantener la seguridad en las zonas donde se realizaban las transacciones y en los caminos de acceso. Pronto los mercaderes de Italia eligieron estas ferias como el lugar más cómodo para encontrar a los traficantes de la pañería flamenca: en 1172, hombres de negocios de Milán acudían a ellas para adquirir tejidos. Así se puso en marcha, poco a poco, gracias a la acción consciente de un señor poderoso que quería aumentar sus ingresos en dinero, pero que al mismo tiempo y ante todo se sabía encargado por Dios del mantenimiento de la paz, lo que se convirtió en el siglo XIII en el foco principal de la actividad comercial y financiera de Occidente.

En el interior de los principados revigorizados, la ciudad desempeña en adelante el papel principal en las estructuras políticas que poco a poco emergen del feudalismo, del que se liberan antes de dominarlo. La ciudad es la sede del poder renovado. Punto de apoyo militar de primera importancia por sus murallas, por la población de caballeros que en ella habitan de modo permanente, por el apoyo que les presta, en caso de alerta, el pueblo

burgués, más familiarizado con las armas y mucho mejor preparado para el combate que los campesinos, la ciudad es también el lugar en el que se sientan alrededor del palacio las bases primitivas de la administración principesca. Se ve crecer en los últimos años del siglo XII, en el interior de la sociedad urbana, un nuevo grupo, realmente difícil de distinguir de los estratos superiores del medio burgués, muy estrechamente ligado a estos estratos y, como ellos, a la corte del príncipe: es el grupo de los agentes de la autoridad. Nueva ministerialidad, mucho más flexible y abierta, reúne al servicio del príncipe a gente procedente de los antiguos «órdenes» mayores, clérigos y caballeros, pero también a comerciantes, miembros de este nuevo *ordo* que se ha separado poco a poco de la masa de los trabajadores. Estos hombres tienen en común una cultura, una cierta actitud hacia los valores terrenales: escriben, leen y sobre todo saben contar; para ellos, la riqueza se traduce en cifras y referencias precisas a las unidades monetarias; tienen la costumbre de evaluar en dineros —y en esas unidades abstractas de cuenta que son el sueldo y la libra— el poder de su señor. El dinero se ha convertido, en la segunda mitad del siglo XII, en el más poderoso instrumento de poder. Utilizando la moneda, el príncipe se asegura los servicios de estos fieles auxiliares; no son pagados, como antiguamente, durante la temprana Edad Media, con una dotación en tierra, y por tanto no están arraigados en ésta, ni tampoco están obligados por lazos de dependencia personal; se han convertido en asalariados. Por medio de la moneda, el príncipe, sirviéndose de las dificultades financieras de los «barones», recupera los derechos reales en todo el territorio y reúne poco a poco en sus manos el conjunto de los poderes superiores, base de un sistema fiscal más pesado. Por medio de la moneda, el príncipe comienza a controlar a los caballeros, a atraerlos a su servicios; y gracias al instrumento monetario recluta combatientes mercenarios, especialistas de otro oficio, el de la guerra eficaz. En las casas señoriales, la fun-

ción del tesoro es tan importante como durante la Alta Edad Media, pero es diferente. La reserva de metales preciosos ya no es un adorno, sino un útil. La componen en su mayor parte monedas que se pueden contar y que sirven para adquirir. El príncipe deja a la burguesía amasar poco a poco una pequeña fortuna. Después toma de ella cuanto puede. Mediante el impuesto, a través del pillaje puro y simple, cuando se trata de judíos; quizás más por mediación del préstamo.

La fuente principal de esta reserva monetaria se halla en la ciudad. El señor de la gran ciudad es muy rico, pero su riqueza es rígida, se basa en derechos y en tierras. Si quiere movilizarla, necesita pedir a sus burgueses que abran y pongan a su disposición sus cofres: la creciente fluidez financiera que permite a los principados estabilizarse tiene su base real en los préstamos de los mercaderes. Sin embargo, el señor no es el único deudor de los burgueses. También parten de la ciudad las corrientes monetarias, cada vez más vivas y cada vez más difusas, que riegan poco a poco toda la economía rural. De la ciudad procede la mayor parte de los dineros que, en todas las aldeas, sirven para rescatar las corveas, para pagar las tasas de mutación y para comprar las cosechas. La aglomeración urbana atrae los productos campesinos. En pequeña parte para su propio avituallamiento. Los burgueses, incluso los más ricos, son todavía, a fines del siglo XII, semicampesinos. Todos poseen tierras en las afueras y en los lugares de origen de sus antepasados. Las explotan personalmente y obtienen de ellas prácticamente cuanto necesitan para su alimentación e incluso una buena parte de los artículos que venden a los viajeros o que los artesanos elaboran en sus talleres. El aprovisionamiento del mercado urbano depende mucho menos del comercio que de esta unión íntima, gracias al poder territorial que conservan todos los señores establecidos en la ciudad y gracias a las bases rurales de la sociedad burguesa, entre la aglomeración urbana y las aldeas de las proximidades. Sin embargo, todo el cue-

ro, toda la lana, todo el vino, todo el trigo incluso, y las plantas que sirven para teñir los paños que los negociantes exportan a larga distancia, no proceden de las tierras de los habitantes de la ciudad ni de las de los señores cuya fortuna administran. Deben por tanto comprar a los productores campesinos. Y a la vez que crece regularmente el volumen de los negocios, a la vez que los hombres de la ciudad se especializan cada vez más en sus funciones específicas y se alejan poco a poco de la tierra, se observa que se infiltran cada vez más profundamente en el medio rural el instrumento monetario y el hábito de comerciar.

Entre la gran ciudad y los productores campesinos se interponen pequeñas aldeas favorecidas por la lucidez de un señor que les ha concedido franquicias y ha protegido de modo especial un mercado, y que son poderosos fermentos de dinamismo. Entre los trabajadores del campo, los que residían en estos lugares privilegiados, apenas más poblados que los otros, fueron los primeros en integrarse resueltamente en la economía de intercambio. Las cláusulas que hicieron incluir en las cartas de libertad manifiestan claramente el interés que concedían al comercio y a la moneda. He aquí la costumbre redactada a mediados del siglo XII para una aldea, La Chapelaude, nacida en Berry cerca de un priorato monástico. El señor tiene todavía fuertes monopolios comerciales: nadie puede vender vino antes de que él haya vendido su cosecha; él tiene derecho a comprar a crédito en la aldea. Pero los habitantes pueden tener medidas y pesos en sus casas; venden pan, carne, allí mismo, a las gentes de paso, y vino, que algunos llevan a lugares lejanos, en asnos o carros, para obtener un mejor precio; hay ferias durante las cuales se interrumpen los monopolios señoriales; se espera del señor que mantenga el nivel de los precios, que impida las alzas excesivas que podrían inducir a los compradores extranjeros a proveerse en otros lugares; por último, se espera del señor que imponga una moneda «útil para él y para los habitantes del burgo» y que tenga circulación en las

aldeas próximas. Las estructuras económicas que el texto deja entrever están claramente abiertas a estímulos de origen urbano. Estos estímulos refuerzan los efectos de las exigencias señoriales, vienen a fomentar más vivamente la producción rural. En ésta, lentamente en principio, pero de forma cada vez más clara, comienza a destacar un sector propiamente externo, en el sentido de que no sirve para el mantenimiento del productor y de su familia, de que tampoco es absorbido por las punciones que realiza el señor: se orienta hacia la venta, es decir, hacia la ciudad. Este sector es marginal con relación a la tierra de cultivo, la cual sigue dedicada preferentemente a la alimentación de los hombres, es decir, al cultivo de cereales. Se desarrolla en el área cercada de los huertos, de donde proceden las plantas tintóreas y la uva, y en los espacios todavía incultos, donde pacen los animales que proporcionan carne y lana. Esta actividad marginal es, en la economía de la familia campesina, terreno de aventura, de ganancia: la brecha todavía reducida por la que se insinúa el ánimo de lucro en las conciencias campesinas; de esta actividad procede el dinero, indispensable no para comprar —excepto el hierro de los útiles y los animales de tiro—, sino para pagar al señor lo que le deben la tierra y los hombres. Sin embargo, este sector es muy limitado en el siglo XII, demasiado incluso para satisfacer las necesidades de dinero. La moneda —esta moneda que los señores han gastado en la ciudad después de haberla obtenido de los campesinos— vuelve al campo desde las cajas de los burgueses más por medio del crédito que a través del comercio.

Pese a las prohibiciones eclesiásticas, los mercaderes cristianos del burgo prestan a interés, como los judíos, a todas las gentes del campo el dinero que éstas necesitan: al señor de la tierra que debe dotar a su hija o armar caballero a su hijo; al pequeño caballero que se apresta a tomar parte en un torneo en el que será visto por toda la provincia y en el que gastará en un día, incluso si vence, cien veces más dinero del que tiene; a los masoveros de

humilde condición obligados a reemplazar el buey enfermo o perseguidos por los recaudadores de impuestos. Los hombres de Iglesia denuncian a estos «usureros», a estos «devoradores de los pobres» como los llama Guiberto de Nogent, que llenan su bolsa de «ganancias vergonzosas» y acumulan «montañas» de metales preciosos. Pero en la flor de la vida, y mientras la proximidad de la muerte no despierta en ellos el miedo del pecado, los aventureros de los negocios no tienen escrúpulos en poner en circulación mediante el crédito el dinero que ganan y que no han utilizado para completar sus cargamentos. Las piezas de moneda no son valores a los cuales pueda uno aferrarse. Nadie las considera todavía como reservas de riqueza. Están hechas para circular. Cuanto más circulan, más rinden. Los burgueses más despiertos comienzan a darse cuenta de que de la animación de un circuito como éste depende toda la vitalidad económica y por consiguiente el éxito mismo de sus propias empresas.

Nos encontramos en este punto con el hecho más característico del siglo XII. La civilización es todavía plenamente rural y todo su desarrollo está animado por las conquistas campesinas. Sin embargo, la moneda, cuyo uso no ha cesado de extenderse, en un movimiento ininterrumpido desde comienzos de la Alta Edad Media, termina por infiltrarse hasta en las relaciones entre los trabajadores del suelo y sus señores; al vulgarizarse, se debilita; al hacerse de este modo más apta para desempeñar un papel en los niveles más humildes de la actividad económica, llega insensiblemente a establecerse en el centro de todos los movimientos de crecimiento. El lugar que ocupa en ellos no cesa de acrecentarse. Hacia 1180, este lugar es preponderante. Se abre entonces una nueva fase: en todo el continente europeo, la circulación del dinero será el motor que arrastrará todo el progreso, de la misma forma que lo era ya dos siglos antes en las fronteras de la cristiandad vivificadas por las empresas militares.

4. EL DESPEGUE

Sin embargo, son muy raros todavía a fines del siglo XII aquéllos para quienes la moneda es algo más que un instrumento de medida utilizado en circunstancias excepcionales, casi anormales, y en cualquier caso muy al margen de las realidades económicas profundas. Uno de los frenos más eficaces puestos al desarrollo reside de hecho en la resistencia tenaz de ciertas actitudes mentales y de los modelos culturales que las soportan. El más sólido y el más fascinante se había construido para uso del «orden» dominante de la sociedad feudal, la caballería. Proponía como modelo, como única actitud digna del hombre perfecto, un cierto comportamiento con respecto a la riqueza: no producir sino destruir; vivir como un señor de la posesión de la tierra y del poder sobre los hombres, únicas fuentes de ingresos no consideradas innobles; gastar locamente en fiestas. En el momento mismo en que, en la segunda mitad del siglo XII, las dificultades financieras de los más importantes señores de la nobleza laica se agravan, en que se acumulan las deudas de los grandes señores con los burgueses, en que el arte de gobernar utilizando dinero inclina a los príncipes a elegir sus mejores servidores no entre los nobles, sino entre los guerreros mercenarios y los hombres que saben contar, es decir, los mercaderes, este modelo, esta etiqueta del ocio caballeresco y del despilfarro adquiere mayor fuerza todavía en la Europa feudal. Forma la osamenta de la conciencia de clase en un grupo social que percibe por primera vez fenómenos de promoción en el interior de los estratos a los que dominaba hasta entonces, y que comienza a sentirse amenazado en su superioridad económica, según puede verse claramente expuesto en uno de los temas difundidos, hacia el año 1200, por la literatura compuesta para un público de caballeros: el tema del «nuevo ri-

co», del hombre de origen rústico que sube los peldaños de la escala social, sustituye en el ejercicio del poder señorial, gracias a su dinero, a los hombres bien nacidos, que se esfuerza por copiar las maneras señoriales sin conseguir otra cosa que ponerse en ridículo y hacerse odioso por la especie de usurpación de que es culpable. Escándalo del nuevo rico, que no es, como el noble, desinteresado, ni generoso, ni está lleno de deudas. A medida que se acelera el progreso de la economía monetaria, la moral de los gentiles hombres condena con mayor insistencia que nunca el ánimo de lucro, el gusto por el acrecentamiento de las riquezas. Todavía a mediados del siglo XIII, los tratados de agronomía práctica escritos para la aristocracia laica de Inglaterra —un medio social preocupado en mayor medida que cualquier otro por una buena administración de la tierra señorial, debido a que el poder de la monarquía en este país le dejaba muy poco poder sobre los hombres— proponen organizar la economía doméstica en función solamente del gasto, para atender al cual se determinará un cierto techo de producción y se intentará mantenerse en él: «Ver las cuentas —según Walter de Henley— es algo que se hace para conocer el estado de las cosas…», no para decidir qué se puede invertir. Y si existen excedentes, el consejo que se da es el de guardarlos para los malos días, el de emplearlos para hacer la casa más confortable, nunca el de hacerlos fructificar para aumentar los beneficios en el futuro.

Las incidencias del comportamiento de los nobles son tanto más profundas cuanto que, por una parte, todos los movimientos de la economía se ordenan alrededor del señorío y cuanto que, por otra, en los medios sociales más dinámicos, los emprendedores, los que aparecen como los verdaderos artífices del desarrollo, no tienen otra finalidad que penetrar en la nobleza y actuar como las gentes de origen noble. De hecho, la fascinación de los modelos culturales aristocráticos está presente en todos los grupos sociales, y los hombres más ávidos no ponen todo su ar-

dor en ganar sino para, un día, sacrificar las riquezas, con la munificencia de los reyes, en dones gratuitos. El «villano enriquecido» de los poemas profanos no es un mito. Todos los ministeriales sueñan con forzar la entrada en la nobleza, con vivir sin trabajar, rodeados de personas a ellos obligadas, de los ingresos de un señorío. Y todos los burgueses que hacen fortuna se apresuran a adquirir derechos territoriales, a crear rentas, a no tocar el dinero más que con la punta de los dedos, a convertir a sus hijos en caballeros —como hicieron a comienzos del siglo XII los Hucquedieu de Arras—, lo que explica la educación dada a Francisco de Asís, tres cuartos de siglo más tarde, por su padre, mercader, que le orientó hacia la aventura militar, el canto lírico y la generosidad sin límites. Los hombres de negocios son incitados a dar con largueza de un modo mucho más vigoroso porque saben que su alma está en peligro. Quieren salvarse por medio de la limosna. Los gestos sacrificiales que realizaban los reyes de la Alta Edad Media, y más tarde, en el siglo XI, las gentes del «orden de los combatientes» se convierten poco a poco, en el siglo XII, en algo propio de los burgueses. Las donaciones piadosas recogidas entre éstos en las ciudades permitieron proseguir la construcción de las catedrales góticas, crear a la entrada de las poblaciones numerosos hospitales, fundar instituciones de caridad, la orden de los Trinitarios, las cofradías del Espíritu Santo, todas ellas urbanas. La *Geste des évêques de Cambrai* cuenta la historia de un ciudadano del lugar, Werimbold, que murió hacia 1150; era muy rico, practicaba sin duda la usura, poseía una gran casa de piedra y madera flanqueada de baños, cilleros, caballerizas; su mujer alimentaba a los pobres, y terminó por retirarse a un monasterio, decisión que fue igualmente seguida por sus cuatro hijos; después de haber dado veinticinco «huéspedes» a la abadía de Saint-Hubert, tomado a su cargo el mantenimiento de un puente, enriquecido con sus donativos el hospital de la Santa Cruz, Werimbold terminó su vida, despojado como un religioso, al servicio de los in-

digentes. Precedente anterior en veinte años de Pedro Valdo, mercader de Lyon, que distribuyó todos sus bienes entre los pobres y quiso compartir su existencia; precedente, cincuenta años antes, de Francisco de Asís. Puede decirse que, en la mayor parte de los destinos individuales, la economía del beneficio desembocaba, ante la proximidad de la muerte, en la economía del donativo, de nuevo triunfante.

Del espíritu de largueza, legado por la Alta Edad Media y cuya vitalidad no alteraban en nada los ritmos precipitados de la evolución económica, se alimenta todavía la ideología dominante, expresada y propagada por la Iglesia. Aunque gran número de canónigos se preocupan por promover las roturaciones, por invertir bien el dinero de las limosnas y por vender al mejor precio, la Iglesia continúa condenando el lucro, prohíbe a los monasterios practicar el préstamo con garantías, considerado como una forma de usura. La Iglesia sostiene que el trabajo es una maldición; dedicarse a él no puede ser para el hombre bien nacido sino una práctica ascética: en el Císter, los trabajos manuales eran considerados ejercicios de mortificación, e incluso los valdenses, para ser verdaderamente pobres, rehusaban trabajar manualmente. Esta ideología propone a los ricos un ideal de perfección: la pobreza, el despojo, el desprecio de este dinero que los heresiarcas y los predicadores ortodoxos del siglo XII consideran, al igual que los monjes del año mil, una deshonra del alma. A los hombres de esta época, del mismo modo que a sus más lejanos antepasados, y tanto más fácilmente cuanto que su situación económica los pone al abrigo de la necesidad, las realidades económicas les parecen accesorias. Son epifenómenos; las verdaderas estructuras son espirituales, de orden sobrenatural. Sólo éstas merecen atención. La subordinación de lo económico a lo ético es total, y lo será durante mucho tiempo todavía. El 5 de diciembre de 1360, una ordenanza del rey de Francia hace eco a las medidas monetarias tomadas por el conde de Flandes en 1123; en ella, la

moneda sigue siendo presentada, ante todo, como uno de los medios de hacer caridad: «Debemos acuñar moneda buena y fuerte de oro y de plata; y moneda oscura *con la cual se podrá fácilmente dar limosna a los pobres*». El poder, la fuerza de estas representaciones morales fue sin duda el principal obstáculo a la acumulación duradera de capital. El ahorro que no era absorbido por la máquina fiscal iba finalmente a desaparecer en inversiones inmobiliarias, o se dispersaba en donativos de todo tipo. En las ciudades de Francia, de Inglaterra, de Germania, existían a fines del siglo XII dinastías patricias; pero en su mayor parte se habían alejado de los negocios; se preocupaban de fundar capellanías y de casar a sus hijos con miembros de las familias de rancia aristocracia. Lo que anima en esta época los progresos económicos no es la acumulación de un capital monetario; es la acumulación del poder, sobre la tierra y sobre los hombres. De un poder que explota la expansión de la producción rural y cuyos beneficios sirven para mantener un tren de vida cada vez más lujoso. De un poder que por sus características es generador de gastos crecientes y, por consiguiente, de vitalidad comercial.

Sin embargo, existen lugares, en la cristiandad latina, en los que las actitudes mentales son sensiblemente diferentes; nos referimos a las ciudades de Italia. La moral es la misma que en otras partes, y la fascinación de los modelos aristocráticos está igualmente viva: el destino de Francisco de Asís es una prueba esclarecedora. Pero el clima de conjunto está modificado por dos razones principales. No fueron los ministeriales los que animaron la renovación de la economía urbana, sino ciudadanos libres, dueños de señoríos territoriales, que utilizaron muy pronto la moneda para administrar su fortuna. Contar, ganar, no fueron en Italia prácticas que toda persona preocupada por su dignidad debiera abandonar en manos de sus domésticos. En una aristocracia en su mayor parte urbanizada, la noción de beneficio tenía

su lugar en una ética, la del civismo. Por otra parte, en las ciudades marítimas, en Venecia, en Pisa, en Génova, durante mucho más tiempo que en otros lugares fue difícil establecer diferencias entre el comercio y la guerra, una guerra que en ocasiones se pretendía santa, es decir, una operación noble. Pero, a diferencia de los vikingos, los aventureros del mar, en la Italia del siglo XII, no consagraban al adorno de su tumba los metales preciosos que obtenían en sus expediciones; los utilizaban en los negocios. Cuando la flota genovesa se apoderó de Cesarea, se eligieron algunos objetos para el tesoro de la catedral y para gratificar a los capitanes, y del resto del botín recibieron una sexta parte los propietarios de las naves, y cada uno de los ocho mil remeros recibió cuarenta y ocho sueldos en plata y dos libras de pimienta, es decir, el pequeño capital que permitía lanzarse al mundo del comercio. En las ciudades italianas, la moneda no era sólo una medida, era un valor verdaderamente vivo y susceptible de fructificar. No dudemos en calificar de capitalista una actitud de este tipo hacia el dinero.

Dinero que se coloca, prudentemente, en pequeñas cantidades diseminadas entre múltiples asociaciones. Los nombres de estas *societates* cambian de una ciudad a otra, pero en todas partes hacen solidarios para una operación comercial determinada y de corta duración a un hombre que aporta el capital y a otro que lo utiliza para obtener beneficios. «Yo, Giovanni Lissado de Luperio, y mis herederos hemos recibido en *colleganza* de ti Sevestro Erefice, hijo de don Tridimundo, y de tus herederos, doscientas libras de dineros; yo he puesto cien libras. Con este dinero tendremos dos partes en un navío cuyo capitán es Gosmiro de Molino. Yo debo llevar todo conmigo en dicho navío a Tebas. El beneficio será dividido entre nosotros a medias[35]». El documento es veneciano, muy antiguo, de 1073. En Génova, en Pisa, fueron concluidos innumerables acuerdos similares. A partir de mediados del siglo XII los registros notariales nos proporcionan

abundantes textos. A los más afortunados, los acuerdos de este tipo les ofrecían un enriquecimiento rápido. Tomemos el caso, bien estudiado, del genovés Ansaldo Baialardo. En 1156, muy joven, emancipado por su padre (las aventuras del comercio son individuales), llega a un acuerdo con un hombre rico y noble que le adelanta doscientas libras; él no tiene nada; se embarca en un viaje hacia los puertos de Provenza, Languedoc y Cataluña; al regreso, recibe su parte, mínima, de los beneficios: dieciocho libras. Pero no las toca; él y su socio reinvierten todo el capital, es decir, doscientas cincuenta y cuatro libras, en un segundo viaje realizado en el mismo año; los beneficios son en esta ocasión de doscientas cuarenta y cinco libras, es decir casi el 100 por 100. A Ansaldo le corresponden cincuenta y seis libras además de las aportadas por él. Partido de la nada, en unas semanas ha acumulado un capital de setenta y cuatro libras genovesas. Dos años más tarde, siempre con el mismo socio, monta una operación más compleja; para un viaje a Egipto, Palestina y Siria reúnen un capital de casi quinientas libras, la mitad de las cuales son adelantadas por diferentes prestamistas. Personalmente, Ansaldo arriesga sesenta y cuatro libras; al regreso de la expedición, después del reparto de los beneficios, posee un capital de ciento cuarenta y dos libras. Este dinero era el precio de su valor y de sus trabajos, lo que le debían, por haber afrontado los peligros del mar, las epidemias y las peleas, quienes, sin moverse de Génova, se habían enriquecido y, como su socio principal, habían triplicado en tres años su dinero. El ejemplo es ilustrativo y no tiene nada de excepcional. Es una prueba clara del contraste de tonalidad económica entre las ciudades marítimas del sur y el resto de Europa.

Para ser fieles a la verdad, hay que decir que también las riquezas ganadas en las expediciones comerciales terminaban, en gran parte, por inmovilizarse en fortunas territoriales. Se conoce la de Sebastián Ziani, que fue dogo de Venecia en 1172; está compuesta fundamentalmente de dominios en la laguna, en el delta

del Po, en la campiña de Padua. Y cuando el obispo Otón de Freising descubrió las ciudades italianas a mediados del siglo XII, se escandalizó de ver a gran número de hijos de artesanos y de comerciantes acceder a la caballería, vivir en la proeza y el despilfarro. En Italia como en todas partes, los hijos de los ricos aspiraban a la ociosidad de los nobles; pero llevaban la administración de sus bienes rurales como un negocio, en el que el dinero tenía que producir. Exigían de sus masoveros no rentas en dinero, sino trigo, vino, que vendían personalmente. Formaban con los trabajadores de las aldeas «compañías», *societates* del mismo tipo que las asociaciones comerciales: ellos aportaban el capital, el campesino su trabajo y sus cuidados; el beneficio era dividido. Los contratos de *soccida*, de *mezzadria*, inyectaron así la moneda en empresas de plantación, de pastoreo, de explotación agrícola. Y este hecho aceleró el equipamiento de los campesinos, hizo nacer alrededor de las ciudades un paisaje agrario nuevo altamente productivo, estimuló en todas partes, exceptuadas las llanuras costeras infestadas de malaria, un poderoso impulso de crecimiento del que la economía urbana, gracias a estas íntimas conexiones monetarias, se benefició más directamente que en las tierras situadas al norte de los Alpes.

Desde el último cuarto del siglo XI los mercaderes de Italia franqueaban los Alpes, cada vez en mayor número, en búsqueda de mayores beneficios. ¿Qué llevaban consigo a la salida de Mont-Cenis y de los otros puertos? Dinero ante todo, piezas de esta moneda que se había acumulado en los puertos y en las ciudades de la llanura del Po y que era todavía tan rara y tan preciosa en el mundo en que penetraban. Llevaban también técnicas, un saber que les confería, en la economía completamente campesina de aquellos países, la superioridad que había sido privilegio de los judíos: la práctica de la escritura, de la cifra y de los contratos de asociación que, desde Constantinopla hasta Bujía, eran usuales en todas las orillas mediterráneas. Llevaban por últi-

mo otra mentalidad económica, una actitud hacia las especies monetarias, el valor y el beneficio muy diferente de la de campesinos y señores. La documentación anterior a los últimos años del siglo XII no nos dice prácticamente nada de las repercusiones de este comportamiento insólito, de la manera en que pudo adaptarse y propagarse, del resultado de las empresas italianas, de la mutación que suscitaron. En estos años, al menos, un hecho es cierto: el mundo está cambiando muy rápidamente.

La falta de datos estadísticos hace difícil descubrir, en la evolución del movimiento de crecimiento, las distintas fases y hallar entre ellas los puntos de ruptura en los que el ritmo se modificó. Sin embargo, los indicios de una mutación se multiplican en los dos últimos decenios del siglo XII, lo que incita a situar en este momento uno de los principales hitos de la historia económica europea. En pocas palabras, éste parece ser el momento en que, decididamente y en todas partes, no solamente en Italia, la vitalidad urbana es superior a la de los campos. Éstos, en el desarrollo económico, no serán en adelante sino simples acólitos, seguidores: el campesino cede al burgués el papel de animador y, en los medios de vanguardia, las resistencias mentales serán doblegadas en todas partes. En esta época se revelan dos rasgos: una aceleración del movimiento de progreso y la creación, en el conjunto de la cristiandad latina, es decir, en los tres dominios geográficos separados hasta estas fechas por profundas diferencias económicas, de un espacio común, englobado por las múltiples conexiones de los itinerarios comerciales. Esta nueva unidad, esta aproximación entre la zona mediterránea, la vertiente semisalvaje del este y del norte, y el interior continental y rústico del que la cuenca parisina es aproximadamente el centro, han sido preparadas lentamente por los progresos de la circulación y de los intercambios. Son el resultado de los éxitos de la aventura comercial.

Los indicios de cambio no aparecen en la Europa del Mediterráneo. En esta zona se hallaban asentadas desde mucho tiempo antes las estructuras cuya instauración en las demás regiones de Occidente señala el umbral de una época nueva. A fines del siglo XII, mientras que en Castilla se prosiguen las lucrativas campañas militares que despojan al Islam de sus riquezas y permiten al rey cristiano acuñar moneda de oro en 1173, en Italia continúa el desarrollo del comercio, el perfeccionamiento de las diversas formas jurídicas de la *societas*, de la asociación capitalista. Las colonias que los mercaderes de las ciudades marítimas han fundado en todos los lugares importantes, en tierra musulmana y en el Imperio bizantino, continúan creciendo. Algunas son ya tan importantes que su presencia suscita entre la población local, como en Constantinopla en 1176 y 1182, brotes de agresividad xenófoba. El espíritu de cruzada, resorte de las primeras aventuras marítimas, justificación de las primeras ganancias y de la acumulación primitiva del capital monetario, se entibia en los puertos del Adriático y del Tirreno. Allí, todos los negociantes son conscientes de que conseguir botines con las armas en la mano es menos rentable que las operaciones comerciales de carácter pacífico con los infieles: no es debido al azar que Francisco de Asís, que quiso sustituir la cruzada por la misión, fuera hijo de un mercader, habitual de las ferias de Champaña. En las ciudades marítimas, casi todos los cruzados son ahora hombres del interior. Se les trata como a clientes; se les adelanta con gusto el dinero del pasaje, pero todos se esfuerzan por obtener el mayor beneficio posible de estos deudores ingenuos. Para los pilotos de los barcos, para los que manejan el dinero, para los mercaderes de todo tipo, para los notarios que redactan los contratos, la expedición a Tierra Santa es, también, un negocio que conviene explotar como tal. A fines del siglo XII, cuando los mercaderes italianos penetran en Inglaterra, lo hacen para cobrar las deudas de los cruzados; se hacen pagar en lana, que venderán en Flandes a los fa-

bricantes de paños; y para conseguir la autorización de permanecer en Inglaterra, de proseguir este lucrativo negocio, ofrecen al rey préstamos en dinero. De esta manera, una red comercial cuyos nudos se hallaban en las grandes ciudades italianas, que se extendía ampliamente por la zona de Bizancio, de Levante y de Berbería, que desde algunos años antes penetraba hasta las ferias de Champaña, se amplió y estableció una unión directa entre el foco mediterráneo y el del mar del Norte, vivificado en esta época por la penetración de corrientes comerciales procedentes del fondo del Báltico.

Si nada prueba que las estructuras económicas de la cristiandad mediterránea se hayan modificado durante los últimos decenios del siglo XII, en cambio se descubren mutaciones sensibles en las franjas septentrionales y orientales, en la Europa en otro tiempo bárbara. Los rasgos originales de su economía se difuminan, al mismo tiempo que disminuye el retraso de su desarrollo. Sin embargo, la mutación es lenta. Se sitúa en una zona cronológica muy extensa. Se basa muy directamente en el impulso de la expansión agraria. Durante todo el siglo XII, los príncipes de las llanuras orientales, interesados en acrecentar el rendimiento de su tierra para vivir tan suntuosamente como sus vecinos del oeste, acogieron, atrajeron a los campesinos de Flandes y de Germania. Los consideraban dueños de técnicas más eficaces y capaces de sacar partido de suelos despreciados por los cultivadores indígenas. Enmarcados por sus sacerdotes, guiados por hombres emprendedores persuadidos de que harían rápidamente fortuna si organizaban la roturación en nombre del príncipe, decenas de millares de pioneros se establecieron al este del Elba y del Danubio; introdujeron el buen arado, trazaron largos surcos profundos en las tierras pesadas, hicieron retroceder pantanos y boscaje, extendieron el dominio del trigo. Imitándoles, los campesinos autóctonos colonizaron las márgenes de su terreno y sustituye-

ron poco a poco el cultivo itinerante por la práctica de rotaciones regulares en campos permanentes. El aflujo de inmigrantes, dotados de mansos con obligaciones escasas, exentos de corveas y sin embargo rentables para el dueño de la tierra, provocó la progresiva disolución de los grandes dominios esclavistas y la mejora general de la condición campesina. A través de los diezmos y de los censos, los excedentes de la producción cerealista afluyeron a los graneros de los príncipes y de los *locatores*, de los dirigentes y organizadores de la colonización. A mediados del siglo XII, el desarrollo agrícola era lo suficientemente importante como para suscitar la aparición de ciudades.

Después de 1150 se entrevén diversas transformaciones en la estructura de los viejos *castra*, de las aglomeraciones fortificadas construidas alrededor de los palacios de los príncipes y de las catedrales. Se vacían poco a poco de su población militar. El séquito guerrero se dispersa y los caballeros, igual que en la zona occidental de Europa, se establecen en dominios rurales. Al mismo tiempo, la producción artesanal deja en Bohemia de hallarse repartida entre las aldeas de servidores especializados; se concentra progresivamente en los arrabales de las ciudades. A alguna distancia del *gorod*, de la muralla, surge un grupo de casas alrededor del *rynek*, de la plaza del mercado; extranjeros especializados en el comercio se han establecido en esta zona que se llama en Györ el *vicus latinorum*, el «burgo de los latinos». Así, en las antiguas *civitates*, las funciones económicas van predominando, de la misma forma que en el Occidente de Europa. E igualmente se crea una red de aldeas, intermediarias entre el gran mercado urbano y los productores campesinos. Por último, se fundan nuevas ciudades. La más decisiva de estas fundaciones —muy directamente determinada por las preocupaciones económicas de un príncipe que quería, al igual que el conde de Flandes por los mismos años, incrementar sus ingresos monetarios mediante la explotación de las actividades comerciales— fue la de Lübeck. Desde 1138,

mercaderes alemanes se habían instalado en el viejo *emporium* de Haithabu, buen lugar para traficar en el Báltico y suplantar a los mercaderes escandinavos. Cuando el lugar fue destruido en 1156-1157, el duque de Sajonia Enrique el León acogió a la colonia de los mercaderes. Los asentó en una ciudad, Lübeck, edificada algunos años antes por el conde de Holstein, aunque realmente fundada de nuevo en este momento por el duque. Creó en ella una moneda, un mercado, un peaje; «envió mensajeros a los reinos del Norte», ofreció la paz a los príncipes rusos y escandinavos a fin de que sus mercaderes «tengan libertad de paso y de acceso a su ciudad de Lübeck»; prometió a los mercaderes de Renania y de Westfalia que se establecieran en la ciudad un derecho tan favorable como el de Colonia. El comercio del Báltico estaba dominado por los campesinos de la isla de Gotland, que encontraban en el tráfico marítimo un complemento a sus recursos. Aventureros procedentes de Alemania habían acudido a instalarse en esta isla desde los años 1133-1136 y habían fundado una colonia en Visby, en el principal puerto de la isla. En 1161, Enrique el León tomó bajo su protección «la comunidad de los mercaderes del Imperio romano que frecuentaban la isla de Gotland» y los ayudó a asegurarse, de acuerdo con los gotlandeses, una posición privilegiada en el mercado de Novgorod. Hacía 1180, anchos barcos de gran tonelaje, las «cocas», llevaban a Lübeck miel, pieles, pez y alquitrán desde las extremidades orientales del Báltico; pero transportadas por vía terrestre hasta el mar del Norte, cargadas allí en navíos semejantes, estas mercancías iban mucho más lejos todavía, hacia Flandes e Inglaterra. Ya los barcos del norte llegaban hasta el Atlántico. Para ellos se crearon en la costa flamenca, más tarde en La Rochela, nuevos puertos, provistos de muelles accesibles a estos barcos de gran calado. Los barcos volvían cargados de sal y de vino. Su intrusión en el Atlántico vino a estimular la actividad de las salinas de la bahía de Bourgneuf, activó el crecimiento de un nuevo gran viñedo de

exportación, en Olerón y en los alrededores de La Rochela. Más importante que esta influencia era el hecho de que se producía una nueva conjunción económica que, en las dos extremidades del espacio europeo, daría lugar a una nueva etapa de crecimiento.

La inflexión de fines del siglo XII se observa de una forma mucho más clara en la tercera zona, en el corazón de Occidente, en Inglaterra y en los viejos países francos de Galia y Germania, en los que confluyen las corrientes del gran comercio. Aquí puede hablarse de un auténtico despegue cuyos indicios hemos visto aparecer en el transcurso de este ensayo. Helos aquí reunidos.

1. La historia de las técnicas es de difícil datación. Sin embargo, me sentiría inclinado a situar en el último cuarto del siglo XII la fase final de un primer período de desarrollo tecnológico. En este momento, en la campiña de Picardía, al tiempo que se observa una pausa en la extensión del espacio agrario y que se multiplican las señales de un reforzamiento de la presión demográfica, ¿no se entrevé que las familias campesinas acaban de completar su equipo de instrumentos aratorios eficaces, de caballos de labor, que se adopta la rotación trienal, que el campo tiene ahora las forjas y los molinos que le son necesarios? Un primer avance ha permitido en algunos decenios, mediante la conquista de tierras vírgenes y el perfeccionamiento del utillaje, aumentar considerablemente el rendimiento del trabajo agrícola. El cultivo cerealista parece alcanzar entonces una especie de techo, y los progresos más claros de la producción rural tendrán lugar en adelante no en el terreno de las tierras de labor, sino en el de los prados y del bosque, en respuesta a las demandas cada vez más acuciantes de la economía urbana. Ésta a su vez se halla relanzada por el efecto

combinado de un conjunto de perfeccionamientos técnicos. El empleo del torno de hilar, la difusión de los molinos aplicados al batanado de los tejidos, al tratamiento del cáñamo, a la fabricación del hierro, permiten un progreso más rápido de la producción artesanal, al tiempo que la utilización de navíos de mayor tonelaje acelera el transporte de las mercancías pesadas. Por último, hacia 1170 se fecha el descubrimiento en Sajonia de las minas de plata de Friburgo, que no solamente inicia el primer gran período de la historia minera europea, sino que proporciona a la economía comercial lo que quizás más necesario le era, el medio de multiplicar las especies monetarias.

2. El empuje de la expansión comercial se hace mucho más vivo a partir de este momento. Mientras que mercaderes italianos intentan la aventura en Inglaterra, la presencia de mercaderes llegados de Arras es visible en Génova, y en 1190 los traficantes ligures obtienen del duque de Borgoña privilegios semejantes a los que ya disfrutaban los mercaderes de Asti; podrán en adelante atravesar con menores gastos las ciudades borgoñesas en dirección a las ferias de Champaña. Por estos mismos años, los dineros de Provins comienzan a disputar a los de París la preeminencia entre las monedas que circulan en la Francia del norte, porque empieza a funcionar regularmente, en Troyes, en Lagny, en Bar-sur-Aube y en Provins, el mecanismo de los encuentros comerciales y de las compensaciones financieras que durante un siglo servirá de trampolín al desarrollo, en toda Europa, del comercio a larga distancia. Hacia la misma fecha se intensifica de un modo claro el crecimiento urbano: este período fundamental del desarrollo de las ciudades que se proseguirá hasta mediados del siglo XIV, se inicia en Westfalia hacia 1180[36]. Simultáneamente se observa en algunos lugares, desde el punto de vista de la producción

artesanal, un relativo descenso del mercado urbano; se trata sin duda de un efecto del crecimiento, puesto que esta concentración se debe a la competencia entre las ciudades, a la multiplicación de las aldeas y al reflujo hacia el campo de algunos trabajos, tales como los realizados por el herrero; hace necesaria una organización más estricta de la producción y lleva por tanto a acentuar la reglamentación de los oficios; hasta entonces los señores de la ciudad sólo se habían ocupado de los artesanos, para recaudar impuestos, de la misma forma que los recaudaban de los antiguos domésticos; ahora, en París, en Londres, en Toulouse, son reunidos en oficios de organización más rigurosa. Por último, prueba de la animación constante del comercio, los precios suben, y rápidamente. Las primeras series de contabilidad señorial que nos llegan de Inglaterra muestran la evolución del precio del trigo. Con relación al período comprendido entre 1160 y 1179, ha aumentado, entre 1180 y 1199, un 40 por 100; un 130 por 100 entre 1200 y 1219, si nos referimos al número de dineros —un 25 y un 50 por 100 si la referencia se hace a la plata contenida en estas monedas. Estos datos numéricos ponen en evidencia simultáneamente una depreciación progresiva de la moneda y un alza acelerada de los precios. Una y otra son provocadas por la brusca intensificación de los intercambios.

3. En el último cuarto del siglo XII se observa, por último, en la sociedad rural una primera ruptura de las primitivas actitudes económicas. Al mismo tiempo que aparecen las primeras señales de una renovación de la pequeña aristocracia por la penetración en la caballería de individuos de origen humilde —de esta forma se concreta el tema del nuevo rico difundido por estos años en la literatura caballeresca—, al mismo tiempo, la propensión a gastar siempre más comienza a introducir en las finanzas de los pequeños señores

de aldea unas dificultades permanentes, equiparables a las que desde cien años antes conocían los príncipes y los prelados. Estos caballeros no hallan como en otro tiempo en el círculo de los parientes o de sus vecinos nobles la ayuda en dinero que les habría sacado de apuros; deben recurrir al préstamo de los burgueses, luego a venderles parte de su dominio; no pudiendo soportar los gastos de las fiestas, algunos renuncian a armar caballeros a sus hijos y se aferran con mayor fuerza a sus privilegios nobiliarios. En Inglaterra, se ven difundirse nuevas formas de administrar los dominios a partir de 1180. En este momento —el mismo en el que en su *Diálogo de la tesorería real* Ricardo Fitzneal intenta explicar por qué las prestaciones en dinero han reemplazado, en el señorío rural, a los censos en especie— las grandes abadías benedictinas renuncian a arrendar los *manors*; los explotan directamente, y la preocupación de los señores por hacer que rindan más sus tierras les lleva a introducir diversas innovaciones. Por ejemplo, asimilar la condición de los campesinos a la antigua servidumbre, para poderlos explotar más duramente. Por ejemplo, hacer controlar de un modo estricto la administración de los intendentes rurales por especialistas de la cifra que saben contar. Decisión muy importante para la historia de la economía: en el último cuarto del siglo XII se inician en los *manors* ingleses las series de cuentas señoriales que permiten la primera aproximación numérica a los fenómenos económicos (acabamos de ver que era posible desde este momento seguir la evolución de los precios del trigo) y que de hecho señala en Europa el comienzo de una historia cuantitativa. Pero la aparición de estos documentos contables es prueba ante todo de un cambio de comportamiento: la nueva preocupación por conocer con precisión la medida de las cosas, por establecer un balance, por evaluar los beneficios,

> es decir, el progreso del espíritu de lucro. Este espíritu anima a todos los técnicos de las finanzas que los príncipes toman a su servicio, como Ricardo Fitzneal, o como los escribas que en 1181 calcularon los ingresos del conde de Flandes. Estas gentes comenzaron a trasladar a las aldeas las costumbres de los mercaderes urbanos, a difundirlas poco a poco entre los contratistas de tipo mediano que son los ministeriales, los arrendadores, los jefes de las obras de roturación; agudizan de esta forma su deseo de ganar y los impulsan a desempeñar un papel todavía más activo en la continuidad del desarrollo económico. Gracias a ellos, el espíritu urbano se insinuará pronto hasta en las zonas más profundas de los campos.

Si he elegido cerrar este ensayo en los años ochenta del siglo XII, se debe a que me parece que este momento corresponde a un hito fundamental en la historia económica europea, de la misma forma que el primer jalón, el punto de partida, menos preciso en razón de la escasez documental: el siglo VII. En esta primera fecha se había iniciado un movimiento de crecimiento. El progreso de la producción agrícola lo sostenía, y este progreso respondía a las exigencias de una aristocracia militar que poseía la tierra, dominaba a quienes la trabajaban y cuya primera preocupación era hacer siempre más suntuosa su munificencia ostentatoria. Hasta el siglo XI, el trabajo rural tuvo un débil rendimiento, y el crecimiento fue obra principalmente de una economía de guerra, de la que la esclavitud y el saqueo eran las dos bases. Pero, durante el período de la paz feudal instaurada poco después, las conquistas determinantes fueron poco a poco obra del campesinado, incitado por las presiones señoriales a producir siempre más, cada vez más numeroso, y por este motivo cada vez más libre para organizar su trabajo a su aire y para vender el fruto de

su labor. La mutación que se sitúa en los últimos años del siglo XII no altera el ritmo de este progreso agrícola, cuyo empuje no se debilita y que proseguirá durante decenios. Lo que cambia radicalmente es su función: hasta entonces era el motor único de todo el desarrollo; en adelante será un motor subalterno. Al mismo tiempo que se observan, en los alrededores del año 1200, los primeros síntomas de un hambre de tierra que el auge demográfico, prolongado durante cinco siglos, no había todavía suscitado y que pronto dará lugar a una permanente deteriorización de la condición campesina, la economía de los campos se sitúa en una posición subordinada. Está destinada a no sufrir en adelante sino incitaciones, llamadas, sujeciones; en resumen, una explotación cada vez más fuerte: el dominio de la economía urbana. Hacia 1180, en toda Europa, comienza la época de los hombres de negocios. Después de 1180, el espíritu de lucro hará retroceder incesantemente el espíritu de largueza. La nostalgia de esta virtud sobrevivirá durante mucho tiempo. Pero sólo adornará a héroes míticos, símbolos y refugio a la vez de los valores, vivos y soberanos, que la Edad Media había durante largo tiempo celebrado. Una primera Edad Media. La de los campesinos. La de los guerreros, sus señores.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Esta lista de obras es voluntariamente breve. Este libro, repito, no es un manual sino un ensayo. Indico los principales trabajos que han orientado mis reflexiones y, por otro lado, las publicaciones en las que se podrán hallar las bibliografías más útiles y más recientes.

I. GENERALIDADES

Bloch, M.: *La société féodale*, 2 vols., Paris, 1940. Hay traducción castellana: *La sociedad feudal*, 2 vols., Uteha, México, 1958.

Boutruche, R.: *Seigneurie et féodalité*, 2 vols., París, 1959-1970. Hay traducción castellana: *Señorío y feudalismo*. «Primera época: los vínculos de dependencia», Siglo XXI Editores, S. A., Buenos Aires, 1973.

Caratteri del secolo VII in Occidente, 2 vols. (*V Settimane di Studi del Centro italiano di Studi sull'alto medioevo*), Espoleto, 1958.

Cipolla, C. M.: *Storia dell'economia italiana*, vol. I, Turin, 1959.

Cipolla, C. M. (ed.): *The Middle Ages (The Fontana Economie History of Europe)*, Londres, 1972.

Deuxième conférence internationale d'histoire économique, Aix-en-Provence, 1962, Paris, 1965.

Doehaerd, R.: *Le Haut Moyen Age occidental. Economies et sociétés* (Nouvelle Clio), París, 1971. Hay traducción castellana: *La Alta Edad Media. Economías y sociedades*, Nueva Clio, Barcelona, 1972.

Hensel, W.: *La naissance de la Pologne*. Wroclaw, 1966.

I problemi comuni dell'Europa post-carolingia (II Settimana di Studi del Centro italiano di studi sull'alto medioevo), Espoleto, 1955.

Kulischer, J. M.: *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters und der Neuzeit* ,4.ª ed., Berlin, 1958.

Lesne, E.: *Histoire de la propriété ecclésiastique en France*, 6 vols., París, 1910-1943.

López, R. S.: *The commercial revolution of the Middle Ages, 950-1350*, Englewood Cliffs, 1971.

Luzzato, G.: *Storia economica d'Italia*. I. *L'Antichità e il Medio Evo*, Roma, 1949.

Musset, L.: *Les peuples Scandinaves au Moyen Age*, Paris, 1951.

Pirenne, H.: *Histoire économique et sociale du Moyen Age*, nueva edición renovada por H. Van Werveke, París, 1963. Hay traducción castellana: *Historia económica y social de la Edad Media*. Anexo bibliográfico y crítico de H. Van Werveke, F. C. E., México, 1934.

Salin, E.: *La civilisation mérovingienne d'après les sépultures, les textes et le laboratoire*, 4 vols., Paris, 1950-1959.

Vicens Vives, J.: *Manual de historia económica de España*, 3.ª edición, Barcelona, 1964.

Wolff, Ph., Mauro, F.: *L'âge de l'artisanat, Ve-XVIIIe siècle, Histoire générale du travail*, t. II, Paris, 1960.

II. ECOLOGÍA, DEMOGRAFÍA, TECNOLOGÍA

Bautier, A. M.: «Les plus anciennes mentions de moulins hydrauliques, industriels et de moulins à vent», *Bulletin philologique et historique*, 1960.

Bloch, M.: «Les inventions médiévales». *Annales E. S. C.*, 1935.

Darby, H. C. (ed.): *An historical geography of England*, Cambridge, 1936.

Daumas, M. (ed.): *Histoire générale des techniques*, t. I, B. Gille, *Les origines de la civilisation technique*, Paris, 1962.

Derry, T. K., y Williams, T. P.: *A short history of technology*, Nueva York, Oxford, 1961. Hay traducción castellana: *Breve historia de la tecnología*. Siglo XXI Editores, Madrid (en preparación).

Fournier, G.: *Le peuplement rural en base Auvergne durant le haut Moyen Age*, Paris, 1962.

Gille, B.: «L'industrie métallurgique en Champagne au Moyen Age», *Revue d'histoire de la sidérurgie*, 1960.

Jahnkuhn, H.: «Die Entstehung der mittelalterlichen Agrarlandschaft in Angeln», *Geographische Annalen*, 1961.

Le Roy Ladurie, E.: *Times of feast, times of famine: a history of Climate since the year 1000*, Nueva York, 1971.

Russel, J. C.: *British medieval population*, Albuquerque, 1948.

—*Late ancient and medieval population*, Filadelfia, 1958.

Schneider, J.: «Fer et sidérurgie dans l'économie européenne du XIe au XVIIe siècle», *Actes du colloque international: le fer à travers les âges*, Nancy, 1956.

Singer, C.; Holmyard, E. J.; Hall, A. R.; Williams, T. I., éd.: *A history of technology*, vol. II: *The mediterranean civilizations and the Middle Ages*, Oxford, 1956.

Sprandel, R.: *Das Eisengewerbe im Mittelalter*, Stuttgart, 1968.

Verhulst, A.: *Histoire du paysage rural en Flandre de l'époque romaine au XVIII[e] siècle*, Bruselas, 1966.

White, L.: *Medieval technology and social change*, Oxford, 1962.

III. LA ECONOMÍA RURAL

1. *Generalidades*

Abel, W.: *Geschichte der deutschen Landwirtschaft von frühen Mittelalte bis zum* XIX. *Jahrhundert*, vol. II de *Deutsche Agrargeschichte*, Stutt gart, 1962.

—Caps, VI y VII de *Handbuch der deutschen Wirtschafts— und Sozial geschichte* (H. Aubin et W. Zorn, ed.), Stuttgart, 1971.

Agricoltura e mondo rurale in Occidente nell'alto medioevo (XIII Settimana di Studi sull'alto medioevo), Espoleto, 1966.

Bloch, M.: *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, 2 vols París, 2.ª edición, 1961-1964.

Duby, G .:*L'Economie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*, 2 vols., Paris, 1961. Hay traducción castellana: *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval* ,Península, Barcelona, 1968.

Franz, G.: *Geschichte des Bauernstandes*, vol. VI de *Deutsche Agrar-geschichte*, Stuttgart, 1963.

Jones, P. J.: «Per la storia agraria italiana nel medioevo; lineamenti e problemi», *Rivista storica italiana*, 1964.

Lütge, F.: *Geschichte der deutschen Agrarverfassung vom frühen Mittelalter bis zum* XIX, vol. III de *Deutsche Agrargeschichte*, Stuttgart, 1963.

Slicher Van Bath, B. H.: *The agrarian history of Western Europe, 500-1850*, Londres, 1963. Hay traducción castellana: *Historia agraria de Europa occidental 500-1850*, Barcelona, 1974.

The agrarian life of the Middle Ages, vol. I de *The Cambridge Economic History of Europe*, M. M. Postan, ed., 2.ª edición, Cambridge, 1966. Hay traducción castellana: «La vida agraria en la Edad Media», t. I de la *Historia Económica de Europa*, de la Universidad de Cambridge, Ed. Revista de Derecho Privado, Madrid, 1972.

2. Estudios particulares.

Deleage, A.: *La vie rurale en Bourgogne jusqu'au début du XIe siècle*, 3 vols, Paris, 1941.

Despy, G.: «Villes et campagnes aux IX[e] et X[e] siècles: l'exemple du pays mosan», *Revue du Nord*, 1968.

Dion, R.: *Histoire de la vigne et du vin en France, des origines au XIX[e] siècle*, Paris, 1959.

Dollinger, Ph.: *L'évolution des classes rurales en Bavière jusqu'au milieu du XIII[e] siècle*, Paris, 1949.

Duboulay, F. R. H.: *The Lordship of Canterbury. An essay on medieval society*, Londres, 1966.

Duby, G.: *La société aux XI[e] et XII[e] siècles dans la région mâconnaise*, Paris, 1953.

Finberg, H. P. R.: *Tavistock Abbey. A study in the social and economic History of Devon*, Cambridge, 1951.

Fossier, R.: *La terre et les hommes en Picardie jusqu'à la fin du XIII[e] siècle*, Paris-Lovaina, 1968.

Herlihy, D.: «Agrarian revolution in France and Italy 801-1150», *Speculum 1958*.

Lennard, R.: *Rural England, 1068-1135. A study of social and Agrarian Conditions*, Oxford, 1959.

Metz, W.: «Die Agrarwirtschaft IM karolingischen Reiche», *Karl der Grosse*, I, Düsseldorf, 1965.

Miller, G.: *The Abbey and Bishopric of Ely. The social History of an ecclesiastical estate from the Xth century to the early XlVth century Cambridge*, 1951.

Perrin, Ch. E.: *Recherches sur la seigneurie rurale en Lorraine d'après les plus anciens censiers* (X[e] -XII[e] siècle), Estrasburgo, 1935.

Perrin, Ch. E.: «Observations sur le manse dans la region parisienne au début du IX[e] siècle», *Annales d'histoire sociale*, 1945.

Postan, M. M.: *The famulus, the estate labourer in the XIIth and XIII th centuries*, Cambridge, 1954.

Raftis, J. A.: *The estates of Ramsey Abbey. A study in economic growth*

and organisation, Toronto, 1957. Verhulst, A. G.: De *Sint-Baafsaddijte Gent en haar Grondbezit*, Bruselas, 1958.

Verlinden, C.: *L'esclavage en Europe médiévale, t. I: Péninsule ibérique, France*, Brujas, 1955.

IV. MONEDA, CIUDADES Y MERCADERES

1. La moneda

Bloch, M.: *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe*, Paris, 1954.

Bloch, M.: «Le problème de l'or au Moyen Age»,*Annales E. S. C.*, 1933.

Cipolla, C. M.: *Money, Prices and Civilization in the Mediterranean World*, Princeton, 1956.

Cipolla, C. M.: *Le avventure della lira*, Milán, 1958.

Doehaerd, R.: «Les réformes monétaires carolingiennes», *Annales E. S. C.*, 1952.

Duby, G.: «Le budget de l'abbaye de Cluny entre 1080 et 1155», *Annales E. S. C.*, 1952.

Kiersnowski, R.: «Coins in the economic and political structure of states between the ixth and the xith century», *L'Europe aux XI[e] -XII[e] siècles*, Varsovia, 1968.

Lalik, T.: «La circulation des métaux précieux en Pologne du X[e] au XII[e] siecle», *Acta Poloniae histórica*, 1968.

López, R.: «An aristocraty of money in the early middle ages», *Speculum, 1953*.

Moneta e scambi nell'alto medioevo (Vili Settimana di Studi del Centro italiano di Studi sull'alto medioevo), Espoleto, 1961.

Sawyer, P. H.: «The Wealth of England in the xith century», *Transactions of the Royal Historical Society*, 1965.

Van Verweke, H.: «Monnaies, lingots ou marchandises. Les instruments d'échange aux XI[e] et XII[e] siècles», *Annales*

d'histoire économique et sociale, 1932.

2. Ciudades y sociedades urbanas.

Akkerman, J. B.: «Het Koopmansgilde van Tiel omstreeks het jaar 1000», *Tijdschrift voor Rechtsgeschiedenis*, 1962.

Bonnassie, P.: «Une famille de la campagne barcelonaise et ses activités économiques aux alentours de l'an mille». *Annales du Midi*, 1965.

Coornaert, E.: «Des confréries carolingiennes aux guildes marchandes», *Mélanges d'histoire sociale*, 1942.

Dollinger, Ph.: *La Hanse (XIIe - XVIIe siècle)*, Paris, 1964.

Einen, E.: *Frühgeschichte der europäischen Stadt*, Bonn, 1953.

La rittà nell'alto medioevo (VI Settimana di Studi del Centro italiano di studi sull'alto medioevo), Espoleto, 1959.

L'artisanat et la vie urbaine en Pologne médiévale, Varsovia, 1962.

Les origines des villes polonaises (Congrès et Colloques de la VIe section de l'Ëcole pratique des Hautes Études), Paris, 1960.

Leicht, P. S.: *Operai, artigiani, agricoltori in Italia del secolo VI al XVI*, Milán, 1946.

Lestocquoy, J.: *Aux origines de la bourgeoisie. Les villes de Flandre et d'Italie sous le gouvernement des patriciens. XIe-XVe siècle* Paris 1952.

Mundy, J. H.; Riesenberg, P.: *The medieval town*, Princeton, 1958.

Planitz, H.: *Die deutsche Stadt im Mittelalter*, Graz-Colonia, 1954.

Romero, J. L.: *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires. 1967.

Sánchez-Albornoz, C.: *Estampas de la vida en León hace mil años*, Madrid, 1934.

Vercauteren, F.: *Étude sur les «civitates» de la Belgique seconde*, Paris 1934.

Violante, C.: *La società milanese nell'età precomunale*, Bari, 1953.

3. El comercio

Dhondt, J.: «Les problèmes de Quentovic», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, Milán, 1962.

Doehaerd, R.: «Au temps de Charlemagne. Ce qu'on vendait et comment on le vendait dans le Bassin parisien», *Annales E. S. C.*, 1947.

Economic organization and policies in the Middle Ages, vol. III de *The Cambridge Economic History of Europe*, M. M. Postan, ed., Cambridge, 1963. Hay traducción castellana: «Organización y política económica en la Edad Media», t. III de la *Historia Económica de Europa*, de la Universidad de Cambridge. Ed. Revista de Derecho Privado, Madrid, 1972.

Endemann, R.: *Markturkunde und Markt in Frankreich und Burgund vom 9.bis 11.Jahrhundert*, Constanza, 1964.

Grierson, P.: «Commerce in the Dark Ages: a critique of the evidence», *Transactions of the Royal Historical Society*, Bruselas, 1959.

Jankuhn, H.: «Die frühmittelalterlichen Seehandelsplätze im Nordund Ostseeraum», *Studien zu den Anfängen des europäischen Städtewesens*, Constanza, 1958.

Le Goff, J .:*Marchands et banquiers du Moyen Age* ,Paris, 1956. Hay traducción castellana: *Mercaderes y banqueros en la Edad Media*.

Lewis, A. R.: «Le commerce et la navigation sur les côtes atlantiques de la Gaule du Ve au VIIIe siècle», Le Moyen Age, Paris, 1953.

Lewis, A. R.: *Naval Power and trade in the Mediterranean*, A. D. 500-1100, Princeton, 1951.

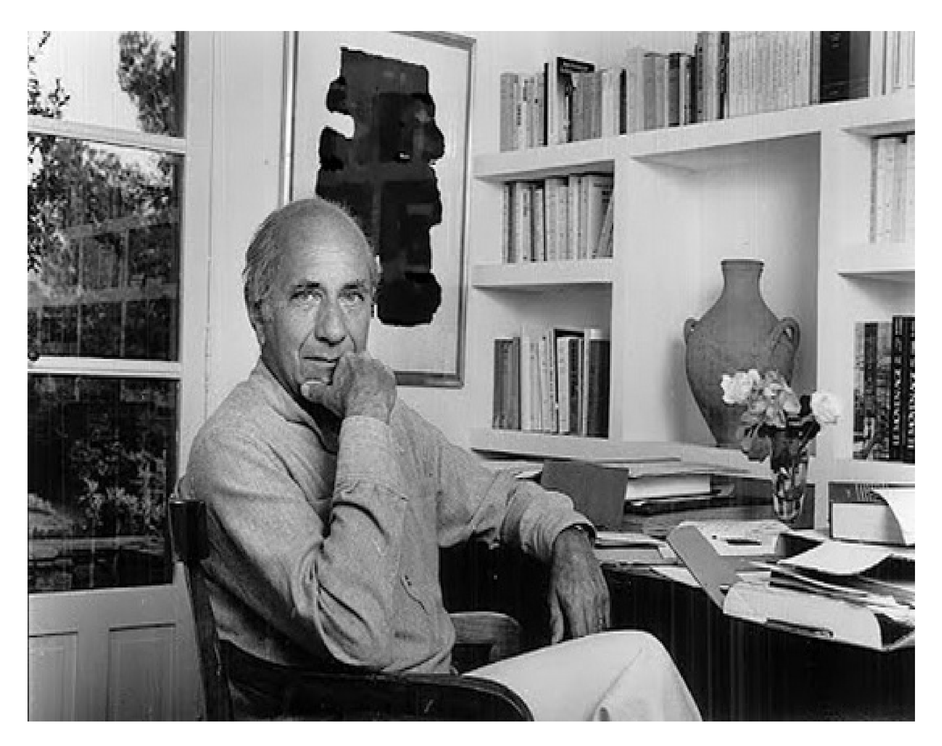
López, R., Raymond, I. W.: *Mediaeval trade in the Mediterranean World*, Nueva York, 1955.

Recueils de la société Jean Modin: vol. V: *La Foire*, Bruselas, 1953.

Renouard, Y.: *Les Hommes d'affaires italiens du Moyen Age*, Paris, 1949.

Trade and industry in the Middle Ages, vol. II de *The Cambridge Economic History of Europe*, M. M. Postan, ed., Cambridge, 1952. Hay traducción castellana: «El comercio y la industria en la Edad Media», t. II de la Historia Económica de Europa, de la Universidad de Cambridge, Ed. *Revista de Derecho Privado*, Madrid, 1972.

Warnke, Ch.: *Die Anfänge des Fernhandels in Polen*, Wurzburgo, 1964.



GEORGES DUBY (París, 7 de octubre de 1919 - Aix-en-Provence, 3 de diciembre de 1996). Historiador francés, especialista en la Edad Media y vinculado a la Escuela de los Annales.

Duby, que proviene de una familia de artesanos, obtuvo en 1941 *l'agrégation de lettres*, y en 1942 empezó su carrera en esa ciudad. Fue alumno de Charles-Edmond Perrin. Luego enseñó en Besançon y en Aix-en Provence, donde permaneció veinte años. Tras la defensa de su tesis de Estado, en 1953, obtuvo una cátedra. En 1970, pasó a París, al ser elegido profesor del Collège de France. En 1987, ingresó en la Academia francesa. Fue miembro de varias academias nacionales y extranjeras: la de Bélgica, la británica, la romana (dei Lincei) y la estadounidense.

Particularmente especializado en los siglos X, XI y XII de la Europa occidental, Duby estuvo asociado con la Escuela de los Annales, fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre, que promulgaban una Nueva Historia, con énfasis en los procesos de

larga duración, sociales y económicos, y que tuvo luego como máximo exponente a Fernand Braudel.

Su estudio sobre la base material del Medievo le permitirá irrumpir con agudeza en la historia de las mentalidades, analizando el utillaje mental (vocabulario, sintaxis, lugares comunes, cuadros lógicos, etc.), de entonces de un modo nuevo. Pues, según Duby, si se da demasiada autonomía a las estructuras mentales se tiende a caer en círculos viciosos. Así que con el ejemplo de Mauss (los hechos sociales totales) y Lévi-Strauss (las dimensiones simbólicas de lo social) trabaja sobre el matrimonio, la sexualidad y ciertos sistemas del pensamiento, e investiga sobre la ideología entendida como «proyecto de acción sobre lo vivido».

Desde 1953, la aparición de sus publicaciones se ha prodigado mucho. A libros fundamentales como *Guerreros y campesinos*, o como *Hombres y estructuras de la Edad Media* se añadieron textos de interpretación más vasta sobre la sociedad medieval: *La época de las catedrales*, *San Bernardo y el arte cisterciense*, *El caballero, la mujer y el cura*, *El amor en la Edad Media*, así como su poderoso y fecundo estudio *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. A ellos cabe añadir dos monografías, que tuvieron muchas decenas de miles de lectores, *Guillermo el Mariscal* y *El domingo de Bouvines*.

A su obra individual, atenta a los impulsos culturales más ricos, se suma su empuje en la realización de proyectos como *La Edad Media* (en la Historia general de las civilizaciones), *Histoire de la France rurale*, *Historia de la vida privada*, *La Historia de las mujeres*, o un *Atlas histórico*. Prácticamente, han sido traducidos todos sus libros al castellano, y han podido verse en España muchos de sus programas televisivos (fue presidente de la SEPT, cadena de televisión cultural fundada en 1985).

NOTAS

[1] J. Titow, «Evidence of weather in the account rolls of the bishopric of Winchester, 1209-1350», *Economic History Review*, 1960. <<

[2] Monumenta Germaniae Historica, leges, «Capitularia regum francorum», I, p. 254. <<

[3] G. Acsadi, «Los resultados de las investigaciones paleodemográficas sobre la mortalidad húngara en la Edad Media» (en húngaro), *Torteneti Statistikai Evkonyv, 1963-1964*; J. Nemeskeri y A. Kralovanszky, «Evaluación de la población de Szekesfehervar en los siglos X-XI» (en húngaro), *Szekesfehervar evszazadai*, 1967. <<

[4] En castellano no existe palabra para designar el *mansus*; en documentos procedentes de la catedral de Zamora —del siglo XII— se utiliza con este sentido la palabra corte, pero en otros textos tiene un significado diferente, por lo que normalmente utilizamos la palabra tradicional: manso. En catalán se distingue claramente la casa (masía) del conjunto (mas). (N. del T.) <<

[5] La palabra francesa que designa estas parcelas es *tenure*, y sus «dueños» reciben el nombre de *tenanciers*. Ni una ni otra tienen equivalente en castellano; con el primer sentido utilizamos manso, y designamos a los cultivadores de estas parcelas con el nombre catalán de masoveros o con el de *tenentes*, aunque este califi-

cativo se aplica en los textos castellanos a quienes tienen del rey un cargo público. (N. del T.) <<

[6] Traducimos indistintamente por *serna* o *corvea* la palabra francesa *corvée*, con la que se designan las prestaciones personales debidas por los titulares de los mansos. *Serna* puede igualmente designar la zona de la reserva puesta en cultivo por el trabajo de los campesinos dependientes. (N. del T.) <<

[7] Monumenta Germaniae Historica, legum, sectio I, t. V, Hannóver, 1926, I, 13, p.286. <<

[8] Monumenta Germaniae Historica, legum, sectio I, t. V, Hannóver, 1888, XXI, XXII, 1 y 2, p. 82. <<

[9] «Formulae Turonenses», 43, Monumenta Germaniae Historica, «Formulae Merovingici et Karolini Aevi», Hannóver, 1882, I, p. 158 (segundo cuarto del siglo VIII). <<

[10] Ph. Grierson, «Commerce in the Dark Ages, a critique of the evidences», *Transactions of the Royal Historical Society*, 1959. <<

[11] *Les atours précieux*, trad. Wiet, El Cairo, 1955, p. 160. <<

[12] Grégoire de Tours, VI, 45 (ed. Latouche, II, p. 69). <<

[13] Marculfi, Formularum libri dúo, Upsala, 1962, p. 332. <<

[14] Monumenta Germaniae historica, leges, «Capitularía regum francorum», I, 1881, p. 254. <<

[15] Monumenta Germaniae historica, «Capitularía regum francorum», II, p. 223 <<

[16] Monumenta Germaniae historica, «Capitularia regum francorum», I, p. 85. <<

[17] Monumenta Germaniae historica, «Capitularia regum francorum», I, p. 132. <<

[18] 809. Monumenta Germaniae historica, «Capitularia regum francorum», I, p. 152. <<

[19] P. Bonassie, *Annales du Midi* 1965. <<

[20] Monumenta Germaniae historica, Scriptores, 30, pp. 1451-1453. <<

[21] Raoul Glaber ,*Histoires*, V, 1. <<

[22] Ibid., IV, 4, 5. <<

[23] Raoul Glaber ,*Histoires*, IV, 6. <<

[24] Raoul Glaber, Ibid., III, 4. <<

[25] Galberto de Brujas, en Migne, Patrologie latine, CLXVI, col. 946. <<

[26] *Cartulaire de Notre-Dame de París*, I, p. 259. <<

[27] Archives nationales, París, LL-1599, B. <<

[28] *Cartulaire de Saint-Vincent de Mâcon*, núm. 476. <<

[29] *Recueil des Actes de Philippe Auguste*, I, núm. 51. <<

[30] R. Kötzschke, *Quellen zur Geschichte der ostdeutschen Kolonisation im 12*. Bis 14. Jahrhundert, pp. 33-34. <<

[31] *Cartulaire de Saint-Vincent de Mâcon*, p. 197. <<

[32] *Ordonnances des rois de France*, t. XII, pp. 563-564. <<

[33] Galberto de Brujas, *Patrologie latine*, ed. Migne, CLXVI, col. 947. <<

[34] Monedaje o moneda en castellano ;*monetatge* en catalán. (N. del T.). <<

[35] *Documenti del commercio veneziano nei secoli XI-XII* (ed. M. della Rocca e Lombardo), t. I, p. 12. <<

[36] C. Haase, *Die Enstehung des westfälischen Städte*, 1960. <<

Índice de contenido

ÍNDICE